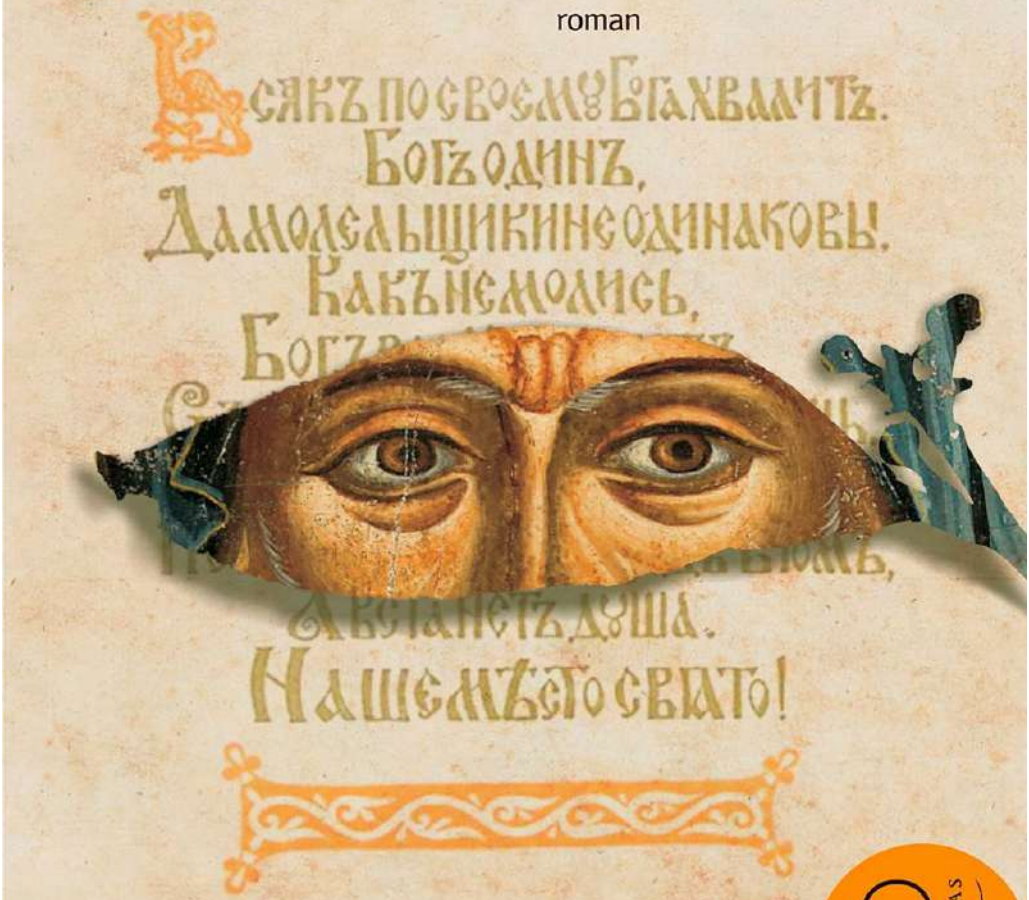
Raftul Denisei

Evgheni Vodolazkin

Laur

roman



book
HUMANITAS fiction

EVGHENI VODOLAZKIN

laureles

novela no historica

Traducción al ruso y notas de
ADRIANA LICIU

EDITURA
HUMANITAS
fiction
2014

tatiana

prolegómenos

Tenía cuatro nombres diferentes, en etapas. Lo cual puede considerarse un privilegio, ya que la vida humana no es uniforme. A veces sucede que sus partes tienen muy poco en común. Tan poco que puede parecer que fueron vividos por diferentes personas. En tales casos, no puede evitar sorprenderse de que todas estas personas tengan el mismo nombre.

También tenía dos apodos. Uno de ellos, Rukineţul, vino de la libertad de Rukina, el lugar donde había nacido. Pero la mayoría lo conocía por el sobrenombre de Sanador, porque para sus contemporáneos era principalmente un sanador. Era, se cree, más que eso, porque lo que había logrado iba más allá de las posibilidades de un curandero.

Se supone que esta palabra, *curanderos,* proviene de la palabra *vrati* (mentir, decir braşoave) - *zagovarivati* (encantar, hacer encantamientos). Tal parentesco presupone que la palabra jugó un papel esencial en el acto del tratamiento. La palabra como tal, signifique lo que signifique. Como las drogas eran pocas, la palabra jugó un papel más importante que ahora. Y había mucho de qué hablar.

Los curanderos estaban hablando. Se sabía que tenían algunos medios contra el sufrimiento, pero no desaprovecharon la oportunidad de abordar la enfermedad directamente. Diciendo frases rítmicas, aparentemente sin sentido, *encantaron a* la enfermedad, persuadiéndola de que abandonara el cuerpo del paciente. El límite entre curanderos y encantadores era relativo en ese momento.

Los enfermos estaban hablando. A falta de una técnica de diagnóstico, tenían que describir en detalle todo lo que estaba pasando en sus cuerpos sufrientes. A veces les parecía que con las palabras entretenidas, abrumados por el dolor, la enfermedad salía lentamente de ellos. Solo los curanderos podían contarles sobre su enfermedad con gran detalle, y eso les facilitaba las

cosas.

Los familiares de los enfermos estaban hablando. Aclaraban lo dicho por sus familiares y hasta los corregían, porque no todas las enfermedades permitían a los enfermos hacer un relato fidedigno de su sufrimiento. Los familiares podían expresar abiertamente su temor de que la enfermedad fuera incurable y (la Edad Media no era una época sentimental) podían quejarse de lo difícil que era cuidar a los enfermos. Y eso les facilitó las cosas.

Una peculiaridad del hombre en cuestión aquí era que hablaba muy poco. No olvidó las palabras de Arsenio el Grande: Muchas veces me arrepentí de las palabras que pronunciaba mi boca, pero nunca me arrepintí del silencio. La mayor parte del tiempo miraba al paciente en silencio. Sólo pudo decir: tu cuerpo te volverá a servir. O: tu cuerpo ya no puede servirte, prepárate para dejarlo; descubre que este caparazón es imperfecto.

Su fama fue grande. Todo el mundo habitado la conocía, y él no podía esconderse de ella en ninguna parte. Su aparición atrajo multitudes. Abrazó a los presentes y su silencio se transmitió a los reunidos. Multitud atestada. En lugar de palabras, solo unas pocas nubes de vapor salieron de cientos de bocas abiertas. Los vio derretirse en el aire helado. Y se oía el chirrido de la nieve de enero bajo sus pies. O el susurro del follaje de septiembre. Todos esperaban un milagro, y las caras de los que estaban allí estaban empapadas de sudor de la espera. Se escuchaban gotas saladas cayendo al suelo. Apartándose a un lado, la multitud lo dejó pasar al que había venido a buscar.

Puso su mano en la frente del paciente. O estaba tocando su herida. Muchos creían que el toque de su mano curaba. El apodo Rukineţul [1], dado por el lugar donde nació, había adquirido así otro significado. De un año a otro, su dominio de la curación había progresado, y en el apogeo de su vida había alcanzado alturas inaccesibles para el hombre.

Se decía que poseía el elixir de la inmortalidad. De vez en cuando, se expresa la idea de que el curandero no puede morir como todos los demás. Tal opinión se basa en el hecho de que, después de su muerte, su cuerpo no mostró signos de descomposición. Yaciendo al aire libre durante muchos días, mantuvo su antigua apariencia. Y luego desapareció, como si el hombre al que pertenecía estuviera cansado de estar acostado. Se levantó y se fue. Los que así piensan, sin embargo, olvidan que desde la creación del mundo, sólo dos personas han salido de la tierra encarnada. Para la revelación del Anticristo, Dios tomó a Enoc, y en el carro de fuego Elías ascendió al cielo. La tradición no menciona al curandero ruso.

---

1 *Ruka* **,** en ruso, significa "mano".

A juzgar por sus pocas palabras, no estaba preparado para estar en la carne para siempre, al menos había estado en la carne toda su vida. Y probablemente tampoco tenía el elixir de la inmortalidad. Cosas como esta no se corresponden realmente con lo que sabemos de él. En otras palabras, se puede decir que él no está con nosotros ahora. También vale la pena mencionar que no siempre entendía cuánto tiempo ser considerado presente.

el libro del conocimiento

1

Nació en el pueblo de Rukina, cerca del monasterio de San Cirilo. Esto sucedió el 8 de mayo de 6948, desde la Creación del mundo, en el año 1440, desde el Nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo, en el día de la conmemoración de Arsenio el Grande. Siete días después fue nombrado Arsenie. Durante estos siete días, su madre no comió carne para preparar al recién nacido para la primera comunión. Cuarenta días después de nacer, no fue a la iglesia y esperó a que le limpiaran las carnes. Cuando su carne estuvo limpia, se fue a trabajar al amanecer. Dejándose caer al suelo en el porche, se quedó así por unas horas y rogó por una cosa para su bebé: la vida. Arseni fue su tercer hijo. Los nacidos antes que él no habían pasado el primer año.

Arseni pasó. El 8 de mayo de 1441, en el Monasterio de San Cirilo en Belozersk, la familia realizó un servicio de acción de gracias. Besando las reliquias del piadoso Kiril después del servicio, Arseni y sus padres se fueron a casa, y Hristofor, su abuelo, permaneció en el monasterio. El día siguiente marcó el septuagésimo aniversario de su vida, y había decidido preguntarle al abad Nikander qué hacer a continuación.

En principio, respondió el abad, no tengo nada que decirte. Duele: vive, amigo, lo más cerca posible del cementerio. Estás tan largo que va a ser difícil llegar allí. Y en general: vive solo.

Eso es lo que dijo el abad Nikandru.

2

Y Christopher se mudó a un cementerio cercano. A cierta distancia de la libertad de Rukina, justo al lado de la cerca del cementerio, encontró un abejorro desierto. Sus amos no habían sobrevivido a la última plaga. Eran los años en que las casas se volvían más grandes que las personas. Nadie había decidido mudarse a un lugar bien fundado pero acomodado, pero sin herederos. Sobre todo porque estaba cerca del cementerio lleno de plagas. Pero Christopher decidió.

Se ha dicho que desde entonces ha imaginado con bastante claridad cuál sería el destino de este lugar. Que, probablemente, aún en aquellos lejanos tiempos, sabía que la iglesia del cementerio se construiría en 1495 en el lugar de su abordaje. La iglesia fue erigida en agradecimiento por el final feliz de 1492, siete mil años después de la creación del mundo. Y aunque ese año no se produjo el esperado fin del mundo, la tesis de Christopher,

inesperadamente para él y para otros, descubrió América (entonces no le prestó atención).

En 1609, la iglesia fue destruida por los polacos. El cementerio se deterioró y en su lugar creció un bosque de pinos. Los fantasmas hablaban con los que recogían setas. En 1817, el comerciante Kozlov compró el bosque para producir madera. Dos años más tarde, se está construyendo un hospital para los pobres en el sitio baldío. Exactamente cien años después, el distrito CEKA ingresa al edificio del hospital [2]. De acuerdo con el destino inicial del terreno, la institución organiza en él funerales masivos. En 1942, el piloto alemán Heinrich von Einsiedel, golpeando con precisión, borró el edificio de la faz de la tierra. En 1947, la tierra fue remodelada como campo de tiro militar y fue asignada a la 7ª brigada "KE Voroshilov", condecorada con la orden "Bandera Roja". Desde 1991, el terreno pertenece a la huerta "Noches Blancas". Junto con las papas, los miembros de la casa extraen numerosos huesos y proyectiles, pero no se apresuran a quejarse ante el consejo local. Saben que nadie les dará otra tierra.

Pues en esta tierra nos dieron para vivir, dicen.

Esta previsión detallada le indicó a Christopher que mientras viviera, la tierra permanecería intacta y la casa de su elección permanecería intacta durante cincuenta y cuatro años. Christopher entendió que para un país con una historia tormentosa, cincuenta y cuatro años no significaban mucho.

Esta casa tenía cinco paredes: además de las cuatro paredes exteriores, la izba también tenía una quinta, interior. Separando la izba, formó dos cuartos: uno templado (con horno) y otro frío.

Después de entrar en la casa, Hristofor miró cuidadosamente para ver si había algún espacio entre las vigas y volvió a colocar la ampolla de buey en las ventanas. Tomó frijoles y bayas de enebro y los mezcló con chips de enebro e incienso. Agregó hojas de roble y hojas de camino. Los machacó, les prendió fuego y ahumó durante un día.

Christopher sabía que la peste acabaría saliendo sola, pero no consideró superflua esta medida de precaución. Temía por su familia, que podría venir a verlo. También tenía miedo de los que trataba, porque acudían a él todo el tiempo. Christopher era un curandero de hierbas, y todo tipo de personas acudían a él.

Vinieron los que estaban atormentados por la tos. Les dio harina de trigo y cebada molida, que mezcló con miel. A veces les daba ternera hervida, porque

---

2 La Comisión Extraordinaria de Toda Rusia para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje, fundada en 1917 por Lenin.

el escarabajo quita la humedad de los pulmones. Según el tipo de tos, podía darle sopa de guisantes o agua en la que había hervido nabo turco. Christopher distinguió la tos como sonaba. Si la tos se entrecortaba y no se aclaraba, Christopher pegaba la oreja al pecho del paciente y escuchaba su respiración durante mucho tiempo.

Venían a deshacerse de las verrugas. Christopher les ordenó que les pusieran cebollas saladas en las verrugas. O untarlos con estiércol de gorrión frotado con saliva. Pero el mejor remedio le pareció ser semillas azules, trituradas y espolvoreadas sobre las verrugas. Las semillas azules arraigaron en las verrugas y no crecieron en el lugar en cuestión.

Christopher también ayudó en la cama. Conoció a los que vinieron por esto de inmediato, cuando entraron y vacilaron en la puerta. Su mirada trágica y culpable hizo reír a Christopher, pero no dejó que se notara. Yendo directo al grano, el curandero instó a los invitados a quitarse los pantalones, y los invitados obedecieron sin gruñir. A veces los enviaba a lavarse a la habitación contigua, aconsejándoles que prestaran mucha atención al prepucio. Estaba convencido de que las reglas de higiene personal deben seguirse en la Edad Media. Le irritó oír el agua del balde fluir a través de la madera.

¿Qué tal eso?, dijo enojado sobre un trozo de corteza de abedul. ¿Y cómo dejarán las mujeres a esas personas con ellas? Estás aterrorizado.

Si el miembro secreto no tenía lesiones evidentes, Christopher preguntaría sobre el problema en detalle. No tenían miedo de decírselo, porque sabían que no era un chismoso. En ausencia de una erección, Christopher aconsejó agregar a la comida anís y almendras, que son caras, o un jarabe barato de izma, cosas que aumentan el esperma y estimulan los pensamientos de cama. El mismo efecto se atribuía a las malas hierbas con el extraño nombre *de sebo de cuervo, así como al* trigo blando. Finalmente, estaba la *hierba,* que tenía dos raíces: una blanca y otra negra. El blanco hizo aparecer la erección, el negro la hizo desaparecer. La desventaja de este remedio era que la raíz blanca tenía que mantenerse en la boca en ese momento, lo que no todos estaban dispuestos a hacer.

Si todo esto no aumentaba el esperma y estimulaba los pensamientos de la cama, el curandero pasaba del mundo vegetal al mundo animal. A los que no tienen potencia se les aconseja comer riñones de pato o de gallo. En casos críticos, Christopher ordenó que se obtuvieran huevos de zorro, que se trituraran en sopa y se bebieran con vino. A los que fueron dominados se les aconsejó que chuparan huevos de gallina regulares, tomados con cebollas y nabos.

En lugar de creer en la hierba, Christopher creía que a través de cada hierba viene la ayuda del Señor para algo. Esta ayuda también llega a través de las personas. Y ambos son solo herramientas. Por qué cada una de las hierbas que conocía estaban relacionadas con cualidades estrictamente determinadas, no se preguntó, considerando la pregunta superflua. Christopher entendió quién había hecho esta conexión, y fue suficiente para él saberlo.

La ayuda de Christopher a sus allegados no se limitó a la medicina. Estaba convencido de que la misteriosa influencia de las hierbas se extiende a todos los ámbitos de la vida humana. Sabía que la hierba *cerosa* con raíces ligeras, como la cera, tenía éxito. Se lo dio a los encargados del negocio, para que dondequiera que fueran, fueran recibidos con honor y fama.

Está mal no exagerar, le advirtió Christopher. Ese orgullo es la raíz de todo pecado.

Solo le dio la hierba *susai a aquellos de los que estaba absolutamente seguro.*

rocío del cielo sobre una hierba roja con una aguja . Siempre lo tenía con él. Sabía que cada vez que conseguía un trabajo, era bueno tenerla en sus brazos. Tomemos, por ejemplo, un juicio para que no sea condenado. O siéntate con ella en la fiesta, por miedo a algún hereje que acecha a cualquiera que se haya ablandado.

A Christopher no le importaban los herejes. Los expuso a la hierba llamada *cabeza de Adán.* Recogiendo esta hierba entre los arbustos, hizo la señal de la cruz, diciendo: Ten piedad de mí, Señor. Luego, después de llevar la hierba al santuario, Cristóbal le pidió al sacerdote que la colocara en el altar y la mantuviera allí durante cuarenta días. Llevándola con él después de cuarenta días, fácilmente podría adivinar, incluso en la multitud, un hereje o un demonio.

A los maridos celosos, Christopher les recomendaba las *lentejas* , no las lentejas que ablandan los charcos, sino la hierba azul que se arrastra por el suelo. Se pone a la cabeza de la mujer: cuando se duerme, dice todo sobre sí misma. Bueno y malo. Había otra forma de hacerla hablar: el corazón de la lechuza. Había que ponerlo en el corazón de la mujer dormida. Pero pocos se atrevían a hacer eso: daba miedo.

Él, Christopher, no necesitaba tales medios, porque su esposa había muerto hacía treinta años. Una tormenta la había sorprendido en el borde de un bosque mientras caminaban por la hierba, y un rayo la había golpeado. Christopher estaba sentado y no creía que su esposa estuviera muerta, estaba vivo hace un momento. Él sacudió sus hombros, el agua en su cabello mojado

goteaba por sus manos. Él le había frotado las mejillas.

Sus labios se movieron en silencio bajo sus dedos. Sus ojos muy abiertos miraban fijamente las copas de los pinos. Él oró para que ella se levantara y regresara a casa. Ella se quedó en silencio. Y nada podía hacerla hablar.

El día que se mudó al nuevo lugar, Christopher tomó un trozo de corteza de roble, ni demasiado grande ni demasiado pequeño, y escribió: Después de todo, ya son de naturaleza humana. Después de todo, su hijo ya tiene un año. Creo que estarán mejor sin mí. Después de pensarlo un poco, Christopher agregó: Y antes que nada, ese fue el consejo del abad.

3

Cuando Arseni tenía dos años, comenzaron a llevarlo con Christopher. A veces, después del almuerzo, iban con el bebé. Pero la mayoría de las veces dejaban a Arseni por unos días. Le gustaba quedarse con su abuelo. Estas visitas fueron el primer recuerdo de Arseni. Y eran lo último que olvidaría.

Para disgusto de su abuelo, a Arseni le gustó el olor. Olía como un manojo de hierbas secándose bajo el techo, era un olor que no se encontraba por ninguna parte. También le gustaron las plumas de pavo real que un peregrino le había llevado a Cristóbal y que estaban pegadas a la pared en forma de abanico. Cuando estaba en lo de Christopher, el chico de alguna manera se sentía bajo observación.

También le gustó el ícono del Santo Mártir Cristóbal, que colgaba debajo del ícono del Salvador. En la serie de severos iconos rusos, se veía extraña: San Cristóbal tenía cabeza de perro. El niño miró fijamente el ícono con su reloj, y las impresionantes facciones del chinocéfalo revelaron lentamente las facciones de su abuelo. Cejas fruncidas. Arrugas que comenzaron desde la nariz. Barba crecida debajo de los ojos. Pasando la mayor parte de su tiempo en el bosque, su abuelo estaba cada vez más feliz de disolverse en la naturaleza. Había comenzado a parecerse a perros y osos. Con hierbas y tocones. Y habló con una voz amaderada y chillona.

A veces, Christopher tomaba el ícono de la pared y se lo daba a Arseni para que lo besara. El niño, pensativo, besó a San Cristóbal en la cabeza y tocó los colores desvaídos con la punta de los dedos. El abuelo Christopher observó cómo las misteriosas corrientes del icono fluían hacia las manos de Arseni. Una vez hizo la siguiente nota: el niño tiene un poder especial de concentración. Su futuro me parece importante, pero apenas puedo verlo.

Desde los cuatro años, Christopher comenzó a introducir al niño en los secretos de la hierba. De la mañana a la noche vagaban por los bosques y

recogían hierbas de todo tipo. Por los barrancos buscaron la colmena primaveral. Christopher le mostró a Arseni sus hojas afiladas. El escarabajo de primavera ayuda con la hernia y los sofocos. Para el calor, se añadían clavos a la hierba, y entonces el enfermo empezaba a sudar. Si el sudor era pastoso y olía mal, había que (mirando a Arseni, Christopher tropezó) prepararse para la muerte. La mirada sin hijos del niño lo incomodaba.

¿Qué significa la muerte?, preguntó Arseni.

La muerte es cuando no se mueve y calla.

¿Correcto? Arseni yacía boca arriba y miraba a Christopher sin pestañear.

Levantando al niño, Christopher pensó: Mi esposa, su abuela, era igual entonces, por eso estaba tan asustado ahora.

No debes tener miedo, gritó el niño, de que estoy vivo otra vez.

Durante uno de los paseos, Arseni le preguntó a Hristofor dónde está ahora su abuela.

En el cielo, respondió Christopher.

Ese día, Arseni decidió volar al cielo. El cielo lo había atraído durante mucho tiempo, y cuando escuchó que su abuela, a quien no había visto, estaba allí, esta atracción se volvió invencible. Solo las plumas de pavo real podrían ayudarlo aquí, un pájaro, eso es seguro, del cielo.

Cuando regresó a casa, Arseni tomó una cuerda del porche, quitó las plumas de pavo real de la pared y subió al techo con una escalera. Dividiendo las plumas en dos partes iguales, las ató fuertemente a sus manos. Por primera vez, Arseni no se preparó mucho para el cielo. Solo quería atrapar su aire azul en su pecho y, si lo lograba, finalmente vería a su abuela. Y, quizás, en esta ocasión para enviarle un saludo de parte de Cristóbal. Pensando en su mente que podría regresar bien a la cena que su abuelo estaba preparando, Arseni se acercó al borde del techo, agitó sus alas y dio un paso adelante.

El vuelo fue como el viento, pero no tardó mucho. En su pierna derecha, la primera en tocar el suelo, Arseni sintió un dolor agudo. No podía levantarse y yacía en silencio, cubriendo sus piernas con sus alas. Christopher vio plumas de pavo real rotas y sacudidas en el suelo cuando salió a invitar al niño a cenar. Le tocó la pierna y se dio cuenta de que era una fractura. Para que el hueso se recuperara más rápidamente, puso un guisante con guisantes triturados en el lugar lesionado. Para mantener el pie quieto, le ató una tabla. Para fortalecer a Arseni no solo en la carne, sino también en el espíritu, lo llevó al monasterio.

"Sé que te estás preparando para el cielo", dijo el abad Nikandru desde el umbral de su celda. Pero considero tu forma de proceder, perdóname, exótica. Cuando llegue el momento, te diré cómo hacerlo.

Tan pronto como Arseni pudo pisarlo, comenzaron a recoger hierbas nuevamente. Al principio caminaron solo por el bosque cercano, pero cada día que pasaba, a medida que Arseni ganaba fuerza, seguían adelante. A lo largo de los ríos y arroyos recogieron la flor de los rojizos - flores rojo-amarillas con hojas blancas - contra el veneno. También allí, junto a los ríos, encontraron la *planta de baclan.* Christopher había aprendido a reconocerlo por su flor amarilla, sus hojas redondas y su raíz blanca. Esta hierba era buena para vacas y caballos. En el borde del bosque estaban recogiendo *ramitas,* que crecían solo en primavera. Debía romperse los días nueve, veintidós y veintitrés de abril. Cuando se levantó un golpe, se colocó debajo de la primera viga. Y fueron tras la *savia.* Entonces Christopher fue muy cuidadoso, porque cuando te lo cruzabas, existía el peligro de que tu mente se perturbara. Pero (y Cristóbal se sentó frente al niño) si le echas esta hierba al ladrón, te lo devuelven. Puso la hierba en una cesta de mimbre y la cubrió con bardana. De camino a casa, siempre recogían la hierba encantada, que ahuyentaba a las serpientes.

Pon una semilla de esto en tu boca y el agua se reserva, dijo una vez Hristofor.

¿Abierto? Arseni preguntó seriamente.

Con una oración, hazte a un lado. Christopher se sintió avergonzado. La oración lo es todo.

Entonces, ¿qué más se necesita la semilla? El niño miró hacia arriba y vio que Christopher estaba sonriendo.

Esa es la tradición. Mi trabajo es decírtelo. Recogiendo hierba, una vez vieron un lobo. El lobo estaba a unos pasos de ellos y los miró a los ojos. Su lengua colgaba de su boca ya menudo temblaba al respirar. El lobo estaba tibio.

"No nos movamos", dijo Christopher, "y él se irá". Gran Mártir Jorge, ayúdanos.

No se irá, se resistió Arseni. Solo vino a estar con nosotros.

El niño se acercó al lobo y lo agarró por el cuello. El lobo se tiró al suelo. La punta de su cola apareció detrás de sus patas. Christopher se apoyó contra un pino y miró fijamente a Arseni. Cuando la llevaron a casa, el lobo los persiguió. Todavía con la lengua colgando, como una bandera roja. En el borde del pueblo, el lobo se detuvo.

Se han encontrado con el lobo en el bosque desde entonces. Cuando comieron, el lobo se sentó a su lado. Christopher les arrojó trozos de pan y el lobo, rechinando los dientes, los atrapó en pleno vuelo. Se tumbó en la hierba

y miró al frente. Cuando su abuelo y su sobrino regresaron, el lobo los acompañó hasta su casa. A veces se quedaba en el patio por la noche, y por la mañana los tres iban tras la hierba.

Cuando Arseni se cansaba, Christopher lo volvía a llevar en un saco de lino. Después de un momento pudo sentir su mejilla presionada contra su cuello y ella entendió que el chico estaba durmiendo. Christopher caminaba lentamente sobre el cálido musgo del verano. Con la mano fuera de la canasta, enderezó los murciélagos sobre sus hombros y ahuyentó las moscas del niño dormido.

En casa, Hristofor eliminó las cicatrices del cabello de Arseni, a veces lavándole la cabeza con lejía. Lehi estaba hecho de hojas de arce y de la planta blanca *Enoc,* que ambos recogieron en los lugares altos. De la lejía, el cabello dorado de Arseni creció tan suave como la seda. Estaba brillante en el sol. Christopher estaba tejiendo hojas de angélica para que la gente las amara. Pero se dio cuenta de que la gente lo amaba de todos modos.

La aparición del niño difunde un mejor estado de ánimo. Esto es lo que toda la gente del pueblo de Rukina había sentido. Cuando tomaron a Arseni de la mano, no querían soltarlo. Cuando besaron su cabello, parecía que habían encontrado un resorte. Había algo en Arseni que parecía hacerles la vida nada fácil. Y le estaban agradecidos.

Por la noche, Christopher le hablaría al niño sobre Salomón y Kitovras [3]. Ambos conocían esta historia desde fuera, pero siempre era la primera vez.

Cuando Kitovras fue llevado a Salomón, vio a un hombre que había comprado sus zapatos. El hombre quiso saber si esos zapatos le durarían siete años y Kitovras se rió. Yendo más allá, Kitovras vio una boda y se echó a llorar. Y Salomón le preguntó a Kitovras por qué se reía.

Que viera a ese hombre, dijo Kitovras, no duraría siete días.

Y Salomón le preguntó a Kitovras por qué lloraba.

Ella lloró, dijo Kitovras, que el novio no podría estar de pie durante treinta días.

En una línea, el niño dijo:

No entiendo por qué se rió Kitovras. ¿Porque sabía que ese hombre resucitaría?

No lo sé. No estoy seguro.

Christopher sintió que hubiera sido mejor si Kitovras no se hubiera reído.

Para facilitar que Arseni se durmiera, Hristofor los colocaría debajo de una almohada . Y Arseni se durmió fácilmente. Y sus sueños eran tranquilos.

---

3 Leyenda bíblica apócrifa, publicada en Rusia en la Edad Media.

4

Poco después de que Arseni cumpliera dos veces siete años, su padre lo llevó a Christopher.

Hay mucha preocupación en el pueblo, dijo el padre, la gente espera la peste. Que el chico esté aquí, lejos de todo.

Pero tú también, instó Christopher a tu esposa.

Ay, papi, tengo que cosechar el trigo, porque ¿de dónde viene el grano en el invierno? Y él solo se encogió de hombros.

Christopher trituró un poco de piedra pómez caliente y se la entregó, la tomó con yema de huevo y bebió jugo de rosa mosqueta. Les ordenó que no abrieran las ventanas y que por la mañana y por la noche encendieran fuego en el patio con leña de roble. Cuando las brasas comiencen a arder, echa ajenjo, enebro y enruta sobre ellas. Eso es todo. Eso es todo lo que puedes hacer. Cristóbal suspiró. Cuidado con esta calamidad, hijo.

Al ver a su padre ir a la carreta, Arseni comenzó a llorar. Caminaba como un hombre pequeño con paso alto. Se sentó a un lado y echó los pies sobre el heno del carro. Agarró las riendas y abofeteó al caballo. El caballo resopló, sacudió la cabeza, se movió un poco. En la tierra batida, el casco resonó sec. El padre se balancea ligeramente. Se vuelve, le da la mano. Se convierte en un punto. Desaparecer.

¿Por qué lloras?, le pregunta Christopher al niño.

Veo la señal de la muerte en él, respondió el niño.

Arseni lloró durante siete días y siete noches. Christopher guardó silencio porque sabía que el chico tenía razón. Él también había visto la señal. Y supo que aquí la hierba y sus palabras eran impotentes.

Al mediodía del octavo día, Christopher tomó al niño de la mano y lo acompañó al pueblo, a Rukina. Era un día claro. Caminaron sin pisar la hierba y sin levantar el polvo. Es como estar de puntillas. Es como entrar en la habitación del muerto. De camino al pueblo de Rukina, Christopher sacó una raíz de angélica empapada en vinagre de vino de su bolsillo y la partió en dos. La mitad se lo quedó y la otra mitad se lo dio a Arseni.

Mira, mantenlo en tu boca. El poder de Dios está con nosotros.

El asentamiento los recibió con ladridos de perros y rugidos de vacas. Christopher conocía bien estos sonidos, no podía haberlos tomado por otra cosa. Era la música de la peste. El abuelo y el nieto caminaban lentamente por la calle, pero solo los perros se apresuraron a saludarlos desde sus cadenas. No había gente. Mientras se acercaban a la casa de Arseni, Christopher dijo:

No vayas más lejos. Aquí es donde la muerte acecha.

El niño asintió porque había visto su ala. Acecharon la casa. El aire caliente tembló sobre la cumbrera del techo.

Christopher hizo una reverencia y entró en el patio. Junto a la valla había gavillas de trigo sin tratar. La puerta se abrió de golpe. Bajo el sol de agosto, ese rectángulo abierto se veía mal. De todos los colores del día, se había llevado sólo el negro. Todo lo más negro posible, y frío. Cuando llegues allí, ¿cómo puedes seguir con vida? Temblando, Christopher dio un paso hacia la puerta.

Quédate quieto, resonó en la oscuridad.

Esa voz le recordaba a su hijo. Pero él solo se lo recordó. Como si alguien más, no su hijo, hubiera usado esa voz. Christopher no confiaba en él y dio otro paso hacia la puerta.

Quédate quieto y te mataré.

Se oyó un golpe en la oscuridad y un martillo golpeó la puerta con suavidad, como si se le hubiera caído de la mano a alguien.

"Déjame verte", dijo Christopher con voz ronca.

Estaba sin aliento.

Ya estamos muertos, dijo la voz. Y extraños a los vivos. No entres para mantener vivo a Arseni.

Cristóbal se detuvo. Escuchó el latido de una vena en su sien y comprendió que su hijo estaba diciendo la verdad.

Agua, gemía mi madre en la oscuridad.

"Madre", gritó Arseni, y se alejó rápidamente.

Sacó agua del caldero y se la dio a su madre, que se había caído del banco. Le besó la cara como un plato de hojalata, pero ella parecía dormida e incapaz de abrir los ojos. Trató de levantarla del suelo y sus palmas sintieron que los ganglios linfáticos de sus axilas se hinchaban.

Cariño, ya no puedo despertar...

El brazo de su padre agarró a Arseni y lo tiró contra la puerta. Christopher le disparó en la puerta. Arseni gritó como nunca antes había gritado, pero nadie en el pueblo podía oírlo. Cuando se hubo calmado, vio el cadáver de su padre en la puerta.

5

Desde entonces, Arseni se ha quedado con Hristofor.

El niño ciertamente tiene talento, dijo Christopher una vez. Atrapa todo en vuelo. Le enseñé cómo es con las hierbas, y eso le proporcionará alimento

durante su vida. Le pasaré muchos otros conocidos para expandir su universo. Descubre cómo se hizo el mundo.

En una noche estrellada de octubre, Christopher llevó al niño a un prado y le mostró cómo se unen las tierras, el cielo y la tierra:

En el principio Dios hizo los cielos y la tierra. Por eso los hizo para que la gente no pensara que el cielo y la tierra no tienen principio. Y Dios separó la luz de las tinieblas. Y Dios llamó a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche.

La hierba rozaba cómodamente sus pies y los meteoritos volaban sobre sus cabezas. El cuello de Arseni se sentía como la cálida mano de Christopher.

E hizo Dios que el sol brillara de día, y que la luna y las estrellas brillaran de noche.

¿Las estrellas son grandes? preguntó el chico.

Sí, en general, Christopher frunció el ceño. La circunferencia de la Luna tiene ciento veinte mil fases, y la circunferencia del Sol, aproximadamente, por supuesto, tres millones de fases. Parecen pequeños, pero su verdadero tamaño es difícil de imaginar. Sube a una montaña alta y mira hacia el campo. ¿El rebaño que allí pasta no parece a vuestros ojos como hormigas? Así es con las estrellas.

Después de unos días, hablaron de estrellas y presagios. Christopher le contó al niño sobre el sol doble, que no solo había visto una vez en su vida: su aparición al amanecer o al atardecer significa fuertes lluvias y viento. A veces, el sol parece sangriento para las personas, pero esto se debe al vapor brumoso y muestra que la humedad es alta. Pero a veces los rayos del sol parecen cabellos (Christopher acaricia el cabello de Arseni), y las nubes parecen quemar, y eso es señal de viento y frío. Pero si los rayos se inclinan ligeramente hacia el sol y las nubes se oscurecen al atardecer, eso significa mal tiempo. Cuando el sol se pone es claro, es señal de un clima tranquilo y sereno. El tiempo despejado también significa cuando la luna tiene tres días, si está limpia y delgada. Si es delgado pero como fuego, es señal de viento fuerte, y cuando ambos cuernos son iguales y el cuerno norte está limpio, es señal de que los vientos del oeste se están calmando. Si la luna llena se oscurece, espere lluvia, si se adelgaza en ambos lados: en el viento, una corona alrededor de la luna es un signo de desgracia y una corona que se oscurece con gran desgracia.

Dado que el niño obviamente estaba interesado en estas cosas, ¿por qué no hablarle de ellas?, se preguntó Christopher. Una vez llegaron a la orilla de un lago, y Cristóbal dijo:

Dios ordenó a los ríos que hicieran que los peces nadaran en lo profundo, y

que las aves volaran en la fuerza del cielo. Y algunos y todos fueron hechos para flotar en sus elementos. Dios también ordenó a la tierra que hiciera un alma viviente, la de cuatro patas. Hasta que cayeron en pecado, los jivins estaban sujetos a Adán y Eva. Se podría decir que amaban a la gente. Pero ahora, solo en casos raros, parece que todo se ha estropeado.

Christopher golpeó al lobo en la nuca, que les tenía miedo.

Y si lo piensas bien, las aves, los peces y los jabalíes se parecen mucho a los humanos. Esa es, ya ves, nuestra unidad absoluta. Aprendemos unos de otros. El cachorro de león, Arseni, siempre nace de una leona muerta, pero al tercer día viene el león y le da vida. Esto nos recuerda que incluso el bebé humano, hasta que es bautizado, está muerto para siempre, pero una vez que es bautizado, vuelve a la vida. Pero también hay un pez miriápodo. De qué color es la piedra junto a la que nada, de qué color está hecha: por qué es blanca, blanca, por qué es verde-verde. Así es, hijos, y algunas personas: con los cristianos son cristianos, con los incrédulos son incrédulos. También hay un ave fénix, que no tiene marido ni hijos. No come nada, sino que vuela entre los cedros del Líbano y llena sus alas de su fragancia. A medida que envejece, vuela alto y se enciende del fuego celestial. Y cuando baja, enciende su nido y se quema, y en las cenizas de su nido nace un gusano, del cual vuelve a crecer el fénix. Asimismo, Arseni, los que reciben el tormento de Cristo renacen en toda gloria para el Reino de los Cielos. Y finalmente, está el pájaro Caladrius completamente blanco. Y el que cae enfermo tiene que aprender de su ave caladrius si vivirá o morirá. Y si ha de morir, su caladrius vuelve la cara, pero si se le permite vivir, el pájaro, regocijándose, vuela hacia el sol, y todos entienden que ella ha tomado la enfermedad del enfermo y la ha hecho añicos. aire. Así nuestro Señor Jesucristo, subiendo al madero de la cruz, derramó por nosotros Su sangre pura para la curación del pecado.

¿Y dónde podemos conseguir este pájaro?, preguntó el niño.

Sé ese pájaro tú mismo, Arseni. Solo tú realmente vuelas un poco.

El chico asintió pensativamente, y su seriedad hizo que Christopher se sintiera incómodo.

Las últimas hojas en la orilla fueron arrastradas hacia el agua negra del lago. Las hojas rodaron en montones sobre la hierba marrón y luego temblaron en el lago ondulante. Estaban flotando más y más lejos. Se podían ver rastros de botas de pescadores justo al lado del agua. Las marcas estaban llenas de agua y parecían eternas. Abandonado de una vez por todas. Las hojas también flotaban en ellos. El bote del pescador colgaba no lejos de la orilla. Con las manos enrojecidas por el frío, la gente tiraba de la red. Sus

frentes y barbas estaban empapadas de sudor. Sus mangas estaban pesadas por el agua. Un pez de tamaño mediano luchaba en la red. Brillando bajo el pálido sol otoñal, salpicó el bote con salpicaduras. Los pescadores estaban satisfechos con lo que habían pescado y gritaron en voz alta entre ellos. Arseni no entendió sus palabras. No podía repetir una palabra de ellos, aunque podía escucharlos claramente. Descartando su significado, las palabras se transformaron lentamente en sonidos y se derritieron en el aire. El cielo estaba descolorido porque ya había dado todos sus colores de verano. Olía a humo de horno.

Arseni se regocija al pensar que, al volver a casa, calentarán el horno y sentirán el incomparable deleite del otoño. Se estaban calentando como todos los que estaban alrededor, a oscuras, es decir, con todo el humo adentro. Después de eso, las paredes de escombros estaban calientes. Las gruesas vigas guardaban mucho calor. El horno de tierra la retuvo aún más. Las piedras en la pared inferior del horno estaban al rojo vivo. El humo subía por debajo del techo alto y salía pensativo por el canalón que había encima de la puerta. El humo le parecía a Arseni un ser vivo. Su falta de prisa era tranquilizadora. El humo vivía en lo alto, negro de hollín, golpeando. El fondo estaba muy bien arreglado y brillante. Los dos lados del impacto, arriba y abajo, estaban separados por *polavociniki* , tablones anchos sobre los que caía el hollín desde arriba. Si el trabajo se hacía bien, el humo no bajaría.

El horno fue calentado por Arseni. Traía atajos de abedul de la leñera y los ponía en el horno como una casita. Enredaderas gruesas entre ellos. El fuego lo encendió con brasas. Los sacó de ciertos lugares en el hogar del horno, llamado *ocelki,* donde se guardaban las brasas para el fuego bajo una capa de cenizas. Envolvió las brasas en hojas secas y sopló fuerte. Las hojas cambiaron lentamente de color. Ya ardiendo por dentro, todavía no parecía importarles su sequedad, pero con cada momento que pasaba se hacía más y más difícil, y de repente el fuego los envolvió por todos lados. De las hojas, el fuego se precipitó a las vides, y de las vides a la leña cortada. La madera comenzaba a arder. Si estaban mojados, se agrietaban, salpicando haces de chispas. En la ventisca, el niño vio el fénix y señaló al lobo que estaba sentado a su lado. El lobo fruncía el ceño por momentos, pero era incomprensible si realmente veía al pájaro. Mirando sospechosamente al lobo, Arseni le dijo a Christopher:

No es natural, yo diría que está tenso. Para mí, solo le tiene miedo a su piel.

El chico tenía razón. Las gavillas de chispas que salían del horno inquietaron al lobo. Solo cuando el fuego finalmente ardió de manera uniforme, el lobo se tumbó en el suelo y apoyó la cabeza sobre sus patas como un perro.

"Somos responsables de lo que domesticamos", dijo Christopher con ojos de lobo.

Mirando en el horno, Arseni a veces vio su rostro allí. Estaba enmarcada por cabello gris, recogido en una bola en la nuca. Su rostro estaba cubierto de arrugas. A pesar de esta falta de parecido, el niño entendió que esa era su imagen. Es solo que dentro de muchos años. Y en otras circunstancias. Era la imagen de alguien que, sentado junto al fuego, ve la cara del niño y no quiere que el que entra lo moleste.

El que entra se queda en la puerta y, llevándose un dedo a los labios, susurra a alguien por encima del hombro que el Sanador de Toda Rusia ya está ocupado. Miró las llamas.

Déjala entrar, Meleti, dice el abad sin volverse. ¿Qué quieres, mujer?

Quiero vivir, Sanador. Ayúdame.

¿Pero no quieres morir?

Hay quienes quieren morir, explica Meleti.

Tengo un hijo. Ten piedad de él.

Mira, este? El abad señaló la boca del horno, donde en los contornos de una llama se adivinaba la figura de un niño.

En vano cae de rodillas, cneaghina (Meleti se inquieta y se muerde las uñas), eso no le gusta.

El abad aparta la mirada de la llama. Se acerca a la chica arrodillada y se arrodilla a su lado. Meleti, retrocediendo, sale. El abad la agarra por la barbilla, la mira a los ojos. Con el dorso de su mano le seca las lágrimas.

Mujer, tienes un tumor en la cabeza. Por eso tu vista empeora. Y debilita su audición.

Él abraza su cabeza y la abraza contra su pecho. Cneaghina escucha los latidos de su corazón. La respiración del anciano era pesada. A través de su camisa siente la frialdad de la cruz desgastada en su piel. La dureza de sus bordes. También estaba sorprendida de que estuviera tomando todo esto en cuenta. Más allá de las puertas cerradas, Meleti hace fuegos. Su rostro es inexpresivo.

Cree en Dios y en Su Preciosa Madre y encontrarás ayuda. El abad le toca la frente con los labios secos. Y tu tumor será contraproducente. Vete en paz y no te amargues.

¿Por qué lloras, Arseni?

Estoy llorando de alegría.

Arseni se vuelve en silencio hacia el lobo. El lobo lame sus lágrimas.

6

El hombre estaba hecho de polvo. Y volverá al polvo. Pero el cuerpo que le fue dado para toda la vida es maravilloso. Necesitas conocerlo lo mejor que puedas, Arseni.

Así habló Christopher, embalsamando a Andron de Novgorod antes de enviar al difunto a casa. En una bañera en Rukina, Christopher frotó la piel de Andron con resina de cedro mezclada con miel y sal. Tocado por Christopher, Andron se estremeció y parecía vivo. Esta impresión también se vio reforzada por el miembro del difunto, que parecía inadecuado para su baja estatura, a pesar de que era fuerte. A Arseni le pareció que Andron ahora se levantaría, agradecería a Christopher por su cuidado y saldría al aire libre. Pero Andron no se levantó. Después de una pelea nocturna, yacía con el cráneo roto y las primeras manchas de cadáver en la espalda. Andron, que vino de la nada, se había interesado por las chicas del pueblo (apenas ayer). Esa fue la causa de la pelea. Hoy Andron estaba listo para su último viaje a Novgorod.

En el cuerpecito humano (dijo Cristóbal), como el sol en una gota de agua, se refleja la infinita sabiduría de Dios. Cada órgano ha sido pensado hasta el último detalle. El corazón, por ejemplo, nutre de sangre todo el cuerpo, y en él, como dicen, se concentran nuestros sentimientos, por eso se defiende con esperanza de las costillas. Los dientes rechinan y por eso son de hueso duro, la lengua reconoce el sabor, y por eso es blanda y porosa como una esponja, el oído tiene forma de concha, para captar los sonidos que vuelan. Por cierto, los oídos chirriantes (Christopher le puso el dedo en la oreja a Arseni) son señal de bofetadas. Pero también está el oído interno, que no se puede ver. Lleva los sonidos desde el oído externo hasta el cerebro, y el cerebro convierte los sonidos en habla. Las venas del ojo también van al cerebro, y todo el cerebro convierte las letras en palabras. Él es el rey de todo el cuerpo y es el más alto, porque de todos los seres terrenales sólo el hombre es racional y recto.

Su pensamiento incorpóreo, estando en el cuerpo, asciende al cielo y alcanza la perfección de este mundo. El espíritu representa los ojos del alma. Cuando estos ojos están dañados, el alma se vuelve ciega.

¿Qué es esa alma?, preguntó Arseni.

Es lo que Dios insufla en el cuerpo, es lo que nos diferencia de las piedras y las plantas. El alma nos da vida, Arseni. Lo comparo con la llama que sale de una vela terrenal, pero que no es de naturaleza terrenal, tiende a elevarse a los elementos de la misma naturaleza que ella.

Si el alma te da vida, significa que los animales también la tienen, ¿no?

Arseni señaló al lobo sentado a su lado.

Sí, los animales tienen alma, pero son de la misma naturaleza que sus cuerpos y están en su propia sangre. Y nota: hasta el diluvio, la gente no comía animales, perdonando sus almas, porque con el cuerpo del animal muere y su alma. Pero el alma del hombre tiene otra naturaleza que la del cuerpo, y no muere con el cuerpo, porque el alma humana es de otra cosa, y la gracia es insuflada del mismo Creador.

¿Qué significa para el cuerpo humano?

Nuestro cuerpo nace del polvo. Pero el Señor, que hizo el cuerpo del polvo, juntará nuestros cuerpos descompuestos. Que, ya sabes, sólo parece que el cuerpo se descompone sin dejar rastro, que se mezcla con otros elementos, convirtiéndose en tierra, río, hierba. Nuestro cuerpo, Arseni, es como el mercurio derramado, que se asienta en pequeñas bolas en el suelo, pero no se mezcla con la tierra. Se queda así hasta que alguien llega hábilmente y lo vuelve a reunir en el bote. Del mismo modo, el Altísimo vuelve a reunir nuestros cuerpos descompuestos para la resurrección de todos.

El esfuerzo de Christopher detuvo la descomposición del cuerpo de Andron por un tiempo. El cuerpo tenía un brillo mate y despedía un aroma a cedro. Era increíblemente blanco. Excepto por la cara y las manos largas hasta los codos, que habían conservado el color negruzco del pasado. Terminando de frotarlo con grasa de embalsamamiento, Christopher comenzó a envolver a Andron en tiras de tela. Los arrancó del trozo de tela que le habían traído, los empapó en grasa y los envolvió con fuerza sobre el cuerpo del difunto. Andron no ofreció resistencia. Sus párpados completamente cerrados la hacían lucir sarcástica y algo descuidada. Parecía estar riéndose de los esfuerzos del sudoroso Christopher. Por toda su apariencia, le parecía que llegaría a Novgorod de todos modos.

Christopher no miró la cara de Andron. Envolvió su cuerpo en tiras, atando fuertemente sus cabezas.

Una vez que empecemos a hablar del cuerpo, les contaré cómo nacen los bebés. Después de todo, ya no eres un niño, y es hora de que sepas que desde la caída de Adán y Eva, los humanos ya no son hechos por Dios, sino que están dando a luz a sus propios hijos. Pero luego mueren, porque con el don del nacimiento reciben también el don de la muerte. El bebé nace de la simiente del hombre y de la sangre de la mujer. La simiente del hombre da fuerza a los huesos y las venas, y la sangre de la mujer da a la carne su suavidad. La sangre, como saben, es roja y fluye a través de los vasos, y la semilla masculina está aquí (señalando los huevos grandes de Andron, Christopher los une a su

muslo), y es blanca.

Arseni sabía de qué color era la semilla, pero no se lo había dicho a Christopher. Se lo había contado al abad Nikandru en la confesión.

Mantenga sus manos en la cubierta, aconsejó el abad Nikandru.

Pero no estaba en casa, estaba en el cementerio, dijo Arseni.

No tiene nada que ver, siseó el abad. Incluso en el cementerio. Sólo allí yacen personas vivas.

Solo vi a los muertos.

Para Dios, todos están vivos.

Arseni apartó la cara.

Empecé a temer a la muerte.

El abad pasó la mano por el cabello de Arseni. Dijo:

Cada uno de nosotros repite el camino de Adán y, con la pérdida de la inocencia, se da cuenta de que es mortal. Llora y reza, Arseni. Y no le tengas miedo a la muerte, porque la muerte no es sólo el dolor de la separación. Es también el gozo de la liberación.

7

Arseni aprendió temprano a leer. Las cartas que Christopher le mostró las memorizó en pocos días, y en poco tiempo las resumió sin dificultad en palabras. Al principio estaba confundido de que en la mayoría de los libros las palabras no estaban separadas unas de otras, sino que eran una cadena continua. Arseni preguntó una vez por qué las palabras no se escriben una por una.

Bueno, ¿hablan uno por uno? Christopher le preguntó de nuevo. Pero te diré más. A veces ni siquiera importa cómo y por quién se dice la palabra. Sólo importa que se diga una vez que se piense.

primera y favorita lectura de Arseni fueron las notas de Christopher sobre la corteza de abedul. Y eso es por algunas razones. Las arboledas de abedules [4]se escribieron grandes y claras. No eran de gran tamaño. Eran los más legibles, porque estaban llenos de ellos. Y, más que eso, Arseni vio cómo se hacían.

En primavera, cuando la savia de los árboles se movía, Christopher estaba preparando la corteza de abedul. Lo pelaba muy bien de los troncos, en tiras anchas, que hervía durante unas horas en salmuera. Las conchas se volvieron blandas y ya no quebradizas. Después del procesamiento, Christopher cortó la

---

4 Aquí, los "libros".

cáscara en hojas iguales. Ahora podría usarse para reemplazar el costoso papel.

Christopher no tuvo tiempo de escribir. Podía escribir tanto por la mañana, como durante el día y por la noche. A veces, si le venía a la mente una idea de precio, se levantaba por la noche y la escribía. Así leyó Salomón en los libros: tuvo setecientas esposas, y trescientos pastores, y ocho mil libros. Tenga en cuenta sus propios comentarios: el décimo día de septiembre, Arseni perdió un diente. Significaba oraciones curativas, la composición de remedios, la descripción de hierbas, hechos sobre anomalías climáticas, señales meteorológicas y breves palabras de advertencia: Cuídese del silencio del marido malo así como evita el perro que muerde. En el interior de la concha rascó las letras con un bolígrafo de hueso.

Christopher no escribió porque tenía miedo de olvidar. Incluso en su vejez, no olvidó nada. Según le parecía, la palabra escrita ponía el mundo en orden. Detiene su inestabilidad. No permite que los significados trituren. Por eso el campo de interés de Christopher era tan amplio. Según el escritor, este campo debía corresponder a la inmensidad del mundo.

Las notas de Christopher generalmente se dejaban donde había estado: en el mostrador, en la estufa, en una pila de leña. No los recogía si caían al suelo, prediciendo vagamente que serían descubiertos culturalmente más tarde. Christopher había entendido que una vez escrita, la palabra permanecería así para siempre. Pase lo que pase después de eso, al estar escrita, esa palabra ya tenía consistencia.

Siguiendo por dónde se movía Christopher, Arseni ya sabía dónde buscar sus notas. A veces, en lugar de un montón descubierto, aparecía otro, aún más, el mismo día. A veces a Arseni le parecía que su abuelo era una gallina que llevaba huevos de oro, solo había que juntarlos. Por la mirada en el rostro de Christopher, el niño estaba aprendiendo a adivinar cuánto estaba escrito. Sus ojos fruncidos sugirieron que los herejes estaban enfurecidos en la siguiente fila. La expresión de alegría tranquila solía acompañar a los dichos narrativos. Si había alguna nota sobre la altura, el volumen y la distancia, Christopher, como había observado Arseni, se rascó la nariz pensativo.

El niño leyó en voz alta la corteza de roble. En la Edad Media, generalmente se leía en voz alta; En el peor de los casos, simplemente movió los labios. Arseni puso las notas que más le gustaban en una canasta. Si te ahogas con un hueso, llama a San Basilio. Basilio el Grande afirma que Adán había estado en el cielo durante cuarenta días. Él no era amigo de tu esposa y no serás quemado en la hoguera. La diversidad de los presentes cautivó la imaginación

del niño.

Pero el alcance de sus lecturas no se limitó a montones de corteza de abedul. Debajo de uno de los íconos, en el rincón sagrado, estaba *Alejandría, la* antigua historia de Alejandro Magno. Este libro había sido copiado una vez por Feodosi, el abuelo de Christopher. Yo, el pecador Feodosi, copié este libro en la memoria de los hombres intrépidos, porque sus obras no deben olvidarse. Así, en la primera página, Feodosi se dirige a sus descendientes. En la persona de Arseni había encontrado a su lector más agradecido.

Arseni dejó con cuidado el icono a un lado y tomó el libro del estante con ambas manos. Le sopló el polvo de la corbata y le pasó la mano por la piel ennegrecida. No es que estuviera lleno de polvo, pero así es como Arseni vio a Christopher haciéndolo. Entonces el chico agarró las cerraduras y las abrió, haciendo que el latón sonara silencioso. Aquí está, Feodosi… Bajo su firma estaba, hecho por su bisabuelo, el retrato de Alejandro. El héroe estaba sentado en una posición incómoda, con la corona real en la cabeza.

Alexandria, Arseni lo leía todo el tiempo. Lo leía sentado en un banco o acostado sobre la estufa, con las manos entrelazadas entre las rodillas o la cabeza apoyada en las palmas, mañana y tarde. A veces, por la noche, a la luz de la luna. Christopher no dijo nada: le gustaba que el chico leyera mucho. A las primeras palabras de *Alejandría,* el lobo se acercó a Arseni. Ella se acostó a sus pies y escuchó la historia inusual. Observó de cerca con Arseni los acontecimientos de la vida del rey macedonio.

Así, cuando llegó a Oriente, Alejandro descubrió allí gente salvaje. Estaban dos avergonzados, y sus cabezas (la mano de Arseni está sobre la cabeza del lobo) estaban despeinadas. Seis días después, en las profundidades de un desierto, el ejército de Alejandro se encontró con hombres extraños, cada uno con seis manos y seis piernas. Alejandro mató a muchos de ellos, pero se llevó a muchos vivos. Quería llevarlos al mundo habitado, pero nadie sabía lo que comía esa gente, y todos murieron. Las hormigas eran tan grandes en el suelo que una de ellas agarró un caballo y lo llevó a su guarida. Entonces Alejandro mandó que trajeran paja, que se encendiera el fuego y quemaran las hormigas. Pero luego, seis días después, Alejandro vio una montaña a la que un hombre estaba atado con cadenas de hierro. El hombre medía mil pies de alto y doscientos pies de ancho. Al verlo, Alexander se sorprendió, pero no se atrevió a acercarse a él. Y el hombre lloró en voz alta durante cuatro días más. Desde allí, Alexander llegó a una zona boscosa y vio a otras personas extrañas: arriba del medio, personas, debajo del medio, caballos. Cuando trató de traerlos al mundo habitado, un viento frío sopló sobre ellos y todos murieron.

Y Alejandro se fue de allí cien días, y llegó cerca de los confines del mundo.

Arseni cerró el libro que estaba leyendo en el cementerio, bajo los rayos del sol poniente. Aún no hacía frío. Las piedras, calentadas durante el día, irradiaban calor. Acostado en una lápida, el niño lo sintió en todo su cuerpo. La losa no tenía nombre.

¿Por qué no hay nombres en las tumbas?, preguntó Arseni una vez.

Porque son conocidos por el Señor, respondió Christopher. Y los nombres de los descendientes no les sirven de nada. Después de cien años, nadie recordará a quién pertenecieron. Sucede que son más de cincuenta. Si ni siquiera después de los treinta.

¿Es así como todos recuerdan, o solo en la libertad de Rukina?

Tal vez en todo el mundo. Pero especialmente en la libertad de Rukina. No hacemos criptas de mármol y no tallamos nombres, porque a nuestros cementerios se les ha dado el derecho de convertirse en bosques y llanuras. La cosa de la alegría.

¿Significa eso que nuestra gente tiene poca memoria?

Se puede decir así. Solo la memoria no debe ser demasiado larga. Eso, ya sabes, tampoco tiene sentido. Todavía tienes que olvidar algo. Recuerdo (Christopher señala una losa de piedra gris) que Eleazar Vetrodui yace aquí [5]. Era un buen hombre de corazón y rara vez podía hacer daño a nadie. Pero lo recordaría sin ella. Este hombre era un poco cojo y hablaba con voz ronca. Hablaba intermitentemente, permaneciendo en silencio de vez en cuando, por lo que su discurso era poco convincente. Sufría de hinchazón. Soplaba vientos aterradores, y le di infusión de manzanilla. Le di agua de eneldo y otros remedios para librarse de este problema. Y le impedí beber leche humeante por la noche. Pero, como tenía una vaca y le gustaba la leche fuera del camino, Eleazar la disfrutaba por las noches. Lo que hizo que tuviera gases en su útero. Y a Eleazar le gustaba tallar madera. Incluso mejor que él, nadie tallaba la libertad de Rukina, especialmente cuando se trataba de marcos de ventanas. Cuando trabajaba, roncaba. Dijo algo a medias, como para sí mismo. Se pasó la palma de la mano por los labios, como si detuviera su discurso. Parecía tener miedo de lo que estaba diciendo. Al menos no bajaste sin darte una explicación primero. Por ejemplo, hablaba de las propiedades de la madera, que en el pueblo sabíamos sin él: que el roble es duro y el pino es blando. Y, Arseni, lo creas o no, los marcos de sus ventanas están bien incluso ahora. A veces le preguntas a un joven: ¿quién es ese Eleazar? No responde nada. Pero incluso los mayores apenas pueden recordar, porque recuerdan

5 Silbato-viento.

descuidadamente, sin amor. Pero Dios lo recuerda con amor, ya su memoria no falta nada, por pequeño que sea, y no necesita su nombre.

Arseni yace sobre la losa caliente. Está acostado boca abajo, con *Alexandria* a su lado, cerrado. La cabeza amarilla de la pata del gallo toca su rostro. Ella le hace cosquillas y él sonríe. El lobo se mueve apenas perceptiblemente.

Eleazar, soplando un viento, suplica lentamente a Arseni. Al menos una vez. Esa debería ser tu señal desde allí.

Eleazar se ofende.

8

En los sofocantes días de julio, el abad Nektarie fue asesinado. El abad vivía en una ermita en el bosque, no lejos del monasterio. Por la mañana, los pájaros se posaban sobre sus hombros y les daba el pan recibido del monasterio. Antes de matarlo, lo torturaron, fingiendo encontrar dinero en él, pero Abbot Nektarie no tenía dinero. Solo tenía unos pocos libros. También se los llevaron, dejando el cuerpo atormentado del abad en el claro junto al monasterio. Los hermanos del monasterio encontraron su cuerpo al día siguiente y pensaron que estaba muerto. Pero en su cuerpo aún miraba al espíritu, solo para decir una palabra más: perdonar. Pero los malhechores, no teniendo paz en previsión del Juicio Final, todavía vagaban. Atacaron a los excursionistas solos y a las aldeas remotas, y nadie sabía qué aspecto tenían, porque nadie había escapado vivo de sus manos.

Una vez, sin embargo, mataron a un hombre que paseaba con un perro. Le quitaron la ropa y arrojaron su cuerpo al camino, pero el perro se quedó para cuidar a su amo. Y fue encontrado por un hombre misericordioso, que tenía un pub al costado de la carretera. Dijo una oración por el descanso del siervo de Dios, dijo el nombre de Dios y entregó el cuerpo desnudo a la tierra. El perro, viendo su piedad, fue tras él, y así se quedó, hasta su taberna.

Un día un hombre borracho intentó entrar al pub, y el perro comenzó a ladrar desesperadamente, no dejándolo entrar. Y cuando todo sucedió un par de veces, recordaron cuál era la historia del perro y sospecharon todo el mal.

Apresaron al hombre y lo pusieron a prueba. Arrojado al lago, amarrado, casi se ahoga, y todos pensaron que el procesado era, como él había dicho, inocente, pero al cabo de un momento apareció sobre el ondulante lago y empezó a nadar como si no hubiera pasado nada. . Gritó que el alcohol, que es más liviano que el agua, lo mantiene a flote, pero todos sabían que tenía un poder impuro.

Y como todos vieron que era culpable, le pusieron a prueba con el fierro

rojo, y él tampoco aguantó, porque por la forma en que le hicieron las quemaduras era claro que mentía. Pero cuando lo quemaron debidamente, dijo que los otros tres, en número de tres, se encontraban en un caserío abandonado, a cinco verstas de distancia. Les parecía uno solo, así que apuraron los cinco versos. Rodearon el pueblo para que nadie se fuera. En el primer encuentro, encontraron dos, incluidos los libros tomados del abad. Mientras los ataban, ni siquiera se dieron cuenta de que los habían matado. Y cuando regresaron, encontraron que el que había sido atrapado estaba muerto cuando intentaron. Y, siendo seres humanos, suspiraron de alivio, porque habían dado esperanza a los que habían muerto por el Juicio Final, si no para daros justificación (que sólo habían matado a un hombre santo), entonces por la indulgencia que , habiendo soportado su tormento aquí, para reducir su tormento allá.

Pero la cuarta travesura permaneció intacta. Los intentos por atraparlo continuaron, pero se vieron obstaculizados por el hecho de que no se sabía qué aspecto tenía y, en general, quién era.

¿Quién es él?, preguntó Arseni con tristeza.

Un ruso, quién más, respondió Christopher. Otros no parecen estar cerca.

Un día, al anochecer, vieron movimiento en el cementerio. Más bien, lo sintieron. Desde el país silencioso, se despidió de ellos. En un destello del crepúsculo, Arseni creyó ver la sombra de un hombre muerto. Pero Christopher lo instó a mantener la calma. El anciano sabía que para ser temido hay que temer a los vivos. Todo lo que le había sucedido hasta entonces se había derivado de ellos. Sin darle ninguna explicación a Arseni, le ordenó que saliera de la casa sin ser visto y que fuera al pueblo a llamar a la gente.

Vamos juntos, abuelo. No tienes que quedarte aquí.

No, respondió Christopher, encendiendo una luz [6]. Tengo que quedarme para no despertar sus sospechas. Ve tú, Arseni.

Arseni se ha ido.

Después de un minuto, reapareció en la puerta. Irrumpió como traído por una potencia extranjera. Este poder se le mostró inmediatamente a Christopher. Había una figura detrás de Arseni, y el anciano la reconoció al instante. fue la muerte Desparramaba el olor a cuerpo sin lavar y esa gravedad inhumana que hace nacer el horror en el alma. Que todo lo que está vivo siente. Por lo que detrás de las ventanas los árboles se descubren prematuramente. Y los pájaros caen. Con el rabo entre las piernas, el lobo se arrastró debajo del banco.

---

6 Viruta de madera colocada sobre un soporte.

El pajarito se preparó para el largo viaje, pero no voló muy lejos.

Dijo esto con voz ronca y desenganchada, rascándose lentamente la barba enmarañada. Dudó un poco, luego tiró del pestillo de la puerta. Se acercó a Christopher y sintió que se le cortaba la respiración.

¿Por qué estás tan asustado, *idiota* [7]?

¿No crees en Cristo? Christopher le preguntó en voz alta.

Vivimos en el bosque, rezamos por lo que sabemos. Esa es nuestra creencia. Pero todavía necesitamos dinero, *idiota.* Echar un vistazo.

de dónde soy contigo?

El intruso guiñó un ojo.

Bueno, eres *un idiota,* así que a partir de ahora pensarás que eres de la tierra. (Él sacó un cuchillo de su bota.) Te enviaré allí.

Te daré el dinero, pero ve con Dios. No le diremos a nadie sobre ti.

Bueno, no digas eso. (Sonrió con picardía. Se *puso* en pie de un salto y golpeó a Arseni con el mango del cuchillo. Arseni cayó .)

Movió su brazo imprudentemente.

El lobo saltó.

El lobo saltó y se colgó de su mano. Se colgó de su codo y apoyó sus patas en su cadera. Esa era la mano sin cuchillo. Su mano con el cuchillo se hundió varias veces en el pelaje del lobo, pero el lobo colgó. Apretó la mandíbula para siempre. Y luego cayó el cuchillo. Con un movimiento mecánico sin vida, su mano derecha se extendió hacia la izquierda. Agarró al lobo por el cuello y comenzó a separarlo de la carne doliente. El rostro del lobo se alargó, como si se hubiera quitado una máscara. Sus ojos se convirtieron en dos bolas blancas. Miraron hacia algún lugar del techo y reflejaron la astilla ardiente.

Christopher tomó el cuchillo de abajo, pero el que vino no quemó el cuchillo. Luchó por desprenderse del lobo, y al fin lo logró. ¿Qué quedó en la boca del lobo, un trozo de su camisa? ¿Carnoso? ¿De El? El lobo tampoco lo sabía. Se tumbó en el suelo y gritó sin desenredar sus colmillos. Solo que no era una mano, porque el que vino parecía haberse ido con su mano. Era como si algo estuviera colgando de su hombro, pero qué, ya no era comprensible. Colgaba como un látigo, reacio e inseguro: a Arseni le parecía que incluso podría caer. El recién llegado forcejeaba en la puerta y no podía salir. Christopher sostuvo todo su brazo y abrió el pestillo. Al salir, señaló con la cabeza el umbral superior. Salió al porche una vez más. Con pequeños pasos, susurró a través de las hojas de otoño. Ya no se escuchó. Perecer. Si ratones.

---

7 La palabra, que significa compatriota, conciudadano, proviene de *zemlia* - "tierra" (ruso).

Gloria a Ti, Dios Todopoderoso, por no dejarnos. Christopher se arrodilló e hizo la señal de la cruz. Se inclinó sobre Arseni. El niño yacía en el suelo, con el pelo y la mejilla manchados de sangre. La sangre en su cabello claro era particularmente intensa, incluso a la luz de la luz.

Solo se cortó una ceja, nada que temer. Christopher lo ayuda a ponerse de pie. Inmediatamente lo pegamos con plátano.

Espera, Arseni lo detuvo. Mira lo que pasa con el lobo.

El lobo yacía en un charco de sangre. No se mueve. Christopher abrió el hocico y sacó algo horrible. Sin señalar a Arseni, apretó el gatillo. Cuando Christopher regresó, la cola del lobo se movió.

En vivo, Arseni se regocijó.

¿Vive? Christopher, jadeando, examinó al lobo. No veo una larga vida en él. Solo signos de poco tiempo.

El lobo tembló levemente, con la cabeza apoyada en las patas.

Sálvalo, abuelo.

Christopher tomó el cuchillo y cortó la piel alrededor de las heridas. Después de calentar una mezcla de aceites medicinales, la colocó cuidadosamente sobre la carne picada. El lobo hizo una mueca, pero su cabeza no se levantó. Donde había cortado la piel del lobo, Christopher esparció hojas de roble trituradas. Cubrió los lugares con trozos de jamón caliente después de sentarse en el hielo y comenzó a envolverlos en tela. Arseni lo levantó un poco y Christopher le puso un paño debajo. El lobo no ofreció resistencia. Su cuerpo nunca había sido tan dócil. Los músculos ya no tenían flexibilidad. Sus ojos estaban abiertos, pero no reflejaban nada más que tormento.

Arseni calentó el horno y Hristofor trajo paja del almacén. Colocaron las pajitas cuidadosamente en la estufa y trajeron al lobo sobre ellas. El lobo miró el fuego sin pestañear. El fuego ya no le preocupaba.

Arseni sintió que no le quedaban fuerzas. Se sentó en el banco y apoyó las manos en él. Lo último que recordaba era el toque tranquilizador de Christopher poniendo una almohada debajo de su cabeza.

Por la mañana, cuando despertaron, el lobo ya no andaba huyendo. Un rastro de sangre se extendía desde el horno hasta la puerta, y de allí hasta el patio. Estaba perdido en el follaje resbaladizo que se pudría en el camino.

No pudo ir muy lejos, lo encontraremos. Arseni miró a Christopher. ¿Por que estas tan callado?

Se ha ido a morir, dijo Christopher. Así es en los animales.

Ante la insistencia de Arseni, fueron en busca del lobo. No sabían dónde mirar, y fueron al lugar donde lo habían conocido una vez. Fueron a otros

lugares conocidos por el lobo, pero no lo encontraron. El corto día de otoño se acercaba a la puesta del sol.

Ya estaba medio oscuro cuando vieron al que había venido la noche anterior. Les sonrió con la mandíbula caída y los brazos abiertos de bienvenida. No había nada natural en eso. Las huellas de la agonía se congelaron en sus brazos abiertos. Intento desesperado de levantarse. Arseni trató de no ver la horrible astilla en el lugar de su brazo izquierdo, pero su mirada se volvió implacable hacia el mismo lugar donde, debajo de su hombro, se veía el hueso. El brazo del lobo aplastado ya estaba comido. No cabía duda de que su aparición había terminado con la cena. Cuando Christopher se acercó al muerto, Arseni vomitó.

Ahora será más fácil para ti, dijo Christopher.

No hablaron hasta cerca de la casa. Cuando estaban cerca del cementerio, Arseni dijo:

No sé cómo se fue el lobo con esa tela. Que fue tan duro.

En serio, confirmó Christopher.

Arseni se agachó sobre el pecho de Christopher y rompió a llorar. Sus palabras salieron en voz alta. Como empujados, entrelazados y ruidosos. Rompiendo el silencio del cementerio.

¿Por qué fue a morir? ¿Por qué no murió entre nosotros los que lo amábamos?

Con su toque áspero, Christopher secó las lágrimas de Arseni. Ella lo besó en la frente.

De esta manera nos advirtió que en el último momento todos se quedan solos con Dios.

9

Por Pocrov, Christopher decidió confesarse en el Monasterio de San Cirilo. Aceptó ir con algunos aldeanos que vinieron a visitarlo. En la noche de la víspera de Pocrov, un carro vino detrás de Christopher y Arsenio. Había otras cuatro personas que iban al monasterio a celebrar. Con las palabras de saludo, cuatro chorros de vapor salieron de sus bocas. Además, no pronunciaron una palabra en el camino, manteniendo su palabra para la confesión que iba a seguir. Los cascos resonaron en el suelo helado como un eco de su silencio. La nieve helada crujía bajo las ruedas. La escarcha había caído el día anterior y el barro se había congelado como surcos y bultos, convirtiendo el camino en una tabla de lavar. Arseni podía oír sus dientes castañetear. Para no morderse la lengua, trató de apretar más la mandíbula. Ni siquiera sintió cuando se quedó

dormido.

Se despertó porque el carro se detuvo. Los bordes irregulares de las nubes estaban iluminados por la luna. Las cruces, al atravesar las nubes, las cortan en pedazos. Mirando los montículos oscuros de las cúpulas, Arseni pensó que nunca había visto edificios tan altos. En la oscuridad de la noche se veían aún más imponentes y misteriosos que el día. Esta era la casa del Señor. Con la luz de cientos de velas brillando en su interior.

Primero, los que venían adoraban a San Cirilo: hacía veintiocho años que lo habían matado, y ocho años que había pasado entre los santos. Después de colocar velas en el ataúd del piadoso, Christopher y Arseni regresaron en la penumbra. Desde allí escucharon el final de la vigilia. Desde allí vieron como el abad Nikandru salía por en medio de la iglesia y comenzaba a preparar a los que habían venido a confesarse.

Después de decir las oraciones, el abad sacó un pequeño cuaderno, titulado Los *pecados medianos de los laicos y los servidores de la iglesia* .

Los pecados pequeños no habían llegado al cuaderno y no se consideraban dignos de ser pronunciados en voz alta. (Arrepentíos de ellas por vosotros mismos, enseñó al rebaño, y no me molestéis. ¡Por esta tontería no podéis llegar a lo esencial!). Y el abad no registró los errores graves, por temor a que se perpetuaran. Pidió que se lo dijeran al oído y los enterró en ese oído para siempre.

La lista de errores medianos incluía llegar tarde al servicio de la iglesia o, por el contrario, salir temprano de la escuela. Durante el servicio: hable, camine por la iglesia, piense en otra cosa. Ayunar demasiado, reír hasta las lágrimas, insultos, bofetadas, guiñar el ojo, enmascarar, enmascarar y pesar al comprador, robar heno, escupir en la cara, patear, esparcir chismes, el juicio de un monje, la avaricia, la embriaguez, mirar los que se bañan. Arseni podía sentir sus ojos desorbitados, y la lista del abad apenas comenzaba.

Hacia la mañana, cuando cada uno de ellos se confesó, Arseni y Hristofor no tenían casi nada que agregar. Se vio que había sorprendentemente pocas situaciones de vida no previstas por el abad Nikandru. Después de confesar, demorándose un poco, Christopher miró a los ojos al abad.

¿Qué quieres leer en mis ojos?, preguntó el abad.

¿Qué ves por ti mismo, Padre?

Solo te diré que el número no son años. Y ni siquiera el lunes. Recibe esta noticia con tranquilidad, sin lloriquear, como corresponde a un verdadero cristiano.

Cristóbal asintió. En el otro extremo de la iglesia vio a Arseni, cansado,

sentado junto a una columna. El viento soplaba sobre las puertas que siempre se abrían, y el policando se balanceaba sobre la cabeza del muchacho. La llama de la vela tembló, se alargó, pero no se apagó. Cuando el viento empezó a mojarse, Christopher se dio cuenta de que al final de la noche hacía calor. Oía a lo lejos el canto de los gallos, pero más allá de los muros de la iglesia la oscuridad seguía creciendo, bellamente cortada por los rombos de la celosía.

10

Al regresar del monasterio, Christopher registró cuidadosamente la casa. Después de dos días, se trajeron vigas y tablones del pueblo, según lo solicitado.

Sosteniendo la armadura del techo con una protuberancia, Hristofor y Arseni cambiaron las vigas superiores, podridas por las lluvias y el vapor caliente. Hristofor miró las uniones entre las vigas y pisó los huecos con lino y músculos en varios lugares. Luego reemplazó las tablas opacas del piso por otras nuevas. Además del olor a hierbas, el olor a madera recién cortada se extendía por el pantano. Arseni tenía prisa por hacer lo que estaba haciendo Christopher, pero ayudó a su abuelo sin pedirle nada.

Cuando el crepúsculo se volvió pálido, Hristofor verificó el conocimiento de hierbas de Arseni. Donde necesitaba estar, corregía o completaba las respuestas, pero no había muchas oportunidades. Todo lo que le habían dicho, Arseni lo recordaba perfectamente.

Algunas noches, Christopher recogía sus libros y su gramófono. Algunos de ellos hojeaban rápidamente, pero algunos se detuvieron y leyeron, como si estuvieran pensando. Movió los labios. A veces se despegaba de la sábana y miraba fijamente la lámpara durante mucho tiempo. Arseni se sorprendió, pues en su casa la lectura se hacía generalmente en voz alta.

Quiero decir, ¿qué estás leyendo, Christopher?

Los libros de Abraham, no las Sagradas Escrituras.

Pero lee en voz alta, déjame escucharlo también.

Y Christopher estaba leyendo. Mientras el anciano apartaba *las rukopis* [8] de sus ojos, leyó cómo el Señor había enviado al Arcángel Miguel a Abraham.

Sr. Portavoz:

Dile a Abraham que es hora de seguir adelante.

El Arcángel Miguel fue a Abraham y regresó.

Esto no es fácil de decir acerca de la muerte de Abraham, el amigo de Dios.

---

8 El manuscrito.

Y aconteció mientras tanto, que Isaac soñó con Isaac hijo de Abraham.

Ábreme, papá, quiero ver que todavía estás aquí.

Y cuando Abraham abrió la puerta, Isaac se arrojó sobre su pecho, llorando y besándolo. Y el Arcángel Miguel, que había pasado la noche en casa de Abraham, los vio llorando y llorando con ellos, y sus lágrimas eran como piedras. Christopher también estaba llorando. Arseni lloraba, viendo brillar la tinta en las gotas de las lágrimas de Christopher.

Y el Señor Miguel Arcángel le mandó adornar la Muerte que iba a Abraham con gran hermosura. Y vio Abraham la muerte del Señor, y tuvo miedo.

Por favor, dime quién eres. Y orad, apartaos de mí, porque mi alma está cansada de mi vida. No soporto tu gloria y veo que tu belleza está fuera de este mundo.

Por la noche, cuando el niño ya dormía, Cristóbal escribía sobre la corteza de aquellas plantas que hasta entonces no había revelado a su nieto por su corta edad. Escribió sobre las hierbas que hacen las luciérnagas y sobre las hierbas que fomentan los pensamientos en la cama. Sobre eneldo, espolvoreado sobre hemorroides, *ajenjo* contra hechizos, cebolla triturada para mordeduras de gato. Sobre la *planta del papagayo,* que crece donde está el suelo (para llevar donde quieras pedir dinero o pan; si pides la parte masculina, ponla en el pecho derecho, si pides la parte femenina en el pecho izquierdo; esta hierba debajo de sus pies y la sacude). Bebe *té de lavanda para tentar la tentación y los sueños perdidos.* Para comprobar la virginidad - agua en la que dejaste ágata durante tres días: bebiendo agua de ágata, el que perdió su virginidad no guarda esa agua en ella. La turquesa que llevas contigo te protege del asesinato, porque esta piedra nunca se ha visto en un hombre asesinado. Una piedra del vientre del gallo voltea las tierras tomadas por el enemigo. A las mujeres que usan un imán les gusta. El oro polvoriento y tragado cura a los que les hablan solos, y se preguntan y responden por sí mismos y se apoderan de lo feo. Seca el pulmón del jabalí, tritúralo y tíralo al agua; el que beba de esa agua no se emborrachará. Eso es todo.

Una mañana de diciembre de 1455, Cristóbal, a pesar de su costumbre, no se levantó de la cama. Se levantó un poco y se sentó sobre el hueso, pero no tenía fuerzas para seguir adelante. A los que acudían a él por todo tipo de necesidades, Christopher les decía:

No me hables del mundo, porque ya no estoy del lado de los vivos. Mis miembros me han abandonado, y esto solo anuncia la muerte del Salvador y el Juicio Final del Salvador de la era venidera.

Y los recién llegados se fueron.

Alrededor del mediodía, Arseni ayuda a Hristofor a salir de la necesidad. Solo entonces se dio cuenta de que el anciano apenas podía caminar. Pasando un brazo de Christopher por encima de su hombro, Arseni lo arrastró por el patio. Las piernas de Christopher se enredaban flojamente. Como de costumbre, siguieron moviéndose. Estaban recogiendo nieve recién caída. Volviendo, Arseni preguntó:

¿Qué puedo darte, abuelo?

Déjame caminar, cariño. Christopher se sentó en cuclillas en el borde de la cama. Déjame caminar.

Vete a la cama, abuelo.

Si me acuesto, me muero a esa hora.

No te mueras, abuelo, me quedo solo en el mundo entonces.

Por ti, cariño, me muero de miedo. Mi corazón se rompe y me cuesta dejarte, pero como dice el profeta, dejo mi dolor al Señor. A partir de ahora, Él será tu abuelo. Que me voy de este mundo, Arseni. Cura a la gente con hierbas y aliméntalos. Pero es mejor que vayas al monasterio, sé la vela del Señor allí. ¿Me escuchas?

No te mueras, abuelo. No te mueras… Arseni respiró hondo y se ahogó.

¿Qué puedo hacer, gritó Cristóbal con todas mis fuerzas, si muero, cómo voy a bajar la cabeza?

Te apoyo, abuelo.

Durante tres días y dos noches, Christopher se sentó en la cama, con un pie en el suelo y el otro extendido sobre el banco. Arseni lo ayudó a sentarse así. Con su espalda apoyó la espalda de su abuelo y con el corazón de su abuelo hizo latir su corazón. Le hizo dejar de soplar tan a menudo. El niño se alejó solo unas pocas veces, para tomar un sorbo de agua y salir cuando lo necesitaba. Al tercer día, el abad Nikandru salió del monasterio y ordenó a Arseni que saliera. Se sentó con Christopher durante bastante tiempo. Al irse, vio cómo Arseni apoyaba a Christopher. Dijo:

Déjalo en paz, Arseni. Que no se atreve a irse por tu culpa.

Pero Arseni simplemente apoyó aún más la espalda de su abuelo.

Quédate despierto con él hasta la medianoche, dijo el abad, y luego déjalo.

Alrededor de la medianoche, Arseni pensó que era más fácil para Christopher. Y que ya no respira tan fuerte. Vio la sonrisa de su abuelo, preguntándose si podría verlo desde atrás. Observó con alivio cómo su abuelo caminaba por la habitación y tocaba a los inmortales que colgaban en un rincón. Eso hizo que toda la hierba que colgaba bajo el techo se balanceara. Acariciando en su mejilla al niño que dormía, Cristóbal le dijo al Señor:

Pongo mi alma en Tus manos, ten piedad de mí y dame vida eterna. Amén.

Hizo la señal de la cruz, se acostó con su sobrino y cerró los ojos.

Arseni se despertó muy temprano. Miró a Christopher, que estaba acostado a su lado. Sacó todo el aire de su pecho y gritó.

Al escuchar el grito en el monasterio, el abad Nikandru le dijo a Arseni:

No tienes que gritar tan fuerte, se acabó.

Al escuchar su grito en el pueblo, la gente dejó las preocupaciones del día y la llevó a la casa de Christopher. Sus cuerpos curados guardaban el recuerdo de sus buenas obras.

Y el primer día comenzó sin Cristo, y en la primera mitad de ese día Arsenio lloró. Miró a los aldeanos que venían con el rostro bañado en lágrimas. Aturdido por el dolor, en la segunda mitad del día Arseni se durmió.

Ya era de noche cuando despertó. Recordó que Christopher se había ido y se echó a llorar de nuevo. Christopher estaba acostado en el banco y había una vela sobre su cabeza. Otra vela encendió el Libro Eterno, que había estado en el estante hasta entonces. La vela la sostenía el abad Nikandru. Estaba de espaldas a Christopher y Arsenio y estaba leyendo el Libro de los iconos con voz sorda.

-Mira, lee -dijo el abad sin volverse-, y yo dormiré un poco. Y sé bueno, ahora deja de llorar, por favor.

Arseni tomó la vela de la mano del abad y se paró frente al Libro. Por el rabillo del ojo vio que, empujando ligeramente a Christopher, el abad se sentó en el banco. Los versos de los salmos seguían flotando ante sus ojos y su voz no se oía. Arseni se aclaró la garganta y comenzó a leer. Pisarás el áspid y la vasija y pisotearás al león y al dragón. Arseni leyó y pensó que quizás Cristóbal había sido predestinado para hacer estas cosas. Arseni se dirigió al abad Nikandru:

¿Qué es ese basilisco?

Pero el abad estaba dormido. Había dormido al lado de Christopher, y ambas manos estaban sobre su pecho. Sus narices brillaban débilmente a la luz de las velas. Ambos estaban igualmente inmóviles, y ambos parecían muertos. Pero Arseni sabía que solo Christopher estaba muerto. La mortificación temporal de Nikandru fue una manifestación de solidaridad. Para apoyar a Christopher, había decidido dar los primeros pasos hacia la muerte con él. Porque los primeros pasos son los más difíciles.

11

El funeral de Christopher fue al día siguiente. Cuando arrojaron tierra sobre

la tumba, el abad Nikandru dijo:

Después de pasar los días de su vida en la casa al lado del cementerio, pasará los días de su vida en el cementerio al lado de la casa. Estoy seguro de que tal simetría solo puede complacer al difunto.

El cementerio estaba en silencio. Desde la última plaga rara vez fue visitada: los que antes venían aquí estaban ahora en otros lugares. Con la mudanza de Christopher aquí, la tranquilidad del cementerio se convirtió en algo que lo abarcaba todo.

Después del funeral, en agradecimiento, los aldeanos llamaron a Arseni para que se mudara con ellos, pero él se negó.

El recuerdo de Cristóbal, dijo, debe quedar donde estuvo su última morada, la cual hizo lo mejor que pudo. Aquí cada pared, les dijo, conserva el calor de sus ojos y la dureza de su tacto. Entonces, te pregunto, ¿cómo puedo salir de aquí?

No lo convencieron. En cierto modo, era más fácil para todos quedarse en la casa de Christopher. Así se conservó la conocida morada del curandero, a la que estaban acostumbrados. Al seguir dando los medicamentos necesarios desde la casa de Cristóbal, Arseni pasó a ser, a los ojos de la gente, desapercibido, Cristóbal. Y el mismo camino que los aldeanos tuvieron que tomar para obtener su medicina fue compensado por el pleno entendimiento de que todo continuaría como antes.

Esto de repente simplificó la relación entre el médico y sus pacientes. Tanto hombres como mujeres se desvistieron frente a Arseni con la misma facilidad que antes de desvestirse frente a Christopher. A veces, a Arseni le parecía que las mujeres hacían esto incluso más fácilmente que los hombres, y luego se sentía avergonzado. Al principio les tocaba la carne con la yema de los dedos, pero al cabo de un rato -porque todavía era una carne enferma- ponía toda la palma sobre ella sin tocarla, y si era necesario la apretaba y amasaba.

La ciencia de poner la mano, para aliviar un poco el dolor poniendo la mano, trajo el primer apodo a Arseni: Rukineț. De hecho, el apodo era propio de esos lugares. Así llamaban los extranjeros a la gente de Rukina. La gente desde lejos solía decirle lo mismo a Christopher.

Para los aldeanos, este apodo no tenía sentido, porque todos eran rukinets. Fue diferente con Arseni. Incluso en su pueblo, comenzaron a percibirlo como Rukinet. Era una forma de otorgarle la ciudadanía honoraria, tal como el nombre de su amado Alejandro: el Macedonio. Pero cuando la fama de las maravillosas manos de Arseni llegó a tierras donde nunca se había oído hablar de la libertad de Rukina (y estas eran las más), el apodo volvió a perder su

significado. Y luego comenzaron a llamar a Arseni el Sanador.

Las palmas plenas del niño adquirieron nobles contornos en el adolescente Arseni. Sus dedos estaban alargados, sus articulaciones sobresalían ligeramente y las venas que antes no se veían se apretaban debajo de su piel. Los movimientos de las manos se volvieron suaves, los gestos, expresivos. Eran las manos de un músico al que se le había dado el más asombroso de los instrumentos: el cuerpo humano.

Al tocar el cuerpo del paciente, las manos de Arseni perdieron su materialidad, como si fueran un flujo. Tenían algo elástico, algo refrescante. Habría sido difícil para quienes acudieron a Arseni en sus primeros años saber si sus toques eran curativos, pero incluso entonces estaban convencidos de que estos toques eran agradables. Acostumbrados a que el tratamiento suele ir acompañado de la enfermedad, tal vez estas personas dudaron en el fondo de su alma del beneficio de un efecto placentero. Sin embargo, eso no lo detuvo. En primer lugar, Arseni se ocupó de los mismos procedimientos con los que Christopher se había ocupado antes, y el número de sus fracasos evidentes no fue mayor. En segundo lugar (y este fue probablemente el principal), los aldeanos simplemente no tenían otra opción. Siendo así, podría preferirse un trato agradable con la conciencia tranquila a uno desagradable.

En cuanto a Arseni, también le importaba el encuentro con el pueblo. Además del dinero, no mucha gente le traía pan, miel, leche, queso, guisantes, carne seca y más, lo que evitaba que tuvieran que preocuparse por la comida. Pero eso, el hecho de que le proporcionaran comida, no era todo. Lo más importante fue la comunicación, se lo facilitó a Arseni.

Después de recibir la ayuda por la que vinieron, los enfermos se quedaron. Le hablaron a Arseni de bodas, funerales, diezmos y cosechas. Sobre quién más había venido al pueblo y hacia dónde iban. Sobre Moscú y Novgorod. Sobre los príncipes de Belozersk. Sobre la seda china. Se dieron cuenta de que todavía querían hablar con él.

Con la muerte de Christopher, de repente se vio que, en realidad, Arseni no tenía con quién hablar. Christopher había sido su único pariente, su único amigo y el único hombre con el que hablaba. Durante muchos años, él había llenado toda su vida. La muerte de Christopher había convertido la vida de Arseni en un páramo. La vida parecía permanecer, pero nada la llenaba. Cuando se desnudó, la vida había perdido tanto peso que Arseni no se preguntó si una ráfaga de viento la llevaría por encima de las nubes y tal vez la acercaría a Christopher. A veces, a Arseni le parecía que eso era lo que quería.

El único vínculo con la vida era para Arseni, la gente que venía. Su

aparición, sin duda, lo agradó. Pero no disfrutó de la visita en sí, ni siquiera de la oportunidad de hablar. Arseni sabía que los enfermos veían en él a Cristóbal, pues su llegada siempre fue como una prolongación de la vida del abuelo. Encerrándose en el desierto, Arseni empezó lentamente a sentir al propio Cristóbal, y esta identificación fue percibida en silencio por quienes acudían.

A pesar de que valoraba este contacto, Arseni no era muy hablador con sus visitantes. Esto fue quizás una consecuencia del hecho de que todas sus palabras estaban en conversación con Christopher. Estas discusiones tomaron la mayor parte del día y se llevaron a cabo de varias maneras.

Lo primero que hizo Arseni por la mañana, después de levantarse de la cama, fue ir al cementerio. Eso sí, "ir" es una expresión exagerada: para llegar al cementerio sólo tenía que atravesar la valla de la casa. Esta cerca era común con la cerca del cementerio, y ha habido una laguna en ella desde tiempos inmemoriales. Christopher fue enterrado justo al lado de la puerta. No queriendo salir de casa después de su muerte, había indicado su lugar de descanso durante su vida, y ahora no se arrepentía. No solo sabía todo lo que estaba pasando en la casa, sino que casi estaba en ella. Casi porque, recordando la relatividad de la muerte, Christopher se había dado cuenta de que los vivos y los muertos estaban predestinados a ser separados.

El momento más duro fue para Arseni por la tarde. No podía acostumbrarse a que su abuelo no estuviera junto al horno. El brillo de fuego en su rostro arrugado y cejas pobladas parecía tan viejo como el fuego desde el principio. Este brillo era una característica del fuego, algo que era inseparable del horno, por lo que, de hecho, no tenía derecho a desaparecer.

Lo que le había sucedido a Christopher no significaba la ausencia de lo desconocido. Significaba la ausencia del que yacía a su lado. Cuando hacía frío, Arseni echaba una piel de oveja sobre el montículo a modo de cobijo. Sabía, por supuesto, que en su estado actual, Christopher no sentía frío, pero la idea de que su abuelo no tuviera calefacción hacía que Arseni no pudiera soportar quedarse en la casa con calefacción. Lo único que salvó su velada fue leer la gramática de Christopher.

Salomón dijo: Mejor es vivir en el desierto que vivir con una mujer rencillosa, lánguida y rápida para la ira; Filón dijo: Un hombre justo no es el que desobedece, sino el que podría obedecer pero no quiere; Sócrates vio a su amigo apresurándose hacia unos artistas para clavar su rostro en la piedra y le dijo: estás buscando hacer que una piedra se parezca a ti, pero por qué no te cuidas de no parecer una piedra; El rey Felipe puso a uno a juzgar con los

jueces, pero cuando supo que se estaba tiñendo el pelo y la barba, lo sacó del juicio, diciendo: Si no eres de buena fe contigo mismo, ¿cómo puedes ser de buena fe? con con juicio; Salomón dijo: No puedo entender tres cosas, ni siquiera cuatro: la estela del águila en el cielo, los caminos de la serpiente sobre la roca y el camino de la nave que se hace a la mar, y los caminos del hombre en su juventud. Eso es lo que Salomón no entendió. Eso no es lo que Christopher entendió. Como ha demostrado la vida, Arseni tampoco entendió eso.

12

A principios de febrero ya olía a primavera. La nieve aún no se estaba derritiendo, pero la proximidad de la primavera del norte era evidente. Los graznidos de los pájaros se habían vuelto muy penetrantes en la primavera, y el aire estaba lleno de una suavidad ajena al invierno. Brillaba con una luz que ya no se veía en aquellas tierras donde el otoño llegaba a su fin.

Cuando moriste, le dijo Arseni a Christopher, ya estaba oscuro en la naturaleza. Y ahora es luz otra vez, y estoy llorando que no puedes ver. Lo más importante, los cielos se han levantado y se han vuelto azules. Y hay algunos cambios que les iré contando a medida que avance. De hecho, puedo describirte algunas cosas ahora mismo.

Arseni quería continuar, pero algo lo detuvo. fue una mirada Podía sentirlo, pero todavía no podía verlo. La mirada no era pesada, era más bien hambrienta. En gran medida - infeliz. El lamer detrás de unas lápidas lejanas. Siguiendo su dirección, Arseni vio un vestido y un corte rojizo.

¿Quién eres?, preguntó.

Soy Ustina. Se levantó y miró a Arseni en silencio durante un minuto. Quiero comer.

El olor a gusano venía de Ustina. Su ropa estaba sucia.

Venir. Arseni los señaló.

No puedo, respondió Ustina. Son de lugares donde está la peste. Dame algo de comer y déjame. Cuando te vayas, me lo llevaré.

Vamos, dijo Arseni. De lo contrario, te congelarás.

Unas grandes lágrimas rodaron por las mejillas de Ustina. Podían verse desde lejos, y Arseni estaba asombrado por su tamaño.

Ayer no me dejaron entrar al pueblo. Dijeron que traía la peste conmigo. ¿No le tienes miedo a la peste?

Arseni se encogió de hombros.

Mi abuelo murió, ahora hay pocas cosas que temo en todas las cosas es la

voluntad del Señor.

Ustina entró sin levantar la vista. Cuando se quitó el abrigo roto, quedó claro que hacía muchos días que no lo hacía. El olor de un cuerpo sin lavar se extendió como la pólvora. Cuerpo de mujer joven. El olor persistente solo fortaleció su juventud y feminidad, concentrándose en él al máximo y en ambos. Arseni se sintió inquieto.

La cara y las manos de Ustina eran solo pieles. Arseni sabía que no cambiarse de ropa también conduce a lesiones corporales. Necesitas recuperar tu cuerpo en forma. Puso una olla grande de tierra en el horno con agua. En aquellos días lejanos, nada se hacía *con* fuego: se hacía *con* fuego. Para eso fue diseñado el horno.

Ustina se sentó en un rincón, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Miró al suelo, donde había heno cubierto de hollín. Sus cicatrices parecían ser la continuación de su heno: negras y amontonadas. Y ni siquiera eran ropa, parecían algo que no era para un ser humano.

Cuando comenzaron a acumularse ampollas en la superficie del agua, Arseni tomó el tenedor más grande y con cuidado (con la punta de la lengua en el labio) sacó la olla del horno. Y poniendo un alfarero en medio de la cámara, echó en él agua fría. Luego agua caliente de la olla. Puso un poco de lejía de *la hierba de Enoch,* mezclada con hojas de arce. Colocó una taza de agua fría para enjuagar a su lado.

Lávate, si quieres.

Fue a la habitación de al lado, frío, y cerró la puerta detrás de él. Ustina acarició sus cabellos. Arseni lo escuchó entrar con cuidado en la choza y golpear la pared con su cuchara. Escuchó el sonido del agua. Ruido en su propia cabeza. Apoyó la espalda contra la pared brumosa y se sintió aliviado. Sacándole el aire durante mucho tiempo, observó cómo el vapor se derretía lentamente en el aire.

Qué ponerme, preguntó Ustina desde detrás de la puerta.

pensó Arsenio. No había nada femenino en su casa y la de Christopher. La ropa de la difunta esposa de Hristofor había llegado a manos de la madre de Arseni, pero tras la peste todo tuvo que ser quemado. De espaldas a Ustina, Arseni entró en la habitación y abrió el baúl. Algunas de las cosas de arriba se pusieron en la contraportada. Encuentra lo que está buscando. Asimismo, sin mirar a Ustina, sacó su camiseta roja. Él también se sonrojó. Como todas las personas de cabello claro, se sonrojó levemente.

Ustina puso sus brazos alrededor de sus mangas, y la tela descansó suavemente sobre sus hombros, la ropa que usaba antes Arseni ahora usaba

un cuerpo tan diferente. Esta fue su extraña fusión. Arseni no sabía si ambos sentían lo mismo.

La camisa resultó ser larga de Ustina, y se arremangó. En el baúl abierto vio un trozo de tela de lino.

¿Puedo?

Por supuesto.

Sobre su camisa, envolvió su tela alrededor de su cintura y caderas. El resultado fue un *ataque de pánico* [9]. Lo ató con una cuerda que encontró en el baúl. Miró a Arseni. Él asintió y sintió la ternura que lo invadía mirar en sus ojos. Miró hacia abajo y se sonrojó de nuevo. Por lástima de la chica delgada y pelirroja que le había puesto la camisa, un nudo se movió en el cuello de Arseni. Pensó que nunca había sentido tanta pena por nadie.

Si lo olvidé. Si lastimas tu cuerpo, muéstramelo.

Ustina se apartó el cuello de la camisa y mostró una herida en el cuello. Después de un momento de vacilación, desabrochó un botón y mostró una herida en su axila. Arseni inspiró el olor de su piel. Las heridas eran pequeñas. Sabía que había que secarlos un poco. Acercándose a un estante con un montón de jarras atadas con trapos, pensó por un minuto. Encontró una jarra de corteza de sauce. Roció un poco sobre un parche limpio y lo empapó en vinagre. Lo aplicó una por una a las heridas. Ustina se mordió el labio.

Se paciente porfavor. ¿Tienes otras lesiones?

Tengo, pero no puedo mostrarlos.

Arseni le entregó el parche.

Vamos, úngete, no estoy mirando. Y se volvió hacia el horno.

Los trapos de Ustina yacían cerca del horno, y su acercamiento al fuego decidió las cosas. Sin decir una palabra, Arseni los tiró al horno. Fue un gesto natural, y lo hizo. Pero había algo irreversible en él. Como en un cuento de hadas que había escuchado de Christopher. Al ver como la ropa vieja se envolvía en llamas, Arseni pensó que ahora Ustina usaría su camiseta todo el tiempo. También pensó que ella era realmente como él.

Le dio a Ustina pan con kvas y sintió que sus labios tocaban su mano.

"Ahora todo se trata de la comida", dijo Arseni, apartando la mano.

Quería agregar algo más, pero sintió que su voz no podía ser escuchada.

No había comida caliente en la casa, porque Arseni no cocinaba nada. En su día, Crisóforo le había enseñado a hacer cosas simples, pero una vez que su abuelo se fue, a Arseni le pareció que no tenía sentido. Ustina luchó por comer sin prisa, pero no lo logró. Arrancó pequeños pedazos de los bordes y

---

9 Elemento del traje popular ruso.

se los metió lentamente en la boca. Se los tragó casi sin masticar. Arseni miraba a Ustina y podía sentir su beso en su mano.

De un saco sacó granos enteros de avena, pelados. Echó agua y las metió en el horno.

Para la cena decidió darse un festín con la cuajada de Ustina.

Todos murieron en nuestro pueblo, dijo Ustina, y yo era el único que quedaba. Y estoy muerto de miedo. ¿No tienes miedo?

Arseni no respondió.

Ustina de repente comenzó a cantar en voz alta, fuerte:

El alma de cuerpo blanco se separó,
perdóname, mi cuerpo blanco *(respiró hondo),*
tu cuerpo debe ir a la tierra mojada,
que el polvo mojado sea tu tumba *(una vena se te ha hinchado en la garganta),*
alimenta a los lobos de los lobos.

En silencio, Ustina lo miró con calma. Como si no hubiera cantado. Ella no apartó los ojos de él. Su cabello seco y despeinado era como una luz esponjosa alrededor de su cabeza. Tu pelo es como un rebaño de cabras que bajan de los montes, de Galaad, en aquellos tiempos olvidados, el pelo estaba más revuelto que ahora, porque solía estar cubierto. Era un detalle casi íntimo.

Mirando a Ustina, Arseni no miró hacia abajo. Le sorprendió que no les resultara difícil sostener la mirada del otro. Que el hilo que se había tendido entre ellos estaba por encima del sentimiento de vergüenza. Admiró la luz roja. Mientras que en la clavícula el hilo de lino de la cruz subía y bajaba al ritmo de la respiración. Era lo único que le quedaba a Ustina.

Por la noche comieron la cuajada hervida de Arseni con aceite de linaza. Sosteniendo las copas de barro sobre sus rodillas, se sentaron junto al hogar. Esta fue la última vez que se había sentado así con Christopher. Arseni echó un vistazo a la luz que jugaba en su cabello como llamas. Ahora estaba tejido en una cola de caballo y se veía completamente diferente. Llevando la cuchara de madera (tallada por Christopher) a su boca, Ustina frunció los labios. Fue como un beso. Un beso para Cristóbal. Arseni recordó cómo se tallaban estas cucharas: todo el invierno, todo cerca del horno. Cuando volvió a mirar a Ustina, estaba dormida.

Con cuidado tomó el tazón y la cuchara de su mano. La niña no se

despertó. Se sentó, como si estuviera inquieta, como si hubiera superado un camino difícil en sueños, conocido solo por ella. Arseni sentó a Ustina en el banquillo. Tratando de no despertarla, la levantó lentamente de la silla y se preguntó qué tan ligera era. Su cabeza descansaba sobre el brazo de Arseni. Para sostener su cabeza, levantó su codo. A través de su piel clara, vio las venas de sus sienes. Puedes oler sus labios. Tus labios son como un hilo de ladrillos. Presionó su mejilla contra su frente. Se tumbó suavemente en el banco y la cubrió con su abrigo.

Arseni estaba sentado a la cabeza de Ustina y la observaba. Primero se sentó con las manos cruzadas sobre el pecho, luego con la barbilla apoyada en la palma de la mano. De vez en cuando, el rostro de Ustina se estremecía levemente. De vez en cuando, gritaba. Arseni le pasó la palma de la mano por la cara y ella se calmó.

Duerme, duerme, Ustina, susurró Arseni.

Y Ustina dormía. La tela debajo se había arrugado. Su mejilla tocó la madera del banco. Arseni levantó la cabeza con cuidado para enderezar los pliegues. Sin despertar, Ustina tomó la palma de Arseni y se la puso debajo de la mejilla. Tuvo que agacharse y apoyar su mano derecha con la izquierda. Después de unos minutos, sintió que le dolían la espalda y los brazos, pero eso lo hizo feliz. Le parecía que su pequeño sufrimiento formaba parte de la carga de Ustina. Ni siquiera se dio cuenta cuando se quedó dormido.

Se despertó cuando sus pestañas le hicieron cosquillas en la palma de la mano. Ustina estaba con los ojos muy abiertos. En ellos brillaban los reflejos de las brasas del horno. La palma de Arseni estaba mojada por las lágrimas. Tocó los párpados de Ustina con los labios y los sintió salados. Ustina se movió, como haciéndole un lugar:

Tenía miedo en la oscuridad.

Se sentó a su lado y ella apoyó la cabeza en sus rodillas.

Quédate conmigo, Arseni, mientras duermes.

A través de la bata, podía sentir su cálido aliento, saliendo con las palabras.

Me quedo contigo mientras duermes.

No tengo a nadie más que a ti. Quiero abrazarte fuerte y no soltarte.

Yo también quiero abrazarte, porque soy feo solo.

Y se acostó junto a ella.

El fue a la cama. Se abrazaron y se quedaron tanto tiempo. Tenía un ligero temblor, aunque sólo era sudor. Y su sudor se mezclaba con el de ella. Y luego su carne entró en la carne de ella. Por la mañana vieron que la lona se había puesto roja.

13

Para Arseni, comenzó una nueva vida, llena de amor y miedo. Amor por Ustina y miedo a desaparecer tan inesperadamente como había aparecido. No sabía a qué le tenía miedo: huracán, relámpago, fuego o un mal olvido. Tal vez todo en un solo lugar. Ustina era como su amor por ella. Ustina era amor y el amor era Ustina. Lo llevó como una vela a través de un bosque oscuro. Tenía miedo de que miles de criaturas codiciosas de la noche se abalanzaran sobre esta llama y la extinguieran con sus alas.

Podía mirar a Ustina durante horas. La tomó del brazo y, levantándose lentamente la manga, sintió los cabellos dorados apenas visibles con sus labios. Apoyó la cabeza en sus rodillas y pasó la yema del dedo por la delgada línea entre el cuello y la barbilla. Estaba probando su lengua con su lengua. Le quitó con cuidado el pañuelo de la cabeza y le extendió el cabello. Ella lo tejió en una cola. Lo volvió a extender y el peine pasó lentamente a través de él. Imaginó que su cabello era un lago y su cabello un bote. Deslizándose por el lago dorado, se vio a sí mismo en ese peine. Se sentía como si se estuviera ahogando y tenía mucho miedo de ser rescatado.

No le mostró Ustina a nadie. Cuando escuchó un golpe en la puerta, le arrojó el abrigo a Christopher y la envió a la otra habitación. Miró rápidamente al banco en busca de cosas que pudieran traicionarla. Pero no había tales cosas. Realmente no había nada femenino en la casa de Hristofor y Arseni. Después de asegurarse de que la puerta se cerrara herméticamente detrás de Ustina, abrió la puerta principal.

Ustina se sentó en silencio en la habitación contigua y Arseni examinó a los pacientes. Sus tratamientos se habían acortado, cosa que no escapaba a los que acudían. Arseni ya no animaba el estado del habla. Sin decir una palabra, buscó y tocó la carne enferma. Escuchó atentamente de qué se quejaban y administró sus remedios. Solo tomó tanto como pudo. Cuando hubo dicho todas las palabras médicas, miró al invitado que esperaba. Relacionando esto con el hecho de que el Sanador estaba cada vez más ocupado, los pacientes le mostraban más y más respeto.

Nadie sabía de Ustina. Por fuera apenas se le veía, y por fuera, a través de las ventanas cubiertas de ampollas de buey, no se veía nada. Francamente, no se podía ver nada dentro de ellos. Entonces, incluso si alguien decidiera echar un vistazo a la ventana de Arseni, no descubriría mucho. Pero nadie está mirando.

En una fila, mientras estaba con un hombre que sufría de impotencia

masculina, Ustina estornudó detrás de la pared. Lentamente, pero estornudó, porque la habitación aún estaba fría. El paciente miró asombrado a Arseni y le preguntó qué era el ruido. Arseni respondió con una mirada perpleja. Le sugirió al hombre que no se desviara de su problema, de lo contrario nunca podría deshacerse de él.

Nunca, Arseni se fortaleció y le aconsejó que comiera más zanahorias.

Al pasar, el anfitrión dio un paso deliberadamente ruidoso, pero Ustina no estornudó. Luego, cuando entró, Arseni le pidió que estornudara con la cabeza en el pelaje, porque el pelaje amortiguaba los ruidos.

Eso es lo que siempre he hecho, dijo Ustina. Pero esta vez me tomó de repente y no tuve tiempo de ponerme el abrigo.

Arseni comenzó a estar un poco distraído en su comportamiento con quienes acudían a él. Cada vez era más evidente que sus pensamientos estaban en otra parte. Si los visitantes hubieran sabido de Ustina, habría dicho que sus pensamientos estaban en la habitación de al lado. Y no estaría del todo en lo cierto.

Arseni no pensó simplemente en Ustina. Poco a poco se fue sumergiendo en un mundo hecho de manera especial, formado por él y Ustina. En ese mundo era el padre de Ustina y su hijo. Era un amigo, un hermano, pero ante todo un esposo. Todos estos roles estaban vacantes, ya que Ustina era huérfana. Y él se los llevó. El hecho de que fuera huérfano suponía los mismos roles para Ustina. El círculo se cerraba: se convertían en todo el uno para el otro. La perfección de este círculo hacía imposible que Arseni tuviera otra presencia. Eran las dos mitades de un todo, y cualquier adición le parecía no sólo superflua, sino inadmisible. Incluso uno momentáneo que no forzó nada.

La perfección de esta unión también la vio Arseni en que su aislamiento no era agobiante para Ustina. Le parecía que la razón y el significado de tal curso de vida eran vistos por ella con el mismo poder de penetración que por él. Y que, aunque no los viera, simplemente estaba cansada de deambular y percibir su presencia permanente como una felicidad inmerecida.

Por la noche leen. Para no tener que levantarse todo el tiempo para cambiar la luz, usaron una lámpara de aceite. Ardía pálida, pero uniforme. Leyó a Arseni, porque Ustina no conocía el libro.

Gracias a él, escuchó por primera vez lo que Antiphon le predijo a Alexander. El señor del mundo entero, dijo Antífona, morirá en tierra de hierro bajo un hueso del cielo. Y cuando Alejandro llegó a una tierra de bronce, el temor se apoderó de él. Este miedo parpadeó desde la penumbra en los ojos de Ustina. Y Alejandro ordenó a sus soldados que investigaran la composición

de la tierra. Pero ellos buscaron, y no encontraron en la tierra sino bronce, y nada de hierro. Alejandro, que tenía un alma más fuerte que el hierro, ordenó que continuara el avance. Y andaban sobre el bronce de la tierra, y el sonido de sus cascos sobre el bronce era como un trueno.

Ustina tocó el hombro de Arseni reconfortante:

¿Entiendes si lees o te duele dar las sábanas?

Aferrándose a él, Ustina envolvió sus manos alrededor de sus rodillas. Le pidió que leyera sin prisas. Él asintió, pero sin darse cuenta, comenzó a apresurarse de nuevo. Las cinco hojas que leían por la noche se leían cada vez más rápido, y Ustina le preguntaba una y otra vez a Arseni qué lo hacía apresurarse. En lugar de responder, presionó su mejilla contra la de ella. Había surgido el pensamiento celoso de que por la noche estaba más interesada en Alejandro que en Arseni.

A veces leen sobre Kitovras. Para ocultar a su esposa de los demás, Kitovras la llevaba en la oreja. Arseni también quería llevar Ustina en la oreja, pero no tenía esa posibilidad.

14

A fines de marzo, Ustina dijo:

Tengo dolor de estómago, porque es normal que una mujer se detenga.

Dijo esto apoyando las manos en la madera del banco, inclinándose un poco y mirando a Arseni. En un instante, Arseni echó leña al fuego. Dio un paso hacia Ustina y se arrodilló frente a ella, que seguía sentada. Su mano siguió agarrando un trozo de madera, que cayó y rodó ruidosamente por el suelo. Arseni metió la cara en la camiseta roja de Ustina. Sintió su mano en la nuca, cariñosa y renuente. Con un ligero movimiento extendió a Ustina sobre el banco y, lentamente, arrugado, comenzó a levantarse la camisa. Después de exponer su vientre, presionó sus labios contra los de él. El vientre de Ustina era plano como un valle y su piel era elástica. El vientre estaba bordeado por la línea temblorosa de las costillas. Y nada preveía el cambio. No había señales de que se estuviera preparando para interrumpir estas líneas. Deslizando los labios sobre su estómago, Arseni se dio cuenta de que sólo el hecho de que Ustina hubiera permanecido pesada podía expresar su amor sin límites, que lo hacía fructificar a través de Ustina. Se sentía feliz, porque ahora estaba en Ustina incesantemente. Era una parte inseparable de ella.

Arseni entendió que la nueva situación de Ustina la hacía más dependiente de él. Tal vez porque el miedo a perderla había disminuido un poco, pero la ternura por ella, por el contrario, la sentía él con una intensidad sin límites,

ella sentía ternura ante las ganas con que Ustina se había puesto a comer. Su apetito le parecía ridículo incluso a ella. Ella resopló de risa, y las migas de pan volaron por todas partes. Arseni se mostró tierno cuando el rostro de Ustina se puso gris y se sintió enferma. Traería aceite de nuez moscada y se lo daría a la mujer en una cuchara. Lentamente tiró de la cuchara hacia él, viendo los labios de Ustina deslizarse sobre ella. Y todavía no se cansaba de admirar sus ojos, que se habían vuelto completamente diferentes desde el embarazo. Algo húmedo había aparecido en ellos, indefenso. A Arseni le recuerda a los ojos de un ternero.

A veces la tristeza pasaba por sus ojos. Vivir sola con Arseni fue sin duda su felicidad. Pero también había algo que cada día se hacía más visible. Arseni, que parecía ser el mundo entero, no podía reemplazar al mundo entero. La sensación de aislamiento de la vida de todos inquietaba a Ustina. Y Arseni vio eso.

Ustina preguntó una vez si debería comprar ropa de mujer. Todo el tiempo que había estado con Arseni había usado lo que usaba.

¿No te gusta usar mi ropa? preguntó Arseni.

Me gusta, cariño, me gusta mucho, solo quiero ir con el mío. es solo una mujer

Arseni prometió pensar, en efecto, pensó, pero en sus reflexiones no llegó a nada. Sin revelar la existencia de Ustina, no podía comprar ropa de mujer. No tenía a quién confiarle esto. No se trataba de enviar a Ustina sola al pueblo. En primer lugar, porque a los aldeanos no les habría resultado difícil averiguar de dónde había venido y, en segundo lugar, Arseni exhaló con fuerza y sintió un nudo en la garganta. No podía imaginarse a Ustina dejándolo por medio día.

Después de un rato, le recordó a Arseni su pedido, pero no recibió respuesta. Después de algunas semanas más, era demasiado tarde para pensar en comprar: el vientre redondeado de Ustina le impedía encontrar algo que combinara. Y luego comenzó a hacer su propia ropa, transformándose a partir de la de Arseni.

Más que la ropa, le preocupaba que no fueran a comulgar. Arseni tenía miedo de ir a la iglesia, porque el camino a los Santos Dones pasaba por la confesión. Y confesión significaba decir sobre Ustina. No supo qué decir en respuesta. ¿Para casarse? Habría estado feliz de casarse. ¿Qué pasaría si le dijeran que se fuera? ¿O vivir en diferentes lugares por el momento? No sabía qué le podrían decir, porque nunca antes había experimentado algo así. Temiendo que desobedeciera, Arseni no fue a la iglesia ni se confesó. Ustina tampoco se iba.

Ella una vez preguntó:

¿Me estás tomando por esposa?

Eres mi esposa, a quien amo más que a la vida.

Quiero ser tuyo, Arseni, ante Dios y los hombres.

Ten paciencia, mi amor. Besó el agujero sobre su clavícula. Seréis míos ante Dios y los hombres. Ten paciencia, mi amor.

Todos los días iban al bosque. Al principio no fue nada fácil, porque todavía había mucha nieve. Estaban hundidos hasta las rodillas en la nieve, pero caminaban. Arseni sabía que Ustina necesitaba aire fresco. Además, incluso un paseo como este, que no era nada fácil, era mejor para ella que estar en casa. Las botas de Christopher, que él usaba, a menudo roían a Ustina. Muchos paños envueltos alrededor de sus pies no resolvieron la situación. Y aunque en ese momento las botas estaban hechas de cuero suave, no había diferencia entre el pie derecho y el izquierdo, el tamaño seguía siendo significativo. Las piernas de Ustina eran muy diferentes a las de Christopher.

Ustina siguió a Arseni, paso a paso. Cada mañana andaban por el mismo camino, y cada mañana lo superaban como si fuera la primera vez, porque de la noche a la mañana el camino era troyano. Aunque no había nevado, la ventisca se llevó el camino de tierra. Siempre había un fuerte viento en el espacio abierto entre el cementerio y el bosque.

Cuando entraron en el bosque, el viento se calmó. Y allí a veces encontraban sus huellas. Esas marcas también estaban descascaradas, a veces cortadas por otras marcas, jivine o pájaros, pero existían. No desaparecieron sin dejar rastro, pensó Arseni.

No hacía tanto frío en el bosque como en el camino hacia ella. Tal vez era incluso más cálido. La capa de nieve que había estado sobre las ramas durante varios días le pareció a Ustina como una piel. Le gustaba sacudirlo de las ramas y verlo yacer sobre ella y sobre los hombros de Arseni.

"Tú me compras una piel así", preguntó Ustina.

Claro, respondió Arseni. Definitivamente te compraré.

Tenía muchas ganas de comprarle un abrigo de piel.

A mediados de abril, la nieve comenzó a derretirse y comenzó a lucir vieja y andrajosa. Porosa por las lluvias que habían comenzado. Ustina ya no quería una falda así. Observando con atención dónde pisaba, saltaba de un montículo a otro. Debajo de la nieve estaba todo el abandono del bosque: hojas del año pasado, trapos descoloridos y botellas de plástico descoloridas. En los prados abiertos el sol ya estaba dando hierba, pero a través de los matorrales la nieve aún era profunda. Y hacía frío allí. Eventualmente, esta nieve se derritió, pero

los charcos que dejó se mantuvieron hasta mediados del verano.

En mayo, Ustina cambió las botas por [10]zapatos tejidos Arseni. A Ustina le gustaban los palos, porque estaban hechos a partir de su pie y, lo que es más importante, los tejía Arseni. No la dejaba agacharse, le pasaba con cuidado los hilos por las piernas, y eso también le gustaba. Los zapatos eran ligeros, pero dejaban pasar el agua. A veces llegaba a casa con los pies mojados, pero no quería volver a calzarse las botas por nada del mundo.

Bueno, tendré cuidado, le dijo a Arseni.

Sus paseos se han vuelto mucho más largos. Ahora estaban caminando no solo en el bosque cercano, sino también en lugares alejados de cualquier asentamiento que Christopher le había mostrado una vez a Arseni. En esos lugares Arseni se sentía más tranquilo. En el bosque cercano vieron personas y, al verlos de lejos, se apresuraron a esconderse. Ahora, al irse, no encontraron a nadie.

¿No tienes miedo de perderte? Ustina le preguntó a Arseni.

No tengo miedo, conozco a este niño.

Mientras caminaba, Arseni tomó una bolsa con unas bebidas deliciosas. También había un abrigo de piel de oveja, en el que se sentaban cuando hacían paradas largas: Arseni se aseguró de que Ustina no se cansara demasiado. Mientras caminaban, recogieron las hierbas de la naturaleza resucitada. Arseni le describió a Ustina las propiedades de las plantas, y ella se maravilló de la inmensidad de sus conocimientos. También le habló de la composición del cuerpo humano y de los hábitos de los jivins, de los movimientos de los planetas, de los acontecimientos históricos y del simbolismo de los números. En esos momentos, su padre sintió. O, si se considera la fuente de su conocimiento, el abuelo. La pelirroja miró a Arseni como arcilla en sus manos, a partir de la cual modeló a su Esposa.

15

Ahora bien, decir que nadie sabía de la existencia de Ustina sería una exageración. Aunque desde la distancia, ambos habían sido vistos en el bosque más de una vez. Por supuesto, no conocían a Ustina, pero podían reconocer fácilmente a Arseni, incluso desde la distancia. Como si viniera a la casa de Arseni, podían escuchar a Ustina detrás de la pared, porque el hombre no puede estar en silencio indefinidamente. Muchos habían adivinado que alguien vivía en Arseni, pero una vez que ocultó esto, no le preguntaron nada.

---

10 Palitos de piel de lima.

Arseni era su médico, y siempre ha existido el miedo a no disgustar a los médicos. En cuanto a Arseni, claro que adivinó sus sospechas. No trató de confirmar o negar las suposiciones. Le convenía que no le preguntaran nada, para que no pensara en ello. A Arseni le bastó que nadie tocara su mundo. El mundo en el que solo existían él y Ustina.

A principios del verano, cuando las largas caminatas comenzaban a cansar a Ustina, pasaban más tiempo cerca de la casa. Después de que se reparó la huelga, quedaron algunas vigas y tablones, y Arseni decidió hacer un cobertizo en el patio. Colocando las tablas una al lado de la otra, recordó con dolor cómo, hace menos de un año, Christopher dirigía un trabajo como este. Con la voz de su abuelo, Arseni le pedía a Ustina que le diera una u otra herramienta, pero las cosas le iban peor a él que a Christopher. ¿Qué habría dicho Christopher sobre lo que estaba haciendo? ¿Y qué diría de Ustina?

El cobertizo estaba pegado a la parte trasera de la casa y no se podía ver desde la carretera. Las cuerdas de Arseni se habían espesado en cuestión de semanas. El techo estaba cubierto de paja y no dejaba pasar el agua. Ahora podían permanecer en el aire sin importar el clima. Les gustaba más quedarse debajo del cobertizo por la noche.

Una de las largas tardes de julio, Ustina le pidió a Arseni que le enseñara un libro. Esta oración lo sorprendió al principio. Podía leer todo lo que ellos necesitaban leer, y eso era parte de su dualidad. Rompiendo una palomita de maíz, Arseni la puso con cuidado en la nariz de Ustina. ¿Para qué necesitabas eso?, quiso preguntar, pero no preguntó. Entró en la casa y volvió con los Salmos. Sentado junto a Ustina, Arseni abrió el libro. Con su dedo índice tocó la primera inicial, hecha con chinovar. La carta se volvió púrpura con los rayos del sol poniente.

Era la letra В. Aquí es donde comenzó la palabra БЛаЖеН [11].

Bienaventurado el hombre que no anduvo en consejo de incrédulos, lee Ustina sin prisa. Y no se detuvo en el camino de los pecadores, ni se sentó en la silla de los perdedores.

Arseni miró a Ustina en silencio. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

Muchos salmos los conocen desde fuera. Por el oído.

Esta fue una gran manera de acostumbrarse a la lectura. Después de leer algunas letras, Ustina recordó la oración completa, lo que la ayudó a reconocer las siguientes letras en un instante. Arseni ni siquiera había esperado que el erudito caminara tan rápido.

A Ustina le gustaron más las cartas. Y se las decía a sí misma, y sus labios se

---

11 *Blajen* - "feliz" (ruso).

movían todo el tiempo. *Arizona. Buki. Ver.* Partiendo una ramita, escribió los nombres de las letras en la era del patio y en los senderos del bosque. *Glagol. Dobro.* Los nombres dieron a las letras una vida propia. También les dieron un significado inesperado, que encantó a Ustina. *Kako. Liudie. Misiles. Rțî. Slovo. Verde.*

Finalmente, las letras tenían un significado numérico. Literalmente bajo el título [12]significaba uno, *Vedi* - dos, *Glagol* '- tres.

Buki no vino aquí después de Az ?, se preguntó Ustina.

Los números están designados por el alfabeto griego, y no tiene esta letra.

sabes griego

No (Arseni puso sus manos en las mejillas de Ustina y frotó su nariz contra su nariz), pero eso fue lo que me dijo Christopher. Tampoco sabía griego, pero intuía muchas cosas.

A las cualidades de las letras de Ustina se añadieron las características no menos asombrosas de los números. Arseni les enseñó a sumar, restar, multiplicar y dividir números. Marcaron la culminación de la historia humana: el año 5500 dC, cuando nació Cristo. Pero también marcaron el fin de la historia, manifestado en la terrible figura del Anticristo: el 666. Y todo ello expresado en cartas.

Los números tenían su armonía, que reflejaba la armonía general del mundo y todo lo que hay en él. Ustina aprendió muchas de esas cosas de los montículos de Christopher, que trajo consigo con la pila de Arseni. La semana tiene siete días y transforma la vida humana: el día de *Az* - el nacimiento del niño, el día de *Vedi - el día de* los jóvenes, el día de *Glagol ' el* hombre, el día de *Dobro* - la edad media, el día del *Este - el encanecimiento* , el día del *Celo* - la vejez, el día de *Zemlja - la* muerte.

Además, Christopher no solo estaba interesado en el simbolismo de los números.

Entre su gramática, Ustina también encontró indicadas las distancias. De Moscú a Kiev hay mil quinientas verstas, de Moscú al Volga hay doscientas cuarenta estrofas, de Belo Ozero a Feo hay doscientas cuarenta estrofas. ¿Por qué había escrito todo esto?, se preguntó Ustina mientras leía. Cristóbal, respondió mentalmente Arsenio, no estaba, por supuesto, en Moscú, Kiev o el Volga. Los doscientos cuarenta versos que se encuentran dos veces pueden haberle llamado la atención sobre estos datos. Coincidencias de este tipo (respondió Arseni) a las que el difunto prestaba especial atención, aunque no entendía bien su significado.

---

12 Marca diacrítica utilizada en manuscritos cirílicos.

Lo importante es que ya nos entendemos sin palabras.

dieciséis

La tarea de Ustina no fue fácil. De vez en cuando se quejaba de dolores de cabeza y mareos. Luego, Arseni se limpió las sienes con aceite de eneldo o jugo de fresa. También hubo dolencias que Ustina, avergonzada, no mencionó. Por ejemplo, estreñimiento. Al darse cuenta, Arseni le dio una bofetada en la mejilla y le dijo que ahora eran uno y que no podía avergonzarse de él. Contra el estreñimiento le dio tintura de hojas tiernas de boz. En primavera recogían estas hojas y las hervían en miel.

El sueño de Ustina fue perturbado. Arseni se dio cuenta de que se despertaba durante la noche porque ya no podía escuchar su respiración. Mientras dormía, Ustina respiró en su nariz, fuerte y uniforme. Para restaurar su sueño, Arseni comenzó a darle tintura de musgo de roble para la noche.

Visiblemente, el cuerpo de Ustina estaba probando la fuerza de su alma. Ella estaba constantemente atormentada por la acidez estomacal. En su vientre, donde estaba el bebé, sintió una pesadez y dolor. Su creciente barriga devoraba terriblemente la camisa de lino de Arseni.

A causa de la carga, sus pies estaban hinchados. Los rasgos de su rostro se habían desvanecido. Sus ojos se habían dormido. Una dispersión inusual había aparecido en sus ojos. Estos cambios inquietaron a Arseni, quien los notó. Los ojos apagados de Ustina vieron el comienzo del embarazo.

El hecho de que esta condición fuera algo nuevo para ella hizo que superara los inconvenientes de los primeros meses. Después de un tiempo, su condición no era nada nuevo. Ella era normal y pesada. También se acercaba el otoño, y los días se acortaban a medida que se acortaban en el norte. La oscuridad que envolvía a Belozerie entristecía a Ustina. Vio que la naturaleza se estaba muriendo y que no podía hacer nada al respecto. Al ver volar las hojas de los árboles, Ustina derramó lágrimas.

Ahora parecía notar los cambios en su cuerpo desde el exterior. En la criatura hinchada y voluminosa, cada vez le resultaba más difícil verse a sí misma, la anterior: suave, rápida y vigorosa. Colocado por alguien en un cuerpo extraño.

Bueno, no alguien - Arseni. Al llegar al pensamiento, Ustina tocó el fondo, se empujó y salió a la superficie nuevamente. Y aquí se abrió a todas las alegrías que la rodeaban. Y las alegrías de Ustina fueron más vívidas que sus sufrimientos.

Disfrutaba del apetito que había despertado en ella, porque sabía que no

estaba comiendo sola, sino con el bebé. Disfrutaba del calostro que siempre aparecía en sus pezones. Se entregó a fantasías desenfrenadas sobre el futuro del niño y las compartió con Arseni:

Si nace una niña, crecerá como la más hermosa de la libertad de Rukina y se casará con un príncipe.

Pero en la libertad de Rukina no hay príncipes.

Él vendrá, ya sabes, en esta ocasión. Pero si nace un niño, lo que generalmente es más deseable, será tan inteligente y sabio como tú, Arseni.

Pero, ¿qué necesitamos para dos reyes magos?

Eso es lo que quiero, cariño, ¿qué hay de malo en eso? No creo que haya nada de malo en eso.

En fila, Arseni pasó lentamente la palma de su mano por el vientre de Ustina y dijo:

Él es un niño.

Gloria a Ti, Señor, que contento estoy. Me alegro sea lo que sea. Especialmente por un chico.

Mientras se sentaba en el banco, Ustina le acariciaba el vientre. De vez en cuando podía sentir los movimientos del que estaba dentro. Según Arseni, no tenía dudas de que era un niño. A veces, Arseni le pegaba la oreja al vientre.

¿Qué dice?, preguntó Ustina.

Te pide que seas un poco más paciente. Hasta principios de diciembre.

Bueno, está bien, si me preguntan. Creo que él también odiaba sentarse allí.

No te puedes imaginar cuánto lo odiaba.

Para entretener al niño, Ustina cantó:

Madre-Madre, Madre de Dios,
Santísima Madre
(Ustina hizo una reverencia e inclinó su vientre)
¿Dónde, Madre, pasaste la noche?
Pasamos la noche en la ciudad de Salim,
en la iglesia del Señor, después del prestol,
no duermes mucho, ves mucho,
como si el Hijo de Cristo lo hubiera engendrado,
lo envolviste en gusanos,
lo envolviste en un cinto de seda.

Arseni pensó que tal vez su voz aguda se podía escuchar desde el camino,

pero no dijo nada. Déjalo cantar, se dijo, el niño será algo más feliz.

Ella cosía ropa.

Es una mala señal, dijo, coser para el bebé por nacer.

Pero él todavía estaba cosiendo. Tomó material de las pertenencias de Christopher.

Incluso de la riqueza sin herederos, dijo, no es bueno coser.

Poniendo costura tras costura, respiró hondo y su gran barriga comenzó a moverse. De sus manos salieron pelucas, pantalones y camisas de muñeca.

También hizo muñecas. Los hizo con trapos y siempre los dibujó de manera diferente. Estaba tejiendo muñecos de paja. Todas las muñecas de paja eran iguales y todas se parecían a Ustina. Cuando Arseni le dijo eso, se echó a reír.

Gracias (asintió) por el cumplido. Muchas gracias.

Arseni la abrazó:

Pues como te quiero, que tonto eres, nadie te quiere y nadie te va a querer, nuestro amor es una cosa rara.

Él presionó su mejilla contra su cabello. Se separó con cuidado y dijo:

Arseni, quiero compartir antes de dar a luz, tengo miedo de dar a luz sin compartir.

Le puso la palma de la mano en la boca.

Compartirás en dar a luz, mi amor. ¿Cómo vas a la iglesia en este estado ahora? Y después de que das a luz, ya sabes, nos enseñamos todo, mostramos al bebé, y compartimos, y será más fácil, porque cuando esté el bebé, no tendremos que explicarle nada a nadie, él justificar todo Es como quitarte la vida desde el principio, ¿sabes?

Entiendo, respondió Ustina. Tengo miedo, Arseni.

A menudo lloraba. Arseni trató de no ver, sino de ver, porque en todos esos meses habían estado separados y ella no habría podido llorar a escondidas.

Entonces cada vez era más difícil para Ustina.

Su atención estaba dispersa. Le resultaba difícil sentarse o acostarse. No debe acostarse boca arriba, sino de lado. Ahora le pedía a Arseni que los leyera cada vez más y él, por supuesto, los leía.

Y le sucede a Alejandro al llegar a unas tierras pantanosas. Alexander se enfermó, pero no había ni siquiera un lugar para acostarse en esos pantanos. La nieve caía de los cielos extranjeros. Y Alejandro mandó a los soldados que le quitaran las armas y se las pusieran. Así le hicieron la cama en un lugar fangoso. Se acostó en él, exhausto, y por la nieve lo cubrieron con escudos. Y Alejandro comprendió de repente que estaba sentado en una cama de hierro bajo una claraboya...

Deténgase por un momento. Ustina giró con fuerza hacia el otro lado, y ahora estaba sentada de espaldas a Arseni. Está nevando en nuestro país hoy, ¿por qué me estás leyendo todo esto?

Puedo encontrarte algo más, mi amor.

Ustina se volvió hacia él de nuevo.

Encuéntrame una partera. Eso es lo que voy a necesitar pronto.

¿Para qué necesitas una abuela negra?, se preguntó Arseni. solo me tienes a mi

¿Pero ayudaste con algún nacimiento?

No, pero Christopher me lo contó detalladamente. Él me escribió todo. Arseni rebuscó en la cesta y sacó un montón. Mirar.

¿Puedes ayudar con el nacimiento del gramófono? preguntó Ustina. Y aparte de eso, ya sabes, no quiero que me veas así. No quiero, Arseni.

Bueno, ¿no somos uno?

Por supuesto que somos uno. Pero todavía no quiero.

Arseni no se opuso. Pero no buscó a nadie.

17

El 27 de noviembre, al anochecer, se rompió fuente en Ustina. Ella no entendió de inmediato, pero solo cuando su cama estaba mojada. Mientras ella estaba sentada en la olla, Arseni colocó otro paño. Se estremeció. Cuando Ustina volvió a acostarse, encendió dos lámparas de aceite y una luz. Ustina tomó su mano y la colocó junto a ella. No te preocupes, cariño, todo estará bien. Arseni presionó sus labios en su frente y comenzó a llorar. Sintió un miedo como nunca antes. Ustina le acarició el cuello. Una hora más tarde estaba dolorida. En la penumbra, su rostro, solo una mota de sudor, brillaba terriblemente, y no reconoció ese rostro. De las características habituales surgieron otras. Estaban feos, hinchados y trágicos. Y la vieja Ustina se fue. Era como si ella se hubiera ido y hubiera llegado otra. O ni siquiera había venido, era Ustina de antes, que se iba lentamente. Gota a gota fue perdiendo su perfección, haciéndose más y más imperfecto. Parece más embrionario. Ante la idea de que ella podría irse, Arseni se quedó sin aliento. Nunca había pensado en eso. Este pensamiento resultó ser muy difícil. Se lo quitó y se deslizó del banco. Le pareció escuchar de lejos cómo su cabeza golpeaba el suelo. Vio a Ustina levantarse pesadamente del banco e inclinarse sobre él. Él vio todo. Estaba consciente, pero no podía moverse. De haber sabido antes el peso de este pensamiento, qué ridículo le hubiera parecido tener miedo de decir sobre Ustina en el pueblo. Arseni se puso de pie lentamente: corro al

pueblo por la partera, en un momento me voy. Ya es muy tarde (Ustina lo sigue acariciando), ya no me puedes dejar sola, podemos manejarlo, por qué tengo miedo… No quería decírtelo, no estaba segura… Arseni colocó a Ustina en la banca. Él cubrió sus manos con besos, pero lo que ella decía se dividía en palabras que no encajaban en su cabeza. Sabía que este miedo no se había apoderado de él por casualidad. Ustina se tocó el vientre: No sé nada de ella desde ayer… El chico. No creo que se mueva más. Arseni alcanzó su vientre y lo pasó de arriba abajo. Su mano se congeló en la parte inferior de su abdomen. Arseni miró a Ustina sin pestañear. No había vida dentro de ella. Ya no se oía el latido del corazón que había escuchado durante tantos meses. El niño estaba muerto. Arseni la ayudó a acostarse de lado y dijo: el niño se mueve, da a luz en silencio. Se sentó en el borde del banco y tomó a Ustina de la mano. Siempre cambiaba de opinión. Vierta el aceite en los matraces. Durante la noche, Ustina se levantó un poco: el niño murió, por qué callas, llevas unas horas callado. No me callo (¿él dijo eso?) Arseni de algún lugar lejano. ¿Cómo callar? Corrió hacia los estantes de Christopher y volcó la olla. Se volvió y vio la olla rodando lentamente debajo del banco. ¿Cómo callar? Pero ni siquiera puedo hablar. Arseni hizo un estofado de ajenjo negro. Bebe esto. ¿Qué? Bebida. Levantó un poco la cabeza y se llevó la taza a los labios. Había golondrinas ruidosas por toda la habitación. Es ajenjo negro. Repartir... ¿Qué repartir? Ustina se ahogó y el té se le escurrió por la nariz. El ajenjo negro expulsa frutos muertos. Ustina comenzó a llorar en silencio. Arseni tomó una caja del estante y esparció el contenido sobre las brasas. Había un olor fuerte y desagradable en la habitación. ¿Qué pasa?, preguntó Ustina. Azufre. Su olor acelera el nacimiento. Después de un momento, Ustina vomitó. No había comido en mucho tiempo y se sirvió la bebida hervida. Ustina volvió a estirarse. Y Arseni la vuelve a acariciar. Sintió que los dolores del parto se apoderaban de nuevo. Lo que sentía al principio era un dolor en el estómago, que luego se extendió por todo el cuerpo. Le parecía que el dolor de todos los pueblos de los alrededores se había reunido en un punto y había entrado en su cuerpo. Porque sus pecados, los de Ustina, eran mayores que los pecados de toda la tierra, y de eso tenía que responder un día. Y Ustina empezó a gritar. Y ese grito fue un grito. Lo que asustó a Arseni, y Arseni agarró su muñeca. El grito también asustó a la propia Ustina, pero ya no podía gritar. Continuó de pie a un lado, separó la pierna y Arseni lo agarró para sostenerlo. Esa pierna doblada y estirada, parecía una criatura malhumorada que no quería tener nada que ver con Ustina el alambique. Arseni sujetaba su pie con ambas manos, pero no podía detenerlo. Ustina se volvió bruscamente

y, bajo la franja de luz que caía, vio heces que brillaban en la parte interna de su muslo. Ustina estaba gritando. Arseni no pudo decir si el bebé se movía. Sintiendo el vello de su pubis bajo sus dedos, recordó otros toques y rogó a Dios que le pasara el dolor de Ustina, por lo menos la mitad del dolor. En un momento de lucidez, Ustina agradeció a Dios por haberla hecho sufrir por ella y por Arseni, tan grande era su amor por él. Arseni sintió más que vio la cabeza del bebé salir del perineo de Ustina. Su cabeza era enorme, y Arseni pensó desesperadamente que no podía salir. La cabeza no salió. La parte superior seguía apareciendo, pero luego desapareció de nuevo. Arseni trató de poner sus dedos debajo de él, pero sus dedos no pasaron. Incluso le pareció que, tratando de tirar de su cabeza, la empujó más profundo. Hacia calor. El calor era insoportable, y se enderezó y se quitó la camisa con un movimiento. La cabeza del bebé, como antes, no se podía ver. Los gritos de Ustina se hicieron más débiles, pero más aterradores, pues no habían perdido la fuerza del alivio. Ustina perdió el conocimiento. Arseni la vio irse y empezó a gritarle, que la sujetara. La golpeó en la mejilla, pero la cabeza de Ustina se sacudió sin vida de un lado a otro. Arseni echó una de sus piernas sobre su hombro e intentó introducir su mano en su útero. La mano no parecía pasar, pero los dedos sintieron al bebé. La cresta. El cuello. Espalda. Se acurrucaron donde el cuello se encuentra con la cabeza. Salieron. Hubo un crujido. Arseni ya no pensaba en el bebé. Que tal vez todavía esté vivo. Pensaba sólo en Ustina. Siguió tirando de la cabeza del bebé, luchando con el mareo que se había apoderado de él. Vio sus labios romperse y escuchó el terrible grito de Ustina. El bebé estaba en manos de Arseni. Apareciendo en la luz, no comenzó a gritar. Con el cuchillo preparado de antemano, Arseni se corta el ombligo. El bebé aplaudió. Había oído que las parteras hacían esto para provocar el primer aliento. Ella lo abofeteó una vez más. El bebé estaba en silencio como antes. Arseni lo colocó con cuidado sobre la lona y se inclinó sobre Ustina. Las contracciones no pararon. Arseni sabía lo que salía. Recoge la mucosidad sanguinolenta que sale de Ustina en la olla de noche. Toda la tela estaba empapada de sangre, y pensó que era más sangre de la que debería haber al nacer. No sabía cuánto tenía que ser. Todo lo que podía ver era la sangre que fluía sin control. Tenía miedo porque la sangre brotaba de su estómago y no podía calmarlo. Cogió un chinovar finamente picado y se metió lo más profundo que pudo en su útero. Había escuchado de Christopher que el chinovar molido impedía que la sangre hiera. Pero no vio la herida, y no sabía de dónde procedía la sangre. Y la sangre no se detuvo. Empapaba la cama cada vez más. Ustina yacía con los ojos cerrados y Arseni sintió que la vida la abandonaba. Ustina no se fue,

Arseni gritó tan fuerte que el abad Nikandru lo escuchó desde el monasterio. El abad estaba sentado en su celda rezando. Me temo que gritar es inútil, dijo el abad (observó como los primeros copos de nieve de ese año volaban por la puerta abierta, la vela se había apagado por la corriente, pero la luna apenas se desgarraba de las nubes desgarradas y la luz de la puerta estaba vacía) Por eso voy a orar por tu vida, Arseni. "No rezaré por nada más en los próximos días", dijo el abad, cerrando la puerta. Por un minuto reinó un completo silencio, y en ese silencio Ustina abrió los ojos: lástima, Arseni, que me fuera en medio de tanta oscuridad y pestilencia. Y a través de la ventana volvió a sisear el viento. Ustina, no te vayas, gritó Arseni, mi vida acaba con mi vida. Pero Ustina ya no podía oírlo, porque su vida había terminado. Estaba acostado boca arriba, y una pierna doblada en la rodilla estaba tirada hacia un lado. Un brazo colgaba del banco. Ella estaba sosteniendo una esquina del lienzo. Su rostro estaba vuelto hacia Arseni, y sus ojos abiertos no se veían por ninguna parte. Estaba tirado en el suelo junto a la banca de Ustina. Su vida continuó, aunque no era obvio. Arseni se acostó el resto de la noche y el día siguiente. De vez en cuando abría los ojos y tenía sueños extraños. Él, de niño, fue conducido por Ustina y Hristofor a través del bosque. Cuando fue levantado un poco por encima de los montículos, parecía estar volando. Ustina y Hristofor se rieron, pues lo que él sentía no era un misterio para ellos. Christopher se inclinó sobre la hierba y la metió en una bolsa de tela. Ustina no captaba nada, solo disminuía la velocidad siguiendo lo que hacía Christopher. Ustina estaba con la camiseta roja de hombre que preparaba para regalarle a Arseni en el momento justo. Eso dijo: esta camiseta será tuya, solo tienes que cambiar tu nombre. No tener la posibilidad objetiva de ser Ustina, de llamarse Ustin. ¿Nos llevamos bien? Arseni miró a Ustina de abajo hacia arriba. Nos llevamos bien. Quería reírse de su seriedad, pero no dejaría que se notara. Claro, nos llevamos bien. El saco de Christopher ya estaba lleno. Pero siguió recogiendo hierba, y al ritmo de sus pasos se caían del saco en el camino. Todo el camino, hasta donde alcanzaba la vista, estaba cubierto de hierba de Christopher. Pero siguió eligiendo. Esta actividad absurda a primera vista tenía su belleza y grandeza. Su generosidad, que no le importa si se la necesita: proviene solo de la inclinación del dador. Con la llegada de la mañana, Arseni vio la luz, pero hizo lo posible por no despertar. Incluso en sueños tuvo miedo de enterarse de que Ustina estaba muerta. Estaba aterrorizado esta mañana: la llegada de un nuevo día sin Ustina le resultaba insoportable. Se emborrachó de nuevo hasta que no se dio cuenta. El sueño corría por las venas de Arseni y latía en su corazón. Cada minuto dormía aún

más profundo, por miedo a despertar. El sueño de Arseni era tan fuerte que su alma de vez en cuando abandonaba su cuerpo y colgaba bajo el techo. Desde esa altura, en realidad pequeña, contempló a Arseni ya Ustina acostados, maravillándose de la falta del alma amada de Ustina en la casa. Al ver a la Muerte, el alma de Arseni dijo: No puedo soportar tu gloria, y veo que tu belleza no es de este mundo. En ese momento, el alma de Arseni vio el alma de Ustina. El alma de Ustina era casi transparente y por lo tanto imperceptible. Así me veo, pensó el alma de Arseni, y quiso tocar el alma de Ustina. Pero una advertencia de muerte detuvo el alma de Arseni. La muerte ya tenía en la mano el alma de Ustina y se preparaba para llevársela. Déjalo aquí, el alma de Arseni comenzó a llorar, estamos fusionados. Acostúmbrate a la ruptura, dijo la Muerte, es doloroso, aunque sea temporal. Nos reconoceremos por siempre, pidió el alma de Arseni. Eso depende en gran medida de ti, dijo la Muerte: en el curso de la vida, las almas a menudo se endurecen, y luego pocos las reconocen después de la muerte. Pero si tu amor, Arseni, no es falso y permanece inquebrantable en el tiempo, surge la pregunta de por qué no se reconocen donde no hay dolor, ni pena, ni suspiro, sino vida sin fin. La muerte golpeó levemente el alma de Ustina en la mejilla. El alma de Ustina era pequeña, cercana al niño. Respondió al tierno gesto con miedo más que con gratitud. Esta es la respuesta de los hijos de aquellos que los arrebatan de los suyos, desde hace algún tiempo no se sabe, y con quienes la vida (Muerte) no será mala, sino completamente distinta, desprovista de propósito, de hechos ordinarios y giros y vueltas. . Cuando se van, siempre miran hacia atrás, y en los ojos llenos de lágrimas de sus seres queridos ven su imagen asustada.

18

Arseni se despertó en la oscuridad. Su mano se acercó a la mano colgante de Ustina. Su mano estaba fría. Ella no dudó. Hacía tiempo que las brasas se habían apagado en el horno, pero algo apenas titilaba en la vela debajo del icono del Salvador. Arseni trajo una vela a la vela. La abrazó con cuidado para no apagar el último fuego de la casa. La vela (no de repente) se encendió e iluminó la habitación. Arseni miró a su alrededor. Miró atentamente cada pequeña cosa. Ropa desparramada. En ollas con medicinas, rotas. No entró en detalles, pues todo eso le impedía mirar a Ustina. Pero luego la miró.

Ustina yacía en la misma posición que la noche anterior, pero estaba completamente diferente. Su nariz estaba afilada, el blanco de sus ojos estaba oscuro. Su cara era de alabastro y sus orejas eran de color púrpura rojizo. Arseni estaba inclinado sobre Ustina y tenía miedo de tocarla. No sientes

repulsión, su miedo era diferente. No había nada de Ustina en el cuerpo desgarrado frente a él. Alcanzó su pierna medio doblada y la tocó con cuidado. Se pasó un dedo por la piel: estaba fría y áspera. Ustina nunca había sido así en su vida. Intentó enderezar su pierna doblada, pero no pudo, al igual que no pudo cerrar los ojos. Tenía miedo de presionar. Lo que estaba tocando era, quizás, muy frágil. Cubriste Ustina con una manta, todas menos una.

Arseni comenzó a leer la oración de difuntos. Rogó a Dios que Ustina fuera librada de la trampa y de la palabra turbulenta, para que no tuviera miedo de la noche y de la flecha que vuela de día.

De vez en cuando se volvía y la miraba a la cara. Su voz se podía escuchar desde lejos. A veces las lágrimas sonaban en él. La voz dijo sorda que Dios manda a los ángeles que estén con ella en todos sus caminos. Arseni recordó cómo Ustina había ido de la mano de la Muerte, cómo sus facciones se habían empequeñecido hasta un punto. Entonces con ella estaba la Muerte, no los ángeles. Arseni apartó la vista de la sábana.

Ahora debes estar en los brazos de los ángeles, le dijo tímidamente a Ustina. Te toman en sus brazos, pero nunca más tocarás la piedra con el pie.

Se volvió una vez más y le pareció que el rostro de Ustina se estremecía. No puedo creer lo que veo. Alzando la vela, se acercó. La sombra de su nariz se mueve sobre el rostro de Ustina. No solo se mueve la sombra: junto con la sombra, el rostro de Ustina cambia. Este cambio no parecía natural, no correspondía al vivo mimetismo de Ustina, pero también contenía algo que no pertenecía a un muerto. Ustina estaba, si no viva, como muerta.

Arseni teme que pueda deshacerse de los gérmenes de vida que había observado en Ustina. Tal vez congelarlos, por ejemplo. Recién ahora sintió que en las horas que habían pasado el frío había caído. Corrió al horno y encendió el fuego en él. Sus manos temblaban de confusión. De repente se le había ocurrido que todo dependía de la rapidez con que encendiera el fuego. Después de unos minutos, la madera ya se estaba agrietando. Arseni ya no miraba a Ustina, dándole tiempo a ponerse en orden. Pero Ustina no se levantó.

Para no asustar a los gérmenes de vida en Ustina, Arseni decidió no fijarse en ellos. Sigue leyendo la oración por los muertos. Después de eso, comenzó a leer los salmos. Leyó sin prisa y pronunció cada palabra con claridad. Llegó al final de los Salmos y pensó por un momento. Decidió leerlo de nuevo. Finaliza por la mañana. Sorprendentemente, sintió hambre y comió una barra de pan.

La comida pareció abrirle las fosas nasales y respiró hondo. Podía oler la carne pudriéndose. Arseni pensó que el olor provenía del bebé. Y de hecho,

los signos de la descomposición del cuerpo eran evidentes. Al amanecer, Arseni lo acercó a la ventana.

Nunca has visto los rayos del sol, le dijo al bebé, y sería injusto privarte de la luz, por pequeña que sea.

En secreto, por supuesto, Arseni esperaba que Ustina también interfiriera en la discusión con su hijo. Pero ella no interfirió. E incluso la posición en la que yacía se había mantenido sin cambios en el exterior.

Decidió leer los Salmos de Ustina por tercera vez.

En el décimo catecismo, Arseni captó un movimiento en el banco. Por el rabillo del ojo siguió al banco, pero el movimiento no se repitió. Llegando al final del Salterio, Arseni estaba perplejo. No sabía qué más podía leer sobre Ustina en ese estado inseguro entre la vida y la muerte, en que, a juzgar por todo, se encontraba. Recordó que a ella le gustaba escuchar *Alexandria mientras vivió,* y comenzó a leer *Alexandria.* Su reacción al escribir sobre Alejandro siempre fue animada y, en opinión de Arseni, esto podría tener un efecto positivo.

A la mañana siguiente estaba leyendo sobre *Alexandria.* Después de una breve reflexión, leyó sobre ella el *Descubrimiento de Abraham, la Leyenda del Reino de la India* y las historias de Salomón y Kitovras. Arseni eligió deliberadamente cosas interesantes y que dan vida. Al caer la noche, comenzó a leer de esos montones de Cristóbal en los que no había recetas e instrucciones para la vida. De madrugada, Arseni leyó la última gramata: sin agua no se pueden lavar las habitaciones profanadas y sin lágrimas no se puede lavar y purificar la maldad y el desprecio del alma.

Las lágrimas habían fluido en los días anteriores y él se había ido. No tenía voz, ya había susurrado el último de ellos. No tenía poder. Estaba sentado en el suelo, apoyado contra el horno caliente. No se dio cuenta cuando se quedó dormido. Hubo un susurro junto a la ventana. Junto al bebé había una rata. Arseni le estrechó la mano y la rata salió corriendo. Entendió que no tenía que dormir si quería conservar el cuerpo de su hijo. Miró a Ustina. Las facciones de su rostro se habían sonrojado.

Arseni se puso de pie y se acercó a Ustina. Cuando levantó un poco la tapa, un fuerte olor le golpeó en la nariz. Su barriga era enorme. Mucho más grande que durante el embarazo.

Si realmente moriste, le dijo Arseni a Ustina, me tengo que quedar con tu cuerpo. He esperado a ver lo que necesita en un futuro cercano, pero si no, hacer todo lo posible para preservarlo para la futura resurrección de todos. En primer lugar, por supuesto, no calientemos el horno, lo que contribuye a la

descomposición de los tejidos. Las moscas que son inusuales para noviembre vuelan aquí y allá, y para ser honesto, estoy sorprendido. Estoy especialmente preocupada por mi hijo y el tuyo, se ve muy mal. De hecho, nuestra tarea no es tan complicada como puede parecer a primera vista. Según mi abuelo Hristofor, en el año 7000 dC el fin del mundo es muy posible. Si consideramos que ahora es el año 6964, a nuestros cuerpos les quedan treinta y seis años. Estarás de acuerdo en que, comparado con el tiempo transcurrido desde la creación del mundo, no es mucho. Ahora viene el frío, y nos va a congelar a todos. Después de eso, claro, vendrán treinta y seis veces más el verano (que hace calor incluso en nuestras tierras), pero cuando llegue el calor, ya estaremos de alguna manera estabilizados en nuestra nueva situación, porque los primeros meses no solo son pesados pero también decisivo.

A partir de ese día, Arseni dejó de calentar el horno. Dejó de comer porque no quería comer más. A veces bebe agua del caldero. El caldero estaba junto a la puerta y, por la mañana, notó que el agua que contenía estaba cubierta de finas manchas de hielo. De repente, cuando bebió agua, le pareció que Ustina se movía. Se dio la vuelta y vio que su pierna lejana y ligeramente levantada estaba ahora sobre el banco. Él se acercó a ella. Lo que había visto no era una ilusión óptica. La pierna de Ustina estaba realmente baja. Arseni metió el pie en la puerta y se encontró agachado de nuevo. Tomó el brazo colgante de Ustina y lo colocó con cuidado sobre el mostrador. Arseni entendió que la rigidez de la carne había pasado, pero no permitió que su corazón latiera más fuerte. Toda esperanza murió al ver el útero de Ustina. Se hinchó aún más y empujó fuera de la ingle lo que no había salido el día de su muerte.

Arseni no estaba leyendo nada. Después de la condición de Ustina, vio que ya no podían leerle. Y le hablaba cada vez menos, porque por ahora no podía decirle nada esperanzador.

"Tengo miedo por nuestro pequeño", dijo un día, "hoy vi gusanos blancos en sus fosas nasales".

Dijo - y se arrepintió, porque lo que Ustina podía hacer aquí tampoco era fácil para ella. Tenía la nariz y los labios hinchados y los párpados se le derretían. La piel blanca de Ustina se había vuelto marrón oliva, agrietada en algunos lugares, y el pus estaba mohoso. Debajo de la piel, las venas verdes se delineaban con una precisión poco natural. Y solo el cabello pegado mantuvo su color rojizo.

Envolviéndose las rodillas con los brazos, Arseni se sentó junto al horno y no apartó los ojos de Ustina. Ahora ni siquiera se levantó después del agua. A veces oía que llamaban a la puerta y sentía una tranquila alegría por haber

logrado cerrarla antes de poder moverse. No respondió a los gritos, no prestó atención a los pasos en el patio. Cuando se contuvieron, Arseni volvió a sumirse en el silencio. El sentimiento de paz se apoderó de él cada vez más profundo. Y desde algún lugar, desde lo más profundo del silencio, como una tímida amapola bajo la nieve, creció la esperanza de que pronto conocería a Ustina.

En un momento notó movimiento en la ventana. La vejiga de buey que yacía sobre el marco se rompió con un crujido y mostró una mano con un cuchillo. Después de ella - una cara. Pero su mano inmediatamente cubrió su nariz y su rostro desapareció. Arseni sintió el movimiento del aire y escuchó gritos. Se dirigían a él. Se volvió hacia Ustina y no miró por la ventana. No pasó mucho tiempo antes de que tocaran la puerta. Arseni vio temblar la puerta. Lamentó no poder morir ante estos golpes en la puerta.

La puerta cedió en la parte superior y cayó sobre el alto umbral. Los que la rompieron no entraron. Nadie se apresuró a entrar de nuevo, claramente asustado. Arseni miró a los dos de delante. Estaban Nikola Tkaci y Demid Soloma, gente del pueblo que había acudido a él más de una vez para buscar su salud. Se pararon en la puerta caída y hablaron en voz baja entre ellos. Sus bocas y narices estaban cubiertas por collares de armiacs [13].

Mientras Demid se dirigía a Ustina, Arseni dijo:

No te muevas.

Reuniendo fuerzas, Arseni se puso de pie. Quería evitar que Demid se acercara a Ustina, pero Demid lo empujó levemente en el pecho. Arseni cayó y no se movió. Nikola lo regó con agua del caldero. Arseni abrió los ojos.

Está vivo, anunció Nikola.

Tomándolo por las axilas, lo levantaron un poco y lo volvieron a meter al horno. La cabeza de Arseni cayó sobre un hombro, pero sus ojos permanecieron abiertos. Demid dijo que los cuerpos encontrados deben llevarse al baño. Nikola dijo que se debe traer un carro del pueblo para esto. Enviaron a un tercero por el carro, que no había pronunciado palabra.

19

Scudelniță era un lugar triste. Incluso el cementerio cerca de la cerca donde vivían Arseni y Hristofor parecía de alguna manera más agradable. Scudelnita, o *bojedomka,* estaba en una colina a dos cuadras de la casa de Christopher. Allí yacían los muertos de la peste, los peregrinos, los estrangulados, los infantes y

13 Una especie de suman de tela gruesa.

los suicidas. Techos de agua, y muertos en la batalla, y quemados en el fuego. Los que cayeron bajo los hechizos, alcanzados por un rayo, murieron de escarcha y cualquier herida. Las vidas de estos desdichados eran diferentes, y ella no los juntó, porque su semejanza moría. Era la muerte sin arrepentimiento.

Los muertos tampoco fueron enterrados y no fueron enterrados en cementerios para todos. Los llevaron al baño. Allí sus cuerpos fueron bajados al fondo de un pozo profundo, y se colocaron ramas de pino sobre ellos. Allí los muertos quedaron impuros. Yacían en la fosa común, sufriendo por la falta de paz. Sus rostros grises, cubiertos de arena, apenas eran visibles desde debajo de las ramas. La vista era aún más triste en la primavera, cuando la nieve derretida movió las ramas de su lugar. Luego, los muertos inmundos se veían de la manera más inusual: sin ojos ni narices, con los brazos y las piernas deslizándose sobre sus cuerpos adyacentes, como si se abrazaran.

Pero por la infinita misericordia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, su suerte no era desesperada. El jueves de la séptima semana de Pascua, un sacerdote vino del monasterio de San Cirilo en Belozersk y despidió a los muertos impuros. Ese día fue llamado Semik [14]. Se tapó el pozo y se cavó uno nuevo. Y el nuevo estaba abierto hasta el próximo Semik.

Además, incluso con la prohibición, las penalidades no terminaron para siempre para los inmundos. La gente los recordaba en los días de malas cosechas. No era un secreto para todos los que guardaban la tradición que la causa de las desgracias eran a menudo los muertos impuros. Existía la creencia de que aquellos cuyas vidas habían terminado prematuramente no morían repentinamente. La madre mojada [15]no los recibió y los empujó fuera de sí, obligándolos a salir a la superficie.

En otros lugares, estos muertos parecían estar viviendo su tiempo, pero lo hacían en detrimento de quienes los rodeaban. En busca de una salida a su poder intacto, destruirían los cultivos y provocarían sequías en el verano. Los conocedores explicaron la sequedad por el hecho de que los muertos (especialmente los borrachos) fueron tentados por una sed inhumana y chuparon la humedad de la tierra.

En tiempos difíciles, los muertos impuros ya enterrados a veces se excavaban en el suelo y, a pesar de las protestas del sacerdocio, se transportaban a través de matorrales y pantanos. Sucedió, por supuesto, que

---

14 De *sem* '- siete (ruso).

15 *Mat'sâra zemlia* - personificación de la tierra, la deidad más antigua de la mitología eslava.

los dejaron donde estaban, pero luego se cavó la tierra y los voltearon. Claro, eso puede sonar como la mitad de una medida para algunos, pero se consideró un mal menor que no hacer nada en absoluto.

La situación de los vivos no era, si se piensa bien, una de las más sencillas, enterrar a los que no se habían arrepentido. Si no los enterraban, ellos mismos provocarían la ira de los muertos, y en el verano destruirían sin piedad la cosecha. En esta complicada situación, Semikul fue, de hecho, un juicio de Salomón. Si no entregaban los muertos a la tierra al final de la primavera, los agricultores pasarían el período de las heladas sin dañarlos. Y si hacían el entierro y el entierro en la séptima semana de Pascua, podían esperar que los muertos vengativos no arruinaran su cosecha después de que estuviera madura.

Ustina iba a estar ahora entre estos muertos. Arseni, el que amaba infinitamente, se disponía a tirarla al cuenco. Junto con su hijo sin nombre. Demid y Nikola envolvieron sus manos en trapos, sacaron a Ustina del auto y la pusieron en el carro que pronto fue llevado allí. Después de un momento, el bebé medio descompuesto fue sacado de los brazos extendidos de Nikola. Los aldeanos se habían reunido lentamente detrás del carro. No entraron a la casa, estaban en silencio en el camino.

Arseni, que había estado sentado ausente en el suelo hasta ese momento, se levantó, tomó el cuchillo del horno y salió al callejón. Se movía lenta pero constantemente, como si no hubiera pasado todas esas horas casi desmayado. El sonido de pies descalzos en el suelo se escuchó en ese silencio. Sus ojos estaban secos. La multitud, de pie junto al carro, retrocedió, sintiendo que su fuerza estaba más allá de la fuerza humana.

Puso su mano en el carrito.

No te toques.

Gritó:

¡No te toques!

El caballo de pie roncaba.

Arseni gritó:

Déjamelos a mí y vete por donde viniste. Ellos son mi esposa y mi hijo, y sus familias están en el pueblo, así que vayan con sus familias.

Y los que venían no se atrevían a acercarse a él. Vieron los dedos de mármol en el mango del cuchillo. Vieron el viento mover la pelusa de sus mejillas. No le tenían miedo al cuchillo, le tenían miedo a él. Y no lo reconocieron.

Es un objeto afilado, dámelo, por favor.

El abad Nikandru apareció detrás de la multitud. Caminaba con el brazo extendido hacia Arseni y arrastrando un poco el pie. Las multitudes estaban delante de él como las olas del mar delante de Moisés. Lo siguió un monje que lo acompañaba.

Créeme, no estoy en mi mejor forma ahora mismo, pero pensé que debería venir aquí y conseguir tu cuchillo.

Quieren llevar a Ustina y al niño al baño, dijo Arseni. Y no tengo ni idea de que los que han muerto puedan resucitar ahora mismo.

El cuchillo en su mano cayó en la mano extendida del abad.

Darles estos cuerpos, no los cuerpos son la causa, dijo el abad. Si los pones en una fosa como cualquier otra, estos -señaló a Arseni con un cuchillo a la multitud- los sacarán en la primera sequía. Estás sacando lo inmundo, ¿no? Preguntó a los que estaban sentados, y ellos pusieron sus ojos en el suelo. Los saco sin pensar. Que les importa la resurreccion y salvacion de las almas de los siervos de Dios, esta informacion les proporciono, como dicen, en privado.

El abad le indicó al monje que esperara afuera. Tomó a Arseni por el brazo, y Arseni de repente se suavizó. Cuando entraron en el pórtico, el pie del abad intentó varias veces subir los escalones. Los que estaban presentes vieron y derramaron lágrimas. Descubrieron que la fuerza del espíritu del abad había entrado en irreconciliable contradicción con la decrepitud de su cuerpo. Sabían cómo terminarían esas cosas. El carro corría en silencio. El élder Nikandru desapareció con Arseni detrás de la puerta.

Primero te hablaré de la muerte, dijo el abad, y luego, si lo consigues, de la vida.

Sentado en el banco, señaló el asiento de Arseni a su lado. Cuando se sentó, el abad apoyó las manos en el banco y bajó la cabeza. Habló sin mirar a Arseni.

Sé que estás soñando con la muerte. Piensas: todo lo que era querido para ti está ahora en poder de la muerte. Pero te equivocas. Ustina no está en poder de la muerte. La muerte sólo la lleva a Aquel que la juzgará. Y es por eso que aunque decidas morir ahora, no te reunirás con Ustina. Ahora sobre la vida. Te parece que la vida ya no es importante para ti y no le ves sentido. Pero en este momento se ha abierto el mayor significado en tu vida, uno que nunca antes había existido.

El abad se volvió hacia Arseni. Miró al frente sin pestañear. Sus palmas estaban sobre sus rodillas. Una mosca estaba en su mejilla. El abad persiguió a la mosca, agarró a Arseni por la barbilla y volvió su rostro hacia él.

No te perdonaré: eres culpable de su muerte terrenal. Tú también eres

culpable de que su alma perezca. Debería haberte dicho que más allá de la tumba es demasiado tarde para salvar su alma, pero ya sabes, no lo diré. Porque donde ella está ahora no existe . Y *todavía no.* Y no es el tiempo, sino la infinita misericordia de Dios, a lo que esperamos. Pero la misericordia debe ser una recompensa por el trabajo duro. (El abad comenzó a toser. Se tapó la boca con la palma de la mano y tosió, tratando de reventar, hinchando las mejillas.) Es todo lo que el alma, dejando el cuerpo, es impotente. Sólo puede actuar corporalmente. Porque la salvación sólo puede ser en la vida terrenal.

Los ojos de Arseni estaban secos como antes:

Pero le quité la vida terrenal.

El abad miró tranquilamente a Arseni:

Entonces da la tuya.

¿Pero puedo vivir en su lugar?

En un sentido serio, sí. El amor te hizo uno con Ustina, eso quiere decir que parte de Ustina sigue aquí. Ella eres tu.

Después de llamar, entró el monje y le dio al abad una jarra de brasas. El abad los vació en el horno. Tírales cardos. Puso madera encima. Después de un momento, la madera ya estaba lamida por el fuego. El rostro pálido del abad se sonrojó.

Christopher te aconsejó que fueras al monasterio. Te pregunto por qué no lo escuchaste y no encuentro respuesta… (Se acercó a Arseni.) Bueno, adiós, este es nuestro último encuentro. Las cosas van tan bien que mi vida terminará pronto. Si no confundo algo, todo será el veintisiete de diciembre. Al mediodía más o menos.

El abad abrazó a Arseni y se dirigió a la puerta. Se volvió en la puerta.

Tu camino es duro, porque tu historia de amor apenas comienza. Ahora, Arseni, todo dependerá del poder de tu amor. Y, por supuesto, el poder de tu oración.

20

El invierno de ese año se veía diferente a otros inviernos. No estaba ni helado ni nevado. Estaba brumoso y neblinoso, ni siquiera en invierno, sino a finales de otoño. Y si nevó, nevó. Estaba claro para los lugareños que la nieve no tenía días. Se derritió hasta llegar al suelo, y no trajo alegría a nadie. Estaban cansados del invierno que acababa de comenzar. Vieron una mala señal en lo que estaba pasando en la naturaleza. Y se hizo realidad.

Dos días después de Navidad, el abad Nikandru terminó. Al final del servicio de Nochebuena, les dijo a los hermanos que se reunieran para

celebrar su cumpleaños el veintisiete de diciembre. Nunca celebró su cumpleaños y, a la hora señalada, los hermanos, asombrados, se reunieron en su celda.

Su cumpleaños por la eternidad, supuso desde la cama de madera en un rincón. Sus manos estaban cruzadas sobre su pecho.

Al darse cuenta de lo que era, los hermanos lloraron.

Te dices a ti mismo, no llores por mí, porque este día veré el rostro de mi Señor. Tú también te dices a ti mismo, Señor: pongo mi alma en tu mano, ten piedad de mí y dame la vida eterna. Amén.

Amén, repetían los reunidos, al ver salir el alma del abad Nikandru de su cuerpo.

Sus ojos se secaron y sus rostros se iluminaron. El monasterio se llenó de gente de los alrededores, que esperaban que se produjeran milagros, porque al principio una persona piadosa tiene un poder especial en él. Y recibieron conforme a su fe.

Mientras tanto, el invierno aún no había comenzado. Los caminos se habían suavizado y los ríos no se habían congelado.

Pasar del punto A al punto B, se quejaban en el pueblo, no se puede o se hace con mucha dificultad. Estamos efectivamente desprovistos de caminos, que antes no existían en el verdadero sentido de la palabra.

Pero la falta de caminos no impidió la propagación de la principal plaga de esa época: la peste. La enfermedad se informó por primera vez en Belozersk, la capital del principado. Desde aquí fue lentamente hacia el suroeste. Como un ejército enemigo, corrió de pueblo en pueblo y se comportó sin piedad en el asentamiento ocupado.

Todos se quedaron donde estaban, sin ningún lugar a donde huir de la enfermedad. Porque si superas los caminos suavizados, no significa necesariamente que hayas asegurado tu salvación. Según los rumores que llegaban a la gente de Belozersk, el clima era húmedo en toda Rusia, y esto significaba que un brote de peste podía ocurrir en cualquier parte, comenzando, como suele ser el caso, en otoño, la enfermedad no podía congelarse en invierno, porque el invierno no llego. .

Todavía no había llegado la liberación de Rukina, pero los lugareños ya estaban preocupados. Anticipándose a la llegada de la peste, decidieron buscar el consejo de Arseni. Los cambios con él asustaron a los aldeanos, y al principio no querían ir con él. Pero ante el peligro que enfrentaban, no tenían elección. Pero cuando llegaron a la casa de Christopher, la encontraron vacía.

La puerta no estaba cerrada y entraron sin detenerse. Aunque todo estaba

en su lugar, era obvio que nadie vivía en la casa. Más precisamente, el orden era el de una casa deshabitada. Los aldeanos probaron el horno a mano: estaba muy frío. No había señales del calor inconfundible en los hornos no tan calientes. Los aldeanos buscaron, tal vez Arseni había dejado algo escrito. Él no se había ido. Temiendo que fuera peor, miraron debajo del dosel, buscaron y entraron directamente al cementerio, que estaba al lado de la casa. Los aldeanos no encontraron señales de Arseni, vivo o muerto. Puede que se haya derretido, como la cera que se derrite cerca del fuego, pensaron. Específicamente, no sabían qué creer.

El libro de la renuncia.

1

Pero Arseni no se había derretido. Cuando lo buscaron en la casa de Christopher, ya estaba a diez millas de distancia. Dos días antes, se había echado una bolsa de tela a la espalda y se había ido del pueblo.

Había puesto algunos medicamentos e instrumentos médicos en la bolsa. El resto estaba ocupado por los montículos de Christopher. Estos eran solo una parte insignificante de los escritos del difunto, porque su legado manuscrito era voluminoso y no cabía en un bolso grande. Y la bolsa de Arseni no era grande. Lamentablemente, tuvo que dejar muchas pilas notables.

Al salir de la casa, Arseni la llevó a Koschevo. De Koschevo - a Pavlovo, de Pavlovo - a Pankovo. Sus pies resbalaron en el suelo fangoso, cayó en los charcos profundos y sus botas se llenaron rápidamente de agua. Su camino no fue recto, pues no tenía un objetivo geográfico bien definido. No tenía prisa. Al entrar en el pueblo a su vez, Arseni preguntó si había una plaga allí. Los aldeanos lo conocían, así que lo acogieron en sus casas e incluso lo alimentaron.

Como estaba oscureciendo temprano, Arseni tuvo que pasar la noche en Pankovo. Pero a la mañana siguiente partió de nuevo hacia Nikolskoe. No se le permitió entrar en el pueblo. En Nikolskoe no recibieron a nadie, por temor a entrar en el pueblo y la peste con el hombre. No se le permitió entrar en Kuznetsovo, que estaba a tiro de piedra de Nikolskoe. Arseni se dirigió a Maloe Zakozie, pero la entrada a Maloe Zakozie resultó estar bloqueada. Habría ido al Bolshoi Zakozie, pero aún así, se pusieron troncos allí.

El siguiente pueblo que se cruzó en su camino fue Velikoe. Quien quisiera entrar allí, pero Arseni sintió el aire de desgracia flotando sobre este asentamiento.

Aquí huele a miseria, le dijo Arseni a Ustina. En este pueblo necesitamos nuestra ayuda.

Era la primera vez que se dirigía a Ustina después de su muerte, y ella se estremeció. Arseni no había pedido perdón porque no se sentía con derecho a ser perdonado. Simplemente le había pedido que participara en algo importante y esperaba que ella no se negara. Pero Ustina guardó silencio. En su silencio, sintió dudas.

Créeme, mi amor, no busco la muerte, dijo Arseni. Al contrario, mi vida es nuestra esperanza, la tuya y la mía. ¿Puedo buscar la muerte ahora?

Al principio no los abrieron. Decían que la peste había llegado al pueblo. Arseni preguntó dónde exactamente estaban enfermos, y a Egor Kuznets se le

mostró el golpe. Tocó allí. Nadie respondió. Arseni sacó un paño de su bolso, se cubrió la boca y la nariz con él y se ató la cabeza alrededor de la nuca. Después de inclinarse, entró.

Egor Kuznets estaba tirado en el banco. Un enorme brazo colgaba de ellos. De vez en cuando, su palma se cerraba en un puño, indicando que Egor todavía estaba vivo. Arseni lo tomó de la muñeca para ver si la sangre fluía por allí. Pero apenas podía sentirlo. Al tocarlo, Egor abrió los ojos.

El agua.

El agua no corría. En el piso, justo al lado de la mano de Egor, había un balde volcado bajo el cual brillaban las últimas gotas de humedad. Estaba claro que Egor había volcado el balde y ya no podía sacar agua del pozo.

Arseni salió del pozo y se fue al pozo. Era un pozo de gallo [16]. El gallo parecía muerto. Su cuello de madera, sujeto a su torso, se balanceaba con el viento. Arseni bajó el balde al pozo. El agua profunda, no atrapada en el hielo, estaba bastante alta. Arseni se reflejó en él y no se reconoció. Su rostro era diferente.

Mi cara es otra, le dijo a Ustina. Estos cambios son difíciles de llamar, pero, mi amor, son obvios.

Volviendo a la tormenta, Arseni le dio un trago de agua a Egor Kuznets. Apoyó la cabeza en él y Egor bebió sin mirar. Tragó saliva, ahogándose. El agua goteaba por su barba y corría debajo de su camisa. Su sed no disminuyó en absoluto. Estaba sosteniendo la mano de Arseni, y Arseni apenas podía soportar su peso. Qué sano estaba este hombre, pensó Arseni, y qué débil estaba ahora. En solo unos días, la enfermedad lo convirtió en un montón de carne indefenso que comenzaría a descomponerse en pocos días. Arseni sintió que no había vida en ese cuerpo.

De repente, Egor abrió los ojos.

¿Te llevas al ángel de mi muerte?

No lo soy, negó Arseni.

Dime mi destino, ángel.

Arseni observó cómo los párpados de Egor se cerraban lentamente.

"Vas a morir pronto", dijo Arseni en voz baja, pero Egor ya no podía escuchar.

Respiraba con dificultad y gotas de sudor corrían por su frente y desaparecían en su espeso cabello. Arseni, sentado a su lado, recordó cómo a veces miraba a la dormida Ustina. Bajo su cubierta apenas visible, su pecho se movió. A veces, Ustina se sonaba ruidosamente y se giraba hacia el otro lado.

---

16 Este es el nombre del pozo en Rusia.

Se frotó la mejilla. Movió los labios. Los labios de Arseni también se movieron. Leer más para los moribundos. Su mirada se volvió aguda, y más allá de las facciones de Ustina vio a Egor. Egor estaba muerto.

Arseni fue a las casas vecinas. Allí yacían los vivos y los muertos. Los arrastró de entre los muertos y los cubrió con tela y aserrín. Mientras arrastraba un cuerpo, Arseni sintió señales de vida en él. Sientes que el alma se aferra a ese cuerpo. Era el cuerpo de una mujer joven.

Algo me hace creer, le dijo a Ustina, que aquí las cosas no están desesperadas.

Arseni llevó a la mujer de regreso a la casa. Allí hacía calor, porque por la mañana los maestros todavía estaban de pie y habían calentado el horno. Arseni acostó a la paciente boca abajo y examinó su cuello. Como enormes cuentas de color rojo púrpura, los ganglios linfáticos se estiraron, se hincharon. Arseni enciende las brasas del horno y echa leña al fuego. Sacando los instrumentos de la bolsa, los alinearon. El pensó. Cogió un dardo y le prendió fuego. Cuando el dardo se puso rojo, se acercó al paciente. Palpó los bubones con la mano libre. Eligiendo el más grande y más suave, metió la punta en él y lo presionó con dos dedos. Del bubón salió un jugo turbio que olía mal. Arseni sintió el fluir viscoso con sus dedos, pero no estaba asqueado. Le pareció que el pus que goteaba por el cuello de la mujer era la parte visible de la enfermedad que salía de su cuerpo. Arseni estaba encantado. Sintiendo con las yemas de los dedos nudo tras nudo, quitó la peste del paciente.

Del cuello, Arseni pasó a las axilas, de las axilas a la percha. Además del olor a pus, percibía otros olores que lo inquietaban. Qué animal soy, pensó Arseni. ¡Qué animal! Terminando con las incisiones, soltó la sangre en los lugares donde los bubones eran más grandes. La sangre estaba mala allí, había que drenarla. Cuando Arseni perforó el primer vaso sanguíneo, la mujer recobró el sentido y gimió.

Paciencia, mujer, le susurró Arseni, y volvió a perder el conocimiento.

Le pinchó los vasos sanguíneos en diferentes partes de su cuerpo y ella gemía cada vez, pero no podía abrir los ojos. Cuando terminas, Arseni lo cubre con una manta.

Y ahora duermes un largo sueño, para ganar fuerzas. Y despertar no para la muerte, sino para la vida. Su pronóstico es favorable.

Con esas palabras salió Arseni. Al final del día, había ido a algunas casas más, y estaba trabajando con los vivos y los muertos, y vio que los vivos se volvían hacia los muertos. En una de las casas se encontró con que ya no tenía un trapo en la cara. No tuvo tiempo de buscar otra tela, y rezó al Ángel de la

Guarda, quien, de pie sobre su hombro derecho, ahuyentó la plaga con sus alas. De vez en cuando, Arseni podía sentir el aliento del ángel, y eso lo tranquilizaba. Ahora podía concentrarse por completo en curar a los enfermos.

Arseni agarró la muñeca de los pacientes y escuchó su flujo sanguíneo. A veces les pasaba la mano por el pecho o el cuero cabelludo. Así descubrió el camino más verdadero, el que estaba destinado a los enfermos. Si esperaba la recuperación, Arseni sonreía y lo besaba en la frente. Pero si su muerte estaba condenada, Arseni, sin ser escuchado, lloraría. A veces no estaba claro qué había pasado con el hombre que sufría, y entonces Arseni rezaba fervientemente por su recuperación.

Sostener el que tenía en la mano le dio la fuerza para vivir. Soltó su mano solo cuando sintió que la lucha entre la vida y la muerte había terminado de por vida.

Ese día se necesitó mucho poder, porque nunca antes tanta gente había necesitado su ayuda. En la última de las casas a las que acudió, Arseni durmió con el enfermo. Durmió y soñó que el Ángel de la Guarda ahuyentaba de él la peste. El ángel no agitó sus alas ni siquiera de noche. Arseni se maravilló de la resistencia del Ángel y le preguntó por qué no estaba cansado.

Los ángeles no se cansan, respondió el Ángel, porque no escatiman sus poderes. Si no crees que tus poderes son limitados, tampoco te cansarás. Debes saber, Arseni, que sólo el que no tiene miedo de ahogarse puede caminar sobre el agua.

Por la mañana, Arseni y el paciente se levantaron una vez. Y el paciente se dio cuenta de que estaba sano.

2

En el pueblo de Velikoe, Arseni permaneció durante dos semanas. Los sanó y lavó a los enfermos. Les dio de beber y de comer, en primer lugar, de beber. Enseñó a los sanados cómo cuidar a los enfermos.

Ya no estás bajo el poder de la peste, le dijo Arseni a los curados. Ya no puede tocar a los que han sido arrancados de sus garras.

No todos le creyeron. Algunos, temiendo el regreso de la desgracia, abandonaron en silencio el pueblo y se fueron a donde la peste no los perseguía. Pronto se convencieron de que era un error. Sus cuerpos libres de enfermedades no pudieron soportar las durezas del camino, y lo que no habían podido hacer fue plagar el barro y la niebla fría del camino. Los que se quedaron (y la mayoría) creían en Arseni como en ellos mismos. Él era su

salvador, y la verdad de sus palabras fue confirmada en sus ojos sanadores. Entraron en las casas con la peste con Arseni, pero ninguno de ellos sufrió.

Cuando tuvo suficiente ayuda para cuidar de los vivos, Arseni se hizo cargo de los muertos. Ellos tampoco podían esperar. Incluso cuando los sacaron de sus casas, los muertos no pudieron contenerse. La expresión tímida de los rostros de los muertos dejaba claro que ya no podían serles de utilidad. Necesitaban ayuda urgente. Se encontró un carro en el que se colocaron los cuerpos. Los llevaron al mayordomo más cercano, a tres millas de distancia, y los dejaron allí esperando a Semik. Los que cuidaban a los muertos no lloraban. En aquellos días, en efecto, nadie lloraba, porque el dolor de la muerte que todo lo abarca no se suaviza con las lágrimas.

Al darse cuenta de que la vida estaba en camino a Velikoe, Arseni decidió irse. En una hermosa mañana de enero, se despidió de los aldeanos y les permitió pasar un tiempo a solas hasta que se fue del pueblo. Pero la gran fama de Arseni, cuyos inicios están en el pueblo de Velikoe, no podía limitarse a ese asentamiento.

Independientemente de su voluntad, se extendió por todas partes, superando la humedad estancada y los caminos obstruidos. Arseni fue al pueblo de Lukinskaya, pero su fama lo recibió desde la primera casa.

Apoyada contra el marco de la puerta con incrustaciones, estaba encarnada por una anciana de pueblo con una *caravana* [17].

¿Eres Arsenio?

Lo soy, respondió Arseni.

Baba metió la *caravana* en sus manos y él, sin pensarlo, la pellizcó. El pan era fuerte porque (Arseni entendió) había sido horneado durante mucho tiempo.

Ayúdanos, Arseni, la muerte nos mata.

Si el Señor lo quiere, yo te ayudo, murmuró Arseni, sin mirar a su abuela.

Ella no entendió dónde lo había encontrado y fue tras ella en silencio por el pueblo. El barro se agrietaba bajo sus pies, los copos de nieve húmedos volaban sobre las ramas deshilachadas de los abedules. Contra el fondo de los troncos blancos, los copos no se podían ver, pero la piel de su rostro se sentía bien. Se derritieron instantáneamente en sus mejillas y colgaron de sus pestañas por un corto tiempo.

Que yo sepa, Arseni le preguntó a Ustina, pero Ustina guardó silencio.

"Tengo miedo de que me tome por otro", dijo Arseni después de un momento. Y que sus expectativas son demasiado altas.

---

17 Pan grande y redondo.

De vez en cuando la tomaba frente a su abuela y la miraba a los ojos. Reflejaban el cielo gris, sin rastro de luz. La agarró por el hombro y de repente la detuvo. Ella volvió la cabeza, pero miró más allá de él.

"Simplemente sabes que tu sobrino está muerto, entonces, ¿por qué me llevas con él?", dijo Arseni.

Bueno, ¿por qué viven?, preguntó la abuela con indiferencia.

Arseni no sabía qué decir, pero eso no era una pregunta. Al menos una pregunta para él. Observó en silencio cómo su abuela desaparecía entre los copos de nieve. Cuando ya no la vieron, se dirigió al bache más cercano. Ya tenía algo que hacer allí.

En Lukinskaya, Arseni permaneció más tiempo que en Velikoe. Había varias personas enfermas aquí. Y hubo muchos muertos. En Lukinskaya reinaba la apatía, y aquí resultó mucho más complicado hacer que se ayudaran unos a otros. Pero Arseni también se ha abierto paso en esto.

Convenció a los campesinos de que su recuperación dependía en gran medida de ellos mismos. Queriendo despertar en ellos la fuerza vital, Arseni les demostró que la ayuda del Señor llega muchas veces a través de personas que no se sientan con las manos en el pecho. Los campesinos asintieron, porque la gente que no se sentaba con las manos en el pecho era Arseni para ellos. Tampoco querían convertirse en personas que no se sientan con las manos en el pecho. O no pudieron. Pero cuando algunos de los enfermos que ya lloraban fueron sanados, se despertó en ellos la esperanza. Y los que habían sido curados comenzaron a ayudar a los que estaban enfermos y a sacar a los muertos. Repartieron pan a los niños huérfanos, lavaron y ahumaron las casas, limpiaron los patios y las calles que quedaron desiertas durante la peste. Al ver esto, Arseni dejó el pueblo de Lukinskaya y siguió adelante.

El siguiente lugar que se cruzó en su camino fue Gori. Después de permanecer en Gori por un tiempo, pasó por alto el lago Kishemskoe y, después de unas diez verstas, llegó al pueblo de Sortino. Desde Sortino, el camino lo llevó a Kulighi, desde Kulighi, a Dobrilovo, de allí, a Zagorie. Y en todas partes, ya se esperaba a Arseni, y los habitantes ya sabían lo que tenían que hacer para ayudar al curandero. Las palabras, como su gloria, le precedían, y como ya todos sabían lo que les iba a decir, Arseni tenía cada vez menos que decir. Esto fue un gran alivio para él, porque lo más difícil de todas las cosas le pareció pronunciar palabras.

Mientras Arseni estaba en Zagorie, finalmente se congeló. Hacía mucho frío. Pasó menos de una semana, mientras escondía a Sheksna en un hielo

delgado pero fuerte. Más adelante, Arseni caminó sobre el agua ya congelada de Sheksna. Sus piernas todavía resbalaban, a veces aferrándose a sus cañas atrapadas en el hielo, pero era más fácil caminar sobre el río que sobre el camino embarrado.

Así llegó al gran pueblo de Ivacevo. Era un rico pueblo de pescadores. En Ivacevo había una iglesia de piedra dedicada al Apóstol Andrés, quien antes de ser apóstol había sido pescador. En los disturbios de Ivacevo, el olor a cadáveres podridos se mezclaba con el olor a redes y pescado salado. Hacía tiempo que Molima había pasado sobre el pueblo, como sobre todos los pueblos del río, que recibía a los que iban por agua y por tierra.

Arseni, que había crecido lejos del agua, sentía la presencia del río momento a momento. Sheksna no era grande, pero la profundidad del agua corriente, incluso bajo el hielo, irradiaba la energía especial del movimiento. Esta fuerza era nueva en su vida y lo impresionó. Ella despertó en él el pensamiento de la peregrinación.

3

La primavera le pilló en Ivacevo. El lugar de la escarcha, que había hecho la peste un poco menos feroz, tomó el deshielo. Arseni estaba haciendo todo lo posible para evitar una segunda ola de peste. Les dijo a los aldeanos que comieran puré de yema de huevo y lo tomaran con un sorbo de jugo de rosa mosqueta. En los días de su medicina, no se les permitía comer carne de cerdo ni beber leche ni vino. Durante el día, Arseni recorría las casas de los enfermos, y por la noche rezaba por su salud y para que la enfermedad no se extendiera.

De pie en las costas de Sheksna, Arseni pensó que pronto el hielo se derretiría. Hasta que llegaron los días de calor, tuvo que mudarse a un pueblo al otro lado del río. Ya se estaba preparando para el camino cuando, una mañana, los trineos llegaron a Ivacevo sobre el hielo de Sheksna. Mirando lo hermosos que eran los trineos, uno de los aldeanos dijo que eran principescos. Y se hizo realidad. Los trineos habían sido enviados desde Belozersk por el príncipe Michael. Y habían sido enviados por Arseni.

¿Después de mí? Arseni se preguntó cuándo le dijeron que venía el trineo.

Según usted, los que vinieron de Belozersk lo confirmaron. Grande es tu gloria, Arseni, en la tierra de Belozersk. Demuestra tu habilidad curativa y serás honesto con el príncipe.

Sólo de nuestro Salvador Jesucristo espero recompensa, respondió Arseni, ¿qué necesidad tengo de ser honesto con el príncipe?

Volviéndose a un lado, le dijo a Ustina:

Déjame ver, mi amor, qué puedo hacer por esta gente. Ser un príncipe no hace que la enfermedad sea más fácil. No más difícil, eso es.

Con estas palabras, Arseni subió al trineo pintado. El asiento estaba forrado con almohadones de plumas, que le daban al cuerpo su suavidad, con la evidente voluntad de servir al objeto caro. Arseni estaba envuelto en una manta y se sentía avergonzado frente a los aldeanos que lo miraban. Nunca antes había montado en un trineo como este. Y nunca había imaginado que el camino pudiera ser tan agradable. Y caminando - rápido.

Las suelas del trineo avanzaban sobre el hielo con un ruido débil y cristalino, y las profundidades del agua les respondían como una pesada campana. Había un torbellino detrás de sus pies. Bajo el hielo, los peces asustados huían. Sheksna serpenteó, y los pueblos fueron reemplazados por pueblos.

También había un camino más corto a Belozersk. No era tan fácil como la del agua, y pasaba por los pueblos que iban apareciendo uno tras otro. Pero los que vinieron después de él no sabían si el camino estaba despejado. Se apresuraron y decidieron no correr riesgos, sabiendo que el camino hacia el río era más seguro y rápido. Tal vez ni siquiera querían pasar por esos pueblos, sabiendo que la peste estaba haciendo estragos allí. Ellos (el sargento miraba severamente a Arseni) tenían suficiente peste en Belozersk.

Cuando el sol perdió su brillo, el hielo comenzó a ensancharse. Mirando a su alrededor, Arseni notó que la orilla ahora estaba solo a la izquierda. En lugar de la orilla derecha, hasta donde alcanzaba la vista, los tramos de hielo se extendían sin cesar. Era el lago Beloozero [18]. Su hielo era más liso que el del río y el avance sobre él era más rápido. Cuando oscureció, el lugar del lago se apoderó suavemente de la ciudad. Es recibido por Belozersk, la capital del principado.

El trineo se deslizó por los callejones oscuros. Arseni nunca había visto calles tan largas y casas tan altas. Lo altas que eran las casas, podía decirlo por la luz que entraba por las ventanas de arriba. Cuando llegaron a la casa donde vivía el príncipe, ya estaban esperando. Rápidamente sacaron a Arseni del trineo y lo llevaron escaleras arriba. Después de atravesar dos habitaciones semioscuras, llegaron a una tercera. En esta habitación brillantemente iluminada, un hombre estaba de pie. Era el Príncipe Michael.

"Escuché que eres un sanador experto", dijo el príncipe.

Se acercó a Arseni y le habló lentamente, casi al oído. Ser alto - de arriba a

---

18 El lago blanco.

abajo. Mi esposa y mi hija se enfermaron anoche, ¿sabes? Los médicos aquí no están en condiciones. Para nada. Ni siquiera para tratar los dientes...

Eso se ve, dijo Arseni. Hueles a caries.

Ayuda a los míos, Arseni. Yo creo que puedes.

¿Qué opinas?, preguntó Arseni. De los que traté, no pocos murieron.

El príncipe se sentó en una enorme silla tallada. Mientras estaba de pie, se podía ver su cabeza calva. Miró a Arseni, girando la cabeza de forma poco natural.

Porque tú tampoco moriste. Me dijeron que pasaste por muchas aldeas plagadas y no moriste. Eso me dice que eres bendecido.

Arseni se quedó en silencio.

El príncipe lo llevó a los aposentos de las mujeres. Cuando se acercaron a la habitación donde yacía el enfermo, Arseni detuvo al príncipe.

sigo solo.

Inclinó la cabeza y entró.

Había dos camas, una al lado de la otra. En uno yacía una mujer joven (era mucho más joven que el príncipe), en el otro una niña de seis años. La pequeña no estaba consciente. Cneaghina saluda a Arseni, asintiendo débilmente. Se acercó primero a la niña y le tomó la muñeca. Luego le tocó la frente.

¿Qué dices, Arsenio?

Sabes mi nombre, se preguntó Arseni.

Se sentó en su cama. Incluso en la penumbra de la habitación, la cneaghina tenía ojos azules. Al sol, pensó Arseni, sus ojos deben brillar como el azul del cielo. El Señor también tiene este color. Levantó con cuidado su cabeza de la almohada y palpó su cuello.

¿Qué dices?, repitió.

Ora, princesa, y el Señor te mostrará su misericordia.

Arseni salió y cerró la puerta detrás de él.

¿Has visto?

"Los vi", dijo Arseni. Lo digo en serio, pero la vida no se irá. Con la ayuda de Dios, creo que estarán mejor por la mañana.

El príncipe apoyó la cabeza en el hombro de Arseni. Arseni sintió lágrimas en la garganta.

Regresó a los enfermos y se quedó con ellos hasta la mañana. Vio la vida luchando con la muerte y se dio cuenta de que la vida necesitaba ayuda. También trabaja en los biberones de su madre y de su bebé. Les dio de beber en abundancia, porque el agua estaba inmunda. Sostuvo sus cabezas por

encima del papel mientras se derramaban. Pero lo que es más importante, perdieron su vitalidad cuando sintieron que no habían tenido suficiente.

Arseni le tenía especial miedo a la niña, ya que los niños eran más vulnerables a la peste que los adultos. Como tenía un descanso, tomó su mano sin soltarla. Tras el pulso, se percató de los cambios en su estado y encaminó la lucha por su vida. Arseni sintió cuando tuvo que intervenir con firmeza. En esos momentos concentraba todo, absolutamente todo, y transmitía al niño toda la vitalidad que podía encontrar en él. Sólo temía el agotamiento de sus poderes.

Por la mañana, cuando llegaron a su habitación, Arseni se sentó inmóvil en el suelo y tomó al niño de la mano. Los que entraron pensaron que estaba muerto. Que tanto la princesa como la niña estaban muertas. Pero Arseni estaba vivo. Y la princesa y su hija, aunque todavía muy débiles, estaban sanas.

4

Este fue el comienzo del ascenso de Arseni. Para el príncipe, que amaba a su familia hasta el sacrificio, la curación de su familia significaba más que nada. Le dio a Arseni un abrigo de marta. A pesar del clima cálido, el valor del regalo era obvio. El príncipe decidió nombrar a Arseni médico de la corte e instalarlo en su palacio.

Hay que decir que los lugares de los príncipes de aquellos tiempos pasados no corresponden realmente a la imagen de los palacios de hoy. Los palacios de la nobleza rusa solían estar hechos de madera. Su principal diferencia con las casas de la gente común del pueblo era su tamaño: eran más altas y anchas. Su construcción nunca terminó; podía interrumpirse, pero se reanudaba a la primera necesidad que surgía. Cada nuevo matrimonio en la familia añadía nuevos cuerpos. Se amplió la cocina, aparecieron anexos para las habitaciones de servicio y para las dependencias. Los edificios se hacían más grandes, pero no más hermosos. Recordaban colmenas o colonias de moluscos. Su principal mérito fue que satisficieron a los propietarios.

Después de permanecer con el príncipe durante varias semanas, Arseni le pidió que lo dejara ir. No, Arseni no quería irse de Belozersk; todavía había muchas personas que lo necesitaban, solo le pidió al príncipe que le diera otro lugar para quedarse. Al principio su pedido sorprendió al príncipe, pero Arseni le dijo que, al ir a tantos enfermos, tenía miedo de llevar la enfermedad al palacio del príncipe. Era la verdad, pero no toda la verdad. La vida en el palacio lo oprimía.

Sentado en el lujo, te siento menos, confesó entre lágrimas de Ustina. Y el propósito por el cual vivo ahora no se puede lograr allí.

El príncipe no lo detuvo, pues la palabra de Arseni significaba mucho para él. Para él era importante que Arseni no se fuera de Belozersk. Él le dio una casa no lejos del palacio y la dejó vivir como quisiera. Y la voluntad de Arseni era poner fin a la desgracia que había caído sobre la ciudad. No pasó mucho tiempo antes de que pudiera hacer arreglos para que los enfermos en Belozersk fueran curados por aquellos que se habían recuperado. Él solo no hubiera podido atender a los enfermos de toda la ciudad.

Arseni salía de su casa de madrugada y se ocupaba de los enfermos. Los examinó, apreciando su condición y posibilidades de vida. Donde su ayuda pudo ser decisiva, se quedó con los relojes y persuadió a los tristes ángeles de la muerte para que llegaran tarde. A veces, cuando le parecía que los poderes lo habían abandonado por completo, iba al lago.

Ya era finales de mayo y el lago aún estaba cubierto de hielo. Su extensión ilimitada de plomo contrastaba con las costas cubiertas de verde. Arseni caminaba sobre el hielo del lago y podía sentir el frío en su interior. El desvanecimiento del frío parecía ser el aliento de la muerte, como si todos los habitantes de la ciudad que una vez habían muerto estuvieran en el abismo del lago. Podía mirar sus relojes en el hielo, buscando lo que se había congelado en él durante el invierno: fragmentos de ollas, brasas de los fuegos, un lobo caído, palos rotos y lo que había perdido su apariencia original con el tiempo y simplemente se había convertido en material.

Arseni pensó que vivía solo, pero no fue así. No podía esconder su fama por ningún lado. Invisiblemente, la ciudad de Belozersk lo observaba desde la orilla. Al darse cuenta de que un hombre común no resistiría la tensión a la que estaba sujeto Arseni, la ciudad le dio un respiro para reunir fuerzas solo.

Pero, seguidamente, salió un punto de la orilla que empezó a moverse rápidamente hacia Arseni. No fue hasta la atención de Arseni que quedó claro que se dirigía hacia él. Se dijo a sí mismo que el hombre aún estaba lejos, pero solo porque el que venía era un niño. Al acercarse, Arseni vio que tenía unos siete años.

Es Nochevieja, dijo el niño. Viniste porque mi madre estaba enferma. Ayúdanos, Arsenio.

Tomó a Arseni de la mano y lo arrastró hacia la orilla. La mano de Sylvester estaba fría. Arseni lo siguió en silencio. Sylvester seguía resbalando en el hielo y aferrándose raro a su mano. Pero ni el uno ni el otro se reían, porque no se regocijaban. Su paso fue acompañado por el crujido del hielo bajo sus pies.

Sobre sus cabezas chillaban los pájaros que volvían de las tierras cálidas. De vez en cuando eran envueltos por las cálidas corrientes de aire de la orilla, que bañaban la extensión helada.

Mi padre murió hace dos años, dijo Silvestru. También la peste. El nombre de mi madre es Xenia.

Al ver que Silvestru lo miraba, Arseni asintió.

La casa de Silvestru estaba al lado de un estanque pantanoso, en las afueras de la ciudad. A pesar de las expectativas de Arseni, era una casa hermosa. No se sentía como la casa de un huérfano, no se sentía relajado. Antes de cruzar el umbral, Arseni preguntó:

¿Cuándo se enfermó?

Ayer, el chico respondió.

Entra Arseni. A pesar del gesto que hizo para detenerlo, Silvestru lo siguió.

"Ella es mi madre", susurró Silvestru. Ningún daño puede venir de ella.

Ahora ya no es de ella, sino de la enfermedad, susurró Arseni y sacó al niño.

Xenia yacía con los ojos cerrados. Por unos minutos, Arseni la miró en silencio. Su rostro, incluso hinchado por la enfermedad, había conservado sus rasgos regulares. Le tocó la frente con la mano y se maravilló de su timidez. Para sacudirse su vacilación, presionó su palma en su frente. Xenia abrió los ojos. No dijeron nada y cerraron lentamente. La mujer no pudo resistir el sueño. Arseni le tomó el pulso. Se pasó la mano por la vena yugular.

Presionó el lugar donde su corazón latía un par de veces. No sientes nada en él más que la disminución de la vida.

En la sala de estar, Sylvester lo miró inquisitivamente. Arseni conocía bien esa mirada, pero nunca la había visto en un niño. No sabía qué decirle a un niño con esa mirada.

Ya sabes, no es bueno (se volvió Arseni). Siento mucho no poder salvarla.

Pero salvaste a la princesa, dijo el niño. sálvala a ella también.

Todo está en las manos de Dios.

Ya sabes, eso es todo lo que hay para Dios: sanarla. Es muy simple, Arsenie. Oremos los dos a Él.

Bueno. Solo quiero que no lo culpes si ella va a morir. Recuerda que ella puede morir.

¿Quieres que le oremos y no creamos que Él cumplirá nuestra oración?

Arseni besó al chico en la frente.

No claro que no.

Ordené a Silvestru que durmiera en la sala:

Dormirás aquí.

"Sí, pero oremos primero", dijo Sylvester.

Arseni trajo de la sala los iconos del Salvador, la Madre Precista y el Santo Gran Mártir y Sanador Panteleimon. Tomó las esposas de la comisaría y colocó los iconos en su lugar. Ambos se arrodillaron. Rezaron durante mucho tiempo. Cuando Arseni terminó de leer las oraciones al Salvador, Silvestru se tiró de la manga.

Quedarse. Me refiero a mis propias palabras. (Apoyó la frente en el suelo y la voz de él empezó a sonar ensordecedora.) Dios, déjala vivir. No necesito nada más en el mundo. Nada. siempre te lo agradeceré Todo lo que sabes es que si ella muere, me quedaré solo. (Mira al Salvador por debajo de la mano.) Sin ninguna ayuda.

Al contarle al Salvador las posibles consecuencias, el niño no temió por sí mismo. Pensó en su madre y eligió los argumentos más fuertes para apoyar su recuperación. Esperaba no poder negarse. Y Arseni vio esto. Y pensó que el Salvador también lo vería.

Luego rezaron a la Madre de Dios. En un momento, al no escuchar la voz de Silvestru, Arseni volvió la cabeza. Sylvester dormía de rodillas. Respaldado por un baúl. Ella lo lleva con cuidado a la cama. En Healer Panteleimon, Arseni oró solo. Alrededor de la medianoche fue a la habitación de Xenia y comenzó a cuidarla.

5

Durante varios días, la condición de Xenia no mejoró. Pero tampoco se estaba muriendo.

Arseni vio en esto la manifestación de la misericordia infinita del Señor, y para él, una exhortación a luchar por su vida. Levantando un poco la cabeza de Xenia, vertió en su boca no solo la medicina contra la plaga, sino también tinturas que podrían fortalecer su carne para resistir la muerte. Susurrando una oración, tomó la mano de Xenia y sintió la ayuda de Aquel a quien se dirigía pasar a través de él en la enfermedad.

Cuando salió de la habitación, entró en la habitación de Nochevieja. Después de orar por la recuperación de Xenia, fueron al lago por un rato. Los días eran calurosos en Belozersk y la frescura del lago era agradable. No pisaron el hielo, ya no estaba segura. Había agujeros y grietas en el hielo hechos por los manantiales bajo el agua. De azul, el hielo se había vuelto negro, ya no duradero, pero frágil.

Te vas a casar con mi madre, no, preguntó Silvestru mientras bajaban a tierra.

Sorprendentemente, Arseni se detuvo.

Quiero que estemos siempre juntos.

Nos vemos, Nochevieja

El chico, que iba delante, se volvió lentamente hacia Arseni.

¿Tienes otra mujer?

Haces preguntas muy maduras.

Florero - ¿lo tienes?

Se puede decir así.

Arseni vio que los ojos del niño se llenaban de lágrimas. Sylvester se contuvo, para que las lágrimas no rodaran por sus mejillas.

¿Cuál es su nombre?

Ustina.

¿Vive en tu pueblo?

No.

¿En Belozersk?

Ella no vive en este mundo.

El chico le tomó la mano y continuaron en silencio.

Al quinto día de su enfermedad, Xenia comenzó a recuperarse. No tenía ningún poder en absoluto, pero la muerte ya no la amenazaba. Miró agradecida a Arseni, quien le dio de beber, le dio cuajada con la cucharilla y la ayudó a ir a la olla.

No me avergüenzo de ti, dijo en una línea. Eso es lo que más me sorprende.

Durante la enfermedad, la carne pierde su pecaminosidad, respondió Arseni después de pensarlo un momento. Queda claro que ella es solo un envoltorio. Y que no nos avergoncemos de él.

No me avergüenzo de ti, dijo Xenia en otra línea, porque te has convertido en un hombre cercano a mí.

Xenia era mejor. Pronto, una noche, se levantó y preparó un nabo turco. Después de cortar el nabo en partes iguales, Xenia lo puso en tazones. Miró a los hombres con una mirada feliz. Arseni miró a Silvestru: el niño no comía nada. Había estado suave todo el día y Arseni comenzaba a preocuparse.

Después de la cena, Arseni tomó la muñeca de Silvestru. Al acercarse al niño, se dio cuenta de lo grave que era la situación. Le parecía que su propia sangre fluía correctamente. Y ahora ella lo va a patear en la nariz, las orejas, la garganta. Xenia seguía hablando, pero él ya no podía abrir los labios. Claramente sintió que no tenía poder para ayudar. Miró al niño y quiso morir de nuevo.

Por la noche, la Nochevieja no duerme. Una inquietud se había apoderado

de él, se retorcía en la cama. Se dio la vuelta de un lado a otro y no pudo encontrar una buena posición para dormir. Le dolían los músculos de las manos y los pies. Después de quedarse dormido durante unos minutos, de repente se despertó y se preguntó si Arseni y Xenia estarían allí. Le pareció que se habían ido. Pero estaban a su lado. Se sentaron en su cama y no le quitaron los ojos de encima. Xenia no dijo una palabra. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Hacia la mañana, Silvestru perdió el conocimiento.

Xenia miró hacia arriba.

Sálvalo, Arsenie. Él es mi vida.

Arseni se apoyó contra el piso, golpeó su cabeza contra las rodillas de ella y rompió a llorar. Lloró por miedo a perder la víspera de Año Nuevo y su incapacidad para ayudar. Lloró por todos aquellos a los que no pudo ayudar. Se sentía responsable de ellos y no tenía con quién compartir esa responsabilidad. Lloró por su propia soledad, que ahora sentía con una fuerza inesperada.

En un intento por curar a Sylvester, tomó todas las precauciones contra la plaga que una vez había aprendido de Christopher. Usó varios medios cuya utilidad había descubierto a partir de sus propias observaciones. Colocó al niño sobre sus rodillas y lo sostuvo así sin soltarlo. Arseni temía que el ángel de la muerte pudiera venir después de la víspera de Año Nuevo en su ausencia. Sabía que en el momento decisivo abrazaría al niño, para darle las olas de la vida de corazón a corazón. Estaba aterrorizado por el momento en que Silvestru empezaría a toser. Limpiando la mucosidad sanguinolenta de los labios del muchacho, Arseni temió que con la tos espantosa se le saliera el alma volando, pues no estaba seguro de su cuerpo.

Recordando lo dicho por Silvestru, Arseni se dirigió a Dios:

Ayúdalo, Señor, así de sencillo es para ti. Entiendo que mi solicitud es audaz. Y ni siquiera puedo dar mi vida por el niño, porque mi vida ya se la entregué a Ustina, de quien soy culpable para siempre. Pero todavía pongo mi esperanza en Tu infinita misericordia y Por favor: guarda la vida de Tu siervo de Año Nuevo.

Arseni no durmió durante cinco días y cinco noches. Tampoco soltó a Sylvester de sus brazos porque había que mantener su cuerpo medio sentado. Cuando el niño se acostó, sus pulmones se llenaron de flema y comenzó a toser. Al sexto día, Arseni sintió un cambio. Todavía no era visible en el exterior, pero no estaba oculto para él.

Sin dar ninguna explicación, le ordenó a Xenia que orara tanto como pudiera. Terminada con fatiga e insomnio, Xenia siguió su impulso. Se arrodilló

ante los iconos en su rincón y permaneció así durante horas. Su voz ronca ahora era imparable. Le habían salido mechones de pelo de debajo del brocado, pero no tenía fuerzas para nada. Sus lágrimas desaparecieron y sus mejillas dejaron de fluir. Al séptimo día, el niño abrió los ojos.

Después de decir la oración de acción de gracias, Arseni se derrumbó en el banco. Durmió dos días y dos noches, pero todavía no podía despertar. Se dio cuenta de que tenía que levantarse y soñó que se levantaba. Quería investigar la víspera de Año Nuevo, y soñó que estaba investigando. Y el sueño le mostró que todo estaba bien con la víspera de Año Nuevo. Arseni sabía que estaba soñando, pero sabía que estaba soñando sobre cómo eran realmente las cosas. De lo contrario habría soñado otra cosa.

Sintió un toque frío en su mano. Eran los labios de Xenia. Al ver los ojos de Arseni abiertos, Xenia presionó su mano contra su frente. Silvestru estaba de pie detrás de ella. Después de la enfermedad por la que había pasado, el niño estaba pálido y débil. Claro, casi claro. Como el ala de un ángel, el pliegue de su camisa apareció detrás de él. Le sonrió a Arseni sin intentar acercarse, dejando a su madre frente a él.

6

El hielo del lago se derritió y, de repente, la ciudad se calentó. Con la llegada de los días calurosos, la peste empezó a menguar. Belozersk estaba volviendo a la vida normal y las preocupaciones de sus habitantes comenzaban a disiparse. La inmensa gloria de Arseni, ya aclamada por todo el principado, no tuvo desperdicio. Acudían a él por cualquier motivo médico e incluso sin motivo alguno. Hablando con él, la gente sintió la gracia divina. Arseni hablaba poco, pero su atención, su sonrisa, su tacto les daban alegría y fuerza plenas.

De vez en cuando, el príncipe Michael lo invitaba a cenar. Lo invitó nuevamente a mudarse a su palacio, pero Arseni, delicadamente, se negó varias veces. Al príncipe le hubiera gustado construir una casa grande cerca de su palacio, pero Arseni también se negó. Habría rechazado las invitaciones a la mesa, pero el príncipe lo habría tomado como una ofensa personal.

El príncipe era un hombre inteligente, y no se volvió persistente en su intento de acercar a Arseni. Al darse cuenta de que necesitaba cierta independencia, el Príncipe Michael no le impuso su sociedad. Por *cierta* independencia, el príncipe entendía una independencia cuyos límites él mismo debía fijar. Al proponer a Arseni vivir en la ciudad como él deseaba, le impuso una única restricción: salir de la ciudad.

Pero Arseni no solo se avergonzaba de las comidas del príncipe. Mucho más frecuentes y atormentadoras para su alma eran las comidas en casa de Xenia. Silvestru lo perseguía casi todos los días y lo arrastraba hacia su madre. Era aún más difícil para él rechazar estas comidas que rechazar las comidas del príncipe. Lo que molestó a Arseni en particular fue el hecho de que ni siquiera quería negarse.

Fue y observó a Xenia poner la mesa. Admiraba sus movimientos tranquilos e inquebrantables. Casi no hablaron. El silencio no le resultaba difícil, y a Arseni también le gustaba. A veces Silvestru hablaba, pero la mayor parte del tiempo trataba de dejarlos en paz. Después de la cena, llevaría a Arseni a casa. A Arseni también le gustó eso. A veces le parecía que Sylvester temía que pudiera irrumpir en otra casa.

Ustina no puede ser tu esposa, dijo una vez Silvestru mientras dirigía a Arseni.

¿Por qué?, preguntó Arseni.

Porque ella no vive en esta tierra.

Sylvester, soy responsable de ella en todas partes.

Arseni puso su mano sobre el hombro de Silvestru, pero Silvestru regresó.

Silvestru no fue el único descontento. Arseni tampoco encontraba su sitio. No pudo evitar ir a Xenia, porque no tenía ninguna razón obvia para no hacerlo. Además, había comenzado a notar que esperaba estas visitas como una celebración, y había comenzado a avergonzarse. También estaba avergonzado de que en Belozersk no pudiera ocultar su fama. Y se le prohibió salir de Belozersk.

Ahora la gente del pueblo venía a él solo. Los curó de los mismos problemas que los de la libertad de Rukina. No exigió el pago de nadie, pero no había muchos que fueran tratados sin pagar. A diferencia de los de Rukina, la gente del pueblo rara vez pagaba con productos naturales, prefiriendo el dinero. Y pagaron mucho más. El Príncipe Michael a menudo les daba obsequios generosos.

Con este dinero, si surgiera la oportunidad, Arseni compraría algunos libros que describen las propiedades curativas de las plantas y las piedras. Uno de ellos era un *lecebnik extranjero* [19], y Arseni dio dinero al comerciante Afanasi Blocha, que viajaba por tierras germanas, para que lo tradujera. La traducción de Blocha fue muy tosca, lo que limitó el uso del libro. Arseni usó las recetas en él solo cuando coincidieron con lo que sabía de Christopher.

Al ver al comerciante leer las letras desconocidas y traducir las palabras en

19 Libro de medicina popular.

ellas, Arseni se interesó en el problema del lenguaje. Arseni sabía de la existencia de setenta y dos idiomas del mundo por la historia de Babilonia, pero aparte del ruso, nunca había escuchado ninguno en su vida. Moviendo los labios, repitió las inusuales combinaciones de sonidos y palabras para él después de Blocha. Cuando supo su significado, se asombró de que tales cosas pudieran expresarse de una manera tan inusual y, sobre todo, torpe. Al mismo tiempo, la diversidad de posibilidades de expresión encantó y atrajo a Arseni. También se esforzó por recordar la equivalencia de las palabras alemanas y rusas, y la pronunciación de Blocha, que probablemente estaba lejos de la verdadera pronunciación alemana.

El empresario Blocha no perdió interés en Arseni, por lo que se ofreció a enseñarle alemán. Arseni recibió con gusto. Las lecciones que comenzaron estaban, de hecho, muy alejadas de lo que comúnmente se entiende por enseñanza, porque Afanasi Blocha no podía decir nada inteligible sobre el lenguaje como tal. Nunca había pensado en su estructura y no tenía idea de sus reglas. Al principio, las lecciones eran solo que el comerciante continuaba leyendo el *Lecebnik en* voz alta y lo traducía. La diferencia entre estas lecciones y la traducción anterior era que, al final de cada capítulo, Blocha preguntaba a Arseni:

¿Claro?

Esto permitió al comerciante pagarle a Arseni un pago doble: por traducción y por lecciones. Arseni no protestó, porque no se arrepintió del dinero. Valoraba a Afanasi porque era el único hombre en Belozersk que hablaba más o menos un idioma extranjero. Al darse cuenta de que solo leer el libro de texto no iría demasiado lejos, Arseni decidió utilizar el único mérito indudable de su maestro: un buen oído y una memoria aguda.

Durante sus largos viajes por Alemania, Blocha había dominado las expresiones de una forma u otra, y podía repetir esas palabras a las preguntas que sugerían la respuesta. Arseni le describió estas situaciones a Blocha y preguntó qué se decía en tales casos. El comerciante (bueno, ¡así de simple!) le estrechó la mano y le contó todas las opciones que había escuchado. Arseni escribió lo que dijo Blocha. Solo, puso sus notas en orden. De las expresiones que escuchó de Blocha sacó las palabras desconocidas y las puso en un vocabulario separado.

En un momento, cuando las cosas se vendían a un comerciante extranjero que había muerto en el camino, Arseni compró una crónica alemana. Era un manuscrito bastante grueso y papeleo. Arseni y Blocha lo abrieron por donde pasó y no pudieron salir.

Leen sobre personas llamadas sátiros, a quienes nadie puede atrapar cuando huyen. Caminan desnudos, viven con bestias y sus cuerpos están cubiertos de pieles.

Los sátiros no hablan, sólo gritan. Arseni y Blocha leyeron sobre los Athanas, que vivían en el norte del Gran Océano. Sus orejas eran tan grandes que se cubrían el cuerpo muy fácilmente con ellas. Leían sobre escritos que, por el contrario, no tenían orejas, solo agujeros. Leen sobre las mantícoras que viven en tierras indias: sus dientes son triples, su cabeza es humana y su cuerpo es de león.

Vassica, el mundo es tan diverso, pensó Arseni, y recordó descripciones similares de *Alejandría,* y se preguntó cuál era el lugar de estos fenómenos en el orden general de las cosas. ¿Podría su existencia (se preguntó) ser un desastre en un mundo creado racionalmente?

Pero la mayor parte del dinero que ganó Arseni no se destinó a libros o lecciones. Compra principalmente raíces, plantas y minerales necesarios para preparar medicamentos. Distribuyó los costosos medicamentos a quienes no podían pagarlos. Los más caros eran los medicamentos traídos de otros países. Estaban entre los que Arseni solo había escuchado de Christopher o leído en el alemán *Lecebnik* . Ahora, gracias a la generosidad de la gente de Belozersk, ha surgido la oportunidad de probarlos también.

Primero compró algunas perlas y las machacó. Luego los mezcló con azúcar de rosa mosqueta, y la mezcla le dio a tragar a un hombre debilitado por la peste. Según Christopher, este remedio restauró el poder. Los poderes, de hecho, volvían al hombre enfermo, como habían vuelto a los que habían sobrevivido. El papel de la perla molida aquí no dejó claro a Arseni. Solo podía decir con convicción que la perla no había dañado al paciente.

Arseni también compró la hermosa piedra esmeralda, que fue traída de Gran Bretaña. El que mira a menudo la esmeralda, dijo Cristóbal, fortalece su vista. La esmeralda triturada y diluida en agua también es buena contra el veneno mortal. Arseni nunca la había usado como antídoto, pero era realmente agradable mirar la esmeralda.

También probó algunos aceites sin precedentes. Arseni usó aceite de trementina para curar heridas frescas y vio que funcionaba. En caso de dolor en las articulaciones, untaba los lugares dolorosos con un ungüento de aceite negro. Bajo su toque, los enfermos se sintieron aliviados. Después de todo, era lo mismo para ellos que Arseni los frotaba. Para ellos era importante que esto lo hiciera él, porque cuando se frotaban con aceite, el efecto curativo era mucho más débil. Sin embargo, no negaron el papel positivo del petróleo.

Probando medios que antes no habían estado disponibles para él, Arseni se sintió más tranquilo. No se puede decir que tuviera plena confianza en ellos, tampoco porque ¿qué habría dicho Christopher ahora? Pero también tuvo en cuenta el hecho de que Christopher no se tomó solo de acuerdo con su propia experiencia en la apreciación de los medicamentos. En general, sin embargo, Arseni reforzó su vieja suposición de que, al final, el papel de las drogas es secundario. El papel principal lo desempeña el médico y su poder curativo.

Mientras tanto, el breve verano del norte estaba llegando a su fin. Las tardes agradables volvieron al horno, a la luz de las luces.

Incluso hacía mucho frío por la noche. Al quedarse tarde para la víspera de Año Nuevo y Xenia, Arseni los leyó de la gramática de Hristofor.

Basilio el Grande dijo: la justicia, si es en la vejez, no es justicia, es un debilitamiento de la lujuria. Alejandro, al ver a un hombre llamado como él, un hombre asustado, dijo: Mujer joven, cambia tu nombre o tu naturaleza. Cuando Diógenes insultó a un hombre calvo, dijo: esto no es una deshonra, es un elogio para tu cabello, porque al ver tu locura, se escapó. Un joven en un mercado, engañándose a sí mismo, dijo que era sabio porque habló con muchos sabios, pero Demócrito respondió: "Mira, he hablado con muchos ricos, pero eso no me hizo rico". Cuando se le preguntó a Diógenes cómo vivir con la verdad, respondió: "Al igual que con el fuego: no te acerques demasiado, no te quemes, no vayas demasiado lejos, no te congeles".

7

Mientras tanto, se acercaban las heladas. El viento arrancaba las hojas de los árboles de Belozersk y las arrojaba al lago. Las ráfagas se hicieron más fuertes y las hojas apenas podían agarrarse a las ramas. Los que habían volado sobre el lago parecían bandadas de pájaros llevándolo, quién sabe por qué, al norte.

Arseni continuó tratando a la gente de Belozersk, pero no solo a ellos. Gente de todo el principado de Belozersk ahora se reunía en él, atraída por lo que habían oído sobre los Sanadores. Al principio, Arseni los hizo sentar en la sala. Cuando dejaron de tener lugar en la sala, colocó unos bancos en el patio. Cuando allí tampoco cabían los que venían, Arseni empezó a limitar la recepción de los enfermos. Tomó solo a aquellos que habían logrado tomar asiento en los bancos. Pero los demás no se fueron. Caminaron por el patio y esperaron pacientemente a que el Sanador se apiadara de ellos. Sabían que él se llevaría a los que estaban esperando de todos modos.

Había muchos enfermos, y estaban entre los mejores.

Trajeron huesos rotos. Arseni colocó sus huesos en su lugar y envolvió la herida alrededor de ellos con un paño de ungüento curativo. La alfia estaba hecha de grandes flores de *malva* hervidas en vino genovés. Les hacía beber jugo de maíz con los arándanos triturados. Los que estaban en peligro fueron conectados pacientemente y durante ocho días bebieron la medicina por la mañana. Y los huesos estaban de vuelta.

Las personas fueron incendiadas y las personas fueron quemadas. Arseni aplicó un paño de repollo picado y claras de huevo en el área quemada. Cuando cambió la tela, roció chinovar quemado. Dio a beber al quemado una tintura de *hierba ephilia.* Después de un tiempo, las quemaduras comenzaron a sanar y sanar.

Venía gente que sufría de lombrices intestinales. Les recetó rábano silvestre triturado y mezclado con miel pura. Prescribir almendras. Ortiga tierna hervida en vinagre con sal. Pero si quedaba un rastro en el hombre después de eso, Arseni le daría, con el estómago lleno, una gota de vitriolo, para que los gusanos salieran por completo. Había muchos parásitos en la Edad Media.

También fue tratado por hemorroides. Arseni los hizo rociar con semillas de eneldo trituradas o antimonio en los lugares enfermos. Las que tenían comezón en los senos también acudían a él. Les recetó que cogieran arenques de los mercaderes, el pez de mar que se sabe que nada en los bancos y que sus ojos se iluminan de noche. El arenque tuvo que ser cortado a lo largo y colocado en el cofre. A Arseni también acudían personas con encías enfermas. Le aconsejó que se llevara a la boca granos de almendras con la mayor frecuencia posible para fortalecer las encías.

Como antes, Silvestru llegó a Arseni y lo llevó a su madre. Sabiendo que estaba ocupado todo el día con los enfermos, el niño llegó tarde en la noche. Sin darse cuenta, hacia el final del día, Arseni comenzó a apresurarse e hizo todo lo posible para estar libre cuando llegó Silvestru. Los pacientes no se lo perdieron, así que trataron de no venir por la noche. Eventualmente, Arseni se dio cuenta de esto. El día que hizo este descubrimiento, su corazón se hundió. Estuvo en silencio hasta la puesta del sol, y por la noche no preparó los montículos para leer.

Cuando llegó la víspera de Año Nuevo, Arseni dudó. El chico lo miró en silencio, y Arseni no pudo soportar mirarlo.

Vamos, Silvestre.

No hablaron en el camino. El niño sintió que algo había pasado en el alma de Arseni, pero tuvo miedo de preguntarle. Xenia ya tenía la mesa puesta. Arseni no quería comer. Para no ofender a Xenia, bebió. No tenía los pañuelos

de Christopher con él, y la discusión no estaba conectada en absoluto. Cuando Silvestru desapareció en la habitación, Arseni dijo:

Xenia, no tengo que estar aquí.

La cara de Xenia no ha cambiado. Ella estaba esperando estas palabras y estaba lista para ellas. Estas palabras la hicieron sufrir.

Sé que eres leal a Ustina, dijo Xenia, y te amo por eso, pero no estoy buscando el lugar de Ustina.

Estoy bien y estoy feliz contigo, dijo Arseni. Pero Ustina es mi novia para siempre.

Si eres feliz conmigo, sé mi hermano. Vivamos en perfecto amor. Solo para verte, Arseni.

No puedo vivir contigo en perfecto amor porque soy débil. Perdóname, en el nombre del Señor.

El Señor te perdonará, dijo Xenia. Sirves a tu memoria y eres de una devoción sin límites, pero debes saber, Arseni, que en nombre de los muertos pierdes a los vivos.

Todo, gritó Arseni, es que Ustina también está viva, y el niño está vivo, y está esperando ser salvado. ¿Quién los salvará sino yo que he pecado?

Nosotros. Los tres, y la víspera de Año Nuevo, estaremos felices de orar contigo. Y él estará feliz de restaurar tu paz. Su oración es agradable a Dios. Los tres oraremos a Dios por el resto del día, desde la mañana hasta la noche. No nos dejes, Arseni, hermano mío.

Xenia estaba pálida y por lo tanto muy hermosa. Arseni sintió un nudo en la garganta. Cuando salió, vio a Sylvester en la sala de estar, y sus ojos eran como los de un huérfano. Esa mirada hizo que Arseni rompiera en llanto. Se cubrió la cara con las manos y salió corriendo por la calle. Caminó a lo largo de las vallas de pino, rompiendo en llanto. Nadie lo vio, ya era de noche en Belozersk. Los habitantes apenas podían oír su grito, y no entendían quién podía ser, porque esa voz de Arseni no les era conocida.

Al llegar a casa, Arseni se secó las lágrimas y le dijo a Ustina:

Sólo tú ves, querida, lo que está pasando. Hace unos meses que no te hablo, mi amor, y no tengo justificación. En lugar de expiar mi terrible pecado, me estoy hundiendo más y más en él. ¿Cómo puedo yo, mi pobre niña, salvarme ante Dios, cuando yo mismo me sumerjo en el remolino? Si yo pereciera, sabes, no sería pecado, pero ¿quién te salvará a ti, a ti ya tu hijo? Solo yo estoy rezando aquí por ti, y solo eso evita que me desespere.

Eso le dijo Arseni a Ustina. Juntó las maletas de Christopher en un costal, se las mostró a Ustina y le dijo:

Aquí está la bolsa de comestibles de Christopher, que realmente valoro. Lo tomaría e iría a donde pudiera ver más allá de mi fama. Mi fama me desgasta, me tira al suelo y me impide hablar con Él. Me iría de aquí, mi amor, solo que el príncipe de esta ciudad no me deja; pero más - Xenia y Sylvester. Estarían tan felices de orar conmigo por ti y por el bebé, pero no entienden que solo yo puedo hacerlo. Yo soy el único con quien todavía estás unido en esta tierra, y a través de mí es como si continuaras viviendo. Pero Xenia piensa que en nombre de los muertos pierdo a los vivos, y quiere orar por ti como si estuviera muerta, aunque sé que estás vivo, solo que de otra manera.

pensó Arsenio. Acarició el cilicio y respondieron con el susurro de las conchas.

Sabes, la llevaré a las puertas de la ciudad. Están encerrados en este momento, pero como tengo que hacerlo, mi ángel me sacará de esta ciudad.

Su mirada se posó en el pelaje del príncipe. Ella nunca se lo había puesto. A pesar de su aspecto imponente, el pelaje no era ni pesado ni voluminoso. Arseni se lo puso y caminó con ella por la habitación. Le gustó. Pensó que estaba empezando a apreciar la conveniencia de las cosas caras y no se sentía cómodo con eso. Después de sentarse en la piel por un minuto, decidió no quitársela. Si le esperaba un viaje, una piel como esa podría ser apropiada. En el mostrador al lado de la puerta vio algunas pilas más de Christopher. No quería desempacar la bolsa. Metió las pilas en el bolsillo de su abrigo de piel y salió de la casa.

Había una ventisca en el callejón. Arseni no podía ver nada, estaba oscuro, pero podía sentir la ventisca escociéndole las mejillas. No había luz en las ventanas, pero esto era una buena señal: en su vida, las luces nocturnas habían acompañado la enfermedad y la muerte. La oscuridad no le impidió caminar. Podía llegar a las puertas de la ciudad con los ojos cerrados.

El espacio abierto frente a las puertas era un poco más brillante. En una esquina de la plaza, Arseni vio movimiento. Después de un momento de vacilación, se dirigió allí. En el contexto de la cerca recién hecha, apareció un caballo con un jinete. Arseni no sabía si los ángeles cabalgaban. Había otro caballo a su lado.

Eso es todo, preguntó el jinete en voz baja.

Eso es todo, respondió Arseni con la misma lentitud.

El jinete le mostró en silencio el otro caballo y Arseni saltó a la silla. El jinete se dirigió a las puertas. Arseni fue tras él. En la puerta, el jinete llamó rápidamente a la caseta de vigilancia. Algo soñoliento se escuchó en respuesta. El jinete entra. Hubo una discusión tranquila en la cabina,

acompañada por el repique de monedas. Después de un minuto, varias personas salieron de la cabina, incluido el jinete, que volvió a sentarse en la silla. Dos hombres pusieron la llave en el candado y la giraron con un sonoro traqueteo inesperado que recorrió la ciudad silenciosa. Los otros tres empujaron las puertas. Se abrieron, todavía chirriando, lo suficiente para que pasaran los caballos. Por esa abertura desaparecían los viajeros nocturnos.

8

El guardia fue sobornado, dijo el compañero de Arseni cuando estaban lejos de las puertas.

Arseni asintió, al menos nadie lo vio. El compañero no le dijo nada más. Pronto entraron en un bosque. Solo entonces podrías entender lo que significa la verdadera oscuridad. Tenía que caminar despacio, los caballos se paseaban. Cuando una ramita lo golpeó en la cara, el extraño comenzó a maldecir. Arseni entendió que no lo acompañaba un ángel. Lo había sospechado desde el primer momento de su encuentro.

Después de un cuarto de hora, una segunda rama golpeó al jinete. En la caída, se lesionó la pierna. Intentó levantarse de inmediato, pisó su pierna lesionada y se derrumbó, gimiendo en el suelo.

Pie… He estado caminando por mucho tiempo, pfui.

Arseni saltó de su caballo y se acercó al hombre caído. Siente el pie con cuidado.

No da miedo, solo es chirriante. Lo importante es que el hueso esté entero.

Al sonido de su voz, el extraño se tensó. Arseni sintió que le temblaba el pie.

Es fácil de arreglar, animó Arseni.

Sin decir una palabra, agarró a Arseni por el pelo y tiró de él hacia él. Arseni sintió el cuchillo en su cuello.

¿Quién eres tú, mirando al extraño?

¿I? Arseni.

Espera, te haré una fiesta, ladrón.

¿Por qué?, preguntó Arseni.

La pregunta le parecía absurda incluso a él.

Porque deberías estar en mi lugar, Jila. El extraño sacudió a Arseni y el cuchillo cortó levemente la piel de su cuello.

¿Quién eres, eres Jila?

No, respondió Arseni.

¿Cómo llegaste aquí, piojo?

Me preguntaste si estaba listo.

¿Y?

Y yo estaba listo.

Ila Ahora, mientras me mira, Jila me interrumpe. Bueno, no solo te tomé a ti, tomé su dinero y el mío conmigo. Ahora se sienta y dice en su mente que lo engañé, ese es el problema. ¡Es un problema, te lo diré!

Sacudió a Arseni una vez más, pero el cuchillo no entró en contacto con su cuello.

Le explicarás que soy culpable, dijo Arseni.

Por supuesto, eso es lo que está esperando, mis explicaciones. Bueno, ni siquiera podré abrir la boca. Hasta entonces, te haré una fiesta, ¿sabes?

Sin embargo, ante estas amargas palabras, se sintió más tranquilo. La entonación sugería una reconciliación con la situación. Arseni tomó suavemente el cuchillo de su compañero y se inclinó para ver su pie. Lo tiró de un trago y dejó escapar un breve grito.

Al menos me avisó, se quejó el paciente.

Sin prevención es mejor.

Ayudado por Arseni, se levantó del suelo y pisó con cautela su pie derecho:

Se ve mejor.

Por ahora, para montar más, dijo Arseni. En unos días, todo estará bien.

Ya no estaba tan oscuro en el bosque. Todavía no amanecía, solo eran famosos. El asistente miró fijamente a Arseni.

Eso era y debería haber sido que Jila se quedara en Belozersk, dijo pensativo. Quizá sea incluso mejor así.

Ambos agarraron los caballos del novio y se dirigieron a las profundidades del bosque.

Y, ya sabes, tomas el valle. No tengo paz, pfui, cuando no estoy solo. Voy a descansar lejos de la carretera y luego, por la noche, la voy a limpiar. Tú, hermano, déjame el pelaje a mí, porque este pelaje tuyo es hermoso.

¿Que? Arseni no entendió.

Quítate la piel y puedes irte. Me enderezaste la pierna, te dejo con vida. Vamos, ¿qué estás mirando?

El cuchillo volvió a brillar en su mano. Arseni se quitó la piel y se la entregó al extraño. Sacó su saco y se lo arrojó a Arseni.

No, póntelo.

Se puso la piel y trató de ver si le quedaba apretado sobre los hombros. Apareció frente a Arseni. Después de pensarlo un momento, se acercó al caballo en el que había montado Arseni y tuvo miedo de desatar la alforja. Los

bañistas no se desmoronaron. Metió el cuchillo debajo de ellos y la bolsa se estrelló contra el suelo. Levantando la bolsa, el extraño guiñó un ojo.

Esto es mío, y estos (le lanza a Arseni las hondas) son tuyos. No necesito otro caballo. Ve a donde quieras, solo tienes Belozersk. Puedes cansarte de dormir en la carretera. El caballo es de Belozersk, te lleva. Olvídame otra vez, ¿sabes?

Arseni no fue a Belozersk. Las puertas de esa ciudad se habían cerrado tras él. Sabía que no volvería a subirse a ellos. Estaba bien en Belozersk, así que se escapó. Esta ciudad lo alejó de Ustina. Arseni partió y se dirigió en dirección opuesta a Belozersk.

Estaba desanimado. Pese a lo que exigió su exnovio, Arseni no pudo olvidarlo. No fue la forma en que su compañero lo trató lo que lo molestó. No le molestaba el hecho evidente de que ningún ángel lo había sacado de la ciudad, con la que en realidad había soñado. Moviéndose lentamente en una dirección desconocida, Arseni se sintió inquieto. La ansiedad parecía no tener razón, pero con cada momento que pasaba, se hizo más claro que se estaba reuniendo alrededor del que había dejado atrás. Arseni sabía que no podía regresar porque el hombre lo había perseguido. Y que se sentía solo.

Una hora después, Arseni recordó que le quedaban algunos montones de Christopher en los bolsillos, los que había puesto en el último minuto. Pensaba mal de ellos: era poco probable que apreciaran algo a los ojos de su nuevo dueño. Tal vez los devolvería. Arseni entendió que había surgido un motivo para que volviera a ver a su compañero. Y dio la vuelta a su caballo. Mientras regresaba, su ansiedad creció.

Donde Arseni iba a dejar el camino, se apresuró. Ató el caballo a un árbol y lo llevó por el bosque. A lo lejos, detrás de los árboles sin hojas, ya había movimiento. Un hombre con su pelaje se movía entre dos caballos sentados allí, pero Arseni no reconoció en él a aquel con quien había caminado durante la noche. Reconoció a Jila en él, aunque nunca lo había conocido. En su mano izquierda, Jila sostenía un garrote. Probablemente era zurdo. Después de unos pasos más, Arseni vio a su compañero.

Estaba tirado en el suelo detrás de uno de los caballos, en una posición antinatural. Volviendo la cara hacia arriba, se sujetaba un brazo, quién sabe por qué, detrás de su espalda, y sus piernas se movían espasmódicamente en el suelo. Un talón había cavado una zanja con agujas de pino en los bordes. Los ojos que no veían miraron a Arseni, y Arseni leyó sin dificultad en ellos lo que le esperaba a aquel hombre.

Sin prestar atención a Jila, Arseni se inclinó sobre el moribundo. Ese ya no

se movía. Jila pensó por un momento y luego tocó a Arseni en la cabeza.

9

Estaba medio oscuro en el bosque. Y era difícil saber si era el anochecer o el amanecer. No fue hasta que encendió su luz que quedó claro que era el amanecer. Haciendo acopio de fuerzas, Arseni pudo desprender la cabeza del duro trabajo sobre el que yacía. Era el cuerpo de su compañero. Tan frío como la tierra.

Y estoy caliente, le dijo Arseni a Ustina. Yo, que soy culpable de su muerte, estoy caliente y vivo. Ahora me he salvado sólo por ti, pero yo, como tú, soy consciente de ello. Lo maté con mis palabras. Si no le hubiera dicho que estaba listo, no habría tenido tanto frío aquí. También recordé a Arsenio el Grande, quien más de una vez lamentó las palabras pronunciadas por su boca, pero nunca se arrepintió de su silencio. No quiero hablar con nadie más que contigo, mi amor.

Agarrándose a un árbol, Arseni se puso de pie. Los caballos se habían ido. Por supuesto, Jila se los había llevado con él. Arseni se dirigió lentamente a la carretera. Su caballo todavía estaba allí. Lo desató y, agarrándose a su melena para no caer, se hundió en el bosque. Se tambaleaba de un lado a otro.

Mientras se acercaban al cadáver, Arseni se sentó a descansar. Haciendo acopio de fuerzas, llevó al hombre asesinado al costado del caballo y trató de ponerlo sobre la silla. El asesinado, que ya no dudaba, resbaló un par de veces. Cayó al suelo con un ruido rígido y ensordecedor. Haciendo fuerza de voluntad, Arseni echó los brazos alrededor de la silla, apoyó la cabeza con todas sus fuerzas en los pies y empujó el cuerpo hacia arriba. El hombre asesinado se balanceaba en la silla en un equilibrio despreocupado. La mirada en sus ojos abiertos también reflejaba indiferencia. Parecía alguien que quisiera que lo dejaran solo.

Arseni logró hacer girar al muerto hacia delante y ponerlo en la silla. Al no encontrar nada que lo atara a su caballo, miró las botas del muerto. En uno de ellos estaba el cuchillo con el que lo había amenazado la noche anterior. Se quitó la bolsa recibida y comenzó a cortarla en tiras finas. Al atarlos juntos, obtuvo una cuerda bastante larga. Con esta cuerda ató la silla a los pies del muerto.

Arseni puso el caballo en el camino.

Dijo que eras de Belozersk. Llévenlo allí, porque allí lo dará a la tierra.

El caballo miró a Arseni y no se apresuró.

Yo no voy, dijo Arseni. Él te necesita más. Golpeó ligeramente a su caballo.

El caballo se apresuró y se dirigió en dirección a Belozersk. Presionando su crin, el jinete muerto caminó. Arseni los cuidó y se volvieron cada vez más transparentes. Se convirtieron en un gran círculo, que se descompuso en pequeños círculos. Los círculos flotaron, no chocaron. Cuando se conocieron, simplemente se cruzaron. Arseni vomitó. Sus piernas ya no lo sostenían.

..... pensaron: está muerto, no parece vivo ....

Diez días después, Jila se acercaba a Novgorod. Cabalgó, y el segundo caballo, sin jinete, trotó tras él. Los cuatro pares de cascos rugían con fuerza en el suelo helado. Jila caminaba apurada porque no tenía adónde apurarse. Metiéndose las manos en los bolsillos de su piel, Jila se encontró con los gruñidos de Christofor. Los lees con tus labios.

David dijo: La muerte de los pecadores es terrible. Salomón dijo: "Que tu prójimo te alabe, y no tu boca". Kirik le preguntó al obispo Nifont: ¿Se hace la molifta sobre una cazuela de barro sucia o simplemente sobre una de madera, y las demás hay que romperlas? Como sobre una vasija de madera, y sobre una vasija de barro, y sobre una vasija de bronce, y de vidrio, y de plata, respondió Nifont, sobre todas las cosas se hace molifta. Cualquiera que se adhiere a las buenas obras no puede estar sin muchos enemigos. No es la riqueza lo que trae al amigo, sino que el amigo es la riqueza. Recuerda a los amigos que faltan frente a los que están, porque los que escuchan esto saben que no los olvidarás. Todos los amigos de Jila habían desaparecido y tuvo que recordarle que estaba solo.

10

Abrió los ojos, decían por encima de Arseni.

Y entendió que había abierto los ojos, la maraña de ramas que flotaba sobre él le parecía estar en un sueño. La cara de alguien apareció frente a él. Era tan grande que cubría esa extraña bóveda que flotaba sobre ellos. Arseni vio cada arruga en su rostro y la barba que enmarcaba su rostro. Su barba se movió y preguntó:

¿Cómo te llamas?

Así es como se forman los sonidos, pensó Arseni.

¿Cómo te llamas? preguntó de nuevo.

Hizo una pausa en las tres palabras, pareciendo no creer al oyente.

Ustin, dijo Arseni, apenas escuchado. Ustín.

El rostro se volvió hacia alguien. Su nombre es Ustin. ¿Qué te pasó, Ustina?

Arseni se cansó de mirarlo a la cara y cerró los ojos. Todo su cuerpo se

sentía como heno suave. Su mano tocó el borde de madera del carro.

Déjalo, dijo otra voz. Llevémoslo al pueblo más cercano, allí lo verán.

Arseni volvió a abrir los ojos, pero ya no se sentían los hipos de la carreta. Hacía frío. Estaba acostado sobre algo duro. Algo como madera. Sacó el trozo de madera de debajo y lo miró fijamente durante mucho tiempo. Luz a través de la puerta entreabierta. Luz y un chirrido. Almacenamiento de madera.

Levantándose un poco sobre los codos, Arseni vio que su rifle estaba vacío. Junto a él estaban su saco y unas trenzas. Después de un momento de vacilación, Arseni alcanzó las trincheras e inmediatamente las retiró. Él estaba en un apuro. Los trapos lo rechazaron no solo con su suciedad. Era insoportable pensar que, por supuesto, el que los había desnudado los estaba usando. Quién no había tomado, y eso era realmente ofensivo, el saco de Christopher. Superando su compulsión, Arseni alcanzó las trenzas, que le parecían una camisa, unos cinturones y un cinturón.

Arseni no solo necesitaba ropa sino también zapatos, porque le habían quitado las botas. Después de cambiar de opinión varias veces, arrancó la corteza de dos pedazos de madera cortados y midió los pedazos en sus pies. Usando sus dientes, le dio a las conchas la forma que necesitaban. Luego sacó el cinturón del montón de trapos y empezó a frotarlo contra el marco de la puerta. Cuando el cinturón se partió en dos, Arseni ató la corteza a las plantas de sus pies. Cuando se puso los zapatos, notó que arrastraba la ropa, a pesar del temblor que lo sacudía, llevaba ropa.

Pero no podía dejar el almacén vacío. Arseni tomó lo que alguna vez había sido una camisa y se la puso sobre el pecho. Después de un momento de vacilación, se rodeó las mangas con los brazos y metió la cabeza en el agujero: le habían arrancado el cuello.

La camisa colgaba de él como un trapo sin forma. Estaba descolorida, pero sus parches aún estaban vivos.

La parte más difícil fue derribarlo. Parecían un poco más llenos que su camisa, pero eso solo empeoró las cosas. Después de ponérselo, Arseni pensó que el miembro desvergonzado del ladrón había tocado el trance. Sus amores eran como un acercamiento corporal a él, y Arseni sacudió su disgusto. Le habían robado, no porque se hubiera quedado sin ropa, sino porque se había despertado con extraños. Tenía miedo de que de ahora en adelante estaría disgustada con su propio cuerpo y se echaría a llorar. Pero cuando este pensamiento cruzó por su mente que estaría disgustado con su propio cuerpo de ahora en adelante, se rió.

De la bodega, Arseni salió en un lugar con una construcción que recién

comenzaba. Después de dar unos pasos con su ropa nueva, le dijo a Ustina:

Sabes, querida, desde que llegué a Belozersk, estos son en realidad los primeros pasos en la dirección correcta.

El almacén estaba al final de un pueblo. Arseni fue a la puerta más cercana y llamó a la puerta. Andrei Soroka vivía con su familia.

¿Quién más eres?, le preguntó Soroka a Arseni.

Ustin, respondió Arseni.

Ustin: espera a que diga amén [20], Soroka se rió y cerró la puerta.

Luego Arseni venció a Timofei Kucea. Timofei miró a Arseni y dijo:

Me vas a traer piojos, porque como eres, no puedes evitar tener piojos. O pulgas. Creo que tu bolso está lleno de ellos.

Solo las bolsas de gramófono de Christopher estaban en la bolsa, pero Arseni no comenzó a desempacarla frente a Timofei.

El siguiente fue el hit de Ivan Suhobok. Recordando la hospitalidad de Abraham, Iván se negó a ahuyentar al vagabundo. Pero tampoco lo dejaré entrar. Lo llevó al otro lado del pueblo, a la abuela Evdokia, que no le tenía miedo a los piojos, a las pulgas ni a los extraños.

Cuando entraron, Evdokia estaba comiendo migas de pan. No tenía dientes, el corazón le latía con fuerza con las encías, y eso hacía que toda su cara se moviera. Simplemente se estremeció, apretó y desató, haciéndote pensar en una vieja bolsa de cuero.

Después de mirar la cara de Evdokia, Ivan dijo:

Aquí, babo, hay un invitado que no dice nada más que es Ustin. Admite que sigue siendo información.

No creo que eso sea poca cosa tampoco, Evdokia asintió.

Rompió la mitad del núcleo y se lo entregó a Arseni.

Consigue algo de comida, Ustine.

Ivan y Evdokia observaron en silencio mientras Arseni comía.

Tiene hambre, comentó Iván.

Claro, Evdokia confirma. Nos quedaremos.

Luego de calentarse un poco, Arseni sintió que su cabeza empezaba a comer, y la ropa que le habían dado estaba llena de piojos. En el calor, se habían levantado y comenzaron a arrastrarse por su cabello. Mientras se sentaba, podía sentir los piojos bajando por su garganta.

Arseni sabía que era difícil sacar los piojos y sintió pena por Evdokia. No quería hacer su vida aún más difícil. No tengo que quedarme aquí, decidió. Arseni se levantó e hizo una reverencia frente a Evdokia. Sigue retumbando.

---

20 En el original, literalmente: "Estoy cansado, espera hasta el bautismo".

Arseni salió y cerró la puerta detrás de él.

El frío lo penetró. Todavía estaba agarrado al timbre de la puerta. Sientes la necesidad de tirar de él y volver al calor. Pero al bajar del porche comprendió que no volvería. La puesta de sol, que se había ido temprano, se estaba poniendo cada vez más pastosa. Arseni caminaba con frío y miedo. Tampoco entendía por qué había dejado el calor. Una cosa estaba clara para él, que le esperaba un camino difícil, si podía superarlo. Y él no sabía dónde estaba este camino.

Arseni caminaba por un camino forestal, que se oscurecía cada vez más. Caminaba como una naranja, porque sus piernas ya no dudaban del frío que tenía. Entonces empezó a nevar. Era la primera nevada del año y volaba insegura. Primero aparecieron copos solitarios, raros pero grandes. Como estaban esponjosos, se veía un poco más cálido. Los copos caían cada vez más hasta convertirse en una pared abrasadora. Cuando cesó la ventisca, apareció la luna y se iluminó. Se podía ver la carretera a cada paso.

A medida que salía la luna, la escarcha parecía intensificarse. A Arseni le pareció que la luna misma goteaba con ese frío de plata que se extendía sobre la tierra. Habría sentido lástima por el cuerpo tembloroso, pero recordó de inmediato que su cuerpo estaba manchado con ropa extraña y piojos, y se había ido. Este ya no era su cuerpo. Pertenecía a los piojos, al que antes había usado esa prenda, y finalmente a la escarcha. Pero no él.

Es como un cuerpo extraño, pensó Arseni.

No importa cuánto sientas lástima por un extraño, no puedes sentir su dolor como el tuyo. Arseni, que había ayudado a cuerpos humanos indefensos, lo sabía. Incluso si se acostumbrara al dolor extraño, para aliviarlo, nunca podría penetrar en sus profundidades. Y ahora era un cuerpo del que ni siquiera sentía mucha pena. Que, uno por uno, despreció.

Ya no tenía frío, porque no podía tener frío con nadie en un cuerpo extraño. Por el contrario, podía sentir claramente que su (no) cuerpo se llenaba de poder y avanzaba con confianza al amanecer. Estaba asombrado de lo apretado que era su ritmo y lo amplios que eran sus aplausos. Cuchillas de calor se elevaron desde abajo y alcanzaron su cabeza. Cayendo al suelo, Arseni ni siquiera se dio cuenta de que su incansable movimiento se había detenido.

.....

11

.....

¿Quiero olvidarme de todo, pensó Arseni, y vivir de ahora en adelante como si no hubiera nada en mi vida, como si acabara de nacer, pero no pequeño, sino grande de repente? ¿O de todo lo que he experimentado, puedo recordar sólo lo que es bueno, porque está en la naturaleza de la memoria liberarse de lo que es torturante? Mi recuerdo me deja para siempre y tal vez me deje para siempre. ¿Pero la liberación de la memoria sería mi perdón y salvación? No sé, y no voy a preguntar eso. Porque ¿cómo puede ser mi salvación sin la salvación de Ustina, que ha sido la mayor alegría de mi vida y el mayor sufrimiento?

Así que por favor: no me quiten la memoria, que es la esperanza de Ustina. Pero si me llamas a ti, ten piedad de mí. Y el poco bien que hice la pasó por alto.

.....

La lengua de la vaca es suave y no tiene piojos. Su áspera caricia absorbe un poco de calor humano. No es fácil para el hombre cuidar a los que tienen piojos y están llenos de pus. El que entra puede dejar una hogaza de pan y un vaso de agua al lado del enfermo, pero con una caricia real e incómoda sólo se puede esperar la vaca. La vaca se acostumbró rápidamente a Arseni y lo consideró suyo. Con su larga lengua, lamió los grumos secos de sangre y pus de su cabello.

Arseni observó el zumbido de su ubre durante horas y, a veces, lo golpeó con los labios. La vaca (¿qué quieres de mi ubre?) no se resistió, a pesar de que sólo se tomaba en serio el ordeño matutino y vespertino. Solo las manos de la señora le brindaron un verdadero alivio. En ellos, a diferencia de los labios de Arseni, estaba el poder, las ganas de exprimir toda la leche, hasta la última gota, en la *thuja.*[21] fuertemente tejido. La leche brotó de la ubre en un fuerte chorro, al principio delgado, casi arrastrándose, pero ganando, a medida que la *tuyie se llenaba,* abundancia y amplitud. Parte de la leche goteaba en los dedos de su ama. Observándolos dos veces al día, Arseni los recordaba mejor que el rostro de su ama. Sabía cómo era cada dedo, pero nunca había sentido el tacto.

A veces la vaca se congelaba levantando un poco la cola (empezaba a temblar) y los hot cakes salpicaban el polvo del establo por debajo de sus panojas. De vez en cuando, los pasteles eran rociados por todos lados con un chorro pesado. Arseni se secó las salpicaduras de la cara con un puñado de heno.

---

21 Corteza de abedul cilíndrica. La palabra se toma prestada de los dialectos del norte de Rusia.

.....

La herida de la cabeza casi se había curado, pero había habido dolores de cabeza y convulsiones. El dolor no provenía de la herida, sino de algún lugar en la parte posterior de su cabeza. A Arseni le pareció que un gusano había ocupado allí su lugar y que sus movimientos despertaban el tormento tan difícil de soportar. Durante la crisis, tomaba la cabeza entre las manos o presionaba la cara contra las rodillas. Se frotó la cabeza con fiereza y, por un momento, el dolor exterior ocupó el lugar del interior. Pero el que estaba adentro, como si descansara un poco, inmediatamente rebosaba de nuevas fuerzas. Arseni quería partirle el cráneo en dos y, con su cerebro, sacar el gusano de allí. Se golpeó la frente y las sienes, pero el gusano que estaba dentro comprendió muy bien que no lo alcanzaría. La invulnerabilidad permitió que el gusano se enojara y enloqueciera a Arseni.

.....

Le preguntaron a Arseni quién era, pero se calló. Y se sorprendió al descubrir que la vaca a su lado se había ido.

Pero ¿dónde está la vaca?, preguntó Arseni al más cercano de los presentes. Fue un buen compañero para mí y me mostró una misericordia salvadora.

Nadie contestó, porque los que estaban presentes estaban ausentes. El más cercano a Arseni, pequeño, engreído, gris, resultó ser una mirada más cercana al brazo del arado. Los otros también estaban doblados y acanalados. Cometas de gran tamaño (¿qué montarán aquí?). Suelas de trineo. Hulube y escala. Y el lugar era completamente diferente.

Interesante, pensó Arseni, sintiendo una rueda de carreta debajo de él. Curiosamente, el tiempo pasa y me acuesto sobre la rueda de un carro, sin pensar en absoluto en el propósito supremo de mi existencia.

Con esfuerzo, Arseni se levantó y, con pasos suaves, salió por la puerta. Con los sombreros esponjosos en los techos, el deslizamiento de tierra de un pueblo desconocido se levantó ante él. De cada uno, sin una ráfaga de viento, salía una estela de humo, le parecía que los golpes se atrapaban en su humo del cielo, todos iguales. Al perder su movilidad de humo, los cables de conexión habían adquirido una resistencia inusual. Cuando la idea fue más breve de lo necesario, las casas se construyeron con algunos inconvenientes. A veces se balanceaban. Había algo antinatural en eso, y Arseni estaba mareado. Agarrando la puerta de luz, dijo:

La conexión entre el cielo y la tierra no es tan simple como parece, se han acostumbrado a creer en este pueblo. Tal concepción del mundo me parece

fuera de lo común como mecánico.

Arseni salió del pueblo, chirriando la nieve recién caída. Al cabo de un rato, ese ruido llamó su atención, y miró sus piernas chirriantes: estaban en palitos de cáscara de cal.

Pero antes, estaban hechos de corteza de abedul, recordó Arseni. Aquí, qué lío.

La bolsa del gramófono de Christopher colgaba de su espalda.

12

Arseni fue de pueblo en pueblo, y su memoria nunca lo abandonó. Le dolía menos la cabeza, a veces ni siquiera le dolía. A cualquier pregunta, Arseni respondía que era Ustin, porque eso era lo único que le parecía imprescindible en ese momento. Pero todavía estaba claro para todos qué tipo de hombre era y qué ayuda podía obtener. Arseni ya no era el antiguo Arseni. Durante sus peregrinaciones había adquirido ese aspecto que ya no requería aclaración alguna. Sin una palabra, lo dejarían en el granero (establo), o no. Le trajeron un pedazo de pan de las aguas termales, o no lo trajeron. La mayoría de las veces, trajeron. Y entendió que la vida sin palabras es posible.

Arseni no sabía en qué dirección -y, de hecho, si en una- se movía. Francamente, ni siquiera necesitaba una dirección, porque no iba a ninguna parte. Ni siquiera sabía cuánto tiempo había pasado desde que dejó Belozersk. A juzgar por la helada, era primavera. Además, tampoco estaba particularmente preocupado por eso. Ahora viviendo en un cuerpo extraño, Arseni se había acostumbrado a las heladas. Cuando le dieron un hoyo perforado pero aún caliente en el pueblo de Krasnoe, ni siquiera estaba seguro de si lo necesitaba. En el pueblo de Voznesenskoe, dejó la bolsa junto a un bache y le dijo a Ustina:

Sabes, con toda esta catarsis, no ascendemos después del Salvador que ascendió. El hombre, querida, tiene muchas cosas y conexiones que lo deprimen. Si te preocupa mi salud, me alegra decir que se acerca la primavera, aunque haga frío ahora, se está calentando.

Caminando por los caminos que se habían suavizado pero aún no se habían descongelado por completo, Arseni podía sentir la llegada de la primavera sin falta. Recordó la alegría que sintió en su vida pasada cuando el aire cambió. Cuando los rayos del sol brillaban intensamente y podía sentirlos caer sobre su rostro.

Una vez vio su rostro en un charco de agua y comenzó a llorar. El cabello enredado ya no estaba teñido. Su barba cayó de sus mejillas caídas. Ni siquiera

era una barba, sino un plumón, pegado a la piel en algunos lugares, y colgado en carámbanos en algunos lugares. Arseni no se quejó de él, pero el tiempo había pasado, entendió que no volvería. Ni siquiera estaba convencido de que la tierra en la que había sobrevivido la primavera pasada aún existiera. Sin embargo, él estaba en su lugar.

Llorando, Arseni entra en la ciudad de Pskov. Esta era la ciudad más grande que jamás había visto. Y la más hermosa. No sabía su nombre porque no le preguntó a nadie cómo se llamaba. La gente de Pskov, como habitantes de una gran ciudad, no le preguntó nada a Arseni, y eso lo alegró. Pensó que podría perderse aquí.

Caminó a lo largo de la muralla de la ciudad y se maravilló de su solidez. Después de un muro como este, pensó Arseni, parece que uno vive en paz y tranquilidad. Es difícil de creer que un enemigo de afuera venciera la muralla de la ciudad. No puedo imaginar una escalera mecánica lo suficientemente grande para estas paredes. O, digamos, dispositivos capaces de perforar tal espesor. Pero (Arseni echó la cabeza hacia atrás y le pareció que el muro comenzaba a caer lentamente sobre él), ningún muro como ese haría desaparecer el peligro del enemigo adentro, si aparecía detrás de él. Entonces se puede decir que no puede ser peor: esto ya es una situación realmente crítica.

El muro condujo a Arseni al río Velikaia. Todavía estaba flotando, pero el río en general se había despejado de hielo. En la orilla, las grullas llamaban al puente flotante. Arseni se sintió atraído hacia el otro lado y pisó el puente flotante.

Tú pagas el cruce, preguntó uno de los constructores del puente.

Arseni no respondió.

No pidas dinero, le dijo al desván, que tienes un hombre de Dios enfrente, ¿no ves?

Ya veo, confirma el puente, pero así lo pedí, por si acaso.

Apoyó su bastón en la orilla y el puente crujió con el fondo en la arena. En medio del río, Arseni levantó la cabeza. Del muro de la fortaleza aparecieron las cúpulas que no se habían visto antes. El sol poniente los hizo dos veces más brillantes que el oro. Pero cuando sonó la gran campana, quedó claro que sonaba desde el agua, porque las cúpulas sobre el agua estaban más vivas que las del cielo. Su pequeño temblor reflejaba el poder del sonido producido.

Al bajar del puente, Arseni admiró durante mucho tiempo la vista que se abría frente a él.

Sabes, mi amor, acabo de acostumbrarme a la belleza de la vida, le dijo a

Ustina. Y es tan inesperado cuando cruza el río que ni siquiera puedo encontrar las palabras. Y mira, de un lado del río estoy yo, solo insectos y piojos, y del otro, esta belleza. Y con toda mi nada, me alegro de reconocer su grandeza, porque así parezco tomar parte en su realización.

Pero cuando oscureció, Arseni se lo tomó con calma en la orilla. Finalmente chocó contra una pared. Caminó a lo largo de la pared y vio una grieta estrecha en ella, la oscuridad en ella aún más compacta que la oscuridad a su alrededor. Tocando los bordes de la grieta, Arseni la atravesó. Unas pocas velas parpadearon frente a él. Los contornos de las cruces se podían adivinar en su tenue luz. Era un cementerio. Y, sin embargo, qué lugar tan maravilloso, pensó. Mejor un pobre caballo que ningún caballo. Eso es exactamente lo que necesito ahora mismo. Tomó una vela y puso su mano sobre ella. El calor atravesó su cuerpo. Arseni se puso la bolsa debajo de la cabeza y se durmió. Todavía estaba temblando en su sueño, y luego los gruñidos de Christopher susurraron bajo su mejilla.

13

Lo despertó el canto de los pájaros. Era una verdadera canción de primavera, aunque la llegada de la primavera aún no era visible. Había nieve en algunas tumbas. Los pájaros ayudaron a derretirlo. Bajo su canto, la nieve se convirtió en agua y se deslizó entre los muertos, llevándoles la feliz noticia de que era primavera. La primavera llegaba a Pskov más rápido que a Belozersk. La gente de Belozersk siempre consideró a la gente de Pskov del sur. Y los cuento igual hoy.

El cementerio donde Arseni pasó la noche era monástico. Se dio cuenta de esto después de ver monjas caminando por el cementerio. Cuando las hermanas le preguntaron quién era, Arseni dijo según su costumbre que se llamaba Ustin. Además, por supuesto, no les dijo. Sin embargo, las hermanas le dijeron que John the Forerunner estaba en la tierra del convento. No estaban seguros de que Arseni los entendiera. Después de la consejería, le trajeron un plato de sopa de pescado. Después de que Arseni comiera la sopa, lo tomaron de la mano y lo sacaron de la cerca.

Arseni vagó todo el día a orillas del río Velikaia. Al ver que se acercaba el puente flotante, decidió cruzar el río de regreso. Esta vez, el ático no pidió dinero. Dijo:

Flota de verdad, hombre de Dios. Creo que es bueno que estés aquí.

Por otro lado es recibido por el loco en Cristo Foma.

Ajá, exclamó Foma, veo que eres el verdadero tonto en Cristo. Cierto. No te

preocupes, tengo un olor de primera. Pero, ¿sabes, amigo mío, que cada parte de la tierra de Pskov tiene un solo tonto en Cristo?

Arseni se quedó en silencio. Entonces el loco en Cristo Foma lo agarró del brazo y tiró de él. Casi corrían a lo largo de la muralla de la ciudad, y Arseni no vio cómo detener esta acción: Foma fue muy perseverante. Otro río apareció frente a ellos. Fue Pskova, que llevó sus aguas al río Velikaia.

Allí, más allá de Pskova, dijo el loco en Cristo Foma, vive el loco en Cristo Karp. Es pobre y no es pretencioso. A veces siempre anuncia su nombre: Karp, Karp, Karp. Es un hombre muy respetable. Sin embargo, una vez al mes, en promedio, tengo que machacar su moaca. Esto sucede los días en que cruza el río y llega al pueblo. Que yo, al darle al loco en Cristo Karp uno para que le dé la sangre, lo animo a que no se vaya de Zapskovie. Tu parte, creo, es Zapskovie. Sin ti, claro, ella es huérfana, mientras que hay un excedente en mi parte de la ciudad, hermano. Y el exceso de carga es malo y conduce a la desolación del espíritu… ¡No pases por el agua sin mojarte!

El loco en Cristo Foma cruzó los brazos sobre el pecho y miró al otro lado. A partir de ahí golpea con el puño al loco de Christ Karp.

Amenaza, hedor, amenaza, gritó perversamente el loco en Cristo Foma. Entonces te atraparé aquí de nuevo, te acortaré las extremidades sin piedad. Mira cómo se desvanece el humo, morirás.

“Creo que estoy loco por Cristo”, dijo Arseni a Ustina.

Pero en cuanto a mí, se preguntó Foma. Mírate, Arsenio. Estás realmente loco en Cristo, florero, elige la vida atormentada y despreciada de los hombres.

Y sabe mi nombre de bautismo.

Foma se rió.

Pero ¿cómo no saberlo cuando está escrito en la frente de cualquier bautizado? Mira, adivinar el nombre Ustin, por supuesto, es más complicado, pero tú mismo lo dices. Entonces, querida, muéstrate loca en Cristo, no te avergüences, de lo contrario, por mucho que te adoren, al final aumentará. Su admiración no es compatible con tus objetivos. Recuerda cómo fue en Belozersk. ¿Necesitas algo así?

¿Quién conoce mis secretos? Arseni se volvió hacia Foma.

¿Quién es usted?

Bueno, historia, respondió Foma. Preguntas por cosas secundarias. Y te diré qué es lo principal. Regrese a Zavelicie, donde se encuentra el Monasterio Forerunner en la futura Plaza Komsomolskaya. En el cementerio del monasterio, asumo que ya pasaste la noche hoy. Quédate ahí y cree: Ustina

podría estar en este monasterio. Supongo que simplemente no llegó allí. En cambio, llegaste tú. Oren - por ella y por ustedes. Ser ella y tú al mismo tiempo. Ponte en el parche. Ser piadoso es fácil y placentero, así que sé insoportable. No dejes dormir a los Pskov: son vagos y faltos de curiosidad. Amén.

Foma saltó y golpeó a Arseni en la cara. Arseni lo miró en silencio, sintiendo la sangre correr por su nariz y garganta. Foma lo abrazó y su rostro también comenzó a sangrar. foma dijo:

Al entregarte a Ustina, tú, lo sé, estás agotando tu cuerpo, pero entregar el cuerpo no es lo mismo. Eso también, amigo mío, puede conducir al orgullo.

Pero qué más podía hacer, pensó Arseni.

Haz más, susurró Foma en su oído. Renuncia a tu personalidad. Ya diste el primer paso llamándote Ustin. Pero ahora se está dando por vencido contigo por completo.

14

A partir de ese mismo día, Arseni se mudó al cementerio. Cerca de una pared vio dos robles hermanados, y se convirtieron en la primera pared de su nuevo hogar. El segundo muro se convirtió en el muro del monasterio. El tercer muro fue realizado por el propio Arseni. Caminando a lo largo del río, recoge troncos que encuentra allí, ladrillos de casas demolidas, redes sobrantes y muchas otras cosas esenciales para la construcción. Arseni no necesitaba una cuarta pared: en su lugar estaba la entrada.

Este trabajo fue perseguido por las monjas, pero no dijeron una palabra a Arseni. Y no oyeron una palabra de él. La construcción se hizo con el acuerdo tácito de ambas partes. Cuando estuvo terminado, la abadesa del monasterio acudió a casa de Arseni, acompañada de varias hermanas. Al ver a Arseni tirado en la hierba amarilla el año pasado, dijo:

El que aquí vive tiene la tierra por lecho y el cielo por cobijo.

Sí, tal construcción no puede llamarse completa, dijeron las hermanas.

Está construyendo su verdadera casa simplemente en el cielo, dijo la abadesa. Ruega al Señor por nosotros, hombre de Dios.

Por orden de la abadesa, trajeron a Arseni un cuenco de cuajada. Cuando sintieron el calor del cuenco, sus manos se separaron. El cuenco cayó con un ruido sordo, pero no se rompió. La hierba se tragó lentamente la cuajada. Sus andrajos amarillos ya se veían penetrar los primeros hilos verdes.

Y esta vegetación, le dijo Arseni a Ustina, necesita alimento. Que crezca y glorifique a nuestro niño.

Y ni una vez le trajeron efectivo, y siempre le pasa lo mismo. Arseni comió solo la hierba. Retiró con cuidado los restos de comida de la hierba, pasando los dedos por ella como un rastrillo. A veces los perros se precipitaban al cementerio y lamían la jaula con sus largas lenguas rojas. Arseni no persiguió a los perros, porque entendió que ellos también tenían que comer. Además, le recordaban al lobo de su infancia. Alimentarlos parecía alimentarlo a él también. Su memoria. Los perros comieron lo que el lobo nunca había podido comer. Cuando se fueron, Arseni les gritó adiós y les pidió que enviaran saludos al lobo.

"Ustedes son de la misma raza", exclamó Arseni, "y creo que saben cómo hacerlo".

Al ver las peculiaridades de la alimentación de Arseni, las hermanas comenzaron a poner su comida en el pasto. Se inclinó, pero no se volvió hacia ellos, y cuando se fueron no los miró. Tenía miedo de distinguir los rasgos de Ustina de los que se acercaban a él.

En las primeras semanas de su vida en Pskov, Arseni se levantaba al amanecer y cantaba villancicos por Zavelicie. Estaba prestando atención a las personas que vivían allí. Deteniéndose, miró fijamente al que tenía una mentalidad diferente a la unánime. Miró por encima de las vallas. Se apoyó en el alféizar de la ventana y observó la vida íntima de la gente de Pskov. En general, ella no estaba feliz.

En las casas de Zavelicie había humo mezclado con vapor. Allí secaron ropa y hirvieron sopa. Allí golpearon a los niños, gritaron a los mayores y se agolparon en el espacio común de la huelga. Rezaron antes de comer y dormir. A veces se dormían sin rezar; habían trabajado hasta quedar exhaustos. O habían estado bebiendo. Sus pies, en sus botas, estaban echados sobre los harapos de las mujeres. Estaban roncando a la madre del fuego. Se limpiaron la saliva mientras dormían y ahuyentaron las moscas. Con el sonido de la risa, se pasaron las manos por la cara. Juraron a su madre. Estaban arruinando el aire con sus vientos. Todo esto sin despertar.

Caminando por las calles de Zavelica, Arseni lanzaba piedras a las casas de los piadosos. Las piedras golpean las vigas con un sonido sordo de madera. Sus ocupantes salieron de las casas, y Arseni se inclinó ante ellos, haciéndoles la señal de la cruz. Pero en las casas de los libertinos o de las personas que no se portaban correctamente, Arseni iba a casi todas partes. Se arrodilló, besó las paredes de estas casas y dijo algo en voz baja. Y muchos se preguntaron qué estaba haciendo Arsenio, y entonces el loco en Cristo Foma dijo:

Pero si lo pensamos bien, ¿cuál es el punto aquí? Nuestro hermano Ustin

tiene toda la razón, porque arroja piedras solo en las casas de las personas piadosas. Los ángeles expulsaron a los demonios de sus casas, y los demonios tienen miedo de entrar y aferrarse, como muestra la práctica, a las esquinas de las casas. El loco en Cristo Foma señaló una de las casas. ¿Ves los muchos demonios a la vuelta de la esquina?

"No vemos", respondió la asamblea.

Pero él ve. Y les tiró piedras. Pero para los hombres indignos los demonios moran en la casa, porque los ángeles, dados a la preservación del alma humana, no pueden vivir allí. Los ángeles se sientan junto a la casa y lloran las almas caídas. Y nuestro hermano Ustin se dirige a los ángeles y les pide que no ignoren su oración, para que sus almas no perezcan para siempre. Pero bastardos, creen que está hablando con las paredes...

Entre los que lo escuchaban, el loco en Cristo Foma vio al loco en Cristo Karp. Karp expuso su rostro al sol. Escuchó a Foma y sonrió en vano. Disfruta del cálido día de primavera y de tu propia presencia en esta parte de la ciudad. Al interceptar la mirada enojada de Foma, Karp recordó que había roto la prohibición. Trató de colarse, aunque era consciente de que esto no era lo más fácil de hacer. Ansioso por deslizarse en el puente sobre Pskova, Karp comenzó a pasar por alto los numerosos escalones en movimiento. Sintió que moverse en una herida probablemente ocultaría sus verdaderas intenciones. Momentos después, notó que Foma estaba entre él y el puente.

Karp, Karp, Karp, el loco en Cristo Karp comenzó a llorar con un suspiro y, dando un paso adelante, se movió en la dirección opuesta.

Pero el loco de Cristo Foma demostró ser más rápido que el loco de Cristo Karp. Con un crujido antinatural de sonido, su palma cayó sobre el cuello del agresor.

¿Podría esperar algo más de él?, gritó Karp y corrió en dirección al puente.

Foma lo odiaba con los nudillos.

Al llegar a la mitad del puente, Karp se detuvo. Cuando el perseguidor se acercó, el fugitivo se precipitó y quemó uno sano. El Loco en Cristo Foma lo arroja amablemente, porque este ya era el territorio del loco en Cristo Karp.

15

"Ustedes son mis amigos confiables en la lucha contra la carne", les dijo Arseni a los mosquitos. No dejáis que la carne me dicte sus condiciones.

A orillas del río Velikaia, donde se encontraba el monasterio, había mosquitos. Y detrás del muro del cementerio, donde el viento no llegaba a la orilla, los mosquitos eran aún más numerosos que cerca del agua. Nadie había

visto tantos antes. Los chupasangres eran el producto de una primavera inusualmente cálida.

Solo la cara y las palmas de las manos estaban descubiertas en la Edad Media, pero resultó ser suficiente para que la gente de Pskov perdiera los estribos. Se rascaban, escupían en las palmas de las manos y se untaban la piel con saliva, creyendo que así aliviaría el sufrimiento de las mordeduras. Insatisfechos con las partes expuestas del cuerpo, los insectos locos picaron incluso a través de la ropa más amplia.

Pero Arseni no se molestó con los mosquitos, en las noches húmedas y calurosas, cuando el aire se convertía en una mezcla reptante, se desnudaba y se sentaba en la lápida frente a su casa. Al pasar la mano por su cuerpo, sintió una sensación inusual. Le pareció que su piel estaba cubierta, como la de Esaú, de pelo espeso. Cuando lo tocó, su cabello se convirtió en sangre. En la oscuridad, Arseni no podía ver la sangre, pero podía olerla y escuchar el sonido de los insectos aplastados. Pero la mayor parte del tiempo no les hacía caso, pues en sus vigilias nocturnas rezaba intensamente por Ustina.

Era así sólo en la parte oscura del día, que, aunque fuera breve, bastaba para dejarlo sin sangre. Pero Arseni no se quedó sin sangre. O los mosquitos estaban cansados de su sangre, o - dada la generosidad inusual de Arseni - los chupasangres habían decidido contenerse; el caso es que el estado no le quitó la vida en la noche. Más de una vez lo encontraron sin aliento por la mañana, pero siempre se recuperaba.

Se quitó la túnica y se puso la túnica serena, decía la abadesa en esos días, apartando el rostro de su desnudez.

Con el paso del tiempo, los mosquitos fueron disminuyendo, pero la guardia nocturna de Arseni no se detuvo. No podía parar, porque la noche era el único momento tranquilo para orar. El día estuvo lleno de preocupaciones y ansiedades.

Arseni caminó por Zavelica y observó la vida del lugar. Arrojó piedras a los demonios y habló con los ángeles. Él sabía todos los bautizos, bodas y bodas. Sabía del nacimiento de nuevas almas en Zavelicie. Sentado junto a la casa del recién nacido, previó su destino. Si se esperaba que tuviera una vida larga, Arseni se reiría. Si estuviera destinado a morir pronto, Arseni lloraría. En ese momento nadie más que Cristo Foma sabía por qué Arseni se reía y lloraba. Pero Foma no tenía prisa por explicárselo a nadie y, de todos modos, rara vez estaba en Zavelicie.

Una vez, el loco en Cristo Foma llegó a Zavelicie y le pidió a Arseni que lo siguiera al otro lado del río.

Necesito consultar contigo, le dijo a Arseni. El caso no es el más sencillo, de lo contrario no te llevaría a mi parte de la ciudad.

yerno Perejoga [22]se había enfermado. Se acostó en su cuna y miró hacia arriba en silencio. Diez pares de ojos se movían al ritmo de su balanceo silencioso. La cuna de Amphim estaba rodeada de parientes cercanos. Cuando Arseni lo tomó en sus brazos, el niño comenzó a gritar desesperado. Los ojos de Arseni se llenaron de lágrimas y volvió a poner a Amphim en la cuna. Se acostó en el suelo. Cruzó las manos sobre el pecho. Cerró los ojos.

Nuestro hermano Ustin ve que el bebé va a morir, dijo el loco en Cristo Foma. La medicina es impotente.

Anfim dejó de respirar por la noche. Al separarse de Arseni en el puente flotante, el loco de Cristo Foma lo golpeó con fuerza.

Eso es porque apareciste en mi territorio. ¿Pero es eso más fácil para ti?

En medio del río, Arseni asintió. Por supuesto, más fácil. En la penumbra se podían ver pálidas chispas brotando de las ondas del río. Un bulto, el más grande, se movía lentamente sobre la cresta de una ola, y Arseni pensó que era el alma del bebé moribundo, salido del pequeño cuerpo a medianoche.

Tienes tres días más para pasar aquí, le dijo Arseni a su alma. Es costumbre considerar que en los primeros tres días las almas están donde vivían. Ya sabes, Pskov es una ciudad hermosa, entonces, ¿por qué no dejar el mundo aquí? Mira: en las casas de la orilla del río se han encendido las luces, allí se preparan para dormir. Pero el cielo todavía está brillante al atardecer. Nubes con bordes irregulares de color púrpura se congelaron sobre él. No se van a mover hasta mañana. El viento fresco de la tarde hace temblar ligeramente los tilos. En una palabra, es una calurosa tarde de verano.

Estás dejando todo esto, y tal vez tengas miedo. Justo cuando me viste, gritaste de miedo, ¿no? Mi apariencia te decía que la muerte estaba cerca. Pero no tengas miedo. Para que no te sientas solo, voy a pasar estos tres días contigo, ¿quieres? Vivo en el cementerio del monasterio, es un lugar muy tranquilo.

Arseni también llevó el alma de Amphim al cementerio.

Leer molifte tres días y tres noches. Al final del tercer día, los labios de Arseni ya no se movían, pero el sentimiento de amor por el niño no se debilitaba. Y le dijo a Arseni: "Mira". Él le dijo: "Si te sientas en el suelo, te dormirás". Arseni no se sentó, sino que se permitió apoyarse en los codos de los robles mellizos que formaban un muro de su casa. No quería dejar al niño

---

22 Comandante de una esposa (unidad de caballería cosaca, compuesta por cien hombres).

solo con su muerte.

Al despedirse del alma de Anfim, Arseni susurró:

Escucha, quiero preguntarte algo. Si te encuentras con un niño allí, es incluso más pequeño que tú… Lo reconocerás fácilmente, ni siquiera tiene nombre. Él es mi hijo. Arseni se apoyó en su frente de roble y sintió que su madera lo penetraba. Bésalo en mi nombre. Sólo bésalo.

dieciséis

Así empezó la mañana del loco en Cristo Karp. Poniendo sus manos detrás de su espalda, estaba de pie junto a la casa de [23]Samson's Calacin.

Karp, Karp, Karp, decía el loco en Cristo Karp a los transeúntes.

Cuando Samson salió a la calle con el cuello en el cuello, Karp apretó los dientes para almorzar y salió corriendo. Para alguien con una bobina en la boca, correría muy rápido. En necesidad, en silencio. Sin extender las manos a la espalda. Tras el loco en Cristo, huía gente sin escrúpulos, que sabía que al final la bobina caería. Cuando la bobina caía, la recogían del suelo. Lo que le quedaba al necio en la boca de Cristo era su comida diaria.

Calacinic Samson no persiguió al loco en Christ Karp. Incluso si quisiera huir, no era posible con su puesto pesado. Pero él no quería huir. No le molestaba el loco de Cristo Karp. Porque después del encuentro con el loco en Cristo tuvo una buena venta y sus bobinas fueron muy rápidas. Pero si el loco en Cristo tardaba en estar ocupado, el calazoniano Sansón lo esperaba pacientemente cerca de su casa en Zapskovie.

No así el Calhoric Prohor de Zavelicie. El hombre estaba un poco melancólico y no tenía ganas de relajarse. Como Zavelicie estaba en su esfera de responsabilidad, le sucedió a Arseni que chocó con el Calacian Prohor. Eso sucedió al final del verano.

Al ver a Prohor con sus bobinas, el alma de Arseni se hundió. Miró a Prohor y su mirada se tornó amarga.

Qué quieres, loco, preguntó Prohor.

Sin una palabra, Arseni golpeó el fondo del puesto. Los rollos rebotaron como uno solo en el establo y cayeron al polvo. Los transeúntes querían sacudir los rollos y llevárselos, pero Arseni no los dejaba. Empezó a desgarrar los pedazos del Prohor calacinin, patearlos y hacerlos rodar por el polvo. Cuando las bobinas se convirtieron en grumos sucios, Prohor pareció recobrar el sentido. Caminó lentamente hacia Arseni, y su puño era como un rollo. Sin

---

23 El que hace rollos.

un tic, le dio un puñetazo a Arseni en la cara. Arseni cayó al suelo y el heredero lo pateó.

No lo toquen, es el hombre de Dios, comenzaron a gritar los transeúntes.

Pero cuando esparció mis espirales, ¿era también la de Dios? Pero cuando los hizo rodar por el polvo, ¿era también de Dios?

A cada pregunta, el Calacinic Prohor pateaba a Arseni. Estos golpes hicieron que el que estaba en el suelo volara como un montón de trincheras. Es posible que se tratara de un montón de trapos, porque el cuerpo estaba casi fuera de ellos. Con un aullido, el calacinio saltó sobre la espalda de Arseni con ambos pies, y todos escucharon el crujido de las costillas. Entonces los hombres se arrojaron sobre los talones de Prohor y volvieron los brazos hacia atrás. Uno los ató con su cinturón. El saludable Prohor trató de escapar de las manos de quienes lo habían atado y se apresuró a regresar a Arseni.

"Vete, hombre de Dios", le decían a Arseni los que le rodeaban.

Pero Arseni no se fue. Ni siquiera se mueve. Yacía con los brazos extendidos y debajo de su cabello había un charco oscuro. Todos miraban el Caloric Prohor, que, desapercibido, se calmó. Desde el puente flotante salió el loco en Cristo Foma.

De ahora en adelante, no serás llamado calacínico, sino culacínico [24], le gritó Foma a Prohor. Y a vosotros, los sinvergüenzas (miró a los presentes), traigo a vuestra atención los siguientes hechos. Anoche, él y su esposa. Luego, sin lavar, amasó la masa y la enrolló. Por la mañana quería vender su sucio producto a los ortodoxos, y si no fuera por el hermano Ustin, el papa los vendería.

¿Cierto? preguntaron los presentes.

Calacin el Prohor no respondió, pero su silencio también fue una respuesta. Todos sabían que el loco en Cristo Foma solo decía la verdad. Decidieron llevar a Prohor a la cárcel terrestre [25]. La sentencia se pospuso hasta que se esclareciera la suerte de Arseni. Ellos dijeron:

Si el hombre de Dios muere, tuyo será este pecado.

Y pusieron a Arseni en una estera y se fueron al Monasterio de San Juan.

A las puertas del monasterio fueron recibidas por sus hermanas llorando, porque se habían encariñado con Arseni. Ya sabían de la desgracia. Agarrando los bordes de la estera, las hermanas llevaron con cuidado a Arseni por el monasterio para no causarle dolor. Pero Arseni no tenía dolor: no sentía nada. Las hermanas lo usaron, obligándose a pisarlo todas a la vez, pero la cabeza de

---

24 Del *kulak* - puño.

25 El foso donde se guardaba a los deudores, rehenes, etc.

Arseni se balanceó ligeramente.

La abadesa dijo:

Extranjero eres entre los tuyos, todo lo has soportado por Cristo, buscando la vieja patria perdida.

El rostro de la abadesa estaba cubierto con sus brazos, y su voz sonaba apagada pero clara.

Liberaron una de las celdas lejanas para Arseni, donde la presencia masculina no podía perturbar ninguna de las capas. En cuanto a las hermanas, no se inquietaron, porque el loco en Cristo Ustin era asexual a sus ojos y hasta un punto inmaterial. Llevando al enfermo a la lejana celda, esperaron su recuperación y se prepararon para su fin.

Debemos notar con dolor, dijo la abadesa, que los traumas de la víctima son poco compatibles con la vida. De hecho, para nuestro hermano Ustin, la muerte no es algo completamente desconocido: nuestro hermano Ustin murió en sí mismo mientras aún estaba vivo. Bienaventurado el loco en Cristo Ustin, ahora digno de llanto, el hombre interior se renovará en sí mismo. Después de vivir sin hogar, este hermano nuestro lo convirtió en su hogar.

En caso de que el desenlace fuera la muerte, las hermanas le dieron a Arseni ese lugar cerca del muro del cementerio donde había estado trabajando en la primavera. La morada de Arseni les parecía casi una tumba. Una construcción cómoda y refinada.

17

Pero Arseni sobrevivió. Después de unos días recuperó el conocimiento y sus costillas comenzaron a recuperarse lentamente. Sintió su aferramiento tan vívido como su ruptura. No podía ser escuchada, pero sin duda lo era.

Las hermanas le dieron de comer la cucharilla. Abrió la boca en silencio y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Las lágrimas también corrían por las mejillas de sus hermanas. Para lavar a Arseni, que no se levantó, lo llamaron al puente Vlas.

El primero de septiembre, el loco en Cristo Foma se acercó a Arseni y lo felicitó por el Año Nuevo. Él le trajo una rata muerta como regalo. Foma se sujetaba la cola y la rata se balanceaba tristemente.

Poniendo la rata en la cabeza de Arseni, el loco en Cristo Foma apretó las patas sobre el rostro del enfermo, a quien se dirigió:

Me alegro, colega, de que no hayas tomado esto como una desolación. Aunque todo competía por ser así. Felicidades por el nuevo año 6967, que celebramos según la antigua tradición en este luminoso día de septiembre,

treinta y tres años antes del año siete mil.

Las monjas no estaban satisfechas con la apariencia de la rata, pero no se atrevieron a objetar a Foma. Pero después de ver la sonrisa de Arseni, su ira pasó. Era su primera sonrisa en muchos meses. Cuando el loco en Cristo Foma le hacía cosquillas en las narices de rata, Arseni estornudaba.

El paciente necesita frescura, gritó Foma, y aquí está, discúlpenme, como el infierno. Arrástralo al río. El agua y el aire fluyen allí también. Eso lo ayudará a sanar.

Dándole la espalda, la abadesa puso los ojos en blanco, pero les hizo señas a las hermanas para que cumplieran la disposición de las necias en Cristo. A Arseni lo movieron sobre una lona (Arseni gimió) y lo levantaron (gimió una vez más).

Chilló, chilló, barrió la mierda, murmuró el loco en Cristo Foma, y la abadesa volvió a darle la espalda.

Las hermanas llevaron a Arseni al río. El formulario indica dónde se debe colocar al paciente. Arseni se colocó sobre el césped con sumo cuidado.

Y ahora sáquenla de aquí, tontos, dijo el loco en Cristo Foma a las hermanas.

Las hermanas, sin decir una palabra, la llevaron al monasterio. El viento soplaba a sus pies, y Arseni y Foma miraban detrás de ellos. La forma en que las hermanas se alejaron mostró que no les importaba el loco en Cristo Foma. Cerca de nada.

Cuando las hermanas desaparecieron detrás de las puertas, el loco en Cristo Foma dijo:

He cumplido tu deseo para Prohor. Si te entendí al otro lado del río, no querías que las autoridades lo castigaran.

Incluso recé por él, le dijo Arseni a Ustina. Le pregunté: Dios, no lo culpes por no saber lo que hace. Ruega por él también, mi amor.

El Loco en Cristo Foma asintió:

Con su oración, la gente de Zavelicie ya está consciente, les dije. (Señaló a las personas que se habían reunido y confirmaron lo que había dicho). Me temo que esta no es su última oración como esta. Que volverá a arreglarte la cara, amigo mío, y no solo una vez.

No necesariamente, se opuso a la gente de Zavelicie. Todo el mundo en Rusia sabe que no se puede vencer a los locos en Cristo.

Foma se rió mientras sostenía su boca.

Para aclarar mi idea recurriré a una paradoja. Los necios en Cristo por esto y son azotados, para que no sean azotados. Solo se sabe que cualquiera que

golpea a un necio en Cristo es un necio.

Y, sin embargo, los lugareños estuvieron de acuerdo.

Así es, dijo el loco en Cristo Foma. Y el ruso es piadoso. Sabe que el necio en Cristo debe soportar el sufrimiento, y se entrega al pecado para asegurarlo. ¿Y quién debería ser el desastre? Bueno, alguien debe ser capaz de vencer o, digamos, matar a un loco en Cristo, ¿qué dices? Aun así, los lugareños comenzaron a moverse. Golpear, eso funciona, pero matar, ¿es eso piedad? Es una pena, si podemos decirlo así, morir.

Exacto, exclama enojado el loco en Cristo Foma. Esa es la única forma en que es ruso: no solo es piadoso. Os advierto, en todo caso, que sigue siendo desenfrenado e implacable, y que en él cualquier cosa puede convertirse sencillamente en pecado mortal. Que la línea divisoria aquí es tan delgada que ustedes bastardos ni siquiera pueden entender.

Los lugareños no sabían qué decir. Ni siquiera conocía al loco de Cristo Karp, que estaba sentado entre la multitud. Completamente perplejo, escuchó al loco en Cristo Foma con la boca abierta.

Ajá, tú también estás aquí, pecador, gritó el loco en Cristo Foma, y el loco en Cristo Karp se echó a llorar. No he aplastado tu cara en mucho tiempo.

Foma estaba comenzando a dirigirse a Karp, pero ya estaba volviendo en dirección al monasterio, y la multitud se estaba haciendo a un lado frente a él.

¡Ay de mí!, gritó el loco en Cristo Karp.

Saliendo de la multitud, corrió hacia la puerta del monasterio. La puerta resultó estar cerrada. Karp golpeó tan fuerte como pudo, observando con horror cómo se acercaba Foma. Sin esperar a que se abriera la puerta, Karp se llevó las manos a la espalda y corrió hacia el río. Cuando se abrió la puerta, Foma corrió a su lado. A las hermanas que miraban por la puerta, Foma les señaló la lengua y siguió corriendo. Las hermanas se miraron para que las de siempre no se sorprendieran.

Te acabo de decir: quédate en Zapskovie, le gritó el loco de Cristo Foma al loco de Cristo Karp.

Karp se cubrió la cara con las manos y salió corriendo. Sus pies descalzos se aferraban a la hierba. Se detuvo junto al río. Quitándose las manos de la cara, vio que Foma lo estaba alcanzando.

Karp, Karp, Karp, el loco comenzó a gritar en Cristo Karp.

Pisó la superficie del agua y caminó con cuidado. A pesar de las ráfagas de viento, las olas no eran grandes ese día en el río Velikaia. Al principio, Karp caminaba despacio y parecía poco convencido, pero poco a poco aceleró el paso.

Foma corrió hacia el río y probó el agua con el dedo gordo del pie. Sacudiendo la cabeza con enojo, pisó el agua. Arseni y Zavelicie observaron en silencio cómo los locos en Cristo caminaban uno tras otro. Saltaron ligeramente sobre las olas y batieron palmas en equilibrio.

Digan lo que digan, solo caminan sobre el agua, dijo la gente de Zavelicie. Pero aún no han aprendido a correr.

En medio del río, el loco de Cristo Karp se detuvo. Esperando al loco en Cristo Foma, lo golpeó con fuerza en la mejilla. El sonido de la palma voló sobre el agua hasta los que estaban sentados en la orilla.

Tiene razón, la gente de Zavelicie extendió los brazos. Ese ya es su territorio.

Sin decir una palabra, el loco en Cristo Foma se volvió y la llevó a su parte de la ciudad. En los rayos del sol otoñal bajo, se revelaba el caudal irregular del río. Era un espejo, era ondulado, tenía ondas serias. Si mirabas de cerca el agua, te parecía que el río fluía en la dirección opuesta. Quizás porque reflejaba el vuelo de las nubes. Al ritmo del movimiento general, dos pequeñas figuras se deslizaron sobre la superficie del río, separándose. Solo Arseni y los habitantes de Zavelicie que estaban a su alrededor permanecieron en el lugar.

18

Para el invierno, Arseni ya estaba bien. Tenía las costillas sudorosas y sólo recordaba la debilidad que a veces lo afligía. Sintiéndose mejor, Arseni regresó a su casa en el cementerio. Las hermanas habían insistido en quedarse en la celda remota, pero él se mantuvo firme.

Bienaventurado por ser un peregrino sin hogar, dijo la abadesa, y dejó que Arseni fuera al lugar que había elegido para vivir.

Al regresar bajo los robles gemelos, Arseni se dio cuenta de que no se había acostumbrado a una vida dura. Lloró durante semanas en la celda como si estuviera perdido, porque le habían hecho prestar atención a su cuerpo. Ellos, de hecho, enfriaron a Arseni, y en los primeros días después de su regreso no pudo calentarse en absoluto. Siguió susurrando que estaba en un cuerpo extraño, pero eso no ayudó de inmediato. Ayudó después de cuatro días.

En el séptimo día, el Prohor calacinin vino a él. Silenciosamente sacó un rollo de su pecho y cayó de rodillas frente a él. Arseni, que estaba sentado junto a su casa, se acercó al Prohor calacinin. Se arrodilló a su lado y lo abrazó. Y tomó la bobina de sus manos.

Ayuné durante siete días, dijo Prohor.

Arseni asintió, dándose cuenta de la forma de la bobina y su olor.

Perdóname, feliz Ustine, el calacin Prohor se echó a llorar.

Arseni se tocó las mejillas y una lágrima de las lágrimas de Prohor permaneció en su dedo índice. Untó el borde de la bobina con él. Donde la bobina absorbió la lágrima de Prohor, Arseni muerde la bobina en su lugar. Después de tragar, Arseni se levantó y recogió el talón. Ella hizo una reverencia y fue hacia él. Cuando Prohor desapareció por la grieta, Arseni, tomando la bobina, salió. Junto al muro del monasterio estaban los pobres. Arseni rompió la bobina en pedazos y la dividió.

A partir de ese día, el Calacian Prohor visitó a menudo Arseni. Cada vez que traía un rollo, a veces no solo uno. Arseni recibió agradecido los rollos. Después de que Prohor se fuera, los llevaría al muro del monasterio y se los daría a los pobres.

Con el tiempo, sin embargo, comenzaron a esperar rollos de Arseni, no solo esos. La gente venía de la ciudad y de Zapskovie, y muchos de ellos eran considerados ricos. No los atormentaba el hambre, pero sabían que, de manos de Arseni, los panecillos eran particularmente sabrosos y les hacían bien. Según ellos, ese pan les dio fuerza, detuvo el sangrado y mejoró el metabolismo.

el casero de Pskov, Gavril, llegó a Arseni . [26]Gavril recibió medio rollo y se fue a casa con él. El pan que recibió lo comieron él, su esposa y cuatro hijos de diferentes edades. Les gustó el pan y se sintieron mejor, aunque, de hecho, se habían sentido bastante bien antes.

Este es un fenómeno que merece ser sostenido por todos los medios, dijo el posadero Gavril.

Se dirigió a Arseni y, en presencia de las hermanas, le entregó una bolsa de plata. Para asombro del poseído Gavril, Arseni recibió la bolsa. Al salir, el posadero dejó a un hombre en el monasterio para ver cómo el loco en Cristo disponía de los medios que le habían sido confiados. En la tarde del mismo día, el hombre se le apareció al posadero Gavril y le dijo que lo primero que había hecho el loco en Cristo Ustin había sido ir al comerciante Negoda. Agregando la observación de que el loco en Cristo entró al comerciante con la bolsa en la mano, pero salió sin la bolsa.

Luego, el posadero Gavril fue nuevamente a Arseni y le preguntó por qué no le dio el dinero a los pobres, sino al comerciante. Arseni miró al posadero en silencio.

Pero lo que es incomprensible aquí, se preguntó, de pie detrás de la pared,

---

26 Jefe del gobierno local en la antigua Rusia.

el loco en Cristo Foma. El comerciante de Negoda está arruinado y su familia tiene hambre. Y le da vergüenza pedir limosna, porque tiene ropa clara. Él y su familia aguantarán, el perro cerdo, hasta que se resquebraje. Por eso Ustin le dio dinero. Los pobres se alimentan solos, así que pedir es de alguna manera su profesión.

Posadnic Gavril se maravilló de la sabiduría de Arseni y preguntó:

¿De qué te sirve, hermano Ustine, para tu vida? Tú me pides y te lo doy.

Arseni se quedó en silencio, y luego el loco habló en Cristo Foma:

Lo elegí por él, ¿le das?

Posadnicul Gavril respondió:

Doy.

Entonces dale la gran ciudad de Pskov, dijo el loco en Cristo Foma. Y será suficiente para la comida.

El posadero no dijo una palabra, porque no podía darle a Arseni toda la ciudad. Entonces el loco en Cristo Foma, al ver que el tonto Gavril estaba triste, se echó a reír:

Sí, todo eso me suena bastante mal. Parece que BT tampoco es para mí. No puedes darle esta ciudad, no se la des. Lo conseguirá sin ti.

Se acerca un duro invierno. Tampoco los inviernos recordaron a los habitantes de Pskov, ni -mucho menos- a Arseni. Además, Arseni ni siquiera recordaba cuántos inviernos habían pasado desde que estuvo en Pskov. Tal vez uno Pero tal vez todos los inviernos se habían fusionado en uno y no tenían conexión con el tiempo. Generalmente era invierno.

Primero la ciudad fue troyana. Nevó día y noche, la nieve cubrió el aire y la tierra, convirtiendo el mundo de Dios en una masa lechosa. Establos, casas e incluso pequeñas iglesias cubiertas de nieve. Se disfrazaron de troyanos, sobre los que a veces se veían cruces. La nieve presionaba los techos de las casas viejas y se derrumbaron con un crujido seco. La gente se encontraba a la intemperie, de donde caía la nieve sin freno, y solo se necesitaba un día para llenar las casas sin techo. Nevó durante tres semanas, luego se congeló.

La escarcha era implacable. Su poder fue disparado por el viento, y no pudiste escapar del viento. El viento azotaba a los transeúntes, atravesaba las rendijas de las puertas y silbaba a través de las vigas mal colocadas. Mató pájaros en vuelo, congeló peces en pequeños ríos y los llevó al bosque. Ni siquiera las personas que tenían un fuego para calentarse podían soportar la plaga del frío. En la ciudad, en los pueblos de los alrededores y en las carreteras, mucha gente y ganado se congelaron. Los pobres y los peregrinos en Cristo, habiendo llegado a tal angustia, lloraban desde el fondo de sus

almas y derramaban lágrimas amargas, y no dejaban de tropezar y congelarse.

La abadesa ordenó que trasladaran a Arseni a la celda distante, y le ordenaron que esperara allí a que pasara la peste. Pero solo pasaron tres días y Arseni salió de la lejana celda y regresó a su casa en el cementerio. Respondió en silencio a todas sus insistencias en no salir de la celda.

Ya ves, le dijo a Ustina, en la lejana celda mi carne se calienta y empieza a mostrar sus exigencias. Y esto, mi amor, es solo el comienzo. Si le das un dedo, te quitará toda la mano. Así que será mejor que me quede al aire libre, mi amor. Para no congelarme, tal vez empiece a caminar por Zavelicie. Me daré cuenta de lo que está pasando en el mundo blanco, porque nunca ha sido tan blanco.

Y Arsenio empezó a caminar por Zavelicie. Y cuando encontraba personas congeladas, o borrachas, o listas para dormir en un troyano, las llevaba a sus casas. Si alguno no tenía casa, lo llevaba a la casa de los pobres, hecha por cuánto tiempo duraría el frío en un viejo almacén cerca de los muros del Monasterio de San Juan.

Una vez caminando por el río helado, Arseni vio en el río al loco en Cristo Foma, quien le dijo desde un sloi:

Estimado amigo, la frontera entre las partes de la ciudad ahora se ha borrado naturalmente. Debemos tener en cuenta que la barrera que nos separa ha estado oculta durante un tiempo bajo el espeso hielo invisible. Si quieres recolectar artículos congelados de mi territorio, no diré nada en contra.

Según el loco de Cristo Foma, Arseni ya no se limita a Zavelicie. Caminó por la ciudad e incluso por Zapskovie, donde vivía el loco en Christ Karp. Testimonio fueron las huellas de pies descalzos, que se extendían radialmente desde el Monasterio de San Juan. Se encontraron nuevos rastros cada mañana, después de lo cual los habitantes de Pskov descubrieron en qué parte de la ciudad había estado Arseni la noche anterior.

Arseni una vez llevó a casa a un viajero nocturno. Venía del pub y se estaba quedando sin energía. Siguió yendo por el camino y pidiéndole a Arseni que le diera paz. En tales casos, Arseni se vio obligado a arrastrar al extraño a la nieve por la fuerza. El resbalón fue difícil, porque en la primera parte del camino, el forastero estaba nevando con la punta de su bota. Después de una hora se había congelado y su alegría se había ido. Se arrastró detrás de Arseni en silencio, ahora mucho más despierto y peor.

Buscando su casa, rodearon las aldeas cercanas a la ciudad. Hacia la medianoche, la luna apareció en el cielo y eso decidió las cosas. Reconociendo

su golpe en uno de los lugares troyanos, el extraño se dirigió resueltamente al porche. Con la misma resolución, subió los escalones y cerró la puerta detrás de él.

Arseni miró a su alrededor. El largo vagar lo había confundido, y ahora no podía ver dónde estaba la ciudad. La luna se había escondido de nuevo detrás de las nubes. Arseni entendió que si se alejaba unos pasos, no volvería a encontrar ese golpe. Sintió que le habían dicho sin calor.

"Como estoy ahora, mi amor, necesito al menos una hora de calor", le dijo Arseni a Ustina. No puedes preocuparte por mí, no está pasando nada aterrador. Solo necesito recuperar el aliento, mi amor, y podré volver.

Intentó sonreír, pero se dio cuenta de que no podía sentir sus labios ni sus mejillas. Volvió tambaleándose al porche helado. El tocó la puerta. Nadie los abrió. Tocó una vez más. La puerta se abrio. Su conocido estaba sentado en la puerta. Dio un paso atrás para dejar sitio a Arseni. Pero Arseni estaba triste porque entendió que el hombre en realidad estaba ganando impulso. El que la había abierto se levantó con un grito y lo empujó fuera del porche.

Cuando Arseni se recuperó, la luna volvió a brillar. Tomó un puñado de nieve y se secó la cara congelada. La nieve que arrojaba estaba ensangrentada. A la luz de la luna, Arseni vio los contornos de casas lejanas. Se tambaleó hacia ella. Las casas eran viejas y Arseni entendió que en ellas vivía gente pobre. Cuando llamó, la gente salió con palos. Ellos dijeron:

Ve al molino, loco, que la salvación no viene de aquí.

Al no encontrar piedad para esas personas, Arseni los dejó. Caminó a lo largo de las casas, y al final del callejón vio un almacén derrumbado a un lado. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio un par de ojos en un rincón del cobertizo. Sus ojos reflejaban la luz de la luna, que penetraba por las rendijas del techo. Perros grandes miraban a Arseni. Se puso a cuatro patas y se arrastró hacia los perros. Los perros gruñeron ensordecedoramente, pero no sufrieron ningún daño. Durmió entre ellos y se durmió. Cuando despertó, los perros ya no estaban con él.

Soy un cabrón, le dijo Arseni a Ustina. Estoy abandonado por Dios y los hombres. Incluso los perros, desde que se fueron, no quieren tratar conmigo. Odio mi cuerpo sucio y magullado también. Todo esto muestra que mi existencia material no tiene sentido y se acerca al final. Para que mis oraciones no te hagan, mi amor, perdonado.

Arseni se inclinó hacia delante, se cubrió la cabeza con las manos y la ocultó entre las rodillas. Se dio cuenta de que ya no sentía cabeza, ni manos, ni rodillas. Sólo el corazón estaba débil. Sólo el corazón aún no estaba

congelado por la escarcha, porque estaba en lo más profundo del cuerpo. Qué bueno que ya me separé de un lado de mi cuerpo, pensó Arseni. No será mucho más fácil para mí separarme del hecho de que aún no se ha congelado.

Y mientras pensaba eso, Arseni sintió que un calor poco a poco invadía su cuerpo desde adentro. Al abrir los ojos, vio frente a él a un apuesto joven. Su rostro brilló con un rayo de sol, y en su mano sostenía una rama cubierta de flores moradas y blancas. Esa rama no se parecía a las ramas del mundo que pasa, y su belleza era sobrenatural.

El maravilloso joven que sostenía la rama en la mano preguntó:

Arsenio, ¿dónde estás ahora?

"Estoy a oscuras, esposado, al borde de la muerte", respondió Arseni.

Entonces el joven golpeó a Arseni en la cara y le dijo:

Arsenio, recibe una vida invencible en todo tu cuerpo, y la purificación y el cese de tus sufrimientos por esta gran plaga.

Y con estas palabras, el aroma de las flores y de la vida que le fue dada entró por segunda vez en el corazón de Arseni. Pero cuando levantó la vista, descubrió que el joven había desaparecido. Y Arseni entendió quién era ese joven. Recordó la palabra vivificante del canto de la iglesia: Si el Señor quiere, la ley de la naturaleza es derrotada. Porque según la ley de la naturaleza, Arseni tenía que morir. Pero, volando hacia su muerte, fue atrapado y devuelto a la vida.

19

Desde entonces, el tiempo de Arseni transcurrió de manera completamente diferente. Más bien, simplemente dejó de moverse, permaneciendo inmóvil. Arseni vio los acontecimientos que tenían lugar en el mundo, pero también percibió que estaban extrañamente separados por el tiempo y que ya no dependían del tiempo. A veces se movían uno tras otro, como antes, otras veces al revés. En raras ocasiones, llegaron sin ningún orden, confundiendo discretamente la sucesión. Y el tiempo no podía acabar con ellos. Se negó a dirigir tales eventos.

Ahora está claro que los hechos no siempre retroceden en el tiempo, dijo Arseni a Ustina. A veces se van solos. Fuera de tiempo. A ti, mi amor, esto te es bien sabido, pero yo lo miro por primera vez.

Arseni observa cómo se derrite la nieve primaveral y cómo, por el canalón hecho por las hermanas, las aguas turbias desembocan en el río Velikaia. Cada primavera, las hermanas limpian la alcantarilla, porque el otoño está lleno de hojas: roble y arce. Estas hojas también las trae el viento a la casa de Arseni, y

Arseni no aparta una manta como esta, porque piensa que no está hecha por manos humanas.

Arseni ve como, tras una lluvia nocturna, el sol de junio se adelanta. El agua todavía temblaba sobre las hojas. El vapor de la cúpula de John the Forerunner cae en pequeñas nubes y perece en el cielo increíblemente azul. Apoyada en la escoba, la hermana Pulheria observa cómo se evapora el agua. El viento tibio toca la hebra de trigo, escapada del pañuelo, de su cabello. La hermana Pulheria se rasca un lunar con aire pensativo y muere de sepsis. Ella yace en la tumba fresca, a pocas cuadras de la casa de Arseni. La tumba está cubierta de nieve.

En medio de la caída de las hojas, la abadesa se acerca a Arseni. Ella dice:

Ha llegado el momento de que busque fuera de este mundo vano una estancia eterna. Bendíceme, Ustina.

Las hojas brillaban, susurrando en su túnica. Arseni bendice a la abadesa.

Yo no tengo ese derecho - de bendecir, le dice entonces a Ustina. Así que hago esto, mi amor, no por rectitud, no por coraje, sino porque esta mujer está orando por mí. Por cierto, su viaje es muy largo y ella lo sabe.

La abadesa muere.

Un caluroso día de verano, la hermana Agafia está sentada en la escoba cerca de la casa de Juan el Bautista. Mira la cúpula de la iglesia y se lleva la mano al lunar de la cara. A mitad de camino, la mano de la hermana Agafia es detenida por la mano de Arseni. Es la hora.

Va a vivir, piensa Arseni mientras se aleja.

Con paso pesado, se va a casa de John John. Con un tirón, golpea la puerta contra la pared. La lengua de Arseni se puso rígida. John John y su familia están sentados a la mesa. La esposa de Iere se está preparando para ponerlo en los platos. Ella mira la ventana nublada, detrás de la cual no hay nada más que nieve. Ayer John miró frente a él, como si tratara de ver su destino. La sacerdotisa hace un gesto inaudito, invitando a Arseni a compartir la comida con ellos. El gesto se separa de la sacerdotisa y vuela hacia la puerta que se abrió. Arseni no se dio cuenta. Los niños se sientan en el banco, mirándose las manos sobre las rodillas. Los dedos están acosando la tela áspera de sus camisas. Arseni es para ellos como el relámpago globular visto una vez por su padre. Su padre le enseñó que cuando cae un rayo, es mejor no moverse ni hacer sentir su presencia. Exhala y congela. Se congelan. Arseni agarra un cuchillo de la mesa y corre hacia John John. Iereul Ioan sigue mirando al frente y no parece fijarse en Arseni. De hecho, lo ve todo, pero no considera necesario oponerse al destino. Arseni sacude el cuchillo justo en frente de la

cara de John. El jeroglífico, como antes, no se mueve y probablemente esté pensando en un rayo globular. Al hecho de que todavía lo descubrió. Arseni tira el cuchillo al suelo y sale corriendo. Ayer John no se sintió aliviado. Entiende que lo que pasó es una predicción. Es solo un relámpago, y está esperando que llegue el relámpago. Y adivina qué, no va a ser fácil no conocerlo esta vez.

Arseni camina por Zapskovie y los niños lo acechan. Lo derriba al borde de la carretera. Unos pares de manos presionan con firmeza las tablas, aunque él no se resiste. El que tenía las manos libres clava los pies de la camisa de Arseni en tablones. Arseni ve reír a los niños y también ríe. Cada vez que los niños hacen eso, se ríen con ellos. Y ora sin ser escuchado para que Dios no los culpe. Podría arrancarse la camisa muy bien, pero no lo hace. Arseni quiere complacer a los niños. Se levanta bruscamente y el dobladillo de su camisa se rompe con un crujido. Los niños ruedan por el suelo riéndose. El resto del día, Arseni busca parches en la basura y los cose en lugar de las piernas rotas. Al ver los nuevos parches en su camisa, los chicos se ríen aún más.

Cuando los niños se escapan, todo está tranquilo. Todo lo que queda es un niño, que se acerca a Arseni y lo abraza. Y ella está llorando. Arseni sabe que este chico siente lástima por él, pero le da vergüenza mostrárselo a los demás, y el corazón de Arseni late con fuerza. Quiere que este niño sea feliz, porque en sus rasgos reconoce los rasgos del otro niño. Y Arseni está llorando. Besa al chico en la frente y sale corriendo, porque su corazón está a punto de romperse. La risa lo ahoga. Huye llorando, y las lágrimas caen de sus mejillas por todas partes, alimentando las diversas plantas invisibles al costado del camino.

En primavera, el río Velikaia crece y los adoquines de madera flotan aquí y allá. Zapskovie y barro. Juan el Bautista lo barre en el camino a su casa. Oye una mugre grasienta de tierra detrás de él. Se gira lentamente. Frente a él se encuentra un hombre con un cuchillo, sucio de pies a cabeza. Ayer, John en silencio presionó su mano contra su pecho. El recuerdo de la predicción de Arseni pasa por su mente. En su corazón suena la oración que no tiene tiempo de decir. El hombre lo golpea con veintitrés puñaladas. Cada vez que se levanta, jadea y gime por la tensión. Iereul Ioan permanece desplomado en el barro. En él se pierden las huellas del hombre. Se dice que ni siquiera era un hombre, sino solo una bofetada en la cara del barro, que se había levantado detrás de John John y de inmediato se extendió sobre el camino. No pasa mucho tiempo antes de que suene un grito inhumano. Vuela sobre el río Velikaia y el río Pskova, extendiéndose por toda la ciudad de Pskov. Pertenece

a la sacerdotisa.

La gente viene del posadero Gavril. Yo digo:

Tú, Ustine, eres un hombre especial, y tu presencia es beneficiosa. Es la tercera semana que la mujer del posadero tiene dolor de muelas, ¿no puedes ayudarla? Muchos médicos ya han acudido a ella, pero prácticamente no es un alivio. Y el posadero te llama a él, esperando tu ayuda.

Arseni miró a los que venían del posadero Gavril. Ellos esperan. Yo digo que la mujer del posadero podría haber ido ella misma a él al cementerio, pero como está en el cementerio, no quiere. Arsenio asiente. Se lleva una mano a la boca, saca una tabla mental de su chicle y se la da a los que vienen. Entienden que es la respuesta de la persona feliz a su petición. Cuido de la mujer del posadero con sumo cuidado. La mujer del posadero se lo mete en la boca y se le pasa el dolor.

Posadnicul Gavril llega con la suite a Arseni. Él le trae ropa cara y le pide que se la ponga. Arseni se los pone. A él y al posadero Gavril se les traen copas de vino de los francos. El posadero bebe, pero Arseni hace una reverencia y, girando hacia el noreste, vierte lentamente su copa en el suelo. El hilo del vino, formando una espiral descendente, brilla con sus bordes lisos. La preciosa humedad es absorbida con avidez por la hierba. El sol está en su cenit. Posadnicul Gavril frunció el ceño.

No entiendes, el loco en Cristo Foma le pregunta al posadero, ¿por qué el siervo de Dios Ustin derramó tu vino hacia el noreste?

El arrendador no entiende ni tiene la capacidad de ocultar esto.

Bueno, tú, hombre, dice el loco en Cristo Foma, además, no sabes que hoy hay un incendio en Veliki Novgorod, y el siervo de Dios Ustin está tratando de apagarlo con los medios a su disposición.

Posadnicril Gavril envía gente a Veliki Novgorod para averiguar con certeza qué está sucediendo. Cuando regresó, la gente le informó al posadero Gavril que en la mañana del día especificado en Novgorod realmente se había desatado el fuego más fuerte, pero que al mediodía fue extinguido por un poder invisible para la gente de Novgorod. El casero no contesta. Hizo señas a los que habían venido para que salieran, que salieran; El propietario enciende la vela. Las palabras sordas de su oración llegan a la gente detrás de las puertas.

Arseni, con la ropa que le dieron, va al pub. Los clientes del pub lo desnudan y planean beber tres días y tres noches con el dinero recibido en su ropa. Arseni tiene encima un fardo con su ropa vieja, que inmediatamente se pone. Él suspira con alivio. Los clientes del pub ordenan una fila a la vez. Al ver

esto, Arseni les pone las manos encima y deja caer sus tazas. Los perros rodaron con el sonido de la hojalata, derramándose en el suelo. Los clientes piden en segundo lugar, pero Arseni no les deja beber de nuevo. Uno de ellos quiere golpearlo en la cara, pero el posadero no se lo permite. El posadero sabe que tendrá que responder por los golpes y empuja a los clientes. Los clientes se dispersan por las casas despiertos y con dinero. Tomando el dinero, los familiares de los que regresaron a casa no encuentran una explicación racional al fenómeno. Están completamente desconcertados.

Pero ya sabes, el loco en Cristo Foma le pregunta a Arseni, ¿cuántos años han pasado desde que apareciste aquí?

Arseni se encogió de hombros.

Bueno, ni siquiera necesitas saberlo, dice el loco en Cristo Foma. Está fuera de tiempo por ahora.

Arseni lanza balas a algunas personas prominentes en Zapskovie. Detrás de ellos distingue claramente demonios grandes y pequeños. Los habitantes están descontentos.

El único consuelo es que los diablos son aún más infelices.

A veces, Arseni tira piedras a las puertas de las iglesias. Y hay suficientes demonios reuniéndose. No se atreven a entrar y reunirse en la entrada.

Al ver a Arseni rezar por la noche, la nueva abadesa dice:

Durante el día, el siervo de Dios Ustin se ríe del mundo, pero por la noche llora.

Evpraksia, la hija del carpintero Artemi, es llevada al monasterio. Hace dos meses, una viga cayó sobre el techo de Evpraksia desde el granero, y desde entonces ha estado inmóvil. La enfermedad no le permite volver a la vida, pero tampoco lo deja morir. Y los que rodean a Evpraxia no entienden a cuál de los dos estados está más cerca.

Puse a Evpraksia en la celda de invitados y leí las palabras sobre ella. Cuando hace buen tiempo, la saco al patio del monasterio y leo las oraciones al aire libre. El viento mueve el cabello de Evpraxia, pero se queda quieto. Arseni se acerca a su cama por el patio. Toma a Evpraksia de la mano.

La vida no la ha dejado del todo, le dice Arseni a Ustina. Siento que puede despertar. Ella solo necesita ayuda.

Arseni pone su mano en la frente de Evpraxia. Sus labios se mueven. Evpraksia abre los ojos. Ve a Arseni y las hermanas a su alrededor. Es un caluroso día de verano. Las sombras de los árboles son nítidas. Se mueven al ritmo del movimiento del sol. Las hojas de tilo son pegajosas y apenas tiemblan con el viento.

Celebramos el regreso de Evpraxia, dice la nueva abadesa, pero también le recordamos que ella es temporal, porque todo en la tierra es temporal.

Y yo quería hablar con ella al menos una vez, dice el carpintero Artemi. Y ahora siempre voy a hablar con ella. En el sentido de que, por supuesto, temporal. Derramé lágrimas al pensar en la infinita misericordia y gracia de Dios que descendió sobre el siervo de Dios Ustin. Y todos los que estamos de pie (sin excepción) podemos inhalar los aromas del caluroso día de verano y escuchar el canto de los pájaros. Sin excepción, porque si no fuera por Arseni, esta excepción podría haber sido mi hija Evpraksia.

El carpintero Artemi se arrodilló frente a Arseni y le besó la mano. Arseni le arrebata la mano, cruza el río Velikaia sobre hielo y está en Zapskovie. Temprano en la mañana, Calsonic Samson sale con sus bienes. Él está esperando al loco en Cristo Karp, quien debe robar su bobina. Aparece el loco de Cristo Karp, agarra el rincón del mediodía, y lo limpia, poniendo las manos a la espalda, al lado del calson Samson. El Calacinic sonríe con una buena sonrisa Calacinic. El vapor de su boca se asienta como una promo sobre su barba. Se pasa la mano por la barba y dice:

Hombre de Dios, ya sabes. Contento.

Para la expresión completa de los sentimientos, al calacinio (como siempre) le faltan las palabras. El loco en Cristo Karp (como siempre) deja caer la bobina y la gente imprudente la recoge. Karp masticó lo que le quedaba en la boca.

Cuando su boca está clara, grita:

¿Quién será mi compañero en el camino a Jerusalén?

Las personas que despegaron la bobina del suelo están desconcertadas. Yo digo:

Del loco feliz en Cristo Karp. ¿Quién debería ir de Pskov a Jerusalén?

Quienquiera que sea mi compañero en el camino a Jerusalén, clama a los reunidos el loco en Cristo Karp.

Los allí reunidos responden:

Jerusalén, eso es exactamente, está muy lejos. ¿Cómo llegar allá?

El loco de Cristo Karp miró a Arseni sin pestañear. Arseni calla, pero no regresa. Tiene un nudo en la garganta. Quiere ver al loco en Cristo Karp tranquilamente, por eso vino. Karp aprieta como un erizo, se encoge de hombros y se va.

Karp, Karp, Karp, dice pensativo.

El reacio David es llevado al monasterio. David ha estado enfermo desde que era joven. No puede moverse y ni siquiera puede sostener su cabeza. Cuando le dieron de comer, la cabeza de David se levantó un poco. A veces la

cuajada se le cae de la boca. Luego la agarro de la barba con una cuchara y se la vuelvo a meter en la boca. David está siendo llevado al cementerio del monasterio. Lo coloco con cuidado en el montículo de una tumba cerca de la casa de Arseni. Yo digo:

Ayúdanos, Ustine, si puedes.

Arseni no responde. Con sus propias manos arranca las ortigas de las tumbas y las ata. Cuando el fardo está listo, Arseni se golpea la cara y las manos con los que han venido. Sienten que su presencia aquí no es deseada. Se va, dejando que David se acueste en la tumba. Después de pensar un rato, Arseni también le da una palmada en las ortigas. David hace una mueca, pero se queda quieto, porque no tiene otra opción. El sol se pone más rápido de lo habitual. La luna se eleva en el cielo.

Arseni se arrodilló junto a David y le tocó las manos. Examina la piel blanca, casi sin vida de David. Esta piel fue creada para la luz de la luna. Arseni lo alisa con los dedos y comienza a amasarlo vigorosamente. Pase a la otra mano. Vuelve al reacio sobre su estómago. Amasó su carne muerta con todas sus fuerzas, como si las fuerzas vitales lo estremecieran. Frota la espalda de David a lo largo de su columna. Deshace las piernas de David sacudiendo sus brazos colgando del montículo de la tumba. El paciente trae una muñeca grande. Por la noche, la nueva abadesa sale dos veces al cementerio y ve dos veces la cosa incontenible de Arseni. Con los primeros rayos del amanecer, David se puso de pie lentamente. Camina unos escalones de madera hasta la iglesia, donde lo esperan sus familiares. Su fuerza lo abandona, porque sus músculos aún no están acostumbrados a caminar. Los familiares corren hacia David y pasan sus brazos debajo de sus axilas. Entienden que los primeros pasos son los más importantes. Pero también el más pesado.

Qué es esto, pregunta la nueva abadesa a los presentes, pero ante todo a sí misma. ¿Es el resultado de las acciones terapéuticas de nuestro hermano Ustin o un milagro del Señor que se muestra además de la acción humana? De hecho, la abadesa responde sola, una no contradice a la otra, porque el milagro puede ser fruto de la obra de fe aumentada.

Arseni recolecta hierbas cerca del río Velikaia y en los bosques de Pskov. Las tierras de Pskov están más al sur que las de Belozersk y dan más hierba. Éstos son algunos de los que no se describen en el día de Christopher. Arseni adivina su efecto por el olor y la forma de las hojas. Seca estas hierbas en el almacén del monasterio y se las prueba. Seca otras hierbas.

Unos cristianos capturan un gran pez en el río Velikaia y se lo dan al ayer Konstantin. Madre Mercancía prepara el pescado para la cena. Ella le advierte

a su esposo que un pez grande tiene huesos grandes y lo insta a tener cuidado. El descuidado Konstantin come pescado con los pensamientos en otra parte, sin pensar en sus huesos. Pensando en la iglesia parroquial que se está construyendo. Intenta una vez más contar la cantidad de materiales comprados y teme que no sean suficientes. Jester Konstantin no se da cuenta de inmediato de que la carne tierna de un pez con un hueso en forma de arco con una astilla de cuerda entra en su garganta. Tose y pedazos de pescado salen volando de su boca, todo menos huesos.

El hueso está clavado en el cuello en tres puntos. No baja, pero tampoco sube. Fue demasiado profundo para alcanzarlo con los dedos. Madre Marfa golpea a su esposo en la espalda, pero sus huesos están quietos. Iere Konstantin apoya el estómago sobre la mesa y, apoyando la cabeza en el suelo, trata de escupir el hueso. La saliva y la sangre brotan de su boca, pero el hueso no se mueve en absoluto.

El Dr. Terenti es llevado a Iere Konstantin. Terenti le pide al paciente que abra la boca y le acerca una vela a la boca. Pero incluso a la luz de la vela no puedes ver el hueso. Terenti intenta introducir sus largos dedos en el cuello del paciente, pero tampoco alcanzan el hueso. Iere Konstantin se estremeció en silencio, con ganas de vomitar, y finalmente se arrebató del doctor. Madre Mercancía saca a Terenti de un apuro.

Rechaza la ayuda médica, dice el Dr. Terenti a los reunidos en la calle. Y, con las manos en el corazón, tienen razón, porque la profundidad del hueso supera las posibilidades de la medicina actual.

Después de una noche de tormento, el héroe Konstantin cruza el río hasta Zapskovie. Al llegar al cementerio del Monasterio de San Juan, el jerarca se coloca frente a Arseni. Pero el paciente ya no puede estar de pie, se sienta en una lápida. Se le hinchó la garganta, se asfixió. Tiene sufrimiento y tristeza en los ojos; Parece que ya lo está enterrando. Tiene miedo de que el dolor no desaparezca incluso después de su muerte.

Arseni cae de rodillas ante su primo Konstantin. Él toca su cuello con ambas manos. El joven gimió suavemente. De repente, Arseni lo agarró por las piernas y lo levantó levemente del suelo. Ella lo sacudió con fuerza y ferocidad inesperadas. La ferocidad de Arseni está dirigida contra la enfermedad. Un grito, una mucosidad roja y un hueso salen de la garganta del paciente.

El jeroglífico yace en el suelo y respira con dificultad.

Con los ojos medio cerrados, miró su sufrimiento. Algunos de los que están en el cementerio quieren levantarlo, pero él los detiene con la mano: necesita descansar. Madre Marfa cae de rodillas frente a Arseni. Arseni se inclinó y

agarró sus piernas, tratando de levantarla. gritó la madre. Es demasiado pesado y Arseni ya no tiene tanto poder.

Es prácticamente imposible levantarse, susurran entre ellos, sacudiendo la cabeza.

Arseni deja a la Madre Marfa y sale del cementerio. La madre envuelve el hueso en su pañuelo como recuerdo familiar agradecido.

La hija de Posadnic Gavril está arruinada. En el decimosexto año de su vida. Deslizándose por el puente flotante, Anna cae al agua y va como una roca al fondo. Algunas personas corren tras ella. Buscó en todas direcciones, tratando de adivinar de dónde habían sacado el cuerpo de la niña. Salen a la superficie, se asfixian, respiran en sus pulmones y se hunden de nuevo en el agua. Apenas puedo llegar al fondo del río Velika, pero ni siquiera allí puedo encontrar a la hija del posadero. El agua está turbia. El agua es rápida y arremolinada. Uno de los buzos está a punto de ahogarse, pero sus esfuerzos son en vano. El cuerpo de la mujer ahogada fue encontrado unas horas después, cuando la empujaron al suelo.

Posadnicul Gavril ya no sabe del dolor. Quiere enterrar a su hija en el Monasterio de San Juan y acude a la abadesa. La abadesa le dice que es mejor que entierren a Anna en el retrete. Posadnicul Gavril agarró a la abadesa por los hombros y la sacudió durante mucho tiempo. La abadesa lo miró sin miedo, pero con tristeza. Ella permite que el posadero entierre a su hija en el convento. El posadero ordena que Anna se adorne con adornos de oro y plata, para que ni siquiera los muertos pierdan su belleza. El puente flotante con su cuerpo es recibido por los habitantes de Zavelicie y otras partes de Pskov. todos lloramos Después de llorarla, Anna es entregada a la tierra. Todos se van, excepto el posadero. Se queda y se acuesta en la tumba fresca durante unas horas. Cuando cae la noche, se llevan al posadero. Apoyado en los robles mellizos, sólo queda Arseni en el cementerio. Él también parece estar hermanado con ellos, tomando su color y quietud.

Esta impresión es errónea, porque la esencia de Arseni no es leñosa, sino humana y orante. Su corazón late por dentro y sus labios se mueven. Ora para que la recién llegada Anna reciba dones celestiales. Sus ojos están muy abiertos. Reflejan la luz de una vela que corre vacilante por el cementerio. La luz envuelve las cruces y se eleva sobre los montículos. Al llegar a la tumba de Anna, se detiene. Una mano invisible descansa sobre un tocón cerca de la tumba. Otra mano rompe una rama temblorosa de álamo y cubre con ella la luz en dirección al monasterio. Una pala aparece en el resplandor del círculo de luz. Ella cava fácilmente el montículo de la tumba. La tierra fresca no

requiere esfuerzo. El excavador ya está de rodillas en la tumba. Quédate hasta la cintura. Su rostro está al nivel de la vela. Arseni reconoce este rostro.

Jila, dice en voz baja.

Jila hizo una mueca y miró hacia arriba. Él no ve a nadie.

Si tú, Jila, entras en esta tumba hasta el cofre, nunca más saldrás de allí, dice Arseni. No se dice en los montones robados por vosotros: ¿Es la muerte de los pecadores la más cruel?

Jila comienza a temblar. Miró el cielo oscuro.

¿Eres un ángel?

¿Qué importa quién soy?, responde Arseni, ángel u hombre. Antes robabas a los vivos, ahora te has convertido en un ladrón de tumbas. Esto significa que mientras estás vivo estás adquiriendo tierra y puedes convertirte en tierra en un instante.

Pero, ¿qué hago, pregunta Jila, si soy una carga para mí misma?

Oren sin restricciones, pero primero cubran la tumba.

Jila cubre la tumba. Si no fueras un ángel, no sabrías mi nombre, le dice a alguien arriba. Porque nunca antes había estado en Pskov.

Lentamente, la fama de la gracia curativa de Arseni se extendió por todo Pskov. Personas con las más variadas enfermedades acuden a él y le piden alivio. Mirando a los ojos azules del loco en Cristo, le hablan de los suyos. Sienten que sus ojos se ahogan en problemas. Arseni no dice nada, ni siquiera asiente. Escúchalos atentamente. Les parece que su atención es diferente, porque el que deja de hablar se expresa a través del oído.

A veces Arseni les da hierbas. La hermana Agafia, rebuscando en su saco, encuentra el gramófono de Christopher y lee en voz alta al enfermo. Se *prescribe al* receptor de la hierba que la hierva en agua con la raíz: saque el pus de las orejas. A la picadura de abeja se le da la hierba de *pera* y se le dice que la frote. Arseni, silenciosa, atenta, escucha lo que lee sor Agafia, aunque no suele sobreestimar la importancia de las hierbas recomendadas. La experiencia médica susurra que la medicación no es lo más importante en el tratamiento.

Arseni no ayuda a todos. Sintiéndose impotente, escucha al enfermo y le da la espalda. A veces presiona su frente contra la frente del paciente y las lágrimas brotan de sus ojos. Comparte el dolor del paciente y, en cierta medida, la muerte. Arseni comprende que una vez que el paciente se ha ido, el mundo ya no es lo que solía ser y su corazón se llena de tristeza.

Si hubiera luz en mí, lo curaría, Arseni le cuenta a Ustina sobre ese paciente. Pero no puedo curarlo a causa de mis graves pecados. Estos pecados

no me permiten elevarme a la altura de la salvación de este hombre. Yo, mi amor, soy culpable de su muerte, y por eso lamento su partida y mis pecados.

Pero incluso los pacientes que Arseni no puede curar sienten el beneficio del contacto con él. Después de los encuentros con Arseni, el dolor, les parece, es menor, y con él disminuye el miedo. Aquellos que no pueden curarse ven en él a alguien capaz de comprender la profundidad de su sufrimiento, porque buscándolo desciende a sus raíces.

No sólo los enfermos acuden a Arseni. Las mujeres embarazadas también aparecen en el cementerio. Los mira entre lágrimas y les pone la palma de la mano en el vientre. Después de conocer al loco en Cristo, se sienten mejor y dan a luz fácilmente. Las mujeres que amamantan vienen y su leche se ha secado. Arseni les da la *pata de gallo.* Si la hierba no ayuda, Arseni lleva a las mujeres a un establo en Zavelicie y ordeña una vaca. Observó cómo el líquido blanco resbalaba por los dedos rojos de la tensión, la ubre hinchada se balanceaba. Al fondo, en la puerta, están los maestros. Ellos también se ven. Saben que la venida del necio en Cristo y la mujer es una bendición. Arseni le indica a la niña que beba leche. Ella bebe y siente que sus propios pezones se hinchan. Y ella va a su bebé pronto.

Arseni cruza el río Velikaia. Mientras camina, nota que ya no hay hielo, pero el agua sigue fría. Incluso por la mañana, el viento frío del río sopla sobre Zapskovie, refrescando esta parte de la ciudad. El loco en Cristo Foma, entrecerrando los ojos, miró hacia otro lado. El viento le revuelve la barba. El loco en Cristo Karp está de pie con el rostro cubierto con las manos, medio vuelto hacia el loco en Cristo Foma. Calsonic Samson no tarda en llegar y aparece con el puesto enrollado con una buena sonrisa en el rostro. El loco de Cristo Karp, con cansancio, se quita las manos de la cara y las entrelaza detrás de la espalda. Hay una vena azul en su sien. De hecho, ya no es joven. Sus rasgos faciales están bien. En un lento paso de ballet, el loco de Christ Karp se acerca al Calsonic Samson y agarra la bobina que tiene más cerca. Con un paso fuera del puesto, el loco de Cristo Karp regresa. Miró con tristeza a Sansón.

Sansón, sin cambiar su rostro, baja su pesebre y lo coloca con cuidado en el suelo. Da unos pasos hacia el loco de Cristo Karp. La fuerte figura del calacinio se rompe. Su mano va al maletero. Hay algo brillante, frío y agudo allí. El Calacinic viene justo al lado de Karp. Karp toma una posición de pie. Es más alto que el calacinin y puede sentir su aliento en la garganta. El cuchillo entra lentamente en el cuerpo del necio en Cristo. Poderes celestiales, mientras esperaba este día.

el libro de ruta

1

Ambrogio Flecchia nació en Magnano. Al este de Magnano, a un día de viaje a caballo, estaba Milán, la ciudad de San Ambrosio. En honor al santo, el niño recibió su nombre. Ambrosio. Así suena en el idioma de sus padres. Puede que haya recordado la bebida de los inmortales para la ambrosía. Los padres del niño estaban haciendo vino.

A medida que crecía, el niño comenzó a ayudarlos. Obedecía todo lo que le decían, pero no había alegría en lo que hacía. Flecchia, el padre, que una vez había observado en secreto a su hijo en secreto, se convenció cada vez más de esto. Incluso cuando exprimía las uvas en la prensa con los pies descalzos (¿qué podría ser más alegre para un niño?), Ambrogio se mantuvo serio.

Enólogo por tradición, a Flecchia-padre tampoco le gustaba la alegría excesiva. Sabía que su fermentación era un proceso lento, incluso melancólico, por lo que admitió cierto grado de reflexión en la preparación del vino. Pero la falta de interés de su hijo por la producción de vino era diferente: a los ojos de su padre, ella estaba cerca de la indiferencia. Y el verdadero vino (sacudiendo los dedos, Flecchia-padre suspiró) solo puede hacer que un hombre no sea indiferente.

El niño ayudó a su negocio familiar de una manera inesperada. Cinco días antes de la cosecha de las uvas, Ambrogio dijo que las uvas deberían cosecharse inmediatamente. Dijo que en la mañana, cuando abrió los ojos, pero no estaba realmente despierto, tuvo una visión de una plaga. Fue una peste terrible, y Ambrogio la describió en detalle. La descripción incluía un anochecer repentino, un viento aullador y una granizada del tamaño de un huevo de gallina volando. El niño contó cómo los racimos maduros golpeaban los troncos, cómo los trozos de hielo perforaban las hojas arremolinadas en vuelo y aplastaban las bayas caídas. Y sobre todo, había un cielo azul rugiente en el cielo, y el lugar de la catástrofe estaba cubierto con una fina capa de nieve.

Una plaga como esta, Flecchia-padre había visto solo una vez en su vida, y el niño nunca había visto. Pero todos los detalles de lo que dijo coincidieron exactamente con lo que su padre había visto entonces. Aunque no era proclive al misticismo, tras vacilaciones, Flecchia-padre escuchó a Ambrogio y pasó a recoger uvas. No dijo nada a sus vecinos, temiendo que lo ridiculizaran. Pero cinco días después, Magnano se desató una terrible plaga, y Flecchia fue la única familia que cosechó ese año.

El adolescente ciego tuvo otras visiones. Se referían a las más diversas

esferas de la vida, pero ya estaban bastante lejos de la vinificación. Así, Ambrogio previó la guerra que estalló en 1494 en el territorio de Piamonte entre los reyes franceses y el Sacro Imperio Romano Germánico. El hijo del enólogo vio claramente a las unidades francesas de vanguardia marchando frente a Magnano de oeste a este. De la población local, los franceses casi no tocaron, solo tomaron pequeños croissants y veinte barriles de vino piamontés, que pensaron que no estaban mal, para reponer sus provisiones. Esta información llegó a Flecchia-padre en 1457, es decir, mucho antes, lo que, de hecho, ni siquiera le permitió obtener ningún beneficio de ella. Una semana después, se había olvidado de la acción militar planeada.

Ambrogio también predijo el descubrimiento de América por Cristóbal Colón en 1492. Este evento tampoco atrajo la atención de su padre, ya que no tuvo un efecto esencial en la elaboración del vino. Pero la visión del niño lo hizo temblar, porque estaba acompañada por una ominosa luminiscencia de los contornos de las tres caravanas de Colón. El perfil aguileño del descubridor también se vio afectado por una mala luz. El genovés Colombo, que había sido forzado al servicio español, era de hecho compatriota de Ambrogio. No se creía que el 12 de octubre de 1492 un hombre así estuviera lidiando con algo fuera de lugar, por lo que el niño se inclinó a atribuir los efectos de iluminación a la atmósfera atlántica demasiado electrificada.

Cuando era niño, Ambrogio expresó su deseo de ir a Florencia para estudiar en la universidad allí. El padre de Flecchia no se opuso. En ese momento, estaba convencido de que su hijo no estaba hecho para hacer vino. De hecho, ya estaba claro para todos en Magnano que el hijo de Flecchia estaba en camino, por lo que esperaban que se fuera hoy y mañana. Pero la partida se pospuso incluso por decisión de Ambrogio, que preveía que Florencia sería acosada por la peste durante los próximos dos años.

Finalmente, el joven llegó a Florencia. En esta ciudad, todo era diferente: no se parecía en nada a Magnano. Arseni lo encontró recuperándose de la peste: la grandeza aún se mezclaba con la confusión. En la universidad, Ambrogio estudió las siete artes liberales. Después de profundizar en los objetos del trivium (gramática, dialéctica y retórica), pasó al quadrivium, que incluía aritmética, geometría, música y astronomía.

Como ha sido el caso en muchas universidades en el pasado, el proceso educativo ha sido largo. Incluyó varios años de estudio minucioso, intercalados con años de estudio igualmente minucioso de los estudiados, cuando cesó la asistencia a la universidad, momento en el que Ambrogio inició un viaje por Italia. De hecho, la conexión del estudiante con el *alma mater* nunca cesó, ni

siquiera en los días de sus viajes a los rincones más recónditos del país -afortunadamente, no tan grandes.

De todas las cosas que a Ambrogio le dieron a conocer durante sus estudios, la historia lo atrajo más. La historia no se estudiaba como objeto independiente en la universidad: en el trivium, se estudiaba como parte integrante de la retórica. El joven Ambrogio podía sentarse durante horas a leer los escritos históricos. Orientados al pasado, ellos (y esto relacionado con las visiones orientadas al futuro) eran para él una salida del presente. Moverse en ambas direcciones del presente se había vuelto tan necesario para Ambrogio como el aire, porque interrumpía la unidimensionalidad del tiempo en el que se asfixiaba.

Ambrose leyó los escritos de los historiadores de la antigüedad y la Edad Media. Leyó anales, crónicas, cronógrafos, historias de ciudades, tierras y guerras. Aprenda cómo se formaron y colapsaron los imperios, cómo ocurrieron los terremotos, cómo cayeron las estrellas y cómo los ríos fluyeron del útero. Estuvo particularmente atento al cumplimiento de las profecías, así como a la aparición y cumplimiento de las señales. En esta victoria sobre el tiempo vio la confirmación de que nada de lo que ocurre en el mundo es casual. Los humanos chocan entre sí (pensó Ambrogio), vuelan unos hacia otros como átomos. No tienen una trayectoria propia y, por lo tanto, sus actos son accidentales. Pero en general, esta coincidencia tiene su propia legitimidad (pensamiento de Ambrogio), que puede ser parcialmente predecible. Pero solo Aquel que creó todo lo sabe.

En un momento, un comerciante de Pskov llegó a Florencia. El nombre del comerciante era Ferapont. Su barba de dos colas y su nariz puntiaguda lo hacían destacar fácilmente entre los lugareños. Además de las pieles de samurái atadas en fardos, Ferapont informó que el fin del mundo se esperaba en Rusia en 1492. Esta información fue recibida en Florencia con la mayor tranquilidad posible. En primer lugar, los florentinos estaban ocupados con muchos asuntos de actualidad, y para pensar en cosas que no los amenazaban directamente, muchos simplemente no tenían tiempo. En segundo lugar, no se trataba de que todos en Florencia supieran dónde estaba Rusia. Dada la apariencia inusual de Ferapont (no estaba claro si todos tenían esas barbas y narices en su país), no se descartaba la posibilidad de que Rusia estuviera fuera del mundo habitado. Esto le dio a la población la esperanza de que el esperado fin del mundo se limitaría a Rusia.

De todos los que vivieron en Florencia, las palabras del comerciante Ferapont le parecieron realmente importantes a un hombre: Ambrogio. El

joven encontró a Ferapont y le preguntó sobre qué base había llegado a la conclusión de que el fin del mundo sería en 1492. Ferapont respondió que esa no era su conclusión, sino que la habían escuchado personas competentes en Pskov. Incapaz de corroborar la fecha fatal, Ferapont sugirió en broma a Ambrogio que fuera a Pskov para una aclaración. Ambrogio no se rió, pero asintió pensativo, pues no descartó la posibilidad.

Después de esta discusión, comenzó a tomar lecciones de ruso (antiguo) con el comerciante. Flecchia-padre ni siquiera sospechaba a dónde iba su dinero. Ambrogio, por su parte, se cuidó de no decir nada a su padre: la existencia de Rusia le habría parecido a Flecchia padre aún más dudosa que los detalles de la guerra de 1494, que su hijo le había descrito una vez.

En esa fecha también es la relación de Ambrogio Flecchia con el futuro navegante Amerigo Vespucci. Al mirar a Vespucci a los ojos, Ambrogio comprendió sin dificultad sus intenciones. Era evidente que en 1490 Amerigo iría a Sevilla, donde, trabajando en la casa comercial de Giannotto Berardi, participaría en la financiación de la expedición de Colón. A partir de 1499, inspirado por los éxitos de Colón, el florentino también se embarcó en varios viajes exitosos, dando al continente recién descubierto su nombre, no el de Colón. (En el mismo año 1499 - y esto Ambrogio no podía dejar de decirle al comerciante Ferapont - Gennady, el arzobispo de Novgorod, daría la primera Sagrada Escritura completa en Rusia, más tarde llamada la Biblia de Gennady).

Ambrogio llamó la atención de Amerigo Vespucci sobre el extraño acercamiento de los supuestos hechos de 1492. Por un lado, el descubrimiento de un nuevo continente, y por otro, el esperado fin del mundo en Rusia. ¿Hasta qué punto se preguntó Ambrogio, estaban relacionados estos hechos, y si lo estaban, entonces cómo? El descubrimiento del nuevo continente, avanza Ambrogio, ¿no puede ser el comienzo de un fin del mundo alargado en el tiempo? Y si es así (Ambrogio toma a Amerigo por los hombros y lo mira a los ojos), ¿no vale la pena poner nombre a este continente?

Mientras tanto, continuaban las lecciones con el comerciante de Ferapont. Ambrogio leyó el salterio eslavo que tenía el mercader, y hay que decir que entendió mucho, porque conocía el texto latino de los salmos por fuera. Escuchó con igual interés mientras leía a Ferapont. A petición suya, cada salmo se leyó varias veces. Esto permitió a Ambrogio memorizar no solo palabras (todavía las estaba aprendiendo mientras leía), sino también las peculiaridades de la pronunciación. Para sorpresa de Ferapont, el joven lo duplicó lentamente. En algunas palabras de Ambrogio, la sonoridad rusa no se notaba de inmediato, pero a veces -y esto cada vez es más común- Ferapont

se estremecía involuntariamente: de la boca del italiano salían las entonaciones más limpias del mercader de Pskov.

Llegó el día en que Ambrogio se dio cuenta de que estaba listo para ir a Rusia. Lo último que los florentinos escucharon de él fue la predicción de una terrible inundación que azotaría la ciudad el 4 de noviembre de 1966. Instando a la gente del pueblo a estar alerta, Ambrogio dijo que el río Arno saldría del útero y arrojaría sobre las calles un cuerpo de agua con un volumen de 350.000.000 de metros cúbicos. Después de eso, Florencia se olvidó de esta predicción, al igual que se olvidó del predictor.

Ambrogio fue a Magnano y le contó a su padre sobre sus planes.

Pero ese es el límite del espacio vital, dijo Flecchia-padre. ¿Por qué vas allí?

En el límite del espacio, respondió Ambrogio, tal vez averigüe algo sobre el límite del tiempo.

2

Ambrogio dejó Florencia no sin pesar. Muchas personas dignas (Sandro Botticelli, Leonardo da Vinci, Raffaello Sanzio y Michelangelo Buonarroti) estaban allí en esos años, cuyo papel en la historia de la cultura ya estaba bastante claro para él. Pero ninguno de ellos arroja luz sobre el fin del mundo, el único importante para Ambrogio. Este problema no les concierne, se dijo Ambrogio, porque crean para la eternidad.

En los últimos días de su vida en Florencia, Ambrogio tuvo varias visiones, grandes y pequeñas. No entendió completamente las visiones y no habló con nadie sobre ellas. No se referían a la historia general. Los hechos que vio se referían a las historias de algunas personas, de las cuales, pensó Ambrogio, finalmente se compuso la historia final. Una de sus visiones, la más incomprensible para él, era ese gran país del norte al que quería ir. Algunas reflexiones hicieron que Ambrogio la compartiera con el mercader Ferapont. Consiste brevemente en lo siguiente:

En 1977, Yuri Alexandrovich Stroev, a cinco minutos del título de candidato a ciencias históricas en la Universidad AA Zhdanov, fue enviado a una expedición arqueológica a Pskov. La disertación de Yuri Alexandrovich sobre las primeras crónicas rusas estaba casi completa. Sólo faltaban las conclusiones, que, quién sabe por qué, no fueron reveladas al ponente. A medida que se acercaba a las conclusiones, le parecía que estaban incompletas, que simplificaba su trabajo y que, en cierto modo, lo reducía a cero. Tal vez el orador estaba sobrecargado de trabajo. Al menos esa era la opinión del profesor Ivan Mikhailovich Neciporuk, su líder científico, quien de

hecho había incluido a Stroev en el equipo de la expedición arqueológica. El profesor asumió que el orador necesitaba descansar y sus conclusiones se destacarían por sí solas. El profesor tenía mucha experiencia en la realización del trabajo.

En Pskov, los participantes de la expedición se alojaron en casas particulares. La casa de Stroev estaba en Zapskovie, en la calle Pervomaiskaya, no lejos de la Iglesia del Icono Hecho a Mano del Salvador, que había sobrevivido en el año de la gran plaga de 1487. La casa tenía dos habitaciones. En el mayor vivía una mujer joven con su hijo de cinco años, y en el menor se alojaba Stroev. El nombre de la mujer era Alexandra Muller y era rusa-alemana.

La alemana se presentó a Stroev como Sasha. Lo mismo hizo su hijo, quien recibió al invitado con ella. El niño abrazó su pierna y el vestido de Alexandra se convirtió en un pantalón moldeado. Inmerso en su disertación, Stroev notó, sin embargo, que Alexandra tenía piernas delgadas.

A Stroev le gustó la casa. Era la casa de un viejo comerciante de ladrillo rojo. Por la noche, las ventanas se iluminaron con una luz eléctrica amarillenta. Cuando regresó por primera vez de las excavaciones, Stroev se detuvo junto a la puerta para admirar su brillantez. Este brillo se reflejó en el automóvil Pobeda, que estaba parado al lado de la casa. Y sobre los adoquines de cantos rodados.

Al entrar, Stroev encontró a Alexandra y su hijo bebiendo té. Y bebió té con ellos.

¿Qué está haciendo tu expedición?, preguntó Alexandra.

Detrás de la pared, alguien empezó a tocar el violín.

Estamos investigando los cimientos de la catedral de John the Forerunner. Han pasado siglos y mucho ha quedado. Stroev movió lentamente sus palmas más cerca de la mesa.

Las palmas del niño casi tocaban la mesa. Al ver la mirada de Stroev, comenzó a pasar los dedos por el dibujo de la máscara. Era un dibujo complicado y pequeño, pero los dedos del niño eran aún más pequeños. Podrían manejar fácilmente esa geometría.

Además del monasterio, Juan vivía el loco en Cristo Arseni, que se hacía llamar Ustin, dijo Alexandra. Junto a la muralla del monasterio.

Ahora no hay muro.

Ya no es el cementerio. Alexandra sirvió té Stroev. El cementerio se convirtió en la plaza Komsomolskaya.

¿Y los muertos? preguntó el chico. ¿Se han convertido también en

komsomolistas?

Stroev se inclinó directamente hacia el oído del niño.

Esto se verá durante las excavaciones.

A la noche siguiente fueron a dar un paseo. Cruzaron la calle Truda, llegaron a la Torre Gremiaciaia y se detuvieron en las costas de Pskov. El niño arrojó las piedras al agua. Stroev encontró algunos fragmentos de tejas y los arrojó "desde cero" a la superficie del agua. El mayor saltó al agua cinco veces.

En otra ocasión fueron a Zavelicie. Cruzando el río Velikaia por el puente del ejército soviético, lo llevaron al Monasterio de San Juan. Se acercaron a la iglesia y pasaron mucho tiempo al borde de las excavaciones. Descendieron con cuidado un tramo de escaleras. Acariciaron las piedras antiguas calentadas por la tarde de agosto. Calentado por primera vez en muchos siglos. Eso es lo que pensó Alejandra. E imaginó al anciano loco en Cristo junto a estas piedras, y no pudo responder si realmente creía lo que había leído sobre él. ¿Realmente había estado loco en Cristo? Y me pregunto si su amor realmente existió. Y si es así, ¿cómo se ha vuelto en los últimos cientos de años? ¿Y quién más lo siente, si los amantes se han podrido durante mucho tiempo?

Me siento bien con ellos dos, pensó Stroev, porque siento algo relacionado en ambos. Una cierta, puedo decir, consonancia, a pesar de su origen alemán. Es tranquila, rubia y de facciones regulares. ¿Por qué está sola con su novio y dónde está su marido? ¿Qué hace ella aquí en una provincia rusa, entre ventanas del tamaño de la palma de la mano, autos viejos, camisas de lino (con bolsillos falsos) sobre pantalones lavados por la lluvia y cubiertos de polvo y paneles de honor (bajo los cuales el viento agita apenas el guante)? y con habitantes arrugados y amarillos en la cara? No sé, se respondió a sí mismo, qué está haciendo, porque no encaja en este mundo. E imaginó a Alexandra Muller en una bulliciosa calle de Leningrado, por ejemplo, en el Teatro SM Kirov, sonrojándose al sonar el tercer gong, y su corazón dio un vuelco porque no pudo llevarla allí.

Luego regresaron a casa y tomaron té, y el violín comenzó a escucharse nuevamente en la pared.

Parhomenko canta, dijo el niño. Nos gusta escucharlo.

Alejandra se encogió de hombros.

Stroev trató de verlos a los tres, desde la ventana, a la luz eléctrica amarilla, mirando el pensamiento desde la calle. Pero tal vez incluso de Leningrado. Ya sabía que echaría de menos esta cocina, el coche de Pobeda junto a la ventana, los adoquines de adoquines y el violín invisible de Parhomenko. Ya los estaba estudiando, sentada como una querida fotografía, y el marco de la

ventana era su marco, y la luz de la araña la bañaba en el amarillo del tiempo. ¿Por qué (pensó Stroev) me pierdo de antemano, predeterminando los eventos y apresurando el tiempo? ¿Y cómo sé de antemano que lo extrañaré? ¿Qué da lugar a este sentimiento opresivo en mí?

Enseño ruso y literatura en la escuela, dijo Alexandra, pero aquí a nadie le importa mucho.

Stroev tomó una galleta del tazón y la presionó contra su labio inferior.

Pero ¿qué le importa?

No lo sé. Después de un momento de silencio, ella preguntó.

Pero, ¿por qué eligió la historia medieval?

Es difícil de decir. Tal vez porque los historiadores medievales no se parecían a los de hoy. Para explicar los acontecimientos históricos, siempre buscaron causas morales. Pero la conexión directa entre los eventos no pareció notarse. O no les importaba.

Pero cómo se puede explicar el mundo sin ver las conexiones, se pregunta Alexandra.

Miraron lo cotidiano y vieron las conexiones superiores. Y además, todos los eventos estaban vinculados por el tiempo, aunque estas personas no consideraban segura tal conexión.

El niño sostenía una galleta junto a su labio inferior. Alejandra sonrió.

Sasha está copiando tus gestos.

Dos semanas después, Stroev regresó a casa. El semestre comenzaba y, a pesar de las expectativas, no se lo perdió al principio. Ni siquiera fue más tarde, porque había estado ocupado completando su disertación y preparándose para su disertación durante todo el otoño. Justo al final del año, Stroev lo apoyó con éxito. Su tesis disfrutó del aprecio general, pero especialmente del profesor Neciporuk, quien estaba convencido de que la decisión de enviar al disertante a excavar era la única correcta. Stroev ingresó al año nuevo en enero, liberándose de la carga que pesaba sobre él desde hace mucho tiempo y que, francamente, había envenenado su existencia. Su alma se hizo ligera. En ese estado imponderable, próximo al vuelo, echaba de menos a Alexandra Muller.

Eso no significa que Stroev empezó a pensar en Alexandra todo el tiempo. Y mucho menos que hiciera algo por verla, pues la acción no era su fuerte. Pero antes de quedarse dormida, en ese momento tembloroso en que el trabajo del día había terminado y los sueños aún no estaban cerca, recordó a Alexandra. Su cocina, las pantallas de las lámparas de mesa sobre la mesa y la tetera con el patrón de flotadores flotaban frente a ella. Acostado en su cama,

Stroev inhaló el olor de la vieja casa de Pskov. Podía escuchar los pasos de los transeúntes más allá de la ventana y fragmentos de lo que estaban hablando. Podía ver los gestos del chico, que eran los suyos propios. Stroev se calmó y se durmió.

Una vez le contó a su amiga y colega Ilia Borisovich Utkin sobre Alexandra.

Podría ser amor, dijo Utkin después de un momento de vacilación.

Pero el amor (Stroev le estrechó la mano) es ese sentimiento que lo abarca todo y que me hace temblar, según tengo entendido. Lo que prácticamente te vuelve loco. Y yo no me siento así. Lo extraño, sí. Me gustaría estar con ella, sí. Déjame oír su voz - sí. Pero no loco.

Estás hablando de pasión, que es realmente un poco loca. Pero estoy hablando de amor consciente y, si se quiere, predestinado. Porque cuando extrañas a alguien, se trata de una parte de ti que extrañas. Y buscas un reencuentro con esa fiesta.

Suena muy romántico, pensó Stroev, pero ¿qué tiene eso que ver con la vida real? Mira, Alexandra tiene un hijo, un niño, está bien, muy lindo. Pero él no es mi hijo. No sé nada de su padre. Stroev se encogió de hombros. Y francamente, ni siquiera quiero saber. No descarto que oscuras historias puedan estar conectadas con este hombre. Quién sabe, Dios no lo quiera, qué abismos habrá en la vida de Alexandra. Pero en general, ese no es el punto. Solo tengo miedo de no llevarme bien con el chico.

Aproximadamente un mes después, le dijo a Utkin:

Sigo pensando en el bebé. ¿No será entre Alexandra y yo?

¿Pero ella ya aceptó ser tu esposa?

¿Crees que no aceptará?

No lo sé. Llama, pide.

Esas cosas no se resuelven por teléfono.

Entonces vete.

Bueno, tú también, Ilia... Todavía no estoy lista para eso.

Yo tampoco sé lo que quiero, admitió Stroev para sí mismo. Tengo muchos pensamientos y sentimientos de todo tipo, pero de nuevo no puedo sacar conclusiones.

En marzo, Utkin le preguntó a Stroev sobre Alexandra.

Me temo que Stroev dijo que podía casarse conmigo solo para dejar la provincia. O tener un padre bebé.

¿Y no quieres que se vaya de la provincia y que su hijo tenga un padre?

¿Por qué me preguntas eso?

Porque todavía no te has preguntado cómo se ve ella en todo esto. Si

puedes hacerlo, significa que la amas y tienes que ir con ella.

A fines de mayo, Stroev le dijo a Utkin:

Sabes, Ilia, quizás vaya.

Stroev subió al tren y se fue a Pskov. Plumas de álamo entran por la ventanilla del coche. Stroev caminaba y pensó que nunca volvería a encontrar a Alexandra allí. Irá a la puerta, pero nadie la abrirá. Pegará su frente contra la ventana de la cocina. Colocará las palmas de sus manos sobre sus sienes para que no se reflejen en él, y verá de antemano los restos de felicidad. La pantalla, la mesa. Sobre la mesa - vacío. Su corazón se apretará. En la puerta de al lado, Parhomenko saldrá con una mirada de desaprobación (yo, diría, te canté), de hombros anchos, piernas cortas. Esto es lo que había detrás de la música. Ya no están, dice Parhomenko, se han ido para siempre. Siempre. Te has preparado demasiado. De hecho, el problema aquí ni siquiera es el tiempo, porque el verdadero amor está fuera del tiempo. Incluso puede esperar toda la vida. (Parhomenko suspira.) La causa de los acontecimientos en curso es la ausencia de fuego interno. Su problema, por así decirlo, es que no es natural para usted llegar a las conclusiones finales. Tienes miedo de que tu decisión te prive de una elección futura y eso paralice tu voluntad. Todavía no sabes por qué viniste. Mientras tanto, tienes todo lo que has preparado para tu vida. Ha tenido, le informo, todas las condiciones que la naturaleza puede poner a disposición del hombre: una casa en una calle tranquila de Pskov, viejos tilos en las ventanas y buena música detrás de la pared. De lo anterior, no has usado nada, y tu viaje actual, así como el anterior, es una pérdida de tiempo.

Pura pérdida de tiempo, pensó Ambrogio.

Pura pérdida de tiempo, repite el mercader Ferapont.

3

En Rusia, Ambrogio Flecchia apareció en 1477 o 1478. En Pskov, a donde fue dirigido por el comerciante Ferapont, el italiano fue recibido con moderación, pero sin hostilidad. Lo recibieron como a un hombre cuyos propósitos no están del todo claros. Pero cuando se convencieron de que el fin del mundo era su único interés, comenzaron a tratarlo con más calidez. Clarificar la fecha del fin del mundo les pareció a muchos una preocupación honorable, pues en Rusia se amaban las metas de largo alcance.

Deja que salga a la luz, dijo el posadero Gavril. La experiencia me susurra que aquí las señales del fin del mundo serán más evidentes que en cualquier otro lugar.

Conociendo al italiano más de cerca, el posadero Gavril comenzó a protegerlo. Sin esta protección, no hubiera sido fácil para Ambrogio, porque no producía ni vendía nada. Su vida en Pskov, de la que no podía quejarse, se debía enteramente a la generosidad del posadero.

A Gavril le gustaba hablar con Ambrogio. El italiano le habló de señales que habían anunciado el fin del mundo a lo largo de la historia, de batallas famosas y simplemente de Italia. Hablando de su país, Ambrogio estaba molesto porque no podía reproducir el azul ondulado de las montañas, la humedad salada del aire, así como muchas otras cosas que hacían de Italia el país más hermoso del mundo.

Y no te arrepientes de dejar un país así, preguntó una vez el posadero Gavril.

Por supuesto que lo siento, respondió Ambrogio, pero la belleza de mi país no me permitía concentrarme en lo principal.

Todo el tiempo que tenía, Ambrogio se dedicó a leer libros rusos en los que intentaba encontrar la respuesta a su pregunta. Muchas personas, al enterarse de su búsqueda, le preguntaron sobre el fin del mundo.

Lo dudo, porque duele saberlo, respondió Ambrogio evasivamente. En los libros que leí se ha dicho mucho sobre esto, pero no hay consenso sobre la fecha.

La divergencia de fuentes llevó a Ambrogio a la confusión, pero no desistió de intentar sacar a la luz la fecha del fin del mundo. Le sorprendió que, a pesar de la indicación del año siete mil como más probable del fin del mundo, no se sintiera la proximidad del terrible acontecimiento. Por el contrario, las visiones de Ambrogio, grandes y pequeñas, se refieren a años muy posteriores. De hecho, lo disfrutó mucho, pero la confusión que le causó aumentó.

En el verano de 6967 (léase Ambrosio) llegará el nacimiento del Anticristo, y él nacerá cobarde, porque nunca antes ha estado tan maldito y amargado, y habrá llorado por todo el mundo.

Sí (pensó Ambrogio), el Anticristo debe aparecer treinta y tres años antes del fin del mundo. Pero hace mucho que pasó el año 6967 desde la creación del mundo (es decir, 1459 desde el nacimiento de Cristo), y todavía no se sienten señales de la venida del Anticristo. ¿Significa esto que el fin del mundo se pospone indefinidamente?

Un día, el posadero Gavril le dijo:

Necesito un hombre que logre llegar a Jerusalén. Quiero que se cuelgue una vela en la Catedral del Santo Sepulcro en memoria de mi difunta hija, Anna. Y este hombre podrías ser tú.

Por qué no, respondió Ambrogio, yo podría ser este hombre. Has hecho mucho por mí y llevaré la vela en memoria de tu difunta hija.

Posadnic Gavril abrazó a Ambrogio.

Sé que estás esperando el fin del mundo aquí. Creo que podrás volver para entonces.

-No te preocupes, cabrón -dijo Ambrogio-, si pasa lo esperado, se verá por todas partes. Y la visitación de Jerusalén está impregnada de la gracia divina.

El calson Samson estaba amarrado en la calle.

Las famosas, mis queridas pitarias, dijo llorando. Te amé más que a mi vida y a la vida de los demás, porque supe hacerte como nadie más en toda la ciudad de Pskov. Pero el loco en Cristo Karp te agarró con su boca sucia y te soltó, te entregó a los que no merecen ni una pizca de ti, y todos sonrieron, comes bien, haces bien. Y yo también sonreí, porque qué más me quedaba por hacer cuando todos me consideraban un buen hombre, y realmente lo era, si lo pensabas. Es que el tamaño de lo que se esperaba de mí superó el tamaño de mi bondad, sucede, qué maravilla aquí. Y he aquí, os hago saber que el espacio entre lo esperado y lo real ha sido llenado en mí, mirad, simplemente, con una maldad de plomo. Ha crecido el espacio, y ha crecido la maldad, y ha florecido en mis labios una sonrisa, que para mí, créanme, ha sido una especie de espasmo.

¿Sabes cuánto tiempo has pasado ya en Pskov? preguntó Arseni el loco en Cristo Foma.

Arseni se encogió de hombros.

Pero yo sé, el loco se regocija en Cristo Foma. Ya has trabajado para Lia, para Rachel y para otra persona.

No solo por Ustina, se dijo Arseni.

Foma señaló el calacinico tomado por el guardia y gritó:

Una vez que Karp se ha ido, tu silencio no tiene sentido. Podrías callarte porque Karp estaba hablando. No tienes esa oportunidad ahora.

Entonces, ¿qué debo hacer ahora?, preguntó Arseni.

Karp te llamó al Jerusalemismo Celestial, y no te convertiste en su compañero. Eso es comprensible: no vas allí sin Ustina. Pero id a la Jerusalén terrenal, a rogar por ella al Todopoderoso.

Pero ¿cómo puedo llegar a Jerusalén?, preguntó Arsenio.

Tengo una idea, respondió el loco en Cristo Foma. Por ahora, amigo, dame el saco con el gramófono de Christopher. Ya no los necesitas.

Arsenio le dio al loco en Cristo Foma el saco del gramófono de Cristóbal, pero en su alma estaba apenado. Al darle la bolsa, Arseni pensó que

aparentemente se había encariñado con la fortuna y se avergonzó de sus sentimientos. Pero el loco en Cristo Foma entendió lo que pasaba en el alma de Arseni, y le dijo:

No seas amargado, Arsenio, porque la sabiduría reunida por Cristóbal entrará en ti de forma no escrita. En cuanto a la descripción de las hierbas, creo que es un hito para ti. Sana a los enfermos tomando sobre ti sus pecados. Como espero que entiendas, no se necesitan hierbas para tal sanación. Y una cosa más: a partir de ahora ya no eres Ustin, sino, como antes, Arseni. Prepárate, camarada, para el viaje.

4

Pronto se supo en todo Pskov que Ustin había comenzado a hablar. Que su nombre no es Ustin, sino Arseni. Y todos fueron a verlo, pero no pudieron verlo, porque ya no estaba en el cementerio, sino en la celda de huéspedes del Monasterio de San Juan.

Pero qué pasa aquí, circo, preguntó la abadesa a los que venían. El hombre vivió al aire libre durante catorce años, déjalo recuperarse.

Un día, Ambrogio llegó a Arseni.

"El Sr. Gavril me envió a usted", dijo Ambrogio. Él quiere que seas mi compañero en Jerusalén. Parto del hecho de que el fin del mundo no llegará antes del año 7000 de 1492 desde el nacimiento de Cristo. Así que si todo va bien, tendremos tiempo de volver.

¿En qué te basas para tus cálculos? preguntó Arseni.

Todo es lo más simple posible. Yo comparo los días con los milenios, porque está dicho en el salmo ochenta y nueve: Mil años ante tus ojos, oh Señor, son como ayer. Como hay siete días a la semana, hay siete milenios de vida humana. Este es el año 6988: tenemos doce años. Para el arrepentimiento, creo, no es una cantidad pequeña.

¿Estás seguro, preguntó Arseni, de que este año es exactamente igual, es decir, estás seguro de que han pasado exactamente 6.688 años desde la Creación del mundo hasta hoy?

"Si no estuviera seguro", respondió Ambrose, "por supuesto que no te llamaría a Jerusalén conmigo". Juzga por ti mismo: desde el año 5500, cuando nació nuestro Salvador Jesucristo, todos los reinados están atestiguados por las crónicas helénicas y romanas. Reúne los años del reinado de los emperadores romanos y Constantinopla y obtendrás la fecha que buscas.

Pero ¿por qué -perdóname, forastero- crees que han pasado exactamente 5500 años desde la Creación del mundo hasta el nacimiento de nuestro

Salvador Jesucristo, ni más ni menos? ¿Cuál fue la fuente de esta conclusión?

Todo lo que hago es leer las Sagradas Escrituras cuidadosamente, Ambrose respondió: "Ella es mi fuente principal". Por ejemplo, el Libro del Génesis muestra la edad de cada uno de los patriarcas en el momento del nacimiento del primogénito. Además, establece el número de años vividos por el patriarca después del nacimiento del primogénito, así como la cantidad total de años de vida del patriarca. Como puede ver, hermano Arsenie, las dos últimas posiciones son realmente superfluas para mi cálculo. Para saber el número total de años transcurridos, basta sumar los años de los patriarcas a la fecha de nacimiento de su primogénito.

Pero las letras que significan números están sujetas a daños, dijo Arseni. Debido al largo tiempo, los escritos se borran y ya no se conocen. ¿Cómo pruebas, dice Ambrosio, que tus cálculos son buenos y que el nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo fue realmente en el año 5500? ¿Por qué armonía, surge la pregunta, compruebas todo este álgebra?

Los números, Arsenie, tienen un significado más alto porque reflejan la armonía celestial que pides. Pero ahora escucha atentamente. Las pasiones de Cristo cayeron a las seis de la tarde del sexto día de la semana, y esto demuestra que el Salvador nació a mediados del sexto milenio, es decir, en el año 5500 d.C. Lo mismo demuestra la suma de las medidas del Arca de la Alianza, que según el capítulo veinticinco del Libro del Éxodo, era de cinco codos y medio. Por eso Cristo, como la verdadera Arca, vendría en el año 5500.

“Este hombre goza de buena salud”, dijo Arseni a Ustina. Con alguien como él, incluso puedes ir a Jerusalén. Si crees en sus cálculos (y me inclino a hacerlo), nuestro viaje es de al menos diez años. Así que yo, mi amor, voy directo al centro de la tierra. Voy a ese punto suyo que está más cerca del Cielo. Si mis palabras son dadas a volar al Cielo, será allí mismo. Y todas mis palabras son sobre ti.

5

A partir de ese día, Arsenio y Ambrosio comenzaron a preparar el viaje a Jerusalén. En el camino, el posadero Gavril preparó para cada uno una bolsa de ducados de oro húngaros. Los ducados fueron reconocidos en toda el área desde Pskov hasta Jerusalén y los peregrinos los tomaron con mucho gusto en su camino. El propietario podría haberles dado aún más, pero sabía que las monedas de la Edad Media rara vez permanecían con los peregrinos por mucho tiempo. Era difícil tanto para el dinero como para las cosas superar el

espacio. Sus dueños a menudo volvían a casa sin uno u otro. Y aún más a menudo, no regresaron.

Las cartas de recomendación y las relaciones personales a veces eran más útiles que el dinero. En aquellos tiempos complicados, era importante que alguien esperara a alguien en un lugar determinado o, por el contrario, lo enviara a algún lugar, garantizarle y pedirle que se diera prisa. En cierto modo, fue una confirmación de que el hombre tenía un lugar en la vida antes, que no había venido de la nada, sino que se movía honestamente en el espacio. En el mismo sentido general, los viajes confirmaron al mundo la continuidad del espacio, lo que sin embargo planteó algunas dudas.

Arseni y Ambrogio recibieron cartas de recomendación para varias ciudades. Había cartas para los dignatarios del ducado, para los líderes de la iglesia y para los representantes de los comerciantes: para ayudar a cualquiera que lo necesitara. Cada uno recibió dos caballos y dos caftanes de viaje. Al pie de los caftanes, los peregrinos cosían ducados. Para evitar que las monedas sonaran y se tocaran, se colocaron entre las correas de cuero. La carne y el pescado también se compraron, se secaron, tanto como los dos caballos rebeldes pudieron cargar. Todos los preparativos estuvieron a cargo de Ambrogio, quien tenía la experiencia de largos viajes.

Al preparar la ropa y la comida, se cuidaban de medirla. Si la tierra de Pskov fue el clima más cálido del año, la tierra palestina siempre fue cálida. Cálida y generosa, porque en esa tierra brotan arroyos y profundos manantiales por prados y montes, y es rica en vides, higueras y dátiles, y esa tierra da aceite de oliva y miel, porque verdaderamente esa tierra es bendita y cercana al Reino de Dios.

La víspera de su partida, el posadero Gavril llamó a Arseni y Ambrogio y les entregó una vela de plata de seis lados. La vela no era grande para no llamar demasiado la atención. Por la misma razón, el propietario les entregó seis diamantes al lado de la vela. Cuando llegaron, los diamantes debían colocarse en sus lugares designados a cada lado de la vela. Se los puso y los presionó con unas garras fáciles de doblar. El propietario les mostró cómo doblar sus garras:

Muy simple.

Y se quedó en silencio durante un rato.

Por mucho tiempo he pensado a quién enviar a Jerusalén, y te he elegido a ti. Ustedes son de diferentes religiones, pero ambos son personas verdaderas. Y aspirad al mismo Dios. Irás a tierras ortodoxas y no ortodoxas, y tu disimilitud te beneficiará.

Posadnicul Gavril besó la vela. Abrazó a Arseni y Ambrogio.
Es algo importante para mí. Muy importante.
Hicieron una reverencia al posadero Gavril.

6

Los caballos pisaron la orilla y tuvieron miedo de pisar el barco. No tenían miedo de moverse en el agua: nunca habían cruzado el río en su vida. Fue aterrador moverse *por encima del* agua. Les parecía antinatural. Fueron arrastrados por estibadores en andamios de embarque. Ellos resoplaron y golpearon sus cascos en la cubierta. Mirando los caballos, Arseni no se dio cuenta cuando el barco salió de los muelles.

La multitud en la orilla también se separó. Cuando los remeros golpearon los remos, su tamaño y ruido comenzaron a disminuir. La multitud burbujeaba, convirtiéndose en un torbellino. Se reunió alrededor del posadero, que estaba de pie en el medio. Ni siquiera le estrechó la mano. Se quedó inmóvil. A su lado ondeaban las túnicas de la abadesa del Monasterio de San Juan. De vez en cuando, su tela negra tocaba la cara del posadero, pero él no se echaba atrás. El viento hizo que la abadesa pareciera mucho más ancha de lo habitual. Parecía ligeramente hinchada. Bendijo con cruces anchas y redujo la velocidad del barco que partía.

Las orillas se movían al compás de los remos. Intentaban alcanzar las nubes que se deslizaban por el cielo, pero estaba claro que no eran lo suficientemente rápidos. Arseni estaba disfrutando del viento del río, dándose cuenta de que era un viento viajero.

Cuántos años, le dijo a Ustina, cuántos años llevo aquí sin moverme, y ahora floto firme hacia el sur. Siento, mi amor, que este movimiento es bendecido. Ella me acerca a ti y me aleja de personas cuya atención, a decir verdad, ha comenzado a agobiarme. Tengo, mi amor, un buen compañero, un hombre joven e inteligente con una amplia gama de intereses. Oacheș. Rizado. Sin barba, porque en su tierra se afeitan las barbas. Está tratando de determinar el fin del mundo, y aunque no estoy convencido de que sea su responsabilidad, el mismo interés por la escatología en sí me parece alentador. Vamos con barcos de Pskov. Nos llevan por el río Velikaia hasta el borde de la tierra de Pskov. El río es ancho. La gente en las orillas flotantes nos está mirando, si es que nos ven. Todavía estoy siguiendo nuestra mano. Nosotros también los hacemos. ¿Qué nos espera? Siento una gran alegría y no tengo miedo de nada.

Por la noche dispararon a tierra y encendieron un fuego. Los caballos no

bajaron del barco, porque ya se habían acostumbrado. La noche tardía de Pskov estaba comenzando.

En nuestras tierras, decían, es difícil esperar sorpresas. Pero además, mira, según algunas noticias, hay gente con cabeza de perro. No sabemos si es verdad, pero eso es lo que dicen.

"No presuman", respondió Ambrogio, "que estoy aquí en abundancia". Llévalo a la ciudad, por ejemplo, y hay muchos como él.

De vez en cuando, uno de los carpinteros iba al bosque cercano y recogía ramas rotas de allí. Arseni observó cómo se encendía el fuego. Puso cuidadosamente ramitas tras ramitas, convirtiéndolas en una pirámide. Al principio el fuego los lamió. Antes de que pudiera agarrar completamente las ramas, pareció probar su lengua en ellas.

Están mojados. Todavía está mojado en el bosque.

Los mosquitos y los gansos pululaban alrededor del fuego. Volaron en un enjambre semitransparente, casi como humo. Describieron círculos y elipses dentro del enjambre, de modo que alguien parecía estar haciendo malabares con ellos. Cuando el humo los recogió, se dispersaron. Arseni nota con asombro que está complacido con el vuelo de los mosquitos.

Tú qué crees, le dijo a Ustina, me he vuelto travieso y le tengo miedo a los chupasangres. Cuando vivía en otro cuerpo, no tenía miedo de nada. Mira, esto, mi amor, me da miedo. ¿No hemos perdido en un momento lo que hemos reunido para ti todos estos años?

Escuché, dijeron, que el fuego que desciende en Pascua sobre la Tumba del Señor no te quema. Pero ustedes, señores, han partido después de Pascua, y entonces no verán las características inusuales de ese fuego.

Pero no todos los días del Señor tienen que ser Pascua para nosotros, preguntó Arseni.

Pasó la palma de su mano sobre el fuego. Las lenguas de la llama pasaron entre sus dedos distantes y los iluminaron con una luz rosa. La noche anterior, la palma de Arseni brillaba más que el fuego. Ambrogio miró a Arseni y no podía quitarle los ojos de encima. Los náufragos se inclinaron.

7

Al día siguiente llegaron a los límites del sur de la región de Pskov. A los peregrinos se les había ordenado que fueran allí. El río Velikaia se había hecho pequeño y girado hacia el este.

El río se va acercando a sus nacientes, decían los barqueros, cada vez hay más bromas en el camino, y eso complica aún más las cosas. Lamentamos

sinceramente que nos separemos de usted, pero nos consuela la idea de que volveremos al agua.

Hace tiempo que se descubrió, confirmó Ambrogio, que es mucho más fácil moverse por el agua. Así que vete en paz.

Los caballos fueron llevados a tierra, y Ambrogio y Arseni abrazaron los barcos y se despidieron. Mientras observaban alejarse el barco, se sintieron incómodos. En adelante, los dos viajeros se encomendaron a sí mismos ya Dios. Le esperaba un camino difícil.

Lo llevaron al sur. Caminaban sin prisa - delante Arseni y Ambrogio, detrás, atados con palos, los dos caballos con cargas. El camino era angosto, el lugar montañoso. Se apresuraron a comer. Cortan en tiras la carne seca y les quitan el sabor con agua. Los caballos estaban pellizcando la hierba en las paradas. Cuando cruzaban un arroyo, metían el hocico en él y resoplaban y bebían.

Hacia el final del día llegaron a la ciudad de Sebej. En la entrada preguntaron dónde podían pasar la noche. Se les mostró un pub. Había un hedor a cerveza y orina en el pub. El posadero estaba borracho. Colocó a los recién llegados en un banco y él se sentó en otro. Los miró fijamente durante mucho tiempo y sin pestañear. Se sentó con las piernas abiertas y las manos apoyadas en las rodillas. No respondió preguntas. Tomándolo por el hombro y sacudiéndolo, Ambrogio se dio cuenta de que estaba dormido. El posadero dormía con los ojos abiertos.

También aparece la mujer del posadero. Llevó los caballos al establo y les mostró la habitación de invitados.

Oye, Cerpak, le gritó a su esposo, pero él no se movió. Cerpak! La mujer le estrechó la mano. Déjalo dormir.

Cierra los ojos, rogó Ambrogio. Duerme mucho mejor con los ojos cerrados.

No, es mejor así, dijo la mujer del posadero. Si hurgas en el pub, te verá.

Cerpak está dormido - Cerpak está despierto, dijo el posadero con un gruñido. No vayas por menos de todo tu potencial. En primer lugar, no le hagas caso a mi esposa, porque ella también te hará caso a ti. Apoyó los pies en el banco y se envolvió en una colchoneta. No tienes idea de qué cerrar mis ojos.

De la noche a la mañana, Arseni sintió algo cálido en el estómago. Pensó que era una rata y se sacudió para lanzarla.

Shh, susurró la esposa del posadero. Sobre todo no hace ruido, no tomo mucho, se puede decir simbólicamente, en general no tomaría, pero el esposo, ya lo vieron, es un animal, considera que todo debe tener un componente económico, no No cambie de opinión cabrón, pero te quiero de

verdad, vamos, te quiero de verdad.

"Vete", susurró, apenas audible.

Siguió acariciando el vientre de Arseni, y él sintió que bajo la mano de esta mujer, ni joven ni hermosa, perdía por completo la voluntad. Voy a decirle a Ustina que ahora todo lo que se hizo en todos esos años se puede perder, pero la mujer del posadero casi engañaba:

Sé lo perra que eres.

Su mano se deslizó por su vientre. Arseni saltó y se golpeó la cabeza con algo ruidoso y ruidoso que se desprendió de la pared, rodó, saltó y salió volando de la habitación con la mujer del posadero.

Se encendió una luz en la habitación contigua.

Aquí, mira, tú también, mira, gritó la mujer del posadero, señalando a Arseni. Había comenzado a atacarme.

Aprovechando mi debilidad momentánea, dijo el posadero. Estaba casi despierto y por lo tanto enfermo.

¡Él no me dejaría ir, Cerpak! Me estaba quitando la ropa, todavía tiene lo que rompió en sus manos. Pero me estafaron.

Arseni extendió las manos y estaban vacías.

No hay nada en mis manos.

La mujer del posadero mira a Arseni y ya grita en voz baja:

Mantén tus manos en casa, no estás aquí en Pskov. Haz el bien y paga con oro la deshonestidad.

Este es el Gran Ducado de Litovsk, dijo el posadero, y no permito a nadie.

Las lágrimas de Arseni brotaron.

"Escucha, Cerpak", dijo Ambrogio, "tengo una carta para entregar a tus autoridades". Pero de boca en boca (Ambrogio fue justo al lado del posadero) les haré saber cómo son recibidos los invitados en Sebej. No creo que sean felices.

Pero qué hice, dijo el posadero. Que todo lo que sé es por sus palabras. No quieres, no pagas por deshonestidad.

Su esposa lo miró fijamente.

Aoleu, Cerpak. Que éste me dijo: Estoy encantado con tu belleza. Pero lo detuve. Si no es oro, al menos pon algo ahí.

Para pagar tu belleza, preguntó Ambrogio.

Paguémosles por rechazarme, dijo Arseni. Porque si me rechaza verbalmente, es capaz de hacerlo. Y yo soy el único culpable de todo, esa es mi perdición. Perdóname, buena mujer, perdóname también, Ustina.

Sin decir una palabra, Ambrogio sacó un ducado y se lo entregó a la mujer

del posadero. La mujer miraba al suelo. El posadero se encogió de hombros. Miró a su marido y, avergonzada, tomó el ducado. Se iluminó más allá de la ventana.

De Sebej a Polotsk caminaron en silencio. Arseni se adelantó un poco y Ambrogio mantuvo las distancias.

Después de tantos años de silencio, dijo Ambrogio, ahora te cuesta acostumbrarte a hablar de nuevo.

Arsenio asintió.

Cuando se apresuraron a regresar, Ambrogio dijo:

Entiendo por qué tienes la culpa. El que tiene el mundo en él es responsable de todo. Pero no pensaste que estabas culpando a esta mujer. Gracias a ti, ella estaba convencida de que todo estaba permitido.

Estás equivocado, dijo Arseni. Esto es lo que encontré en mi bolsillo.

Sacó la mano del bolsillo y abrió el puño. En la palma estaba el ducado.

8

En Polotsk, se apresuraron al monasterio de Santa Euphrosyne. Ambrogio ató los caballos a un viejo olmo. Pero Arseni presionó su frente contra la cerca del monasterio y dijo:

Hola, piadosa Euphrosyne. Como probablemente sabrás, mi compañero de viaje, Ambrogio (Ambrogio asiente), se va a Jerusalén. No tenemos que decirte lo difícil que es llegar allí, porque lo lograste y apenas estamos comenzando. Y es tanto menos apropiado deciros lo complicado que será el camino de vuelta: ni siquiera lo hemos iniciado. Pero tú, hombre piadoso, te has dado por vencido con él y, por la gracia de Dios, estás descansando en Tierra Santa. Vamos allí a rezar por dos mujeres y contamos con vuestra ayuda. Bendícenos, piadosa Euphrosyne.

Los peregrinos se inclinaron y se fueron.

A la orilla del Polotsk, Ambrogio le dijo a un transeúnte:

Estamos buscando el camino a Orsa.

El oso está en el Dnieper, dijo el transeúnte. El Dniéper es un río grande y normalmente abre grandes posibilidades.

Les indicó la dirección a Orsa y fue a la suya.

Noté, dijo Ambrogio, mirando al transeúnte, que debido a la naturaleza poco práctica de los caminos, la gente de la Vieja Rusia prefería la ruta del agua. Por cierto, todavía no saben que Rusia es Vieja, pero con el tiempo lo descubrirán. Ciertas habilidades predictivas me permiten decir eso. Además del hecho de que la situación con las carreteras no cambiará. En términos

generales, la historia de su tierra se desarrollará de manera bastante inusual.

La historia de mi tierra es un rollo, que se desarrolle, preguntó Arseni.

Toda la historia es hasta cierto punto un pergamino en manos del Todopoderoso. A algunos (por ejemplo, a mí) se les da la oportunidad de echar un vistazo y ver qué sucede a continuación. Una cosa que no sé es si este rollo no se tirará de repente.

"Te refieres al fin del mundo", preguntó Arseni.

Sí, el fin del mundo. Pero al mismo tiempo, el fin de la oscuridad. Este evento tiene, ya sabes, una simetría.

Caminó durante unas horas sin decir una palabra. El camino bordeaba el Dvina, serpenteando, obstruyéndose, a veces perdiéndose. Pero definitivamente estaba en algún lugar más lejos. Entraron en un pinar, y el ruido sordo de sus cascos fue más fuerte.

Arseni preguntó:

Si la historia es un pergamino en manos del Creador, ¿significa que todo lo que pienso y hago, no lo pienso y lo hago yo, sino mi Creador?

No, no significa, porque el Creador es bueno, y no piensas y haces solo el bien. Fuisteis creados a imagen y semejanza de Dios, y vuestra semejanza consiste, entre otras cosas, en la libertad.

Pero una vez que las personas son libres en sus pensamientos y acciones, resulta que la historia es creada por ellos libremente.

La gente es libre, respondió Ambrogio, pero la historia no es libre. Hay tantos pensamientos y obras en ella, como dices, que no los puede juntar y sólo Dios los abraza. Incluso diría que no son las personas las que son libres, sino el hombre. Pero el cruce de las voluntades humanas se parece a las pulgas en un recipiente: su movimiento es obvio, pero ¿tiene la misma dirección? Es por eso que la historia no tiene un propósito, así como la humanidad no tiene ningún propósito. Sólo el hombre tiene una meta. Y no siempre eso.

Ya era el día siguiente cuando caminaban por el río. Al pasar por un bosque, vieron un claro y un descenso a un agua. Ambrogio se apresuró a dar de beber a los caballos. Justo al lado del río, resbaló en el suelo y cayó al agua. Resultó ser inesperadamente profundo, casi hasta el cuello. Escupiendo algas, Ambrogio se rió. Sus mechones negros también parecían algas. Gotearon en su cara risueña. La risa de Ambrogio salpicó el sol en la superficie del agua.

Hoy es un día caluroso, casi caluroso, dijo Arseni. Podemos lavar nuestra ropa, porque se seca hasta la noche.

Después de juntar cortezas de abedul y ramitas, comenzó a encender el

fuego. Sacó el amnari y el pedernal de la bolsa. Sacó la bolsa que había hecho con el hongo bebé y la envolvió en un paño. Dejó caer el pedernal hasta que la jarra encendió una chispa. Se dio cuenta de la raya de humo. Entonces apareció una mancha apenas visible en el yugo, que olía y comenzó a ensancharse. Arseni le puso corteza fina de abedul y agujas de pino secas. Con un trozo ancho de corteza comenzó a encender la llama. Cuando se encendió, se puso ramas delgadas. Luego ramas más gruesas.

Ahora tenemos que esperar hasta que la madera se convierta en cenizas, dijo Arseni. Necesitamos las cenizas para lavar.

Ambrogio seguía en el agua. Sus manos dibujaron dos semicírculos de espuma sobre él.

Salta aquí, le gritó a Arseni.

Después de un momento de vacilación, Arseni se desvistió y saltó al río. Sientes el agua tocando a alguien. Un toque fresco y suave de todo el cuerpo a la vez. Arseni se sintió feliz y avergonzado de ella, pues Ustina no podía entrar con él a las aguas de Dvina. Sal a la orilla. Avergonzado de su desnudez, se calentó con un cinturón ancho que no iba a lavar.

Cuando algunas de las ramas se quemaron, Arseni apartó las cenizas y vertió agua. Extendió un paño en el suelo y puso las cenizas sobre él. Ate los extremos de la tela. Lo probó: estaba apretado. Vio una piedra que salía del agua y tomó lo que había que lavar. Al salir del agua, Ambrogio luchó por quitarse el caftán mojado. Junto al caftán, una de las otras prendas y las puso en la pila reunida por Arseni.

Después de remojar su ropa y ropa sucia, Arseni las frotó en la piedra con las cenizas. Estaba sentado sobre su espalda. Al tocar la piedra, los ducados cosidos al caftán emitieron un sonido ahogado. Arseni enjuagó los lavados y los colgó en las ramas más bajas de los árboles. También se extendió sobre rosales y pinos jóvenes, que se doblaban bajo el peso de pesados ropajes medievales.

Arseni se encuentra no lejos del agua. Su espalda sintió el calor del sol, su vientre la suavidad de la hierba. Ambos eran buenos para su cuerpo. Él mismo había cultivado hierba. Diminutas criaturas anónimas se movían lentamente en sus brazos. Le golpearon los mechones de pelo en la piel, le limpiaron los dedos de los pies y volaron pensativos. Los patos revoloteaban en el agua. Volteando las hojas boca abajo, el viento agitó las copas de los robles. Arseni se durmió.

Cuando despertó, descubrió que ya estaba en la sombra. El sol había brillado detrás de él y escondido detrás de los árboles. De vez en cuando, con

una ráfaga de viento, aparecía entre los ligeros latigazos de las coronas. El viento se llevó las cenizas del fuego sobre el que Ambrogio había atravesado dos troncos de abedul secos. Los leños ardían sin llama, el fuego no estaba vivo, pero estaba a salvo: el viento no podía extinguirlo. Ambrogio logró sacar la ropa de las ramas y ahora palpó los caftanes. Todavía estaban celosos.

"Creo que pasaremos la noche aquí", dijo Ambrogio.

"Vamos a quedarnos", acordó Arseni.

Quería quedarse allí para siempre, pero sabía que no era posible.

Hacía frío por la noche. Trajeron vides del bosque y les prendieron fuego. Las nubes flotaban en el cielo y estaba oscureciendo. No se veían ni la luna ni las estrellas. No se veía ni el bosque ni el río. Todo lo que quedó fue el fuego y la pequeña luz de él. Pirámide de madera irregular. Dos peregrinos sentados. Sombras con muchos brazos en los árboles.

Es cierto que hay monstruos con muchos brazos, preguntó Arseni.

"Nunca había oído hablar de tal cosa", respondió Ambrogio, "pero en mi camino hacia el este desde Rusia vi a un compatriota mío que tenía una sola mano y otra en el medio de su pecho". Y una pierna. Dadas estas peculiaridades suyas, dispararon dos con un arco. Y se movían tan rápido que los caballos no podían alcanzarlos, a pesar de que saltaban sobre una pierna. Cuando estaban cansados, caminaban sobre sus manos y pies, girando en círculos. ¿Puedes imaginar?

Ambrogio estaba sentado con la cabeza inclinada y su rostro era invisible. Por la voz del italiano, a Arseni le pareció que estaba sonriendo. Pero Arseni hablaba en serio. Se maravilló del vasto mundo negro que yacía detrás de ellos. Este mundo contenía muchas cosas desconocidas, ocultaba el peligro, susurraban las hojas en el viento de la noche y crujían atormentadoramente desde las ramas. Arseni ya no sabía si este mundo existía en general o al menos ahora, en ese momento incierto, cuando estaba oscuro. ¿No fueron suprimidos los bosques, ríos y ciudades durante la oscuridad? ¿No descansó la naturaleza en su orden, para que por la mañana, reuniendo sus poderes, del caos volviera a ser cosmos? Solo Ambrogio no había cambiado en este extraño momento, y por eso Arseni sintió una cálida gratitud hacia él.

9

Después de unos días lograron llegar a Orsa. Se vio que sus suministros habían disminuido considerablemente en el camino, por lo que ya no necesitaban caballos de carga. Los dos caballos fueron vendidos a Orsa. Con los dos restantes, era más fácil imaginar el camino sobre el agua. Dos días

después, encontraron un barco que partía hacia Kiev y se embarcaron en él.

En Orsa, el Dniéper ya no era ancho. No era más ancho que Velikaia. Pero Arseni y Ambrogio supusieron que se ensancharía porque habían oído que, a diferencia del río Pskov, el Dnieper era realmente grande [27]. A Ambrogio le hubiera gustado saber más sobre este río, pero los armadores estaban melancólicos y no entablaron ninguna discusión. Eran conscientes de que les pagaban por transportar personas y caballos. Y probablemente adivinaron que no les pagarían por las charlas.

No hablaban ni siquiera cuando, en un pequeño círculo, bebían un trago revuelto. Ni Arseni ni Ambrogio sabían lo que bebía esa gente, solo que la bebida no los hacía más felices. Sus espaldas se doblaban cada vez más. Los que estaban sentados recordaron una flor grande y poco atractiva que se cierra por la noche. Arar, comenzaron a cantar algo en voz baja. Sus canciones estaban tan desprovistas de alegría y agitación como lo que bebían.

Muchos rusos son pesimistas, Ambrogio compartió su observación.

Clima, estuvo de acuerdo Arseni.

Después de tres días aterrizaron en Mogilev. Tampoco la ciudad, y mucho menos su nombre [28], mejora el humor de los barcos. Bebieron más de lo habitual por la noche, pero no se acostaron. Alrededor de la medianoche, un carro se acerca a los muelles. Se escucharon silbidos de ella. Los marineros, después de intercambiar una mirada, bajaron a tierra. Regresaron con sacos bien atados. Las personas en el carro ayudaron a empacar las maletas en el barco. Con su curiosidad y franqueza de extraño, Ambrogio quiso preguntarle qué había en las bolsas, pero Arseni se llevó el dedo a los labios.

Cuando el barco se aleja de los muelles, Arseni se acerca a uno de los naufragios. La agarró por el cuello con ambas manos y le preguntó:

¿Cuál es tu nombre, barco?

Prokopi, respondió el armador.

Prokopi, tienes un tumor respiratorio. Su condición es peligrosa, pero no desesperada. Si decides pedirle ayuda a Dios, primero deshazte de la carga.

El barco de Prokopi no respondió a Arseni, pero las lágrimas brotaron de sus ojos.

En Rogacevo, el río se ensanchó.

En Liubeci, Prokopi se acercó a Arseni y le dijo:

Nadie sabe de mi enfermedad todavía, pero ya me estoy empezando a asfixiar.

27*Velikaia* - "genial".

28*Moghila* - "tumba".

"Te estás ahogando por tus pecados", respondió Arseni.

Mientras se acercaban a Kiev, Prokopi le dijo a Arseni:

Entiende lo que dijiste y haré lo que me dijiste.

Al ver las montañas de Kiev a la derecha, el barco de Prokopi comenzó a gritar:

¡Piadoso de la caverna, ruega a Dios por nosotros!

Los camaradas miraron con tristeza a Prikopi. Su inesperada piedad les advirtió. Y cuando el barco cruzó el río Poceaina para aterrizar en la orilla de Podol, en Kiev, Prokopi les dijo:

Huid de este barco, porque quiero arrepentirme de mis errores y rendirme a los detentadores del poder.

Si el barco no hubiera estado en un muelle lleno de gente en Kiev, si no hubiera habido dos invitados a bordo, probablemente no habría sido tan fácil abandonar Prokopi. Es bastante improbable que hubiera logrado dejarla en general. Pero las circunstancias estaban de su lado.

Bajó a la orilla y contó las últimas historias a sus camaradas allí. Les aconsejó no hundirse en el pecado, sino arrepentirse, remontar el río Dniéper hasta la ciudad de Orsa, y allí buscar actividades honestas. Los carpinteros escucharon en silencio, porque podrían haber objetado las justificaciones de Prokopi. Al ver sus labios moverse, lamentaron hasta cierto punto no haberle retorcido la garganta en algún lugar antes de Liubeci y no haberlo arrojado al río Dniéper, rico en agua.

Las autoridades portuarias se acercaron al barco. El armador de Prokopi les dijo de buena gana que además de los peregrinos y sus caballos, camisas de lino y cerámica, el barco traía bienes robados a Mogilev en Kiev. Dijo que hace tres semanas, el comerciante Sava Cighiri fue asesinado en Moghilev. La propiedad de Cighiri, que por razones de identificación no se vendería a Moghilev, fue enviada por agua a Kiev. Del mismo modo, antes se habían enviado mercancías de otros comerciantes de Moghilev, de las que el armador Prokopi, al ser llevado a trabajar sin recibir ninguna explicación, no sabía nada. Aunque le sorprendió, claro, que la carga se hiciera a altas horas de la noche, con precauciones inusuales para camisas y ollas. Pero esta vez, en lugar de encontrar objetos de valor en una bolsa, así como una copa del Sava asesinado (su nombre estaba grabado en la copa de plata), Prokopi inmediatamente sospechó que ella no era buena. Y el hecho de que su salud se haya deteriorado no le parece casual, y en las palabras del peregrino Arseni ve una indicación de Dios y por eso se arrepiente ante todos. Prokopi resopló. Y cuando inhaló de nuevo, pensó que era más fácil que la última vez.

Al escuchar el testimonio del barco, las autoridades portuarias abordaron el barco, pero no encontraron más personas allí. Encontraron algunas bolsas que efectivamente estaban llenas de objetos de valor. Entonces empezaron a preguntarle a Prokopi por sus camaradas, y dijo todo lo que sabía. Hablaba con voz apagada porque no tenía aire.

Acercándose a Prokopi, Arseni volvió a ponerle las manos en el cuello. Ella lo tocó y presionó su laringe con los pulgares. El barco empezó a toser. Se partió en dos y le salió sangre de la boca. Agarrando la barba de Prokopi, colgó sobre el suelo como un carámbano delgado y rosado.

Dado el sincero arrepentimiento del buque, el hecho de no haber estado involucrado en el asunto y el estado de luto de su salud, las autoridades lo liberaron.

Ahora comparte, y te irá bien, le dijo Arseni. Créame, hermano Prokopius, usted escapó muy fácilmente.

10

Arseni y Ambrogio tenían una carta del posadero Gavril de Pskov al voivoda Serghi de Kiev. Gavril le pidió a Serghi que ayudara a los peregrinos y, si era posible, que se uniera a una de las caravanas de mercaderes que salían de Kiev de vez en cuando. Cuando los peregrinos comenzaron a preguntar dónde podían encontrar al voivoda, los lugareños les señalaron Zamok [29]. Este fue el nombre que se le dio a una parte de la ciudad en una pequeña meseta rodeada por una muralla.

Zamok se podía ver en todas partes. Tomando los corceles, Arseni y Ambrogio comenzaron a subir lentamente por un callejón. El callejón era sinuoso, pero los pasajeros sabían que no se perderían. Zamok estaba suspendido sobre ellos con las vigas ennegrecidas de la pared.

La horda le dijo a un transeúnte, señalando la pared negra. Al ver que eres un viajero, te digo la razón de esta negrura: la horda de Mengli-Ghirei. Hablando enérgicamente, un gran problema.

Él sonrió ampliamente y siguió con sus asuntos.

"No todos los rusos son tan melancólicos como crees", le dijo Arseni a Ambrogio. A veces están de buen humor. Por ejemplo, después de que la horda se fue.

A la entrada de Zamok, lo recibe un guardia. Diciendo sus nombres, los dejaron pasar. En Zamok estaban las casas de la nobleza de Kiev y varias

---

29 *Zamok* - "castillo".

iglesias. Se acercaron a la casa del duque Serghi y se presentaron a otros guardias. Después de escucharlos, uno de los guardias desapareció dentro de la casa. Al cabo de unos minutos se volvió e hizo señas para que registraran a los recién llegados. Después de ponerles la ropa, dejaron entrar a Arseni y Ambrogio.

El voivoda Serghi era calvo y deslumbrante. Sus cejas hacían expresivo su rostro poco interesante. El menor movimiento de sentimientos, invisible para cualquier otro hombre, para el voivoda Serghi se convertía, por sus cejas, en la expresión de su rostro. Dando la bienvenida a los peregrinos con dureza (frunciendo el ceño), el voivoda recibió de ellos la carta del posadero Gavril. A medida que profundizaba en la carta, el rostro del lector se encogía hasta que sus cejas se estiraban en una sola hilera gruesa y uniforme. Después de leer la carta hasta el final, la colocó sobre la mesa y la presionó con la palma de la mano. Los dedos de la otra mano quedaron en el regazo izquierdo del caftán. Estaban en movimiento.

"Conozco al posadero y te ayudaré", dijo el duque Serghi. Te enviaré con la próxima caravana de mercaderes. Pero mientras esperes, te quedarás en la casa de huéspedes.

Nos queda mucho camino por recorrer, preguntó Ambrogio.

Tal vez una semana, respondió el duque Serghi. Pero tal vez un mes. Quién sabe. Bebió de una cuchara de cisne y se pasó la palma de la mano por la frente. Cálido.

Se entendía que la audiencia había terminado. Ya en la puerta, Arseni dijo:

Sepa, voivoda, que su problema no está en el fondo. El problema es con la columna vertebral. En general, mucho depende de ello. Mucho más de lo que a veces nos inclinamos a creer. Las cejas del voivoda Serghi se deslizaron hacia arriba.

¿Sabes que me duele el corazón?

Repito, no es el corazón, sino la columna vertebral, respondió Arseni. Una de tus arterias se ha estrechado y crees que es el corazón. Desnúdate, voivoda, y veré qué se puede hacer.

Después de un momento de vacilación, Voivode Serghi comenzó a quitarse la ropa. Sus hombros y pecho estaban cubiertos de pelo. Traído de vuelta, con una gran barriga, recordó el cucharón del que había bebido. Arseni señaló un banco:

Acuéstese boca abajo, voivoda.

Serghi yacía boca abajo como si estuviera solo. La lava crujió debajo de él durante mucho tiempo. Los dedos de Arseni se clavaron profundamente en la

espalda torcida del voivoda. Caminaron de arriba abajo, tanteando de un lado a otro. En uno de ellos se detuvieron. Presionaron ligeramente. Dieron paso a la parte inferior de la palma. Arseni colocó la otra palma sobre su palma y comenzó a presionar la columna fuerte y rítmicamente. Ambrogio se quedó mirando el cuello del paciente. Se oyó un leve chasquido y el voivoda gritó.

Está bien, dijo Arseni. De ahora en adelante, te dejará con angustia y cualquier dolor.

El voivoda Serghi se levantó de la silla y se frotó la espalda. Se enderezó. Nada duele. Pedir:

¿Qué estás pidiendo tu ayuda, sanador?

Una cosa te pido: ten miedo a la corriente ya los trabajos pesados, respondió después de que Arseni pensara un rato. Son una hoja de cuchillo para ti.

11

El voivoda Serghi no los dejó ir a la casa de huéspedes y los instaló en su palacio. Durante los siguientes tres días, un gran número de personas lo visitó.

Llegó el suegro del voivoda, Feognost, que había estado estancado durante mucho tiempo. Estaba constantemente inclinado y apoyado en un bastón corto. Arseni acuesta al paciente en el banco. Tomando la columna vertebral de Feognost espalda con espalda, encontró la causa de su rigidez. Feognost dejó a Arseni sin bastón.

La esposa embarazada del voivoda, Fotinia, vino, quejándose de la ansiedad del bebé en ella. Arseni le puso la mano en el vientre.

Estás en el octavo mes, le dijo, y va a nacer un niño. ¿Cómo no va a estar inquieto, es sólo el hijo del voivoda, cómo va a estar tranquilo?

La suegra del príncipe, Agafia, acudió a él, y después de que ella se cayó en el invierno, el hueso de su muñeca ya no estaba unido. Arseni envolvió con fuerza un trozo de tela alrededor de la articulación de Agafia y lo sostuvo en sus manos.

No te enfades, Agafie, que para cuando nazca tu sobrino estarás sana.

La anciana de Erema con dolor de muelas vino a Arseni, la sacerdotisa Seraphim estaba sacudiendo la cabeza, Mihalko del pueblo con una herida con pus en el muslo y algunas otras personas que habían oído hablar de los milagros realizados por el hombre de Pskov. . Sanó también los sufrimientos de los que acudían a ellos, o les dio alivio fortaleciéndolos para resistir las enfermedades que los aquejaban, pues la comunicación con él mismo parecía sanar. Pero algunos trataron de tocar su mano, sintiendo una fuerza brotar de

ella. Y luego, de manera inexplicable, el primer apodo de Belozersk, Rukinet, salió volando de Belozersk. Y todos los que vinieron a Arsenio sabían que él era Rukineț. Y solo entonces descubrieron cómo se llamaba en primer lugar: El Sanador.

En la noche del cuarto día de su llegada a Kiev, Arseni y Ambrogio abandonaron la ciudad y se dirigieron al monasterio de Pecerska. Caminaron sobre una montaña boscosa, y debajo de ella, como una mesa oscura, yacía el Dnieper. No podía ver, pero respiraba y sentía, como el mar y cualquier gran acumulación de agua. Cuando Arseni y Ambrogio se acercaron al monasterio, comenzó a iluminarse. Desde lo alto de la montaña se podía ver la orilla inclinada ligeramente. La vista hacia el este estaba despejada, flotaba sobre la llanura y alcanzaba los confines más lejanos de Rusia. Desde allí se podía ver salir un enorme sol rojo, como un salto.

En la puerta del monasterio le preguntaron casualmente quiénes eran. Cuando supieron que Ambrogio era católico, dudó si dejarlos entrar. Habían mandado llamar al abad. Decidiendo que visitar el monasterio podría beneficiar al extranjero, el abad accedió a entrar.

Les dieron una vela y un monje los llevó a la cueva de Antonio ya la cueva de Feodosio. Había muchos otros santos que Arseni conocía y, a veces, parecía no saberlo. El monje que los acompañaba caminaba al frente. En un giro, se volvió y una vela se encendió en sus ojos.

Euphrosyne de Polotsk (el monje señala uno de los raspadores). Ha vuelto de donde tú vas. En el momento de la agitación en Tierra Santa, sus reliquias fueron trasladadas aquí.

"La paz sea contigo, Euphrosyne", dijo Arseni. Pasamos por Polotsk, pero por supuesto no te encontré.

Regresará a Potsky en 1910, predijo Ambrose. Las reliquias serán llevadas a Orsha en el Dnieper, y de Orsha a Polotsk serán llevadas en sus brazos.

El monje no dijo nada y siguió adelante. Arseni y Ambrogio lo siguieron, pateando el suelo irregular. Allá arriba brillaba el alba y el verano, y aquí sólo tres velas rasgaban la oscuridad. La oscuridad se alejaba de las velas, pero de alguna manera vacilante y no demasiado tiempo. Se acurrucó bajo las bóvedas bajas hasta un brazo extendido y girado, listo para cerrarse de nuevo. A esa hora temprana, ya hacía calor arriba y hacía fresco aquí.

Siempre es genial aquí, preguntó Arseni.

Aquí no hay escarcha ni calor, que son una manifestación de extremos, respondió el monje. La eternidad se reconcilia y tiene su propia frialdad.

Arseni acerca la vela a la inscripción de un raspador.

Muy bien, querida Agapite, dijo Arseni en voz baja. Realmente esperaba conocerte.

¿A quién deseas el bien?, preguntó Ambrogio.

Este es el piadoso Agapit, el médico que no paga. Arseni se arrodilló y presionó sus labios contra los de Agapit. Sabes, Agapit, mis curaciones son una historia muy extraña." "No puedo contarte nada. Mientras curaba las hierbas, todo estaba más o menos claro. Estaba sanando y sabía que la ayuda de Dios venía a través de la hierba. Entonces. Pero ahora la ayuda de Dios viene a través de mí, ¿sabes? Y soy menos que mis curaciones, mucho menos, yo mismo no las merezco, y o tengo miedo o tengo dureza.

Quieres decir que eres peor que la hierba, preguntó el monje.

Arseni miró al monje.

En cierto modo, estoy peor, porque la hierba no tiene pecado.

Pero ella está sin pecados porque no tiene conciencia, dijo Ambrogio. ¿Es eso lo que se merece?

Significa que debes liberarte conscientemente del pecado, el monje se encogió de hombros. Todos. Ya sabes, no tienes que juzgar, tienes que deificarte a ti mismo.

Los tres hombres continuaron, y más y más santos se cruzaron en su camino. Los santos no parecían moverse ni hablar, pero el silencio y la quietud de los muertos no eran incondicionales. Allí, bajo tierra, hubo un movimiento insólito, y se escucharon voces de cierto tipo, que no perturbaron la sobriedad y la tranquilidad. Los santos hablaban con las palabras de los salmos y con versos de sus vidas, que Arseni recordaba de su infancia. Las sombras de las velas se movían sobre rostros secos y manos morenas medio arrugadas. Parecía que los santos levantaban la cabeza, sonreían y, apenas perceptiblemente, saludaban.

La ciudad de los santos, susurró Ambrogio, observando el juego de sombras. Nos dan la ilusión de la vida.

No, susurró Arseni. Niegan la ilusión de la muerte.

12

Una semana después, una caravana de mercaderes partió de Kiev hacia Venecia, y Arseni y Ambrogio se unieron a ellos. Cuando se fue, el voivoda Serghi se sintió abrumado por una tristeza que no ocultó. Lamentaba tener que romper con un médico tan notable. Lamentó separarse de tan notables interlocutores. En el poco tiempo que había tenido a los dos peregrinos como invitados, había aprendido mucho sobre la vida en Pskov e Italia, sobre la

historia universal y sobre los métodos para calcular el fin del mundo. Voivode Serghi hizo tímidos intentos de contener a sus invitados, pero no trató seriamente de detenerlos. Sabía por qué Arseni y Ambrogio estaban en este viaje.

La caravana constaba de cuarenta comerciantes, dos mensajeros de Novgorod y treinta guardias. El dinero de la guardia se cobró a todos los pasajeros, incluidos Arseni y Ambrogio, a los que -dado que casi no tenían carga- se les quitaron cuatro ducados. Cada uno de los comerciantes llegó con algunos caballos cargados, pero muchos trajeron sus mercancías en carretas tiradas por bueyes. Una vez formada, la caravana llenó toda la plaza frente a la Iglesia de Santa Sofía. Por todas partes se oía el relincho de un caballo, el rugido de los caballos, el rugido de los bueyes y las maldiciones de los guardias que custodiaban la caravana. Como corresponde a algunos guardias, eran personas enfadadas.

Después de dos horas de organización y conteo, la caravana salió corriendo. Al llegar al Golden Gate, se tensó y, como a través de un cuello de cristal, comenzó a salir. Tuvo que pagar para salir de la ciudad en flete.

Arseni y Ambrogio se estaban quedando sin bienes, por lo que no les pagaron. Lo único que valoraban era la vela de plata, pero nadie lo sabía.

Pero los mercaderes llevaban pieles, sombreros, cinturones, cuchillos, espadas, candados, rejas de arado, telas, sillas de montar, lanzas, arcos, flechas y adornos. Desde el punto de vista de los que estaban en el Golden Gate, los mercaderes tenían algo por lo que pagar. El dinero no se tomaba sobre bienes, sino sobre los cuales. Porque en cada vagón ponían todo lo que podían contener, a veces incluso más. En tales casos, los carros se rompieron y los bienes en ellos, de acuerdo con la ley, pasaron a ser propiedad del voivoda de Kiev.

Las cosas caídas (que cayeron del carro, desaparecieron) también fueron tomadas sin piedad. En las puertas el camino estaba lleno de baches. Si los pozos desaparecieron con el tiempo, se restauraron cuidadosamente a su estado original. En la Edad Media, como en épocas posteriores, las costumbres supieron trabajar con los viajeros.

Dejando una distancia considerable de la muralla de la ciudad, la caravana se detuvo. Aquí la esperaban diez carros, en los que se ordenaría parte de la carga descargada. Como estaban después de atravesar las puertas, las mercancías no habrían llegado a Venecia, y los comerciantes lo entendieron. Reorganizar los productos tomó varias horas. Cuando la caravana finalmente se puso en camino, el sol ya se había puesto.

Pasaron la noche no lejos de Kiev. La caravana era tan grande que tuvieron que buscar refugio en algunos pueblos. Mientras se dispersaban por los pueblos, Ambrogio y Arseni se acercaron a la guardia de Vlas. Tenía una bolsa en sus manos y un bardo en su cinturón.

Desde Pskov, preguntó el guardia de Vlas.

Desde Pskov, los viajeros respondieron.

Todavía soy de allí, pero gano dinero con la seguridad. Ven conmigo, te llevaré a un buen lugar.

Arseni y Ambrogio se refugiaron en la misma *manada* [30]que el comerciante polaco Wladyslaw, que se dirigía a Cracovia. Había traído consigo siete lazos de pieles de marta, comprados en Novgorod. Los siete lazos fueron colocados por el comerciante Wladyslaw al lado del banco en el que fue puesto a dormir.

Las pieles estaban frescas y despedían un olor acre. Hablando de su mercancía, el comerciante se aferró a los pezones de sus grandes orejas, uno a la vez. Debido al calor en el *criadero,* sus orejas se quemaron, y eso hizo que su tamaño inusual fuera aún más visible. Algunos anillos brillaban en sus gruesos dedos. De vez en cuando metía los dedos en las pieles de marta cibelina, como hierba, y las piedras preciosas brillaban allí como grandes fresas no comestibles.

Maravillosas pieles, concluyó el mercader Wladyslaw.

No son los mismos en Cracovia, preguntó Ambrogio cortésmente.

Por supuesto que lo soy, el comerciante está ofendido. Solo a otros precios. Puedes encontrar cualquier cosa en el Reino de Polonia.

Hablaba con un acento pronunciado y algunas palabras eran difíciles de discernir.

El habla de los que hablan no es tan cierta como al inicio de nuestro viaje, le dijo Arseni a Ustina, recostado en un banco. Las palabras son cada vez más vagas. Algunos resbalan, quedando irreconocibles. Para ser honesto, mi amor, eso me preocupa un poco.

Después de un momento, Arseni se durmió.

13

Al amanecer, la caravana partió de nuevo. La organización recordaba a la del día anterior, pero no es exactamente la misma. La forma final tomó forma después de que los viajeros abandonaran el último pueblo. La caravana avanzaba lentamente. Su ritmo lo daba la velocidad de los bueyes, ganado que

---

30 Casa de campo en Ucrania **.**

por su naturaleza no tiene prisa. Los bueyes tenían una mente pensante, aunque en realidad no pensaban en nada. La caravana avanzaba sin dejar rastro, pues hacía mucho tiempo que no llovía. Todo lo que quedó fue un rollo de polvo flotando en el aire seco.

Un poco más adelante, Arseni y Ambrogio vieron a Vlas en la guardia. Parecía mayor el día anterior, pero ahora parecía casi un niño. Estaba embarrado. Con ojos grises. Los saludó y dijo algo. Por el ruido de la caravana, no oyeron. Ambrogio asintió en su oído.

Yo vivía en Zapskovie, gritó Vlas. En Zapskovie. Sonreír. ¿Conoces este lugar?

Lo conocían y asintieron: sí, entiendo, en Zapskovie.

El camino era angosto y el caballo de Arseni chocaba ocasionalmente con el caballo de Ambrogio. Arseni tomó de la mano el caballo de su compañero y dijo:

Llevo años intentando servir a la salvación de Ustina, a la que maté. Y todavía no entiendo si mi trabajo es beneficioso. Todavía estoy esperando una señal que me muestre que voy en la dirección correcta, pero no he visto ninguna señal en todos estos años.

"Es fácil seguir las señales y no se necesita coraje", respondió Ambrogio.

Si se tratara de mi salvación, no estaría impaciente. Iba y seguía hasta donde llegaban mis pies, porque no tengo miedo al movimiento y al esfuerzo. Solo tengo miedo de no ir a ninguna parte.

Esto se debe a que la principal dificultad, creo, no está en el movimiento (Ambrogio se encontró con la mirada de Arseni), sino en elegir el camino.

La caravana atravesaba un bosque. Arseni se balanceaba silenciosamente en la silla, y era difícil saber si asentía a lo que había dicho Ambrogio o si su cabeza se balanceaba al paso del caballo. Cuando salieron al campo, Arseni dijo:

Simplemente tengo miedo, Ambrogio, de que todo lo que hago no ayude a Ustina, y mi camino no me lleve hacia ella, sino lejos de ella. Ante el inminente fin del mundo, comprendes que no tengo derecho a perderme. Porque si no estoy en el camino correcto, no podré volver a encarrilarme.

Ambrogio se desabrochó el caftán superior.

Voy a decir algo raro. Cada vez me parece más que no hay tiempo. Todo existe en el mundo fuera del tiempo, de lo contrario, ¿cómo podría saber el futuro si no fue? Creo que el tiempo nos es dado por la misericordia del Señor, para que no nos confundamos, porque la conciencia del hombre no puede recibir en ella todos los acontecimientos a la vez. Estamos aprisionados en el

tiempo por nuestra debilidad.

Entonces, en tu opinión, el fin del mundo ya existe, preguntó Arseni.

No descarto esto. Sólo existe la muerte de cada individuo, ¿no es este un fin particular del mundo? Después de todo, la historia general es sólo una parte de la historia privada.

Se puede decir al revés, notó después de que Arseni pensara un rato.

Es todo lo contrario: estas dos historias no pueden estar una sin la otra desde el principio. Aquí, Arseni, es importante que para cada ser humano el fin del mundo llegue unas décadas después del nacimiento, eso es según lo que se le dé. (Ambrogio se sienta en el casco del caballo y respira en su crin.) El fin del mundo, como sabes, me preocupa, pero no le tengo miedo. Quiero decir, tengo más miedo de mi propia muerte.

El camino se ensanchó y el mercader Wladyslaw se unió a ellos.

"Escuché que estabas hablando de la muerte", dijo el comerciante. A los rusos siempre os gusta hablar de la muerte. Y eso te aleja de poner tu vida en orden.

Ambrogio se encogió de hombros.

Pero no se está muriendo en Polonia, preguntó Arseni.

El comerciante Wladyslaw se rascó la nuca. Su cara es dudosa.

Muere, claro, pero cada vez menos.

Espoleó a su caballo y galopó hacia la cabeza de la caravana. Arseni y Ambrogio lo miraron en silencio.

"Sigo pensando en tus palabras sobre el tiempo", dijo Arseni. ¿Recuerdas cuánto tiempo vivieron los patriarcas? Adán vivió novecientos treinta años, Set novecientos doce y Matusalén novecientos sesenta y nueve. Dime, ¿no es el tiempo una bendición?

El tiempo es más una maldición, Arseni, porque no existía en el cielo. Por eso los patriarcas vivieron tanto tiempo, porque la atemporalidad aún brillaba en sus rostros. Es como si estuvieran acostumbrados al tiempo, ¿sabes? Todavía había poco de ellos en la eternidad. Y luego su edad comenzó a acortarse. Y aconteció que cuando Faraón le preguntó cuántos años tenía, él dijo: Los días de los años de mi viaje son ciento treinta años. Los días de mi vida fueron pocos en número y malos, y no alcanzaron los días de los años de mis padres.

Tú, Ambrogio, hablas de una historia común, que consideras predeterminada. Tal vez sea así. Pero la historia personal - es completamente diferente. El hombre no nace finito. Aprende, da sentido a la experiencia y construye su propia experiencia. Se necesita tiempo para eso.

Ambrogio puso su mano sobre el hombro de Arseni.

Pero yo, amigo mío, no cuestiono la necesidad del tiempo. Es importante recordar que solo el mundo material necesita tiempo.

Pero solo en el mundo material se puede actuar, dijo Arseni. Esa es la diferencia entre Ustina y yo. Y necesito tiempo, si no para los dos, al menos para ella. Yo, Ambrogio, tengo mucho miedo de que se acabe el tiempo. No estamos preparados para eso, ni yo ni ella.

"Nadie está preparado para eso", dijo Ambrogio.

14

Unos días después, la caravana llegó a Zhitomir. Dejando Zhitomir, se dirigió a Zaslav. De Zaslav, su camino a Kremeneț. Pero cuando salieron de Cremeneet, el comerciante Wladyslaw dijo:

Comienza el Reino de Polonia.

Dijo esto en voz tan alta y rara vez que los que lo rodeaban volvieron la cabeza. Algo especial era de esperar del Reino de Polonia: después de todo, el primer reino había aparecido en el camino hacia la caravana. El estado de ánimo era bueno. La caravana avanzaba, pero a ambos lados del camino se extendían los mismos bosques, campos y lagos que habían acompañado a los viajeros en el camino. Algunos argumentaron que los bosques, los campos y los lagos ya no eran los mismos. Pero otros, notando el parecido con los vistos antes, lo explicaron por el hecho de que el Reino de Polonia aún no había comenzado.

Por la noche encontró la caravana en una zona desierta, y nadie, ni siquiera el comerciante Wladyslaw, supo decir si ya era Polonia o si todavía era Lituania. Una multitud de jinetes pasó galopando junto a la caravana. Preguntaron a los jinetes en qué tierra estaba la caravana, pero no sabían o no querían responder. Eran jinetes bastante siniestros.

Se detuvieron en un campo junto a un bosque y encendieron fuegos. Arseni y Ambrogio estaban en llamas con el comerciante Wladyslaw y la guardia de Vlas. Antes de acostarse, el guardia de Vlas preguntó a los presentes si había personas con cabeza de perro. El guardia era un joven ávido de instrucción.

Viajando hacia el este desde Rusia, dijo Ambrogio, el monje italiano Giovanni da Pian del Carpine vio a esas personas. O le hablaron de ellos, lo que, por supuesto, no es lo mismo.

Aclarando su voz, el comerciante Wladyslaw entró en discusión.

En el Reino de Polonia, se veía que las personas tenían una apariencia completamente humana, pero sus piernas terminaban como patas de buey, y

sus cabezas eran humanas, pero sus caras eran como las de los perros, decían dos palabras humanas, y la tercera ladraba como perros.

El Reino de Polonia es muy interesante, dijo Ambrogio, y solo podemos lamentar haberlo atravesado sin largas paradas.

Pero, prosigue el mercader Wladyslaw, también he visto personas con orejas tan grandes que se cubren todo el cuerpo con ellas.

Arseni miró a regañadientes a los oídos de Wladyslaw. Tampoco eran pequeños, pero era imposible taparlos.

Straja Vlas preguntó:

Pero, ¿hay gente en el Reino de Polonia que vive sólo de los olores? Me han dicho que hay gente así.

Hay de todo en el Reino de Polonia, respondió el comerciante Wladyslaw. Hay personas con estómagos pequeños y bocas pequeñas: no comen nada de carne, solo la hierven. Mientras hierve, se sientan en la olla, absorben el vapor y se aferran a él.

¿Y qué quieres decir, se pregunta Vlas, con que no come nada en absoluto?

Y si come, es solo una pequeña cantidad, dijo el comerciante con modestia.

El fuego había ardido y nadie le había prendido fuego. Todos se estaban preparando para ir a la cama, incluido el guardia de Vlas. No era su turno de hacer guardia esa noche. Lentamente, los otros fuegos se apagaron, excepto uno con varios guardias. Tenían que permanecer despiertos hasta la mañana. Después de un tiempo, ese fuego se apagó.

Arseni arrancó hierba blanda y helechos y los colocó sobre la cama. Puso la silla de montar sobre su cabeza. La silla olía a cuero y sudor de caballo. En la oscuridad de la noche, el olor era particularmente desagradable. Una indistinta inquietud invadió el alma de Arseni. La luna llena estaba en sus ojos. Se volvió hacia un lado, pero la silla de montar le apretaba la mejilla. Después de una sábana corta, se tumbó de espaldas.

La silla de montar fue creada para otro lugar, susurró Ambrogio mientras observaba a Arseni encontrar su lugar. tengo algo mejor

Él le entregó un cinturón suave y ancho. Arseni estaba dispuesto a negarse, pero se detuvo a tiempo. Estaba agradecido con Ambrogio por cuidarlo. Se sentó y pensó que, después de tantos años, no estaba solo por primera vez.

Se sentía cansado de estar solo. Y las lágrimas brotaron de sus ojos. Y se durmió llorando.

Arseni soñaba con gritar. Los gritos eran bélicos y desesperados al mismo tiempo. Estaba claro para él que venían de diferentes personas. Tal vez ni siquiera eran humanos. Ellos podrían ser los que luchan por Ustina. Dos

fuerzas opuestas tirando del alma del difunto en diferentes direcciones.

Arseni abrió los ojos y se dio cuenta de que los gritos no estaban en un sueño. Se podían escuchar desde un extremo distante del campo donde estaba disperso el campamento. Arseni vio cómo, sacando su bardo de su cinturón, Vlas pasaba corriendo junto a ellos. El guardia corría en dirección a los gritos. Todo estaba todavía oscuro, y solo en el este, de donde venía la caravana, comenzó a resquebrajarse durante el día.

Atacaron la caravana, gritó alguien cerca.

Así es. Los ladrones habían elegido atacar el momento del sueño antes del amanecer, cuando el cuerpo, cansado del calor, carecía de voluntad y defensa. Primero habían atacado a los guardias por la noche. No resistieron porque no estaban despiertos, sino por el contrario, estaban profundamente dormidos. Lo mataron en el acto, dormido, junto al fuego. Uno de ellos, herido de muerte, gritó y despertó a los demás guardias. Los guardias que habían dormido esa noche vestidos inmediatamente se lanzaron a la batalla.

Los ladrones no esperaban resistencia. Estaban acostumbrados a que los guardias huyeran en tales casos, dejando todos los bienes para ser destruidos. Pero los guardias no habían huido. Rechazando a los ladrones en silencio y con fiereza, realmente se habían despertado durante la pelea. Los malhechores ya habían visto que no sería una victoria rápida, pero la victoria a toda costa no entraba en sus planes. Después de perder algunas personas que habían sido asesinadas, decidieron retirarse. Hubo una voz baja y los ladrones comenzaron a abandonar la caravana. En cuestión de minutos, el enjambre de jinetes se dirigía hacia el este. Sin que nadie siga sus pasos.

Cuando estuvo completamente iluminado, quedó claro qué terrible batalla había sido. Cuatro guardias muertos yacían junto al fuego. No tenían armas en sus manos, simplemente no tenían tiempo para despertar. También descubrieron los cuerpos de tres ladrones. Por la forma de las cruces que llevaban en la piel, se dieron cuenta de que no eran rusos.

Terribles gritos resonaron en el campo de batalla. Se quedaron en silencio o se reiniciaron con una fuerza inhumana, porque no había humanos en estos gritos. Arseni fue al lugar donde estaba gritando. El que gritaba estaba rodeado por la multitud, pero nadie decidió acercarse a él. Un hombre enroscado rodó por el suelo ensangrentado, y detrás de él se arrastraron el polvo y las agujas de pino. Cuando, en un espasmo, el hombre se enderezó por un momento, Arseni vio que era el guardia de Vlas.

Arseni dio un paso hacia Vlas y la multitud se hizo a un lado frente a él. Estaba esperando que alguien diera ese paso. Su ferviente deseo de ayudar se

materializó en abrirle el camino a Arseni de manera rápida y amplia. Se inclinó sobre el herido. Vlas, que no hablaba mucho, Vlas, que era benévolo, se había convertido en una carne atormentada que gritaba. Y Arseni se preguntó si todavía había espíritu en esa carne, y él respondió que no podía evitar serlo.

Con un cuchillo afilado, Arseni corta la ropa del hombre atormentado y descubre su pecho. Pidió agua. Cuando le trajeron una taza de agua, ordenó a los que lo rodeaban que sujetaran a Vlas por las piernas y las manos. Luego tomó los intestinos de Vlas del piso y comenzó a lavarlos con agua corriente. Puede sentir coágulos de sangre y membranas mucosas en su superficie resbaladiza. Vlas gritó como si no hubiera gritado antes. Ambrogio, para apoyar a Arseni, le puso la mano en la espalda, pero miró hacia el otro lado, sin poder ver lo que le pasaba a Vlas. Arseni le metió los intestinos en el estómago y lo ató con un paño. Varias personas recogieron al herido y lo tendieron en uno de ellos, sobre unas pieles. Su cabeza colgaba sin vida. Vlas había perdido el conocimiento.

Veo que morirá pronto, le dijo Arseni a Ustina, y yo, mi amor, no tengo poder para ayudarlo. Pero cuanto más tiempo tenga que vivir, más fácil será para él.

Los guardias asesinados decidieron enterrarlos en el pueblo ruso más cercano, ya que el comerciante Wladyslaw les dijo que en el Reino de Polonia no solo había pueblos polacos, sino también pueblos rusos, especialmente cerca de la frontera. Después de pensarlo mucho, decidieron llevarse los cadáveres de los ladrones también, pero dárselos al campesino por separado.

La caravana se puso en marcha. Sacudido por el carromato, el guardia de Vlas recuperó el conocimiento y comenzó a gemir. La sacudida le causó dolor. Arseni se acercó a la carreta y puso su mano sobre el hombro del desafortunado. Perdió el conocimiento de nuevo. Cuando Arseni tomó su mano, Vlas se recuperó y empezó a gritar de nuevo. Entonces Arseni caminó a su lado y no tomó su mano.

Al llegar al pueblo más cercano, la caravana se detuvo. Decidieron dejar allí a Vlas, que ya no aguantaba los golpes. Era un pueblo polaco, y el comerciante Wladyslaw fue a hablar. Después de varios intentos fallidos, el comerciante logró llevarse bien con dos ancianos. Sus nombres eran Tadeusz y Jadwiga, y no tenían hijos. Este pueblo misericordioso se mostró dispuesto a atender a los enfermos.

Cuando lo llevaron a la casa de Tadeusz y Jadwig, Vlas abrió los ojos. Al ver a Arseni junto a su cama, el dolor pasó. Vlas preguntó solo de sus labios:

¿Me vas a dejar, Arsenie?

Los mercaderes de la caravana miraron a Vlas y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Todos sabían que tenían que partir en una caravana.

No te preocupes, Vlase. Estaré contigo.

Arseni se volvió hacia Ambrogio.

Ambrogio inclinó la cabeza. Salió con los mercaderes y poco después volvió con los dos caballos. Desde las cercas de Tadeusz y Jadwig, Arseni y Ambrogio vieron partir con dificultad la caravana.

Jadwiga quería hacerle un lío a Vlas, pero Arseni la detuvo. Sólo permitió que se le diera agua. Ambrogio siempre levantaba una copa de arcilla a los labios de Vlas. Vlas bebió con avidez, sin soltar la mano de Arseni. Permaneció semiconsciente todo el día. Por la noche abrió los ojos y preguntó:

¿Moriré?

Tarde o temprano todos morimos, respondió Arseni. Que este pensamiento sea un alivio.

Pero me estoy muriendo demasiado pronto.

Los ojos de Vlas se empañaron. Inclinándose sobre él, Arseni dijo:

Las palabras *temprano* y *tarde* no definen el contenido de los fenómenos. Sólo se refieren a la forma de su paso - del tiempo. Que en realidad, según Ambrogio, no existe.

Arseni miró a Ambrogio.

Yo creo, dijo Ambrogio, que no es el tiempo lo que se acaba, sino el fenómeno. El fenómeno se expresa y deja de existir. El poeta muere, digamos, a la edad de 37 años, y la gente, llorándolo, comienza a fingir que aún podría haber escrito. Pero puede que ya haya dicho lo que tenía que decir, estaba hablando plenamente.

No sé de quién estás hablando, pero esto es lo que debes pensar. Arseni señaló a Vlas, que estaba inconsciente. ¿Estás diciendo que este chico ya ha hablado?

"Nadie sabe eso", dijo Ambrogio. Además de Dios.

Con una fuerza inesperada, Vlas estrechó la mano de Arseni.

Tengo miedo de dejar este mundo.

Usted no está solo.

Mi madre y mis hermanos se quedaron en Pskov.

Yo soy tu hermano.

Mira, vine aquí como guardia. Para hacer dinero. ¿Para qué?

Tienes que vivir para algo.

Bueno, mira, no tienes que hacerlo. No sueltes mi mano.

la estoy abrazando

Hasta el final.

El moribundo cerró los ojos.

Los primeros gallos, ¿oíste?

No, respondió Arseni, no puedo oír.

y escucho Canta para mi. Lástima que me voy sin la comunión. Sin arrepentimiento.

Dígame. Llevaré la confesión a Jerusalén, y creo que vuestros pecados se convertirán en polvo.

Pero eso no será hasta después de mi muerte. ¿Se pondrá en mi cuenta?

Pero les digo, la existencia del tiempo está en duda. Tal vez *ni* siquiera exista.

Entonces Vlas comenzó a confesar. Ambrogio salió al porche, donde estaban sentados Tadeusz y Jadwiga. Le habían dicho algo en polaco. Ambrogio no entendió sus palabras, pero asintió. Estuvo de acuerdo con cada palabra de ellos porque vio que eran buenas personas.

Solo no olvides ninguno de mis pecados, susurró Vlas a Arseni.

No lo olvidaré, Vlas. Arseni acaricia su cabello. Todo estará bien, ¿lo escucharás?

Pero Vlas ya no podía escuchar nada.

15

Después de derribar a Vlas al suelo, Arseni y Ambrogio se pusieron en marcha.

Esperaban alcanzar a la caravana, así que se dieron prisa. En efecto, llegaron a medianoche, las caravanas no amanecían. A la mañana siguiente, Arseni y Ambrogio continuaron su viaje con la caravana.

Las llanuras fueron reemplazadas por las llanuras, y los mercados polacos fueron reemplazados por los mercados rusos. En Busk vivían en su mayoría polacos, en Nesluhov, rusos, pero en Zapatov, presumiblemente, mitad y mitad. No estaba claro en quién vivía Lvov. En una calle de Lviv, la caravana Stepan salió del camino. Stepan no estaba despierto y el idioma en el que hablaba no era claro. Târgoveț los amenaza con el puño. Resbalando en un estiércol, rodó debajo del caballo de uno de los guardias. El casco del caballo cayó sobre su mano y le rompió el hueso. Después de poner a Stepan en un carro, enviaron a buscar a Arseni.

¿Cómo te llamas, hombre?, preguntó Arseni, envolviendo la mano de Stepan con fuerza alrededor de un trozo de tela.

Stepan le estrechó la mano y murmuró algo incomprensible.

A juzgar por su gesto, su nombre era Stepan, supuso el comerciante Wladyslaw.

"Escucha, Stepan", dijo Arseni, "el mundo de Dios es más ancho que tu pueblito". No tenías que golpear a la gente, porque te podías quedar sin manos.

Después de Lvov vino Yaroslav, después de Yaroslav - Rzeszòw.

En Rzeszòw, Arseni le dijo a Ustina: en el habla de los habitantes de aquí, hay un engrosamiento evidente de las consonantes silbantes. Inmediatamente te sientes sobresaturado.

Después de Rzeszòw vino Tarnòw, después de Tarnòw - Bochnia, después de Bochnia - Cracovia. En Cracovia, Arseni y Ambrogio se despidieron del comerciante Wladyslaw. El comerciante los invitó a su ciudad, pero ellos se negaron agradecidos: tenían que seguir. Se abrazaron al separarse. El comerciante tenía lágrimas en los ojos:

No me gusta romper.

La vida está hecha de separaciones, dijo Arseni. Pero recordando eso, la alegría de estar con alguien es mayor.

Yo (el comerciante Wladyslaw se suena la nariz) reuniría a todas las buenas personas que encontrara y no las dejaría ir.

"Creo que pronto serán malos", sonrió Ambrogio.

Dejando Cracovia, la caravana la llevó a lo largo del Vístula. El río aún no era ancho aquí. Serpenteando con él, llegaron a Oswișcim [31]. ambrosio dijo:

Créeme, Arseni, este lugar despertará horror durante siglos. Ahora se siente su carga.

Después de él comenzó Silesia. Mientras Arseni preguntaba a los mercaderes por Silesia, pasó desapercibida en Moravia. Arseni se apresuró a averiguar todo sobre Moravia, porque nada en Moravia predijo que sería más grande que Silesia. En boca de quienes allí vivían, la lengua eslava alternaba con el alemán y el húngaro, por igual. A medida que avanzaban hacia el suroeste, el habla alemana se hizo más frecuente, reemplazando a todos los demás. Así empezó Austria.

La palabra alemana no era ajena a Arseni. En lo que dijo la gente que encontró en el camino, adivinó palabras que una vez había intentado leer en Belozersk cuando estudiaba con el comerciante Afanasi Blocha. Resulta que la pronunciación de los hablantes de alemán difería sustancialmente de la pronunciación de Afanasi. De hecho, Afanasi solo fue parcialmente culpable de esto. Desde entonces, los habitantes de Austria se esfuerzan por hablar

---

31Auschwitz.

alemán a su manera. A fines del siglo XV, los austriacos aún no sabían exactamente si eran diferentes de los alemanes y, de ser así, de qué manera. Las peculiaridades de la pronunciación finalmente respondieron ambas preguntas.

En Viena, Ambrogio fue a la Catedral de San Esteban para compartir. Arseni decidió ir con él. Fue con Ambrogio, completamente convencido de que de todos modos no había una iglesia ortodoxa en Viena. Quería ver la enorme catedral por dentro. Pero aparte de eso, y esa fue probablemente la razón principal, nunca antes había estado en una comida católica.

La impresión es doble, dijo Arseni a Ustina desde la Catedral de San Esteban. Por un lado, el sentimiento de algo relacionado, porque tenemos raíces comunes. Por otro lado, no me siento como en casa aquí porque nuestros caminos se han separado. Nuestro Dios es más cercano y más cálido, el de ellos es más alto y más grande. Tal vez sea una impresión superficial, producida, amor mío, por la ignorancia del latín. Pero no fue hasta el final de mi servicio que me di cuenta de que los propios austriacos lo sabían.

El monje franciscano Hugo de Dresde se une a la caravana en Viena. El hermano Hugo había estado a cargo de su monasterio en Bohemia y ahora se dirigía a Roma. Iba montado en un burro, e incluso explicó, doblando un dedo, por qué lo hacía. Primero, Cristo caminó sobre un burro (el monje hizo la señal de la cruz). En segundo lugar, el burro es más pequeño que el caballo y, por tanto, necesita menos cuidados. Tercero, el burro es un idiota testarudo, y eso es exactamente lo que un verdadero monje necesita para la humildad.

Todo lo que decía el hermano Hugo era verdad. La propia obstinación del burro se vio exacerbada por el hecho de que, como jinete, al hermano Hugo no le gustaba el animal. El hermano era benévolo y comunicativo, pero gordo e impaciente. El burro siempre amanecía, golpeándolo en las costillas con los talones, mientras que la bestia apreciaba sobre todo la falta de prisa y de paz. No es de extrañar que la lengua de Hugo fuera molesta. Cada vez que el hermano Hugo empezaba a hablar, el burro intentaba morderlo en la rodilla.

Después de hablar con todo tipo de personas en la caravana (esto le costó algunos dolorosos mordiscos), el franciscano se acercó a Arseni y Ambrogio. A diferencia de muchos otros, entendían más o menos alemán. Probablemente sea un factor de por qué les está yendo tan mal, dijo el hermano Hugo. Además -y esto no era poca cosa- le había comenzado a parecer que en presencia de los dos peregrinos su burro se había calmado y lo mordía mucho menos.

Dejando Viena, la caravana viajó a lo largo de los Alpes. Las llanuras se

extendían entre la carretera y las montañas. Era relajante, casi perezoso en la forma en que eran estas montañas. Pero a pesar de su aparente silencio, su inmovilidad era engañosa. A diferencia de las llanuras, que permanecían honestas en sus lugares, las montañas se movían. Acompañaron a la caravana por el lado derecho, sin acercarse a ella, pero también sin alejarse. Avanzaban a la velocidad de la caravana, ya los que iban a pie les parecía que no podían alcanzarlos.

En el extremo más alejado de las llanuras, donde el viento soplaba a través del centeno, allí comenzó el movimiento. Quedándose como una llanura, estos espacios ya se movían junto con las montañas. A medida que avanzaba, las montañas se transformaron. Se hicieron más altos, más redondos, el bosque se convirtió en una roca y la roca se cubrió de nieve. Arseni vio altas montañas por primera vez, y ahora, sin apartar los ojos de ellas, las admiró.

Así llegó la caravana de Viena a Graz, y de Graz tomó dirección a Klagenfurt. Allí el camino ya pasaba por las montañas. La serpiente seguía los gigantescos pliegues de piedra. Las rocas se inclinaban sobre el camino más angosto. A veces casi se cerraban y luego oscurecía. Pero a veces las montañas volvían a desmoronarse, y en esos lugares la caravana se detenía, porque en los lugares anchos había menos peligro de caer bajo un tiro de piedra.

En el lugar de descanso, el hermano Hugo siempre arrojaba polvo de los caminos irlandeses para matar serpientes, sabiendo que las oraciones de San Patricio habían rescatado a Irlanda de los reptiles. La tierra de este país era tan insoportable para los reptiles que incluso las ranas traídas en el barco solo eran arrojadas a tierra en la costa irlandesa. El polvo, cuidadosamente recogido por los franciscanos en Irlanda, continuó protegiendo a los viajeros en los Alpes también.

Atando el burro a un arbusto un poco más adelante, el hermano Hugo tuvo la oportunidad de contar en voz baja durante el descanso cómo los Alpes aguantan el calor en el verano, y sus acantilados aguantan los fríos vientos del norte de Boreas y Arctos. También sabía algo sobre las Montañas Hiperbóreas del Extremo Norte, que tienen una superficie lisa, parecida al vidrio, lo que hace que reflejen fácilmente los rayos del sol. La forma cóncava de las montañas hace que los rayos se encuentren en un punto, y esto calienta el aire. Y la altura de las montañas no permite que este aire se mezcle con el frío ártico que, de hecho, hace que el clima sea especialmente agradable.

Por lo tanto, los hiperbóreos que allí habitan llegan a una edad en la que naturalmente se cansan de la vida y, sin razón aparente, se arrojan desde los altos acantilados al mar, acabando así con su existencia, lo que es, por

supuesto, un pecado. .

Captando el momento adecuado, el hermano Hugo les contó a sus nuevos conocidos sobre otras montañas. Comparta información sobre el Olimpo, que mira hacia las nubes, el Líbano ahogado en el bosque y el Monte Sinaí, cuya cumbre está justo en el cielo, por lo que la gente común no puede escalarla. Siendo franciscano, el monje naturalmente recordó el Monte La Verna, en el que San Francisco se retiró, bendiciendo la montaña como antes había bendecido a los pájaros. El hermano Hugo no pasó por alto la montaña por la que había pasado Alejandro Magno, que había convertido a los valientes en cobardes y a los cobardes en valientes. Alexander era un viajero olvidado de sí mismo, y el camino se extendía bajo sus pies.

A veces me siento como si fuera Alejandro, le dijo Arseni a Ustina. Y el camino yace solo bajo mis pies. Y, como Alexander, no sé adónde va mi amor.

Un día, la caravana cayó debajo de una roca. Las piedras volaron, resonando al pasar con un suave eco: era algo aterrador. Cuando el silencio amainó, todos vieron que un caballo ladraba en una zarza cerca del camino. Lanzó espasmódicamente un casco frente a él, y las ramas crujieron debajo de su grupa. Intentaron matarlo para acabar con su tormento, pero Arseni detuvo a los que querían hacerlo. Se acercó al caballo desde la zarza y le puso la mano en la crin. El caballo dejó de patear. Su pata delantera estaba sangrando. Arseni rodeó al caballo y le tocó la pierna lesionada.

Esto no es agonía, dijo Arseni, el caballo lucha no porque entregue su alma, sino por el terrible dolor. Su pierna estaba gravemente golpeada, pero no estaba rota. Dame un trozo de tela, le envolveré la pierna para evitar que la sangre fluya.

Mira, oye, está gritando desde la caravana, pero ten cuidado, te puede matar con su casco. Y ten en cuenta que no podemos esperarte con la caravana hasta que el caballo se recupere.

Arseni enroscó la pata de su caballo y, sentándose a su lado, pasó la mano con cuidado por la tela. No pasó mucho tiempo antes de que el caballo se levantara. Cojeaba, pero caminaba. Los comerciantes agradecieron a Arseni, no tanto por salvar al caballo como por lo inusual que había presenciado. Comprendieron que el caballo no había sido importante en lo que habían visto. La caravana prosiguió.

En los pasillos amplios y luminosos, donde el camino permitía que los tres jinetes caminaran uno al lado del otro, el burro de fray Hugo estaba siempre entre el caballo de Arseni y el de Ambrogio. El andar medido de los caballos iba acompañado de su pequeño y frecuente retumbar, que recordaba a un

tambor de juguete. Las mejillas y mejillas del hermano Hugo revolotearon al ritmo. A pesar del diferente ritmo, los caballos y el burro caminaban uno al lado del otro, lo que era un honor para este último. En cuanto a su hermano, era importante para él ser escuchado por ambos interlocutores.

Cuando llovía, el hermano Hugo les hablaba de la naturaleza de las nubes, pero cuando hacía buen tiempo les hablaba de las órbitas celestes, sobre las que flotan las estrellas, día y noche. Al darse cuenta de lo rápido que cambiaba el clima en los Alpes, el franciscano no ocultó a Arseni y Ambrogio el hecho de que conocía la influencia del clima en la naturaleza humana. Siguiendo las particularidades climáticas de las tierras, había llegado acertadamente a la conclusión de que los romanos eran sombríos, los griegos volubles, los africanos pérfidos, los galos crueles y los ingleses y los teutones viciosos. El jabalí fuerte en el valle de Ron hizo que la gente se sintiera aliviada e incapaz de cumplir su palabra. Pero el desplazamiento de personas conduce inevitablemente, con el cambio climático, a un cambio de temperamento. Así, al mudarse a Italia, los lombardos perdieron su dureza en parte, por supuesto, porque se casaron con una mujer italiana, pero principalmente, como es de esperar, también debido a las condiciones climáticas.

"Si no lo hubiera conocido, hermano Hugo", dijo Arseni, "nunca hubiéramos encontrado muchas cosas útiles".

Viajar en el espacio enriquece la experiencia, respondió el hermano con modestia.

Comprime el tiempo, dijo Ambrogio. Y lo hace más espacioso.

El que viaja por los Alpes es como el que atraviesa un laberinto. Zigzaguea sobre el trasero de los transeúntes, siguiendo su contorno, y su camino nunca es recto. A veces los transeúntes se unen, dando al viajero la oportunidad de pasar libremente de uno a otro. Pero como son ante todo una prueba para el hombre, las montañas no siempre ofrecen condiciones cómodas en este sentido. No es raro que los pasos estén completamente cerrados por montañas. En tales situaciones, solo hay una salida: hacia arriba.

Así tenía que moverse la caravana. El camino bajaba por la pendiente más suave, y la caravana subía lentamente. Siempre que la subida no fuera demasiado empinada, el hermano Hugo les habló de la asombrosa naturaleza de los glaciares, que no sólo se deslizan hacia abajo entre las rocas, sino que también están en constante movimiento dentro de ellas, de modo que sus partes superiores se van hundiendo poco a poco hacia abajo, y los inferiores suben a la superficie, lo que provocó que los cuerpos de los que habían caído en profundas grietas y hendiduras fueran descubiertos después sobre la

superficie del hielo. El hermano Hugo les habló entonces de las avalanchas, que se inician al menor grito y se van, creciendo como un enorme bulto informe que arrastra tras de sí todo lo que encuentra a su paso: personas, caballos, carretas y todo lo que se lleva la avalancha no ya no sale a la superficie, porque después de la caída la avalancha se congela para siempre.

Con cada hora que pasaba, la pendiente se volvía más y más empinada, haciendo que la subida no solo fuera difícil, sino nada segura. El aire ya estaba más frío. El camino se estrechó. A la derecha de los pasajeros se elevaba una roca empinada, a la izquierda un torrente rugía en el fondo del paso, y un arco iris brillaba en sus gotas. A medida que subían, empezó a nevar, y los torrentes y el vapor del torrente se depositaron y congelaron en el camino, haciéndolo resbaladizo.

Las patas del burro en que montaba el hermano Hugo seguían andando, y hasta los caballos de herradura resbalaban. Varias veces el burro cayó sobre sus patas delanteras y el hermano Hugo desmontó. No dijo nada más y caminó, perdiendo el aliento, frente a Arseni y Ambrogio. El ancho de la carretera ahora solo permitía a dos ciclistas uno al lado del otro. Después de un rato, todos los jinetes desmontaron, llevando sus carruajes tirados por caballos. Los dueños de las carretas las empujaban por detrás porque las patas de los bueyes habían comenzado a cruzar impotentes sobre el hielo.

En un recodo del camino, las patas del burro se torcieron hacia la derecha, y cayó hacia un lado y comenzó a deslizarse salvajemente, llevándose consigo al hermano Hugo. El burro iba dando vueltas lentamente valle abajo, y todos, helados, miraban cómo se movía su barriga blanca y aparentemente sobredimensionada, se movían sus sacos de viaje, sus piernas se tensaban sin poder hacer nada, solo para acelerar la bajada, y cómo el hermano Hugo se deslizaba con él, incapaz de soltar la cuerda...

En el último momento, Ambrogio agarró al franciscano por el cuello y este soltó la cuerda, pero el burro siguió resbalando, rozando terriblemente contra las piedras heladas hasta llegar al borde del precipicio. Colgaba en el aire. Con un ruido sordo que se apagó, se estrelló contra el torrente.

El hermano Hugo se levantó. En silencio, los abrazó a todos. Dio unos pasos hacia el precipicio, y los que estaban allí sentados estaban listos para agarrarlo, pensando que estaba loco. Pero el hermano Hugo cayó de rodillas. En este momento se desconocía qué haría después de dejar el cargo. Pero cuando se levantó, tenía en la mano un trozo de piel de burro. Todos querían verla, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

El hermano Hugo lloraba mientras bajaba por el desfiladero. Junto con

otros, estaba ansiosa por que un carro no la llevara cuesta abajo demasiado rápido, y las lágrimas corrían por su rostro. Sacó un trozo de piel desgarrado de uno de sus pechos y lo apretó contra sus ojos. Cuando llegaron al valle, dos comerciantes de Kiev lo montaron en un carro de pieles, porque había comenzado a jadear por el ritmo acelerado. En el dolor de su camarada perdido, de repente se dio cuenta de que nadie lo estaba mordiendo. Lo cual no podía compensar la pérdida, pero aliviaba el dolor hasta cierto punto.

dieciséis

La salida del último paso alpino era estrecha. Traía consigo un arco, cuya parte superior estaba formada por árboles jóvenes, que crecían a ambos lados del camino y se inclinaban unos hacia otros. En este arco apareció una multitud de jinetes, obstruyendo el paso de la caravana. La cola de la caravana seguía arrastrándose por el desfiladero, pero el guardia que iba delante no avanzó. Se mantuvo a cierta distancia de los jinetes, sin tratar de acercarse a ellos, porque su apariencia no presagiaba nada bueno.

Son ladrones, decía el hermano Hugo desde las pieles sobre las que estaba sentado, y los que le rodeaban no podían estar en desacuerdo con él.

Los ladrones hablaban italiano entre ellos. Después de una breve discusión, se asignó a Ambrogio para hablar con ellos. Llamaron a algunos guardias para que lo acompañaran, pero Ambrogio se negó. Señaló a Arseni, que se acercaba, y dijo:

Eso es suficiente para nosotros dos.

Tres, el hermano Hugo se involucra. Tres.

Que sé italiano también. Y además, no tengo nada que perder a partir de ahora.

Entonces le dieron un caballo al hermano Hugo para que no hablara con los ladrones de abajo hacia arriba, sino que estuviera al mismo nivel que ellos. Los de la caravana habían asumido que incluso los corazones más despiadados se ablandarían al ver al monje. Los tres jinetes partieron lentamente en dirección a los ladrones.

La paz sea contigo, gritó el hermano Hugo desde lejos.

No hubo respuesta, y el hermano repitió su mensaje a corta distancia.

No hablas bien nuestro idioma, extranjero, dijo un ladrón cuyo caballo era blanco. Tienes que pagar por eso.

Los otros ladrones comenzaron a reírse. El orador estaba adivinando al capitán. Era joven y macizo. Su rostro estaba rojo brillante, como una copa de vino piamontés, y en su amplia calva había una cicatriz de espada. Su caballo

golpeó con su casco, y estaba claro que estaba expresando la impaciencia del jinete de esta manera.

No hay extraños para Dios, respondió el hermano Hugo.

Bueno, se lo enviaremos, dijo el capitán, para que seas suyo. Y tu calabaza permanece con nosotros.

Los ladrones volvieron a reírse, esta vez conteniéndose. Todavía no sabían hasta qué punto lo dicho era una broma.

Nuestro guardia es bueno y no se escapará. Es una cosa comprobada.

Verificado, pero no por nosotros.

El capitán tiró de las serpientes de cascabel y su caballo comenzó a gruñir.

Ambrogio se encogió de hombros.

De todos modos, al menos no bajé sin explicarme primero.

Sin responder nada, el capitán se fue con algunos de los ladrones al costado del camino. Dieron muchos consejos. Al no estar entre los que luchaban por el bien de la guerra, estas personas entendieron que el final de la batalla no se podía predecir. Dirigiéndose a Ambrogio, el capitán dijo:

Tráenos diez ducados humanos a cada uno, incluida la guardia, y no correrá la sangre de nadie.

pensó Ambrogio.

Un ducado a la vez, dijo el hermano Hugo. Por la posibilidad de pasar al Santo Sepulcro de Jerusalén, los incrédulos toman dos ducados cada uno, lo cual es puro robo. Como en este caso estamos siendo robados por cristianos, considero posible limitarnos a un ducado.

Parece que estamos negociando, se preguntó el capitán.

"Estoy tratando de aliviar mi conciencia", explicó el hermano Hugo.

Tras darle la vuelta al asunto, se llegó a una solución de mutuo acuerdo: cinco ducados para cada hombre que viajaba en la caravana. Cuando el hermano Hugo fue a la caravana para anunciar el resultado de las negociaciones, Arseni le dijo a Ambrogio:

El hombre que te habló está en peligro. Hay mucho ruido en su cabeza. La sangre está apretando los vasos sanguíneos en su cabeza, y los vasos sanguíneos están a punto de romperse. Veo, Ambrogio, lo inflados que están por demasiada sangre. Parecen gusanos gordos y enroscados. La circulación sanguínea se puede mejorar en esta cabeza, pero créanme, esto no sucederá sin un cambio de opinión.

Al escuchar las palabras de Arseni, Ambrogio le dijo al capitán:

El ruido que escuchas en tu cabeza es el resultado de los pensamientos que allí se refugian. Es peligroso para tu vida, pero mi compañero podría ayudarte.

Los ladrones, sin darse cuenta del ruido en la cabeza del capitán, empezaron a reírse de nuevo. Pero el capitán permaneció serio. Ella preguntó:

¿Y qué pide tu pareja por eso?

Es un hombre de fe greco-rusa y te pide que cambies tus pensamientos, en otras palabras, que te arrepientas, porque en griego el arrepentimiento se llama *metanoia,* que es exactamente lo que significa cambiar tus pensamientos.

Regateas de nuevo, resopló el capitán entre risas. Pero el objeto del trato sólo puede ser el dinero.

Esto no es un trato, sino una condición, Ambrogio negó con la cabeza. La condición necesaria para que mi camarada pueda ayudarte.

El hermano Hugo se acerca a los que hablan de dinero. El capitán tomó la bolsa de monedas de oro de sus manos y se la arrojó a uno de los ladrones para que las contara. Partiendo ya, se dirigió a Arseni y Ambrogio:

Sabes, todavía no he aceptado los términos de nadie. Señaló un trozo de cielo rodeado de rocas. Ni siquiera el suyo.

La caravana observó en silencio cómo los ladrones abandonaban el paso. Cuando el último ladrón desapareció detrás de un acantilado, la caravana también se apresuró. Todos entendieron que esta vez habían escapado fácilmente, pero no sintieron alegría.

Lo que queda de gente en el mundo, suspira uno de los comerciantes de Kiev.

Lo que dijo, el hermano Hugo le preguntó a Ambrogio.

Dijo que la gente es muy diferente.

Lo que es verdad es verdad, dijo el hermano Hugo.

Vuelve al carro de pieles. Después de decidirse por las pieles de marta cibelina, el hermano Hugo continuó:

Las personas son diferentes. Mira, hay personas que se llaman andróginas. Tienen un cuerpo masculino por un lado y un cuerpo femenino por el otro: uno de ellos tiene el pezón derecho de un hombre y el pezón izquierdo de una mujer. También hay personas llamadas sátiros. Viven en los bosques de las montañas y se mueven rápido: cuando corren, nadie puede alcanzarlos. Caminan desnudos y sus cuerpos están cubiertos de pelo. No hablo un lenguaje humano, solo grito. Como es bien sabido, también hay personas que descansan a la sombra de sus pies. Sus suelas son tan grandes (el hermano Hugo levanta las suelas) que cuando hace mucho calor se sientan debajo de ellas como un cobertizo. Hay, te informo, muchas cosas en el mundo: algunas tienen cabeza de perro, pero algunas no tienen cabeza, tienen dientes en el

pecho y ojos en los codos, otras tienen dos caras, algunas tienen cuatro ojos, otras llevan seis cuernos. cada uno, cabeza, y otros tienen seis dedos de manos y pies.

Si realmente existen, preguntó Arseni volviendo, ¿cuál es el propósito de su existencia?

Pensó el hermano Hugo.

No es un objetivo, sino una causa. El punto es que después de Babilonia, Dios les permitió a todos vivir al contenido de sus corazones. Y he aquí, algunos se pierden. Hicieron su camino de acuerdo con sus inclinaciones, y su apariencia comenzó a ajustarse a su forma de pensar. Todo es muy lógico.

Ambrogio se echó a reír.

¿Lógico? He conocido personas con tal forma de pensar que, según esta lógica, su apariencia debería haber sido horrible. Y se veían muy bien.

Sin esperar respuesta, Ambrogio espoleó a su caballo y se adelantó al galope. Después de pensarlo un momento, Arseni fue tras él.

¡No hay reglas sin excepciones! El hermano Hugo les gritó. Se dice, por ejemplo, que al otro lado de la tierra hay opuestos. Y muchos de ellos se ven como te puedes imaginar.

Pero Ambrogio ya no podía oírlo.

¿Qué opinan, preguntó el hermano Hugo a los comerciantes de Kiev?

Los comerciantes asintieron. No entendían una palabra de alemán.

Pero yo creo mucho en las historias de antípodas, el hermano sintiéndose aprobado, ¿y sabes por qué? Bueno, para ser serio, ¡tienes que admitir que la tierra es redonda! No digo que esto sea absurdo, que sea un sacrilegio, pero antes que nada que es ridículo. Una vez que reconocemos que la tierra es redonda, ¡simplemente nos vemos obligados a admitir que la gente de este lado de la tierra se está poniendo patas arriba!

El hermano Hugo se echó a reír mientras su boca lo contenía. Mirándolo, los comerciantes de Kiev también comenzaron a sonreír. La risa del hermano Hugo fue tan contagiosa que en un minuto toda la caravana se estaba riendo. Con la risa vino el miedo de estas personas que habían estado en peligro mortal en los últimos días. Esa risa era la alegría de los que esperaban Venecia, la ciudad más hermosa del mundo.

Cuando, a la mañana siguiente, la caravana abandonó el lugar del descanso de la noche, dos jinetes se acercaron a ellos desde los Alpes. Reconocieron en ellos a los ladrones que habían conocido la noche anterior. Al ver a Arseni y Ambrogio, se acercaron a ellos.

Nuestro capitán lo siente mucho, le dijeron los atracadores de Ambrogio.

Tuvo un derrame cerebral anoche y yace inmóvil. ¿Puede tu camarada ayudarlo de alguna manera?

Ambrogio tradujo las palabras de Arseni.

"Dígales que no está en mi poder ayudarlo ahora", dijo Arseni. Los relojes de este hombre están contados y morirá esta noche. El Todopoderoso tendrá misericordia de él para que muera pronto.

Al escuchar la respuesta de Arseni, los ladrones dijeron:

Mientras pudiera hablar, nos pidió que le diésemos esto.

Uno de los ladrones sacó la moneda de oro de su cofre y se la entregó a Ambrogio. El dinero fue inmediatamente devuelto a quienes se lo habían dado la noche anterior. La caravana partió hacia Venecia.

17

Al entrar en Venecia, la caravana fue detenida por un guardia. Se les pidió todas las hojas de ruta, lo que podría probar que esos viajeros venían del norte, no del sureste. La peste estaba causando estragos en Asia Menor y las autoridades temían que irrumpiera en la República de Venecia. Todos tenían cartas menos el hermano Hugo, que las había perdido con su cilicio y su burro, pero los de la caravana dijeron a una voz que su hermano había cruzado los Alpes con ellos.

Los pasé, suspiró el franciscano, al menos no estoy convencido de que haya sido la decisión correcta.

En Venecia todos se despidieron. La separación estuvo marcada por una gran emoción, pues todos sabían que se iban a separar para siempre. Era una característica de la despedida en ese momento. La Edad Media rara vez tuvo la oportunidad de hacer que las personas se encontraran dos veces en el curso de la vida terrenal.

El hermano Hugo invita a Arseni y Ambrogio a pasar la noche en el monasterio franciscano. Como no tenían otro refugio en Venecia, la invitación fue recibida con agradecimiento. Hicieron bastante trabajo en el monasterio, porque el hermano Hugo no recordaba bien su viaje. Montó el mismo caballo que Ambrogio, señalando hacia dónde se dirigía. Las calles eran sinuosas, se convertían en callejones sin salida o conducían a donde se habían quedado. Golpearon la Plaza de San Marcos tres veces y el Puente de Rialto dos veces. Los caballos iban uno tras otro, y el chasquido de sus cascos quedaba tapado por su propio eco. A veces tenían que agarrarse a las paredes para dejar pasar a otros jinetes. Ambrogio miró a Arseni, sonriendo. Vio a su amigo con asombro por primera vez.

Arseni estaba realmente asombrado, porque nunca antes había visto algo así. En un momento, incluso se detuvo en un puente y vio a una anciana veneciana descender en una góndola directamente desde la puerta de su casa. La góndola se balanceó bajo sus pies. Arseni ha vuelto. Al sonido del remo, volvió la cabeza con cautela. El Venetian estaba sentado tranquilamente en la popa. No había sospechado que Arseni entraría en pánico, porque esa era la única forma en que había salido de su casa en el último medio siglo.

Los viajeros eran recibidos amablemente en el monasterio. El hermano Hugo explica al prior que Arseni no es católico y el prior responde con un gesto complicado. Este gesto podía interpretarse de varias maneras, pero no significaba una prohibición directa de permanecer en el monasterio. Al menos así lo percibía el hermano Hugo. Llevó a Arseni ya Ambrogio a la celda que les habían asignado a los tres, donde habían preparado las camas y el agua para lavarse. Al cabo de una hora los esperaban en el refectorio para la cena.

Ninguno de los tres fue a cenar. El hermano Hugo y Ambrogio habían caído en un profundo sueño después de su viaje, y Arseni había quedado tan impresionado con su encuentro con Venecia que no podía conciliar el sueño. Había bajado lentamente y, haciendo una reverencia al portero, había salido.

El monasterio estaba en un canal. Desde la calle parecía una casa ordinaria, que no era diferente de las otras casas cercanas entre sí. Arseni dio unos pasos hacia el canal. Soltándose, vio las algas ondeando en la litera. El agua olía diferente aquí que en cualquier otro lugar que hubiera visto. El olor estaba podrido. Al recordarlo después de eso, Arseni se sintió feliz, porque era el olor de Venecia.

Estaba oscureciendo. El sol no se veía desde las casas, pero las paredes a las que habían llegado los últimos rayos habían tomado un color amarillo ocre. Arseni caminó por los canales, dondequiera que pudo ir, y cruzó puentes arqueados. Al principio trató de recordar a dónde iba a regresar, pero después de unas pocas calles ni siquiera pudo darse cuenta de la dirección del monasterio franciscano. Nunca había encontrado un lugar tan asombroso en su vida, y ahora no podía fijarlo en su memoria. Arseni había sentido el espacio del bosque y el espacio de la llanura, el desierto helado del Lago Blanco y las calles de madera de Pskov, y podía encontrar fácilmente su camino en todas partes. Pero ahora, encontrándose en este entrelazamiento de agua y piedra, se dio cuenta de que este espacio no lo sentía. Estaba solo en una ciudad extraña y maravillosa, y no conocía su idioma. El único que podía ayudarlo dormía cansado en el monasterio, quién sabe dónde estaba. Y Arseni se calmó.

Siguió adelante al azar y trató de no recordar el camino. Algunas calles parecían familiares al principio. Pero al momento siguiente ya estaba descubriendo balcones y bajorrelieves que no había visto antes, y se dio cuenta de que el parecido se daba descaradamente como una copia. Cuando oscureció, Arseni llegó a la plaza de San Marco. Cuando salió el sol, la catedral brilló en la oscuridad como una montaña negra. Estaba hecho de piedras traídas de la saqueada Constantinopla, eso es lo que Ambrogio le había dicho a Arseni. Tocó una columna de mármol y sintió el calor que había acumulado en ella durante todo el día. Pensó que podría ser el calor de Bizancio.

Arseni se sentó a la derecha de la entrada y se apoyó contra la columna. Se sentía cansado. Tratando de mejorar, encontró algo suave. En el nicho entre las columnas estaba sentada una niña; su rostro infantil parecía uno de los bajorrelieves, tal vez porque estaba inmóvil. Arseni le llevó la mano a los ojos y ella parpadeó.

"La paz sea contigo, niño", dijo Arseni. Solo quería ver si la vida no te dejaba.

Ella lo miró sorprendida.

Mi nombre es Laura y no entiendo su idioma.

Veo que algo te agobia, pero no sé la causa de tu dolor.

A veces hablas más fácilmente cuando no entiendes.

Tal vez estés embarazada y tu bebé no sea legítimo porque su padre no se convirtió en tu esposo.

Porque cuando estás desesperado quieres contar tu dolor y tienes miedo de que una vez que salga de tu boca, todos se enteren.

Ya sabes, no hay nada de malo en eso. Su padre todavía puede ser tu marido. U otro hombre puede convertirse en tu esposo, sucede. Créeme, te tomaría como mi esposa para ayudarte, pero no puedo hacerlo, porque tengo un amor eterno y una esposa eterna.

Pero ya no puedo decir que tengo miedo. Conozco una forma de llegar a fin de mes. Si va a ser realmente malo para mí, la desesperación me dará la fuerza para usarlo.

Ustina estaba en mi vida y era un niño sin nombre, pero no me quedé con ninguno.

Hace unos días me enteré que tenía lepra. Cuando aparecieron las manchas en mis muñecas, todavía no sabía lo que eso significaba. Y cuando empezó a rascarme la garganta en pleno verano, todavía no podía adivinar. Pero un hombre me vio en la calle y me dijo: "Tienes lepra". Dijo: Sal de esta ciudad y vete a la ciudad de los leprosos, para que no seas maldición para tu

casa. Y fui al médico, y el médico confirmó que el hombre tenía razón.

He estado tratando de hablar con ellos desde entonces, pero no pueden responderme en absoluto. El niño murió cuando era pequeño, ni siquiera puede responder. Pero Ustina tampoco me contesta. Por supuesto, en su situación no es tan fácil. ¿Parece que no entiendo? Entiendo... Y sin embargo, espero. O bien, ni una palabra, una señal. A veces es muy difícil para mí.

Y nunca fui a casa. Sabía que mi familia no me dejaría ir y preferirían morir lentamente conmigo.

Pero sigo sin ceder a la desesperación. Tan lejos como sea posible. Sin embargo, trato de contarle a Ustina lo que está pasando aquí. Porque ella no ha vivido su vida hasta el final, y mira, estoy tratando de completar lo que ella no ha experimentado. Es difícil. La vida en su totalidad, con todos los detalles, tú la cuentas, ¿entiendes?

Se ha dejado un muro entre el resto del mundo y yo. Es vidrio por ahora, porque nadie sabe de mi desgracia. Pero entonces todo será visible. El doctor me dijo todo. Pensé que le gustaba. Pero tal vez quería salvarme de la esperanza y la decepción.

De hecho, sólo se puede transmitir allí una idea general. Lo principal que pasó. Por ejemplo, mi amor por ella.

Me va a enviar a la colonia de leprosos. Con el tiempo, mi nariz parecerá una silla de montar. Y la cara como un león. Me va a dar vergüenza que el sol esté cayendo en la cara de todos. Sabré que no tengo derecho a eso. No tengo derecho a nada hermoso. Puede morir en vida.

Arseni tomó a Laura de la mano, la miró a los ojos y así le fue revelando la esencia de lo sucedido. Él la besó en la frente.

Ten salud, bebé. Mientras el hombre esté en la tierra, se puede hacer mucho. Sepa que no todas las enfermedades permanecen en el cuerpo. Ni siquiera lo peor. No puedo explicarte esto más que por la misericordia del Todopoderoso, pero veo que la lepra saldrá de ti. Regresa a tu hogar y abrázalos, y nunca te separes de ellos.

Al ver que a Laura no le quedan fuerzas, Arseni la ayuda a levantarse y la acompaña a su casa. Había empezado a llover un poco por la noche. La parte del cielo donde estaba la luna todavía estaba descubierta por las nubes. Las góndolas brillaban a la luz de la luna, balanceándose. El agua golpeó sus fondos con un fuerte estruendo. En la puerta de su casa (en brazos de sus padres), Laura se volvió hacia Arseni.

Pero Arseni se había ido. La ciudad fantasmal había sido creada para desaparecer en ella. Derretirse bajo la lluvia. Laura lo sabía y no se sorprendió.

Incluso cuando había estado con ella, Arseni no le había parecido un ser real. Laura no pudo repetir sus palabras, pero la llenaron de una alegría sin límites, pues su esencia ya había sido descubierta. Ahora percibía los últimos días como un sueño terrible. Ella tampoco entendía lo que le había pasado, y todo lo que quería en el mundo era despertar.

Arseni iba al monasterio. Ahora que las nubes habían cubierto por completo el cielo y la lluvia era un muro continuo, la dirección en la que iba a ir estaba más o menos clara para él. El hermano Hugo y Ambrogio no tenían idea de su ausencia. Durmieron y soñaron.

El hermano Hugo soñó con su burro: manso, con una melena peinada, bellamente adornado. Se deslizó lentamente sobre el precipicio, recordando la forma en que se veía Pegasus. Un valtrap blanco era apenas visible en su espalda. No sabía nada de eso se había ido, susurró el hermano Hugo en sueños. Ningún hombre, ningún animal, ni siquiera una hoja. *Dios preservó todo.* Su cara estaba mojada por las lágrimas.

Ambrogio soñó con una calle en el pueblo de Oriol. Un grupo de cinco personas fue fotografiado en los escalones de la tienda *Russian Flax* . De izquierda a derecha: Matveeva Nina Vasilievna, Korotchenko Adelaide Sergheevna (fila superior); Romantova Vera Gavrilovna, Martirosian Movses Nersesovici, Skomorohova Nina Petrovna (fila inferior). El 28 de mayo de 1951. En honor al quinto aniversario de la apertura de la *tienda rusa Inul,* el director Martirosian propuso al grupo organizar una fiesta. Las mujeres prepararon albóndigas, sarmale, vinagreta y pilaf en casa. Todo esto lo traían a trabajar en cuencos y lo disponían en bandejas y ensaladeras. Mezclando la vinagreta y luego el pilaf, lamieron las cucharas. Movses Nersesovic trajo dos botellas de champán y una botella de brandy Ararat. Llegó con las medallas en el pecho. Las mujeres olían a perfume ya vestidos planchados. Era el olor de un soleado día de mayo. Se hicieron brindis (Movses Nersesovici) y fue una gran alegría. Cuando el gerente de la tienda recogió la copa, las medallas en su pecho tintinearon agradablemente. Luego vino un fotógrafo y los fotografió a todos, con la tienda de fondo. Mirando la foto amarillenta en 2012, Nina Vasilievna Matveeva dijo: luego Movses anunció un día corto en la tienda. De todas las personas que ves en la foto, solo yo sigo vivo. Ya no puedo ni ir a sus tumbas, porque yo me mudé a Tula, y ellos se quedaron en Oriol. ¿Realmente vivimos todo esto? Los miro desde otro mundo. Dios, qué queridos son todos para mí.

18

Una semana después, Arseni y Ambrogio abordaron el *barco de San*

Marcos. Durante esta semana, el hermano Hugo, a través del prior del monasterio, había logrado obtener para ellos una carta para el viaje del señor Giovanni Mocenigo, dux de Venecia. Esta carta estaba destinada a cubrirlos en toda la República de Venecia, que se extendía a lo largo de ambas orillas del Mar Adriático. También durante estos días, Arseni y Ambrogio tuvieron que vender sus caballos. Tenía un largo camino por recorrer en el mar, y nadie sabía si los animales sobrevivirían. Además, montar a caballo no era barato.

Se les dijo a Arseni y Ambrogio que estuvieran en el barco a medianoche. Hasta los cayos los acompañó el hermano Hugo. Al día siguiente también dejó Venecia para ir a Roma. Los hermanos franciscanos le habían dado otro burro, pero el hermano Hugo pensó que el sustituto no era de igual valor. Después de examinar el burro y tocarlo ligeramente, el hermano Hugo dijo:

Este animal realmente no tiene carácter, y me temo que no me domará.

"No tengas miedo de eso, hermano Hugo", respondieron los franciscanos. No te preocupes, este animal te domesticará. Tiene carácter, lo que explica en cierta medida nuestro deseo de separarnos de él.

Queriendo ayudar a Arseni y Ambrogio a llevar el equipaje a los muelles, el hermano Hugo puso la carga sobre su nuevo burro. La carga no era realmente grande, pero el burro tampoco quería llevarla. Todo el camino agitó sus cascos con enojo, tratando de arrojar las bolsas de cuero sobre la silla. Frotó las bolsas contra las paredes y las colgó en los escalones de los jinetes que pasaban. Al ver esto, el hermano Hugo se calmó. Se dio cuenta de que todavía había una oportunidad de domarse a sí mismo.

En los muelles, el hermano Hugo abrazaba a los que se lanzaban al agua. Entre lágrimas, les dijo:

A veces piensas: ¿vale la pena encariñarse con las personas si es tan difícil romperlas?

Abrazando al hermano Hugo, Arseni le dio unas palmaditas en la espalda.

Sabes, amigo mío, cualquier reunión es más que una ruptura. Está vacío antes de la reunión, no es nada y no está vacío después de la ruptura. Una vez que se conocen, no pueden separarse por completo. El hombre queda en la memoria como parte de ella, de la memoria. Esta parte fue creada por él, y vive ya veces entra en contacto con su creador. ¿Qué más hace que nuestros seres queridos se sientan a distancia?

Después de abordar, Arseni y Ambrogio le pidieron al hermano Hugo que no se quedara en los muelles, porque nadie sabía exactamente cuándo partiría el barco. El franciscano asintió, pero no se fue. En la penumbra del barco, no se veía cómo la cuerda seguía tendida en las manos del hermano

Hugo, y con qué desesperación resistió su burro, que no quería salir del muelle. La bestia debía llevar a bordo a los ciento veinte soldados de infantería que el dogo veneciano enviaba en una misión a Creta. Estaban uniformados de pies a cabeza, y las mujeres que los dirigían estaban el doble de tristes de que se despidieran con tanto orgullo. Así los vemos por primera vez, pensaron las mujeres. Y tal vez para el último.

A las cuatro de la mañana, poco antes del amanecer, el barco levantó el ancla. Salió lentamente del puerto y, contra el telón de fondo del cielo brillante, los contornos de la Catedral de San Marcos ya se adivinaban. Mientras todos los pasajeros dormían en hamacas en la bodega, Arseni no salió de cubierta durante unas horas. Escuchó con deleite el chirrido del mástil y el batir de las velas: era la dulce música del viaje. Observe cómo el agua gradualmente cambió de negro a rosa y de rosa a esmeralda.

Le parecía que, en comparación con el agua que había visto antes en su vida, el agua de mar era un líquido de una composición completamente diferente. Lamiendo las salpicaduras de las olas de sus manos, las sientes saladas. El agua de mar tenía un color diferente, olía diferente e incluso se comportaba de manera diferente. No era tan pequeño como los ríos. Se diferenciaba del agua del río y hasta del agua del lago, como se diferencia del gallo gorrión. Usando esta comparación, Arseni se refería no tanto al tamaño como al tipo de movimientos. El agua del mar rodaba en grandes olas, y sus movimientos eran grandes y suaves.

Al ver su interés por el agua del mar, el capitán del barco, un hombre regordete de labios gruesos, se acercó a Arseni. Había escuchado la conversación de Arseni con el hermano Hugo y comenzó a hablarle en alemán:

El agua de mar y el agua de río son dos elementos diferentes. Nunca habría accedido a conducir un barco en agua dulce, signor.

En señal de respeto por el estatus del capitán, Arseni inclinó la cabeza. Atraídos por consideraciones de agua, dos peregrinos de Brandeburgo se acercaron a los interlocutores.

Es absolutamente obvio, continúa el capitán, que el agua dulce es más débil que el agua salada. Si alguien lo duda, permítanme explicar por qué, digamos, el agua de mar es capaz de repeler una corriente de agua dulce tan fuerte como el Sena en Rouen y hacer que fluya a la inversa durante tres días.

Tal vez, dijo Pilgrim Wilhelm, el agua dulce le parece asquerosa a la salada, y por eso se retira de ella.

Pero creo, objetado por el peregrino Friedrich, que el río expresa respeto por su padre: el mar, cediendo. Pero cuando comienza el reflujo, con el mismo

respeto, sigue.

Hablando de paternidad, tú, forastero, piensas que existe un parentesco entre elementos tan distintos, se preguntó el capitán.

Por supuesto, dijo el peregrino Friedrich, porque el mar es la fuente de todos los ríos y arroyos, así como el Señor Jesucristo es la fuente de todas las virtudes y conocimientos. ¿No son todas las aspiraciones puras, todas a una, flujos de una y la misma fuente? Y como los flujos espirituales tienden a su fuente, todas las aguas regresan al mar.

¿Qué opinas del circuito de agua?, le preguntó el peregrino Wilhelm a Arseni.

Nuestra tierra es como un cuerpo humano, respondió Arseni, y por dentro está atravesada por canales, así como el cuerpo está atravesado por vasos sanguíneos. Dondequiera que el hombre comience a cavar la tierra, seguramente encontrará agua. Así decía mi abuelo Christopher, que podía sentir el agua bajo tierra.

Tuve dos abuelos, pero no vi a ninguno de ellos, suspiró el capitán. Ambos eran marineros y ambos se ahogaron.

Después de estas palabras del capitán, todos se quedaron en silencio por un rato.

Verter el agua dulce en el agua salada, dijo el peregrino Friedrich en voz baja, se asemeja al hecho de que la dulzura de este mundo eventualmente se convierte en sal y amargura.

19

Un día y medio después de salir de Venecia, *San Marcos* cruzó el mar Adriático y echó el ancla a cuatro millas de la ciudad de Poreč. Las rocas le impidieron acercarse a la ciudad, pero no fue posible ir más allá: no había viento en el mar. Muchos pasajeros estaban en cubierta.

Poreč es una ciudad hermosa, le dijo Arseni al capitán.

"Es lindo porque París lo fundó", respondió el capitán. Eso dicen.

Estaba equivocado, dijo Pilgrim Wilhelm.

Entonces, ¿por qué París y Parenzo suenan igual? Al decir los dos nombres propios, los labios carnosos del capitán espolvorearon saliva. París, te informo, fundó la ciudad cuando los griegos robaron a Elena.

Los griegos no robaron a Elena, dijo Pilgrim Friedrich. Todas estas son historias paganas.

Y Troya será historia, preguntó mordazmente el capitán.

Y Troya sigue siendo una historia, dice Pilgrim Friedrich.

El capitán abrió los brazos y se humedeció los labios. Para agregar, definitivamente no tenía nada.

"No estoy seguro, Friedrich, tienes razón", dijo Ambrogio. Tengo el presentimiento de que algún día alguien descubrirá Troya. Tal vez él es incluso un hombre a tu alrededor.

Hacia la tarde del mismo día comenzó a soplar un viento favorable. Durante un rato anduvieron con este viento, pero después de eso tuvieron que entrar en el puerto dálmata de Zara, porque *había comenzado a soplar un viento contrario, llamado por los italianos scirocco.* Este viento podía durar varios días y los pasajeros debían armarse con paciencia. Los ciento veinte peatones, que no estaban nada interesados en los pueblos costeros, empezaron a jugar a los dados. Todos los demás pasajeros desembarcaron.

En los muelles fueron recibidos por un pretor veneciano, quien preguntó si el barco había seguido un camino sin vigilancia. Le aseguraron que venía de Venecia, no de Oriente. También se le mostró al pretor la carta del dux veneciano para el camino, por lo que se permitió a todos los que deseaban entrar en la ciudad y su fortaleza.

La ciudad de Zara era famosa por las reliquias del piadoso anciano en la iglesia de Simeón el Beneficiario. Arseni y Ambrogio fueron a adorar a Simeón. Arrodillándose ante sus reliquias inmortales, Arseni dijo:

Ahora, por tu palabra, deja que tu siervo se vaya en paz, para que yo vea con mis propios ojos mi salvación. Sabes, Simeón, no espero una recompensa que se compare con la tuya. Porque mi salvación está en la salvación de Ustina y del bebé. Tómalos en tus manos, como tomaste al niño Jesús, y llévaselos. Esta es la esencia de mi oración y oración.

Para no mojar con lágrimas las reliquias de Simeón, Arseni las tocó con la coronilla. Una lágrima, sin embargo, goteó de sus pestañas y cayó sobre las reliquias. Está bien, déjalo ahí, pensó Arseni. Le recordará al anciano de mí.

20

Al día siguiente, Arseni, Ambrogio y los dos peregrinos de Brandeburgo paseaban por la fortaleza de Zara. Antes de regresar al barco, fueron a almorzar a una posada. Algunas personas que representaban a la población croata de la República de Venecia estaban celebrando en la posada. Al ver a los nuevos clientes con ropa de viaje, los habitantes de Zara se pusieron en alerta. Como el peligro turco ya no era una palabra en el viento, no descartaron la posibilidad de que extraños pudieran ser espías del enemigo. Con el aumento del número de borrachos, la sospecha se convirtió en certeza.

El último hecho que reforzó esta certeza fueron los peregrinos alemanes, que inmediatamente fueron tomados como turcos. Todos los asistentes a la fiesta se levantaron a la vez, y los bancos en los que estaban sentados se voltearon.

Arsenio y Ambrogio, que entendían bien el habla eslava, entendieron antes que los demás el significado de lo que estaba sucediendo. Pero incluso los peregrinos de Brandeburgo, que no entendían el habla eslava, dejaron claro que los acontecimientos estaban tomando un giro peligroso. En el peregrino Wilhelm, como un hombre hablando en un idioma incomprensible, voló una copa de hojalata.

Arseni dio unos pasos hacia los atacantes y extendió la mano. Por un momento pareció que ese gesto los calmó, y se congelaron, y miraron fijamente el brazo de Arseni. Les dijo en ruso:

Somos peregrinos y vamos a Tierra Santa.

A los habitantes de Zara, al menos podían entenderlo, el idioma les parecía extraño. Como su idioma ya era indistinguible, mostraron la debida paciencia. Algo más tranquilos, le dijeron a Arseni:

Adorarlos.

Arseni hizo una reverencia.

La tormenta se levantó de nuevo. No le tomó más de un momento:

¡Él ni siquiera sabe cómo adorar apropiadamente! Bueno, ¿qué más se puede esperar de unos espías turcos?

Ambrogio trató de explicarles que los ortodoxos y los católicos tenían un culto diferente y pidió que lo llevaran ante el pretor veneciano, pero ya nadie lo escuchaba. Los habitantes de Zara debatían cómo tratar a los cautivos. Después de una breve pero acalorada disputa, llegaron a la conclusión de que los espías debían ser ahorcados. Y los habitantes de Zara no eran de los que dejan un trabajo para después, sabiendo que el tiempo es el principal enemigo de la firmeza.

Le pidieron una cuerda al posadero. No sacudió la cabeza, temiendo que los culpables fueran ahorcados allí mismo en su posada. Pero cuando supo que en la fase actual la soga solo se necesitaba para atar (¿porque quién ahorcó a la gente en la posada?), con mucho gusto se la ofreció, e incluso les dio a los cazadores una pala una línea de la casa. Luego de que, a pesar de la resistencia, amarraran a los atrapados, rápidamente volcaron la bebida, porque el trabajo que les esperaba era complicado y lento. Ya en la puerta pidieron otra cuerda, y sobre todo jabón, del que se habían olvidado por completo tras el último vaso, levantado para acabar con todos los espías.

Que estúpida muerte tendremos, dijo Ambrogio, bajando la voz a Arseni.

Pero la muerte no es tonta, preguntó Arseni. ¿No es estúpido cuando un hierro basto entra en la carne, irrespetando su perfección? Aquel que no tiene el poder de crear una uña destruye un mecanismo complejo, inaccesible al entendimiento humano.

Se decidió que la sentencia dictada en la posada se ejecutara en el puerto. Había muchas vigas y ganchos adecuados, pero el lugar también estaba abierto, tan accesible a la vista, para aclarar a todos los futuros espías.

Ambrogio hizo otro intento de latir para abrir el corazón y la mente de los habitantes de Zara. Les gritó que los peregrinos tenían una carta para el viaje del dux veneciano y les propuso, más de una vez, adorar como católicos, pero todo fue en vano. Los corazones y las mentes de estas personas fueron tocados por el alcohol.

Arseni se sorprendió por la desconfianza de los habitantes de Zara. Tal vez, pensó, realmente habían sufrido por culpa de los espías aquí. Tampoco descartó la posibilidad de que estas personas tuvieran ganas de ahorcar a alguien.

Finalmente, la boca de Ambrogio se cerró con una mordaza. Después de aconsejar, desataron los pies de todos los cautivos para que pudieran caminar, pero tenían las manos atadas. Ahora Ambrogio no podía ni gritar ni inclinarse.

Caminaba en línea con Arseni y miraba a los dos peregrinos de Brandeburgo que se adelantaban. A pesar del drama de la situación, su vista no pudo evitar sonreír. Mientras iban de un lado a otro, sus manos atadas a la espalda les daban una apariencia solemne, casi de maestros. Parecían un par de pingüinos, algo que Europa conocería dentro de diez o quince años. Friedrich y Wilhelm aún no habían entendido nada y esperaban que el malentendido se aclarara pronto.

Arseni no quería cambiar sus creencias, Ambrogio no quería, pero claro que no podía.

Mi amor, le dijo Arseni a Ustina en el puerto, es muy posible que este sea exactamente el final de mi viaje. Pero no el final de mi amor por ti. Si ignoras el lado triste de las cosas, puedes regocijarte de que mi viaje termine en un lugar tan hermoso con vista al mar, una isla lejana y todo el resplandor del mundo. Pero lo más importante es que pasaré mis últimas horas con el piadoso anciano Simeón, cuyo arrepentimiento, a diferencia del mío, se ha cumplido. Lamento, mi amor, haber logrado tan poco, pero creo firmemente que si el Todopoderoso me lleva ahora, Él hará todas las cosas que no hemos hecho. Sin esta fe, tu existencia y la mía no tendrían sentido.

El sol ya se había puesto. Hizo su camino desde el muelle del puerto hasta

el horizonte. No cabía duda de que allí, en el punto más lejano, se disponía a ponerse. El sol brillaba directamente sobre los ojos de Arseni, pero no frunció el ceño. El sol brillaba sobre el capitán, que estaba sentado en la cubierta *del San Marcos,* y pasó por encima de la cubierta del otro lado. Desde allí se percató de cómo se tiraba un cabo con soga por encima del pilar del chigre de babor.

Se están preparando para ahorcar a alguien, anunció el capitán en cubierta. Cualquier persona interesada puede mirar.

Todos estaban interesados, incluidos los peatones. Todos miraban a las personas sentadas junto al cabrestante de babor, especialmente al hombre cuya soga estaba atada alrededor de su cuello.

¿Y Arsenio? preguntó el capitán con incertidumbre. ¡Es Arsenio!

Se volvió hacia los espectadores en cubierta y asintieron.

Es Arseni, gritó el capitán a los habitantes de Zara. Le había dado la mano y todo el mundo en el puerto lo oyó. ¡Este hombre está bajo la protección personal de Giovanni Mocenigo, el dux de Venecia, y cualquiera que levante la mano contra él será castigado!

Los habitantes de Zara dejaron de trabajar. Conocían al capitán, así que se volvieron hacia *St. Mark* para ver lo que habían oído, pero el capitán ya corría por los andamios del muelle. Los ciento veinte soldados de infantería, agotados en ese momento por el juego de dados, miraban desde el barco.

Ya me oíste, gritó el capitán una vez más, ¡el que se levante será castigado!

Pero ahora los habitantes de Zara no levantaron la mano contra Arseni. Ya habían comenzado a tener dudas sobre la veracidad de sus acusaciones, por lo que lo colgaron más por inercia. Necesitaban una razón trivial para detenerse, y ahora lo era. Su ira se había desvanecido tan abruptamente como había despertado.

Ya no ahorcamos a nadie, decían los habitantes de Zara. Sus palabras han aclarado la situación y eliminado todos los signos de interrogación.

Apresurado, el capitán sacó a Arseni de la soga y le arrancó la mordaza a Ambrogio.

Mi compañero Wilhelm y yo ni siquiera entendíamos lo que querían de nosotros, gritó Pilgrim Friedrich, dirigiéndose a todos. Nos gustaría saber cuáles son sus reclamos hacia nosotros y por qué de repente decidieron colgar a Arseni. No vemos ninguna culpa en este hombre.

Arseni respondió con una inclinación de agradecimiento. Ambrogio, riéndose, les dijo:

Recordé a un monje irlandés diciendo en broma que para él la más

importante de todas las lenguas orientales era el alemán. Su broma resultó ser profética: tu discurso fue tomado aquí como turco.

Ya a bordo del *San Marcos,* Arseni preguntó:

Dime, Ambrogio, ¿te dijo el don de la previsión que íbamos a salvarnos?

La parte más difícil, Arseni, es predecir tu propia vida, y eso es algo bueno. Pero yo, por supuesto, esperaba la salvación. Si no en este mundo, entonces en el siguiente.

21

Siroco se detuvo después de dos días y el barco levantó las velas. De pie en el tablero izquierdo, Arseni le dijo al piadoso Simeón:

Gloria a ti, abadesa. Creo que gracias a sus oraciones, mi tiempo de espera se ha extendido. Por favor oren para que mi expectativa no sea en vano.

Las siguientes grandes ciudades en el camino hacia el barco fueron Spalato y la maravillosa Ragusa. Pero como el viento seguía siendo favorable, no se detuvieron en ninguno de ellos. El capitán *del San Marcos* tenía más confianza en el agua que en la tierra, y no bajaba a tierra sino en caso de extrema necesidad.

Al entrar en el Mediterráneo, sintieron por primera vez un fuerte lanzamiento. A los débiles de corazón, el capitán les pidió que se quedaran más cerca de la tabla, ya que el hedor que se exhalaba durante el cabeceo no salía de la bodega por mucho tiempo. A pesar de salir al mar, *San Marcos* trató de no perder de vista la orilla.

Al ingresar al puerto de Corfú, sortearon con éxito el banco de arena conocido por todos los que, de una forma u otra, participaron en la navegación. Anclando a media milla de la isla, repuso provisiones y provisiones de agua. Todos estos, traídos en grandes barcos, fueron descargados con gran furor en el navío por los habitantes de la isla. Arseni observó cómo los marineros llevaban todo lo que traían a la bodega. Además de verduras, les habían entregado doce cajas de pollos vivos. Tanto el agua como las verduras fueron degustadas por el capitán personal. Los pollitos los revisaron. Después de beber media taza del agua que trajo, el capitán dijo:

El agua dulce es completamente insípida, pero el agua salada, muy a mi pesar, no se puede beber.

En la isla de Cefalonia, donde el barco desembarcó, se compraron tres bueyes en lugar de los que se comieron en el camino. En un intento de meter el buey en la bodega, uno de ellos recogió a un marinero. Arseni examinó al marinero y vio que, a pesar de que manaba sangre, la herida no era grave. El

cuerno de buey había perforado los tejidos blandos del marinero, pero no había tocado sus órganos vitales. Por la ubicación de la herida, el marinero ya no podía sentarse en la hamaca, y Arseni lo hizo sentar en un gran baúl de cocina. El capitán agradeció a Arseni y le dijo al marinero que ahora tendría que sentarse boca abajo por más tiempo. Lo sabía el marinero, ya que no podía hacer otra cosa, pero agradeció al capitán. A Arseni le gustó mucho el ambiente del viaje.

Hay que decir que Arseni también se aferró al alma del capitán. Después de salvarlo de una muerte segura, el capitán siguió prestándole atención. Una vez, en un momento libre, el capitán le contó a Arseni cómo se forma el agua salada. Resultó que bajo la acción de los rayos calientes del sol, simplemente se evapora del agua ordinaria del océano tropical y desde allí se extiende como una corriente hacia otros mares. Las alteraciones que sufre el agua se ven claramente en el ejemplo del lago del condado de Aix, no lejos de Arles. Bajo la acción de los fríos del invierno, el agua de este lago se convierte en hielo, y bajo el efecto del calor del verano se convierte, naturalmente, en sal. Esto demuestra que no es posible navegar alrededor de la tierra, porque el océano que la baña por el norte se congela y por el sur se convierte en sal.

Estamos, de hecho, flotando en el estrecho espacio entre el hielo y la sal, concluye el capitán.

Arseni le agradeció la explicación. No solo estaba agradecido de haberlo salvado, sino que lo respetaba como un navegante que apreciaba con realismo los límites de sus posibilidades.

Cerca de Creta, el capitán informó a los presentes de la historia del secuestro de Europa por parte de Zeus. Los peregrinos de Brandeburgo protestaron y acusaron al capitán de credulidad. Ignorando sus objeciones, el capitán también expuso la información a la que tenía acceso sobre el Minotauro, Teseo y el hijo de Ariadna. Para concretar las cosas, incluso ordenó a un marinero que trajera una pelota y, siguiendo un camino torcido entre mástiles y cabos, la desdobló sobre cubierta. Los peregrinos acompañaron estas acciones con comentarios escépticos. Pero el capitán siguió hablando en un tono anormalmente tranquilo, y estaba claro para todos que estaba claro para la gente que sus nervios no lo detendrían por mucho tiempo. El peregrino Wilhelm, que no estaba familiarizado con la gente, dijo:

Todas estas son historias paganas, y es una vergüenza creerlas hoy.

Sin decir una palabra, el capitán tomó a Pilgrim Wilhelm en sus brazos y dio un paso hacia el tablero. El peregrino Wilhelm, probablemente deseando sufrir como oponente del paganismo, no resistió la menor resistencia. Y como

los demás estaban a cierta distancia del capitán, simplemente no tuvieron tiempo de saltar en ayuda del desdichado: la distancia desde el capitán con el peregrino en brazos hasta el barco era en realidad insignificante. Ya podían ver a Pilgrim Wilhelm volando por la borda, ya que el capitán tenía sus intenciones impresas en su rostro, por lo que no eran un secreto. Vieron a Wilhelm colgando sobre el abismo. Lo vieron tragado por él, todos, incluido Arseni.

Solo que él había visto esto por un momento antes que los demás, y cuando el capitán pudo subir a Pilgrim Wilhelm a bordo, Arseni ya estaba frente a él. Se aferró al peregrino con todas sus fuerzas, negándose a ser arrojado por la borda. La lucha por el cuerpo de Wilhelm, que, como antes, se comportaba como un observador externo, duró poco. El capitán no era un hombre sediento de sangre, y cuando la ira momentánea se calmó, soltó a Pilgrim Wilhelm. En el fondo, el capitán no se sentía mal por el peregrino.

Ya ves amor, esta vez logré sacarlo antes de tiempo, le dijo Arseni a Ustina, y eso demuestra que no es omnipotente. Lo tomé solo un momento antes de tiempo, pero ese momento significó toda una vida humana.

Tranquilizándose un poco, el capitán sugirió que los peregrinos de Brandeburgo descendieran a la orilla para caminar juntos hasta el laberinto que, según sus palabras, aún existe. Los peregrinos se negaron, considerando que esto era una verdadera pérdida de tiempo, pero entre los que estaban sentados en la cubierta estaba un hombre, el hermano Jean de Besançon, quien confirmó la existencia del laberinto.

Hace algún tiempo, en la isla de Creta, había estado allí con otros monjes. Según el hermano Jean, las dificultades del laberinto no se debían tanto a los meandros de sus cuevas como a la oscuridad, de modo que cuando un gran murciélago apagó la vela de uno de los hermanos, el hermano se perdió de inmediato. No pudieron encontrarlo durante tres días, y sólo gracias a la gente del lugar, que se había familiarizado más o menos con el laberinto, su hermano finalmente fue encontrado atormentado por el hambre, la sed y la locura temporal, que gracias a un buen cuidado, aprobado. Pero el laberinto no causó una gran impresión en el hermano Jean, recordándole las canteras de piedra abandonadas.

El capitán luego repitió su propuesta a los peregrinos de Brandeburgo, pero la rechazaron nuevamente. Los peregrinos declararon que tenían suficientes canteras de piedra para ver, como siempre lo había hecho esta vida, para llegar a las canteras de piedra, pero en ninguna parte la extracción de la piedra había estado acompañada de tantas historias.

Al llegar a Creta, la infantería abandonó el barco. Fueron recibidos por

mujeres, no menos de ciento veinte mujeres.

No son las mujeres que los gastaron en Venecia, preguntó Ambrogio.

Bueno, son muy parecidas, respondió Arseni, pero estas son otras mujeres. Bastante diferente. Incluso en Venecia pensé que no hay repetición en el mundo: solo hay semejanza.

22

Chipre fue seguido por Chipre. Llegaron a Chipre a última hora de la tarde y no desembarcaron. Vieron los contornos de las cadenas montañosas y los picos de los cipreses. Escucharon el canto de unos pájaros desconocidos, uno de ellos posado en el mástil. Le gustaba balancearse y balancearse.

"¿Quién eres, pájaro?", preguntó el capitán en tono de broma.

Sin darle una respuesta, el pájaro vio su canto. Hizo una pausa por un momento, solo para limpiar sus plumas. Observó desde arriba cómo se reponían el suministro de agua y los suministros. Cuando los contornos de las montañas comenzaron a aclararse, *San Marcos* levantó el ancla.

El calor se hacía sentir desde esta mañana. Cómo sería el día, los viajeros ni siquiera querían pensar. Esperando que hiciera más fresco en el mar, el capitán se apresuró a marcharse. Para animar a los pasajeros cansados, compartió con ellos una gran cantidad de información científica y de la naturaleza. Mirando el sol abrasador, el capitán les habló de las aguas que lavan la atmósfera y refrescan las estrellas. No había duda de que estas aguas eran saladas. Según él, era el mar más común, el que tenía su lugar, en virtud de ciertas causas, sobre la caja celeste. De lo contrario, por qué, preguntó el capitán, no hace mucho tiempo el pueblo de Inglaterra, al salir de la iglesia, descubrió un ancla bajada con una cuerda desde el cielo, después de lo cual se escucharon las voces de los marineros que intentaban levantar el ancla, y cuando, en Finalmente, un marinero descendió sobre la cuerda del ancla, murió solo cuando tocó el suelo, como si se hubiera ahogado en el agua? No está claro si las aguas sobre el país se fusionan con las aguas sobre las que flotamos. La respuesta a esta pregunta depende, si se quiere, de la seguridad de seguir navegando, porque, ascendiendo sin saberlo en alta mar, el capitán (se secó el sudor de la frente) ya no puede garantizar que podrá bajar el barco en el mar inferior.

Pero el peligro estaba mucho más cerca esa mañana. Tenía su lugar bajo el país y provenía del mar en el que el capitán había conducido el barco *San Marcos durante muchos años.* Al mediodía, el calor ocupó su lugar. El viento se calmó y las velas bajaron a los mástiles. El sol se puso en la neblina. Perdiendo

su brillo, se extendió por el cielo como una enorme masa informe. Las nubes principales aparecieron en el horizonte cuando comenzaron a acercarse rápidamente. Una tormenta venía del este.

El capitán ordenó que se izaran las velas. Esperaba que la tormenta los pasara, pero se dio cuenta de que en el último momento no podrían recoger las velas. Las nubes no parecían dirigirse hacia el barco, moviéndose más al sur. Y aunque el viento había soplado y las crestas de las olas habían comenzado a formar espuma, la tormenta real rugía lejos a su derecha. Allí, a medio camino entre la nave y el horizonte, las nubes plomizas despedían tantos rayos plomizos, y se hizo la unión de las aguas, de que había hablado el capitán. Siempre había relámpagos sobre el fondo negro azulado, pero no se oía el trueno, y eso significaba que estaban muy lejos. A la izquierda, el cielo seguía brillando. *St. Mark* estaba justo al borde de la tormenta.

El lanzamiento hizo que Arseni se sintiera enfermo. Vómitos varias veces. Inclinándose por la borda, miró fijamente el chorro de líquido que salía de su garganta. El chorro se perdió abajo, donde el agua del mar espumeaba furiosamente, donde espumeaba y se arremolinaba. Jugaba con los músculos estirados de las olas. Podía sentir la enorme masa de agua detrás de él. Incluso sin verla, podía sentir su liberación lenta, mientras su espalda sentía el acercamiento del asesino. Era la primera ola grande (Ambrogio levantó la cabeza) a popa. Se quedó helado (Ambrogio trató de pasar por encima de Arseni) sobre la cubierta y se apoyó (Ambrogio trató de gritar) sobre la espalda de Arseni, tirándolo suavemente del parapeto y tirándolo hacia abajo.

Ambrogio se inclina sobre el parapeto. Allá abajo, nada más que agua. El rostro de Arseni se eleva lentamente a través del agua. Deshaciéndose en el agua, su cabello parece un halo ondulado. Arseni miró a Ambrogio. El capitán y algunos marineros corren hacia Ambrogio. Ambrogio subió al parapeto, cruzó su segunda pierna y se soltó. En vuelo, recupera el aliento. Arseni miró a Ambrogio.

El capitán y los marineros siguen corriendo. Ambrogio está cubierto por una ola. Sale a la superficie y vuelve a tragar aire. Arseni no se ve. Ambrogio se hunde. De las profundidades del plomo le viene lentamente el pensamiento de que el mar es grande y que no encontrará a Arseni. Que solo lo encontrará si se ahoga. Sólo entonces tendrá tiempo de buscarlo. La idea de ahogarse se le escapa. El miedo esposó sus movimientos. Ambrogio sube a la superficie y respira hondo. Buscar. Toca la superficie resbaladiza del tablero con la mano. Tomar una respiración profunda. Buscar. Toca la mano de Arseni. Se aferra a ella con todas sus fuerzas. Golpea la cabeza de Arseni y lo tira a la superficie.

Se les arroja una cuerda atada a una cuerda desde arriba.

Arseni se aferra a la viga; empiezan a tirar de él hacia arriba. Arseni no aguanta más. Ambrogio lo ayuda a atrapar el rayo nuevamente. El rayo se desliza de las manos de Arseni. Se lanza una viga desde el tablero al que está atada una escalera de cuerda. Ambrogio envuelve las piernas de Arseni en la escalera. Arseni se aferra a la cuerda. Ambrogio agarró a Arseni con una mano y sostuvo la escalera con la otra. Diez pares de brazos los levantan. Se tambaleó sobre el agua. Si golpean el tablero, se les dijo (ya no tienen miedo). Los ojos tristes de los marineros. Se aleja del tablero, rodando rápidamente en una ola (los restos del agua que gotea de las algas desnudas y las conchas) y con ella se va todo el mar. La escalera cuelga sobre el precipicio. La siguiente ola se traga la tabla por completo, llegando hasta la cintura a Ambrogio y Arseni. La mitad del cielo sigue sin nubes. Están siendo arrastrados a cubierta.

El mar estaba revuelto, pero eso no era una tormenta todavía. La tormenta, que primero se había dirigido hacia el sur, había cambiado visiblemente de dirección. El capitán observó en silencio cómo el muro de plomo avanzaba hacia *St. Mark.* El progreso fue lento pero constante. La parte brillante del cielo se oscureció y los relámpagos continuaron acompañados de truenos.

Estaba oscureciendo. No tan oscuro como la noche, porque la oscuridad de la noche tiene su calma. Era una oscuridad nublada ahora, tragando la luz a pesar de la bien establecida alternancia del día y la noche. No era uniforme, giraba, se espesaba y adelgazaba según la densidad de las nubes, y su límite estaba justo en el horizonte, donde aún brillaba otra delgada franja de cielo.

Arseni y Ambrogio fueron llevados a la bodega. Antes de descender, Arseni se volvió. Como si su movimiento fuera perceptible, destelló y hubo un rugido de trueno como nunca antes había escuchado. Con el estallido, la bóveda celeste se partió, y la grieta siguió la línea, como una raíz con muchos brotes, del relámpago. El agua brotó de la grieta. Tal vez era de alta mar.

El agua del mar brotó de Arseni, hasta que todo salió. Arseni y Ambrogio fueron arrojados de sus hamacas y rodaron por el suelo. Ambos estaban medio inconscientes. La vela se apagó y se apagó. Arseni sintió que se le revolvía el estómago, pero no tenía nada que sacar, solo dejó escapar un suspiro. Se le ocurrió que si el barco se hundía, al menos no se derramaría. Que allá abajo, la fría calma del mar lo abrazará.

Adentro estaba oscuro y sofocante. Dos males se habían encontrado y aumentado el uno al otro. Oscuridad sofocante, oscuridad sofocante. Eran un todo inseparable. Arseni tuvo la impresión de que iba a morir. Que morirá aunque no trague aire. Invisible como estaba para Ambrogio, encontró la

puerta que conducía a la escalera en la cubierta. Abrió la puerta. Se deslizó por las escaleras. Se puso a cuatro patas. Se desliza y se desliza de nuevo. Golpeó la barandilla. Se arrastró hasta la puerta de la cubierta y la abrió. El huracán lo golpeó.

Gritó de miedo por lo que vio, y no escuchó su grito. No estaba aterrorizado por la amenaza de muerte, sino por la magnitud del elemento. El huracán arrebató el grito de la boca de Arseni y se lo llevó cien millas en un instante. Ese grito solo se escuchaba donde quedaba la franja de cielo despejado. Pero esta estrecha franja ya era rosa, lo que dejaba claro que la noche caía y que la última franja de cielo desaparecería. Y Arsenio volvió a gritar, porque la oscuridad que lo abarcaba todo traía consigo la desesperación.

Las olas rompían a bordo, y todo en el barco saltaba, y después de cada choque, Arseni se asombraba de que el barco todavía estuviera lleno. Las enormes olas la levantaron o se retiraron debajo de ella. Se derrumbó a un lado, inmóvil, inclinándose ante las olas, casi tocando la parte superior de los mástiles. Giró, saltó y se zambulló.

Arseni siguió de pie en la puerta. A su lado, dos marineros cruzaban la cubierta. Avanzaron medio encorvados, con las piernas abiertas. Abriendo los brazos, como para abrazos. Estaban tirando una cuerda de un mástil a la tabla, tratando de estirarla, y estaban amarrados al mástil con cuerdas. Siguieron resbalando y cayendo de rodillas. Su trabajo, incomprensible para Arseni, parecía un baile o una oración. Tal vez incluso estaban rezando.

Arseni vio pasar una enorme ola de espuma sobre el tablero derecho. A pesar de la oscuridad, la ola era clara y su melena brillaba a la luz que venía de la nada. Ese brillo era lo más aterrador. La ola era mucho más alta que el puente. Comparado con la ola, el barco parecía pequeño, casi como un juguete. Arseni llamó a los marineros para que se salvaran, pero continuaron con su extraña acción. Las capuchas de sus ojos lo hacían parecer las criaturas fantásticas de *Alejandría.* Y las cuerdas se extendían detrás de ellos como colas.

La ola no golpeó el barco, sino que simplemente lo aplastó debajo de él y rodó debajo de él. Arseni, tirado al suelo, no veía lo que pasaba en cubierta. Recuperándose, trató de salir de nuevo. El capitán estaba de pie en la puerta. El rezo. La cubierta estaba desierta. Por lo que Arseni había visto allí antes, faltaban muchos. Cañones, barandillas, mástiles. Faltaban los dos marineros que tiraban de las cuerdas. Arseni quiso preguntarle al capitán si habían logrado escapar, pero no preguntó. El capitán sintió su presencia y se volvió. Él

le gritó algo. Arseni no entendió las palabras. El capitán se acercó a su oído y gritó:

¿Has visto a St. Herman?

Arsenio asintió.

Yo lo vi. El capitán presionó la cabeza de Arseni contra la suya. Creo que orando a él seremos salvos.

La tormenta no amainó, pero no se intensificó. El barco siguió siendo sacudido de un lado a otro, pero ya no era tan aterrador. Tal vez porque al caer la noche toda la luz había desaparecido y ya no se veían las enormes olas. Ahora la nave ya no se oponía al elemento, era parte de él.

2. 3

Por la mañana, cuando Arseni salió a cubierta, el sol brillaba en un cielo sin nubes. Soplaba un viento ligero. Dos de los tres mástiles se habían roto y todo lo que había en la cubierta había sido barrido o destrozado. Marineros y peregrinos rezaban por los muertos. Sus manos y rostros estaban desgarrados.

Arseni no vio caras conocidas. No sabía los nombres de los marineros que habían perecido, y apenas había escuchado de ellos más de una o dos frases en vida, un simple saludo, pero su ausencia gritaba. Entendió que de ahora en adelante se quedaría sin sus saludos para siempre.

Para siempre, susurró Arseni.

Recordó sus últimos movimientos, como un baile. E imagina a los marineros ahora flotando en el agua del mar. En ese cuerpo de agua donde las tormentas nada podían hacer.

Después de la oración, el capitán dijo a los reunidos en cubierta:

Esa noche vi a St. Herman siete veces. Apareció como de costumbre, como la llama de una vela, y puede definirse, si se quiere, como una estrella brillante. Una llama, ya sea brillante o tenue, como una media asta, siempre alta. Si, por ejemplo, quieres atraparla, ella se irá, pero si dices sin dudar , *nuestro Padre estará* en su lugar alrededor de un cuarto de hora, como máximo durante media hora, y después de su aparición. el viento se vuelve más calmado. , y las olas más pequeñas. Pero si los barcos van en la caravana, el barco al que apareció San Herman se salvará, y quien no lo haya visto se ahogará o será aplastado. Pero si aparecen dos velas, lo que rara vez sucede, el barco seguramente perecerá, porque dos velas no son la aparición del santo, sino un espectro.

Eso, dijo Pilgrim Wilhelm, porque los demonios nunca aparecen en una sola aparición, sino siempre en varias.

Todo lo divino es verdadero y único, dijo Pilgrim Friedrich, y todo lo diabólico es falso y multiplicado.

Los peregrinos de Brandenburgo no prolongaron su pelea con el capitán, para su deleite.

Ambrogio miró al norte pensativo. Vio una tormenta en el Mar Blanco el 1 de octubre de 1865. El barco *Fe* del Monasterio Solovetsky navegaba desde la isla Anzer hasta la isla Bolshoi Slovetsky. Dirigía a los peregrinos desde las montañas Volocek.

Los botes a bordo se soltaron y la bomba que sacaba el agua se rompió en la bodega. El barco fue lanzado como un chip. Los peregrinos estaban llegando. La tormenta asombró por el hecho de que se desarrolló en condiciones de perfecta visibilidad. Era un viento huracanado, pero no había nubes ni lluvia. A la derecha, la isla de Bolshoi Solovetsky brillaba como un punto blanco. Uno de los peregrinos preguntó al capitán:

¿Por qué no vamos directamente a la isla?

Sin despegarse del timón, el capitán demostró que no podía oír el altavoz.

¿Por qué nos alejamos de la isla en lugar de ir a ella? -gritó el peregrino justo al oído del capitán.

Porque vamos con buen viento, respondió el capitán. De lo contrario, una ola lateral nos destrozaría.

larga barba del capitán de la *Fe* ondea al viento.

La tripulación de monjes Solovetsky estaba tranquila. Era la calma de los que no sabían nadar. Los marineros del Mar Blanco generalmente no saben nadar. Pero tampoco lo necesitan. El agua del Mar Blanco es tan fría que no se aguanta más de unos minutos.

El capitán *del St. Mark* se secó una lágrima, pues la compasión por los barcos que habían perecido no tenía límites. Gracias a Dios ya San Herman por mantenerse con vida. Estaba de pie en la cubierta bañada por el sol, contemplando la larga y clara sombra de la mañana. Inhala el olor seco de la madera. Quería dejarse caer sobre las tarimas, tumbarse sobre ellas y sentir la aspereza de su mejilla, pero no lo hizo. Como capitán, tenía que controlar sus sentimientos. El capitán, en general, no debe ser sentimental, pensó, o la tripulación se rebelaría. Decidió llevar el barco a la orilla más cercana con la única vela que le quedaba. Después de un día de navegación tranquila, bañado por el oro del sol vespertino, *San Marcos* se acerca al puerto de Jaffa.

24

Este era el Oriente. Ese Oriente del que Arseni había oído hablar mucho,

pero no tenía una imagen clara de él. En Pskov había visto mercancías de Oriente. En Pskov había visto incluso orientales, pero allí esa gente se había adaptado a la forma de vida de los rusos del norte, que no les saltan a los ojos ni a los oídos. Los orientales en Pskov eran personas amables y cariñosas. Hablaban en voz baja y sonreían enigmáticamente. Iban acompañados de un aroma a hierbas y especias no rusas. En Jaffa eran completamente diferentes.

Los lugareños que rodeaban a los viajeros, en su mayoría árabes, eran ruidosos, guturales y con muchas manos. Siguieron agarrando la ropa, tratando de llamar su atención. Poniendo solo sus agujeros en su túnica, lucharon en su pecho. Con las mangas llenas de hollín se secó la frente y el cuello manchados.

Qué quiere esta gente, le preguntó Arseni a Ambrogio.

Ambrogio se encogió de hombros.

Creo que eso es lo que todos los demás quieren: dinero. Uno de los árabes llevó su camello a casa de Arseni y trató de ponerle las riendas. Estaba agarrando los dedos de Arseni con ambas manos, pero las riendas seguían resbalando porque Arseni no lo estaba sujetando. El árabe señaló el precio de su camello. Con cada nueva elevación de la mano, el número de dedos era menor. Arseni miraba al asombroso animal, pero lo miraba desde arriba. Pero qué mirada de orgullo tiene esta criatura, pensó Arseni. El árabe se golpeó el pecho y, dejando finalmente las riendas en la mano de Arseni, dio la impresión de que se marchaba.

Arseni tiró de las riendas y el camello lo miró pensativo. Por naturaleza, ella era lo opuesto a su amo, quien parecía cansarla. La inesperada desaparición del árabe fue percibida como una bendición por el animal que ni siquiera cuida al difunto. Al ver el movimiento de la mano de Arseni, el árabe apareció de nuevo junto al camello, y volvió a mostrar su precio. Todos los dedos previamente doblados regresaron a sus asientos. Arseni sonrió. El árabe pensó por un momento y también sonrió. Mostró los dientes y el camello, a pesar de las difíciles condiciones de vida, todos supieron encontrar un motivo para sonreír.

La vida era muy dura en Jaffa. La ciudad, convertida en mamelucos hace dos siglos en un montón de ruinas, no pudo renacer. Tenía una existencia ilusoria, casi al otro lado del mundo, y si aún estaba vivo era por los pocos barcos que, por una u otra razón, atracaban en lo que quedaba de su puerto. No, Jaffa no era una ciudad muerta. Pasando dos días en él, Arseni y Ambrogio notaron que por la noche aquí había vida con sus acontecimientos y pasiones. Descubrieron también que la contemplación no era ajena a los habitantes de

la ciudad, que tanto les habían maravillado la primera noche con su espíritu de iniciativa.

Fue definitorio para la vida de los Jaffa en las horas del día. La jornada sofocante la pasaban estas gentes en los pequeños patios de las casas de barro, atrapando la brisa ligera con sus cuerpos cansados. Se acostaron en los parapetos rotos del puerto y observaron los barcos de pesca y (mucho menos a menudo) los barcos entrar en la bahía. A veces ayudan a descargarlos. Pero solo por la noche la gente de Jaffa estaba animada y activa. El calor y el calor del día se derramó sobre los demás y sobre los que llegaron allí. Todas las ventas, intercambios, tratos y matanzas tuvieron lugar durante las dos horas previas a la puesta del sol.

Durante el segundo día, Arseni, Ambrogio y los demás peregrinos lograron llevarse bien con los árabes en su camino a Jerusalén. Por ducado y medio se ofrecía a los viajeros alquilar, a su elección, un camello o un burro. Muchos, incluidos Arseni y Ambrogio, querían caminar, pero les dijeron que se quedaran detrás de la caravana.

Por lo general, una caravana se mueve lentamente, les dijo Ambrogio a los árabes.

Por lo general, pero no ahora, respondieron los árabes. Ni siquiera podrás mirar a tu alrededor porque has llegado.

Estaba claro que la propuesta de alquilar camellos o burros no podía ser rechazada. Acordándose de los dos burros del hermano Hugo, Arseni y Ambrogio habían elegido sus camellos. Pero Friedrich y Wilhelm decidieron ir en burros.

Quedó algún tiempo antes de que partiera la caravana, pero los peregrinos no regresaron a la ciudad, sino que permanecieron en el puerto. Algunos se durmieron apoyados en las piedras calientes durante el día. Otros permanecieron de brazos cruzados o repararon sus desgastadas ropas de peregrinaje. Ambrogio sacó la vela y le puso los diamantes. Ya estaba en Tierra Santa, por lo que decidió restaurar la vela a su belleza original. Colocó cada una de las seis piedras en el fondo de un santuario y las fijó con una garra, como le había enseñado el posadero Gavril.

Las acciones de Ambrogio fueron perseguidas en silencio por los árabes, que habían sido golpeados por los peregrinos para defender la caravana. Habían exigido un ducado y medio a cada peregrino por esto, por mucho que pensaran, porque el viaje a Jerusalén no era tan largo.

El camino no es largo, pero es peligroso, respondieron los árabes. La muerte está escondida aquí en todas partes. Y hay que pagar de por vida.

Él no monta un camello como un caballo. Ayudando a montar a Arseni, el árabe puso el camello sobre sus rodillas. Arseni se sorprendió de que el animal pudiera sentarse sobre sus rodillas y se sentó entre las dos jorobas. Cuando el camello se elevó, Arseni estaba a punto de salir volando. El camello endereza primero sus patas traseras, por lo que el jinete es lanzado hacia adelante. Después de que se levantó, el camello miró con tristeza a Arseni. ¿Por qué estaba triste y qué sentía?

La caravana partió al amanecer. A pesar de las promesas de los árabes, se apresuró a avanzar. Los rostros de los peregrinos reflejaban todos los colores del desierto luminoso. El sol salió inimaginablemente rápido, y con la misma rapidez el calor ocupó el lugar del frío. Los rostros de los peregrinos estaban cubiertos de sudor y polvo debajo de los cascos de los caballos árabes que caminaban al frente de la caravana.

Después de dos horas de caminata, los árabes exigieron que se les diera otro ducado humano. Mientras regateaban, uno de los árabes se adelantó al galope, diciendo que estaba explorando el camino. Los árabes recibieron otro ducado.

De vez en cuando, los árabes se alejaban un poco más de la caravana y consultaban algo. Su comportamiento, sumado al de la multitud de mamelucos videntes, inquietó a los peregrinos de Brandeburgo, que empezaron a instarles a que volvieran a Jaffa. Los árabes se negaron a regresar, pero en cuanto a los mamelucos, se apresuraron a admitir que eran un espejismo, lo cual no es raro en quienes viajan por el desierto. Entonces los peregrinos de Brandeburgo, y después de ellos y otros, comenzaron a pedir ducados adicionales a los retornados, pero los árabes se negaron.

"Tengo un sentimiento fuerte", dijo Ambrogio, "pero no puedo decir nada preciso sobre nuestro futuro porque sus eventos están demasiado cerca". No debemos esperar un camino fácil, ni nadie nos lo ha prometido, y no lo ha sido antes. Nos estamos acercando a la Ciudad Santa, y nuestra resistencia a nuestro acercamiento se está triplicando.

Sería una pena no entrar en la ciudad cuando estamos a medio día de distancia de él, dijo Pilgrim Friedrich.

A Moisés se le permitió ver la Tierra Prometida desde lejos, pero no se le permitió entrar, objetó el peregrino Wilhelm

Pero uno de nosotros se parece a Moisés, preguntó Pilgrim Friedrich.

“Quien busca la Tierra Prometida es como Moisés”, dijo Ambrosio. ¿No es

así, hermano Arseni?

Arseni miró a Ambrogio en silencio, y le pareció que su cabeza se había elevado un poco sobre su cuerpo. La cabeza seguía hablando, pero el cuerpo, obviamente, ya no era suyo. El cuerpo de Ambrogio estaba rodeado por un velo turbio. Al principio era semitransparente, pero luego se disolvió por completo. Los cuerpos de los demás aún atravesaban la neblina, pero su futuro no estaba claro. Ellos también comenzaron a vacilar, descubriendo lentamente, como el cuerpo de Ambrogio, las propiedades de la transparencia. Arseni temía perder el conocimiento inmediatamente. Pero lo mantuvo.

El avance de la caravana se había vuelto aún más lento. Las ráfagas de viento caliente arrojaban arena a los ojos de los que caminaban. Los camellos seguían murmurando espinas, pero los burros se detuvieron sin motivo aparente. El cielo era ahora tan amarillo como la tierra, pues toda su extensión estaba ocupada por el sol. Sus ojos se humedecieron con el sol y la arena, pero sus lágrimas se secaron en sus pestañas, no cayeron sobre sus mejillas. Por eso una multitud de mamelucos fue tomada por peregrinos como un coágulo de sol y arena.

Al principio ni siquiera podía distinguir el brillo del sol o el torbellino de arena, y parecía moverse con el mismo desorden. Pero solo parecía. Este remolino venía directamente hacia la caravana. Los gobernantes egipcios de Palestina corrían con mucha prisa y parecían saber lo que estaban buscando. Al acercarse los mamelucos, los peregrinos divisaron entre ellos al árabe que había ido a comprobar el camino. Los jinetes rodearon la caravana.

Los mamelucos vestían túnicas rojas forradas con algodón y turbantes amarillos altos en la cabeza. Esto los salvó de los rayos del sol, pero estaba claro que no escaparon del calor. El leve olor de sus túnicas se podía sentir incluso al aire libre, el hedor que, rodeados de mamelucos, inspiraban los peregrinos. Los árabes se habían acercado un poco más y miraban con una sonrisa lo que estaba pasando. No hicieron el más mínimo intento de intervenir.

El capitán de los mamelucos -distinguido por un cinturón cosido con hilo de oro- ordenó a todos los peregrinos que se dieran prisa. Lo único que solo podían hacer aquellos que montaban burros, y todo lo demás, no era tan simple. El hermano Jean de Besançon, montado en un camello, intentó bajar, pero fracasó. Se colgó de la joroba de un camello. De saltar, el hermano Jean tenía miedo y sus piernas colgaban desesperadas en el aire. Mamelucos y árabes se rieron tanto como pudieron. Uno de los mamelucos lo golpeó con su

látigo y el monje cayó al suelo. Sorprendentemente, el camello comenzó a rugir. Dio una patada hacia adelante y un casco golpeó la cabeza del hermano Jean, que yacía en el suelo. Esto provocó una nueva risa. Sólo el jefe de los mamelucos sonrió levemente. Su estado probablemente no le permitía reírse a carcajadas. El hermano Jean, como borracho, hurgaba en el polvo con las manos. Su cabello gris rápidamente se empapó de sangre.

Sus amos se acercaron a los camellos. Golpearon a los camellos con palos en los pies, y cayeron de rodillas. Los peregrinos, no sin peso, bajaban de sus camellos, desenredando sus piernas entumecidas. Arseni quería acercarse a su hermano Jean, pero recibió un puñetazo. Puedes sentir la sangre corriendo por su nariz. Buimac, el monje continuó con sus extraños movimientos. Al tratar de levantarse, recordó un escarabajo que cayó de espaldas. Era muy divertido para los jinetes y nadie podía divertirse.

Arseni miró al jefe de los mamelucos y se asustó. La sonrisa del mameluco se había desvanecido. Esa mueca no expresaba risa, odio o incluso desprecio. A medida que se le hinchaba la vena de la sien, palpitaba la pasión incontrolable del cazador por su víctima. Incluso cuando está llena, el gato se tira al pájaro con el ala rota, porque así están hechos el gato y todas las generaciones que le han precedido, porque el pájaro se comporta como una víctima, y la dulzura de reprimir a la víctima es más fuerte para el cazador que el hambre y más imperativa que la lujuria.

Con un aullido voluptuoso, el jefe mameluco hizo un amplio movimiento con la mano y una lanza comenzó a balancearse en el pecho del hermano Jean. El hermano Jean agarró la lanza para que no se balanceara ni le rompiera las costillas, y él y su lanza se voltearon hacia un lado. Él también empezó a gritar, y ese grito llevó al mameluco al éxtasis. Mamluuc extendió su brazo y le dieron otra lanza, y la lanzó con un nuevo rugido, y la lanza golpeó al hermano Jean en el muslo. El monje gritó y forcejeó en el polvo, y el mameluco estiró el brazo una y otra vez y lanzó una lanza que le dio en la espalda. Esta vez el hermano Jean dejó de gritar. Se tensó y respiró por última vez. Y a Arseni le pareció que el rostro del hombre asesinado era el rostro de Ambrosio.

Los peregrinos comenzaron a ser registrados. Después de la muerte del hermano Jean, nadie se atrevió a protestar. Los mamelucos, divididos en dos, se llevaron aparte a un peregrino. A los que habían sido registrados se les ordenó pasar por delante de la caravana. La forma en que se comportaron los mamelucos parecía habilidad y experiencia. Primero rebuscaron en su equipaje, luego se sometieron a un control corporal. Los mamelucos sabían bien dónde se guardaban las monedas. Rompieron los forros y los fondos

dobles de las bolsas, invirtieron los puños y rasgaron las suelas de las botas. En la Edad Media, el dinero no estaba hecho de papel y no era fácil ocultarlo.

Es el turno de Arseni. Los mamelucos solo tomaron el dinero de la garrapata rota con un cuchillo. No le importaba lo que había en la bolsa de viaje. Le ordenaron que pasara delante de él con su camello. Arseni no se movió porque vio la cabeza cortada de Ambrogio en el suelo. Los ojos de su cabeza lo miraban fijamente. Su lengua estaba medio abierta en su boca. La sangre brotó de sus fosas nasales. Arseni fue empujado hacia adelante con un codazo. Caminó hacia adelante, todavía mirando hacia atrás. No podía apartar los ojos de la cabeza de Ambrogio.

Un par de pezones sueltos apartaron a Ambrogio. Le hicieron levantar las manos y lo buscaron. (Arseni empujó al mameluco que lo acompañaba y dio el primer paso hacia Ambrogio.) Ambrogio observó con calma mientras cortaba su caftán y tomaba sus monedas. Su bolso de viaje, como el bolso de Arseni, fue registrado sin mucha atención. Ambrogio ya había sido soltado, pero un árabe que se había acercado, después de intercambiar miradas con su mameluco, hizo señas para el saco.

Del saco de Ambrogio, el mameluco sacó la vela. En el sol del mediodía, resplandecía con todas las piedras incrustadas en ella. Ambrogio le arrebató la vela al mameluco y le dijo algo al intérprete. (Sacudiéndose las manos de encima, Arseni se acercó a Ambrogio.) El intérprete tradujo, siguiendo el juego de los rayos sobre las piedras. El mameluco volvió a alcanzar la vela, pero Ambrogio retiró el brazo, sin dejar que tocara la vela. Ambrogio no vio cómo venía por detrás el volante con un cinturón trabajado, cómo levantaba la espada y cómo Arseni se agarraba con todas sus fuerzas a la pierna del mameluco.

Ambrogio vio a un ángel con una cruz descender lentamente al campanario de la Catedral de Petropavlovsk en Petersburgo. Por un momento, el ángel estuvo suspendido, verificando la precisión del aterrizaje, luego colocó lentamente la base de la cruz en la manzana dorada en la parte superior. El ángel volvió al lugar antes de los trabajos de restauración. Creando una corriente de aire descendente, el helicóptero Mi-8 extendió sus aspas sobre él. En estas complicadas condiciones, el escalador industrial Albert Mihailovici Tünkkünen fijó la base de la cruz con pernos de una aleación especial y resistente. La larga cabellera del escalador se revolvía por todas partes, le golpeaba los ojos y la boca. Tünkkünen lamentó que en el momento en que bajó de la cúpula con el ángel se le había olvidado en su helicóptero la gorra deportiva que siempre usaba cuando montaba algo debajo del helicóptero.

Molesto, se reprendió por olvidar, también se reprendió por los mechones en el cielo que siempre prometió cortar, y cada vez quebró su promesa en la tierra, secretamente orgulloso de su cabello. Se reprendió a sí mismo con sinceridad, sin ir más allá de un cierto límite en la expresión, siendo contenido por la presencia del ángel. A pesar de todos los obstáculos, desde una altura de 122 metros, Albert Mikhailovich vio muchos Rabbit Island, Petersburg e incluso todo el país. También vio cómo en la lejana Palestina, un ángel intachable, pero absolutamente real, elevaba al cielo el alma del italiano Ambrogio Flecchia.

El libro de la paz

1

Se cree que Arseni regresó a Rusia a mediados de la década de 1980. Es bien sabido que en octubre de 1487 ya estaba en Pskov, pues entonces comenzó la gran peste de la que sobrevivió. Cuando regresó a Pskov, algunos lo habían olvidado. Esto no se debió a que hubiera pasado mucho tiempo (no había sido tanto) sino a que la memoria humana era débil y solo se conservaban los familiares. Y aquellos que no son parientes (como lo fue Arseni para todos) la mayoría de las veces no se quedan en él. El difunto se pierde de vista y su rostro no suele volver a levantarse. En el mejor de los casos, recuerdo haberlo visto en las fotos. Pero en la Edad Media no había fotografías y el olvido se hizo permanente.

Muchos residentes de Pskov ni siquiera recordaban haber visto a Arseni porque no lo reconocieron. El hombre que había vuelto no se parecía al loco en Cristo que había entrado en la ciudad, ni al peregrino que había salido de la ciudad. Arseni había cambiado. En contraste con su rostro oscuro y bronceado, su cabello claro se había vuelto aún más claro. A primera vista, podría parecer que se había desvanecido bajo el sol abrasador de Oriente, pero al examinarlo más de cerca, quedó claro que el cabello de Arseni ya no era de color claro: era blanco.

Arseni se había vuelto gris. Sobre la raíz de su nariz, en su frente, había una cicatriz que parecía un pliegue profundo y amargo. Junto a las arrugas reales que le habían aparecido, la cicatriz daba a su rostro la expresión de la triste impasibilidad de un icono. Y tal vez no el cabello blanco y la cicatriz, pero esta expresión hizo que la gente de Pskov no reconociera a Arseni.

Cuando volvió, no se lo dijo a nadie. Y hablaba muy poco de todos modos. No tan poco como en su existencia de loco en Cristo, pero en sus palabras ahora hay un silencio que no es propio ni del más profundo silencio. Yendo al posadero Gavril, dijo:

La paz sea contigo, arrendador. Y perdóname.

Posadnicul Gavril vio en los ojos de Arseni todo su arduo trabajo. Vio la muerte de Ambrogio. Y ella no le preguntó nada. Abrazó a Arseni y lloró en su hombro. Arseni se quedó inmóvil. La piel de su cuello sintió las lágrimas calientes del posadero, pero sus ojos permanecieron secos.

"Quédate en mi casa", dijo el posadero Gavril.

Arseni inclinó la cabeza. Ahora prestaba muy poca atención a dónde estaba sentado.

Quería ir al loco en Cristo Foma, pero en ese momento Foma ya no estaba

en el mundo. Poco después de la partida de Arseni, Foma había vaticinado su muerte y logró despedirse de todos. Agotado por la proximidad de la muerte, encontró fuerzas para dar un último rodeo por la ciudad y arrojar piedras a los desvergonzados diablos. Y todos sabían que Foma iba a morir, y la ciudad entera fue tras él, acompañándolo en este último desvío. Sus piernas tropezaban y lo ayudaron a avanzar.

La oscuridad de la muerte me envuelve, y la luz se desvanece de mis ojos, clama después de atravesar la mitad de la ciudad.

Y como ya no podía ver, le pusieron las piedras en las manos, y él con todas sus fuerzas las arrojó a los demonios, y así dio la vuelta a la otra mitad de la ciudad, porque su ceguera física sólo agudizaba su espiritual. visión.

Y cuando la ciudad estuvo limpia, dijo Foma, recostado en el pórtico de la iglesia:

¿Te imaginas que los ahuyenté para siempre? No, sólo durante unos cinco años, un máximo de diez. Y, me pregunto, ¿qué vas a hacer ahora? Y ahora, escríbelo. Te espera una gran plaga, pero el siervo de Dios Arsenio, que ha regresado de Jerusalén, te ayudará. Y luego se irá Arseni, porque tendrá que irse de esta ciudad. Mira, entonces tienes que mostrar fuerza de carácter y concentración interior. Después de todo, ya no sois niños.

Después de asegurarse de que todo estaba escrito, el loco en Cristo Foma cerró los ojos y murió. Luego abrió los ojos por un momento y agregó:

Posdata. Arseni debe tener en cuenta que el monasterio de San Cirilo lo está esperando. Eso es todo.

Diciendo esto, el loco en Cristo Foma murió para siempre.

2

Después de leer el mensaje de Foma, pensó Arseni. Durante siete días y siete noches no salió de la casa que le habían ofrecido en un anexo de la casa del posadero Gavril. Es posible que se haya quedado más tiempo, pero al octavo día de su estancia en Pskov se difundió la noticia de que se trataba de una plaga. Al entrar en Arseni, el posadero dijo:

Las palabras de Foma se hicieron realidad. Esperamos en la misericordia del Señor y en tu gran gracia, Arsenio.

De rodillas, Arseni estaba frente a los íconos y de espaldas al posadero Gavril. Rezó, y no estaba claro si había oído lo que había dicho el posadero. Se sentó un rato, pero no repitió sus palabras: supuso que Arseni ya lo sabía todo. Con cuidado, para no hacer crujir los pisos, salió el posadero. Al día siguiente, cuando terminó de rezar, Arseni también salió.

La multitud lo esperaba frente al porche. Él la miró y no dijo nada. La multitud también estaba en silencio. Entendió que no había necesidad de decir nada aquí. Al recordar la predicción de Foma, la multitud supo que Arseni era el único que podía ayudarla en su desgracia. Pero Arseni sabía que sus posibilidades eran limitadas, y la multitud sabía que él sabía, y lo percibió. Se miraron hasta que la multitud se quedó con expectativas injustificadas, y el miedo de Arseni de no defraudar esas expectativas desapareció.

Cuando todo esto terminó, Arseni bajó del porche y fue al encuentro de la peste.

Iba de casa en casa buscando enfermos. Cuidó sus bubones y les dio azufre machacado con yema de huevo, les lavó el cuerpo de vómito y les ahumó las casas con virutas de enebro. Los que escaparon tampoco lo dejaron ir, porque su maldad y desesperación eran menores. Se aferraron a la mano de Arseni, y él no pudo encontrar la fuerza para liberarse de sus manos, y se quedó con ellos durante las noches hasta que murieron.

Me parece, le dijo Arseni a Ustina, que regresé hace muchos años. En mis manos están los mismos cuerpos llenos de pus y, créeme, mi amor, tal vez sean las mismas personas que una vez curé. ¿No le devolví el tiempo o, hagamos la pregunta, de lo contrario no volveré a un punto de partida yo mismo? Si es así, ¿no te encontraré en este camino?

Las manos de Arseni recordaron rápidamente la actividad olvidada y ahora se encargaron solas de los estragos de la peste. Mirando los hábiles movimientos de sus manos, Arseni comenzó a temer que su acción se hiciera rutinaria y que él ahuyentara ese formidable poder que a través de él se transmitía a los enfermos, pero que ya no tenía relación directa con el arte médico. Al curar a las personas, Arseni notó cada vez más que era precisamente este poder, y no el azufre triturado y la yema, lo que estaba relacionado con su endurecimiento. El azufre y la yema no le hicieron daño, pero como empezó a parecerle, no ayudaron sustancialmente. Lo importante era el trabajo interior de Arseni, su capacidad de concentrarse en la oración, mientras se dispersaba en los enfermos. Y si el paciente se recuperó, esta fue su recuperación, la de Arseni.

Pero si el paciente moría, Arseni moría con él. Y sintiéndose vivo, se ahogaba en lágrimas y avergonzado de que el paciente hubiera muerto y él estuviera vivo. Arseni llegó a comprender que la muerte no se debía a la fuerza de la enfermedad, sino a la debilidad de su oración. Empezó a considerarse el principal culpable de esas muertes ya confesarse a diario, porque de lo contrario el peso de la culpa habría estado fuera de su alcance. Y

a cada enfermo que entraba en la fila entraba como el primero, como si nunca antes hubiera visto a cientos de personas, y su poder asombroso lo llevó a la plenitud de los enfermos, pues solo eso daba la esperanza de curación.

Arseni estaba luchando no solo con la enfermedad sino también con el miedo humano. Caminó por la ciudad y convenció a la gente de que no tuviera miedo. Aconsejándoles que tuvieran cuidado, Arseni también les advirtió que el pánico era dañino. Les recordó que sin la voluntad de Dios no cae un cabello de la cabeza de un hombre, y les exhortó a no encerrarse en sus casas, olvidándose de ayudar al prójimo. Muchos se olvidaron.

En las primeras semanas de la peste, Arseni pensó que no resistiría. Se caía de los pies por el cansancio. A menudo no tenía fuerzas para volver a casa y dormía profundamente junto al enfermo. Al cabo de un rato, notó con asombro que le resultaba un poco más fácil.

Aparentemente me estoy acostumbrando a lo que es imposible acostumbrarse, le dijo a Ustina. Eso, mi amor, demuestra una vez más que no basta la fuerza, sino el coraje.

Arseni durmió dos o tres horas de veinticuatro horas, pero ni siquiera mientras dormía podía librarse del dolor que lo rodeaba. Soñó con colores hinchados, enfermizos, y le suplicaban que los curara, y él no podía ayudarlos, porque sabía que ya estaban muertos. Y en sus sueños ya no había fantasía, había sueños reales, sueños sobre lo que habían sido. El tiempo, en efecto, estaba regresando. No cuadraba con los hechos que estaban ocurriendo, tan grande era su magnitud y poder de dolor. El tiempo se desmoronaba, como el saco de un peregrino, y ahora mostraba su contenido, y el peregrino lo miraba como si lo viera por primera vez.

3

Aquí estoy, Señor, y esa vida mía que he logrado vivir hasta llegar a Ti, dijo Arseni en la Tumba del Señor. Como esa vida mía que aún puedo vivir de Tu inefable misericordia. Porque no tenía ninguna esperanza de llegar aquí después de que me robaron y me cortaron la espada justo antes de la ciudad de Jerusalén, y el hecho de que estoy parado aquí frente a Ti lo considero Tu gran misericordia. Junto con mi inolvidable amigo Ambrogio, te traje una vela en memoria de la hija del posadero de Pskov, Anna, que se ahogó en el río. Pero ahora mis manos están vacías, no tengo vela, y no está mi amigo Ambrogio, ni otros que me he encontrado en el camino, pero que he perdido a causa de mis pecados. Menciono aquí al guardia Vlas, que dio su vida por sus amigos. Los pecados de Vlas, prometí confesarlos ante Ti, que yace en el suelo

en Polonia esperando la resurrección de entre los muertos. Ten piedad, Señor, de los vivos y de los muertos, de las oraciones de Tus Santos, a quienes también digo los indignos: Oh benditos siervos de Dios, no dejéis de orar a Él día y noche por nosotros, los indignos, que siempre erramos con tantos innumerables pecados. A Ti, Señor, dirijo la oración más importante de mi vida, relacionada con Tu sierva Ustina. Por favor, no como su marido, porque yo no soy su marido, aunque podría haber sido ella si no hubiera caído en la trampa del príncipe de este mundo. Te lo suplico como su asesino, porque mi crimen nos ha atado en esta era y en el futuro. Al matar a Ustina, la privé de la oportunidad de descubrir lo que has fundado, de cultivarlo y hacerlo brillar con luz divina. Quería dar mi vida por ella, o mejor dicho, darle *mi* vida por la vida que secuestré. Y solo podría hacer esto a través de un pecado mortal, pero ¿quién necesitaría una vida así? Y decidí que lo que realmente necesitaba hacer era aprender a hacerlo bien. Traté, lo mejor que pude, de reemplazar a Ustina y hacer buenas obras en su nombre, lo que nunca hubiera podido hacer en mi nombre. Comprendí que todo ser humano es insustituible, y no me hacía grandes ilusiones, pero ¿cómo podría yo, dime, cumplir mi arrepentimiento? Es una pena que los frutos de mi trabajo hayan resultado tan pequeños y sin sentido que no haya sentido más que vergüenza. No me rendí solo porque todo lo demás hubiera empeorado. No estoy seguro de mi camino, y es por eso que cada vez se me hace más difícil seguir adelante. De una manera desconocida, puedes recorrer un largo, largo camino, pero no puedes continuar indefinidamente. ¿Es ella una salvadora para Ustina? Si tuviera al menos una señal, al menos una esperanza. Ya sabes, yo hablo con Ustina todo el tiempo, le cuento lo que pasa en el mundo, mis impresiones, para que esté al día, como dicen. Ella no me responde. No es el silencio de la falta de perdón, conozco su amabilidad, ella no me molestaría por tantos años. Lo más probable es que ella no pueda responderme, pero tal vez solo me esté ahorrando las malas noticias, porque con mi corazón en ello, ¿puedo contar con las buenas noticias? Creo que a través de mi amor puedo salvarla post mortem, pero además de esta fe, necesito al menos una gota de conocimiento. Pero dame, Salvador, al menos una señal para que sepa que mi camino no conduce a la locura, y entonces, sabiendo esto, puedo caminar por el camino más difícil, caminar por más duro que sea, y no sentirme más cansado.

¿Qué señal quieres y qué conocimiento?, preguntó el abad que estaba de pie junto a la tumba del Señor. ¿No sabéis que todo camino esconde peligro en él? Cualquier cosa, y si no eres consciente de ello, ¿por qué moverte? Mira,

dices que te cuesta creerlo, quieres saber. Pero el conocimiento no requiere fortalecer el espíritu, el conocimiento es evidencia. El esfuerzo requiere fe. El conocimiento es paz, y la fe es movimiento.

¿Pero no aspiraban los santos a la armonía de la paz?

Caminaban por la fe, respondió el abad. Y su fe fue tan fuerte que se convirtió en conocimiento.

Solo quiero saber la dirección general del camino, dijo Arseni. En cuanto a mí y Ustina.

Pero ¿no es Cristo la dirección general?, preguntó el abad. ¿Qué dirección estás buscando? ¿Y qué quiere decir con el camino - no los espacios dejados atrás? Viniste a Jerusalén con tus preguntas, aunque podrías haberlas hecho, digamos, desde el monasterio de San Cirilo. No digo que viajar sea inútil: tiene sentido. No seas como tu querido Alexander, que tenía un camino, pero una meta. Y no te dejes llevar demasiado por el movimiento horizontal.

Pero ¿por qué debería sentirme atraído?, preguntó Arseni.

Con el movimiento vertical, el abad respondió y señaló hacia arriba.

En el centro de la cúpula de la iglesia había un vacío redondo negro, dejado para el cielo y las estrellas. Las estrellas eran visibles, pero se desvanecieron. Arseni entendió que era luz.

4

Hacia principios de febrero, la peste comenzó a retroceder. El final del invierno fue tan frío que la plaga simplemente se congeló. Y aunque tenía mucho menos que hacer, incluso entonces, en febrero, Arseni sintió que sus poderes estaban al límite. Los meses de peste lo habían agotado por completo, ya esto se sumaba la habitual debilidad preprimaveral. Cada vez le costaba más levantarse por la mañana. Cuando salía a ver a los enfermos, se sentaba varias veces en el camino para descansar. Al ver su debilidad, su esposo Gavril dijo:

Ciudadanos de Pskov, por sus muchas curaciones, él ha gastado todas sus fuerzas, así que perdónenlo, por el amor de Dios.

Hacia fines de febrero no hubo más casos de peste. Y cuando le tocó descansar, Arseni se durmió. Durmió no menos de medio mes, quince días y quince noches. Arseni sabía que había tomado prestados de su futuro los poderes que les había dado a todos durante la plaga, y ahora estaba devolviendo lo que había gastado. A veces se despertaba para saciar su sed, pero al mismo tiempo se dormía, porque no se le caían los párpados. Continuó soñando con Jerusalén, el camino a Palestina y Ambrosio, todavía vivo. El

decimosexto día, el gran sueño de Arseni llegó a su fin y sintió que sus poderes recuperaban lentamente el poder.

Recuperándose, Arseni se dio cuenta de que había llegado la primavera. Solía medir los años en la primavera. A diferencia de las otras estaciones, la llegada de la primavera fue la que más sintió y penetró. Solía esperar a que ella llegara, pero ahora se despertó cuando la llegada de la primavera ya estaba en el medio, así como te despiertas de repente en un día claro y ves que el sol ya está alto, y ves temblar los puntos de luz. en el suelo, y la plata del lienzo, de una araña en un rayo, y lloras con lágrimas de gratitud. Por los olores y todo el ambiente, a Arseni le parecía que esta primavera era muy parecida a la del pasado, de su infancia, pero enseguida se dio cuenta. Ahora era completamente diferente, por lo que la primavera ahora no tenía nada que ver con la primavera de su infancia.

A diferencia de ese manantial, el actual ya no llenaba el mundo entero. Era una flor suya maravillosa, pero Arseni sabía desde hacía mucho tiempo que había otras plantas en este jardín.

Iba caminando por Pskov, y la madera de los adoquines resonaba al ritmo de su movimiento. Los brotes se hincharon en los árboles y el polvo voló por el aire por primera vez después del invierno. Al acercarse al Monasterio de San Juan, Arseni buscó la grieta en la pared y entró en el cementerio. Al ver sus árboles junto a la pared, derramaron lágrimas, porque eran los árboles de su vida pasada que nunca volverían.

En el cementerio, la abadesa y las hermanas ya esperaban a Arseni. La abadesa dijo:

La profecía de Foma es una necesidad. Esto significa que, te guste o no, no puedes evitarlo. Entonces, hombre, tienes que ir al Monasterio de San Cirilo, y cuanto antes, mejor.

En la ciudadela, el posadero Gavril simplemente abrió los brazos. Recordó lo que había dicho Foma, pero en su corazón confiaba en que Arseni estaría en Pskov hasta el esperado fin del mundo. Así se sintió más tranquilo. En el lado útil, la presencia continua de Arseni en Pskov aún era incierta.

En principio, estamos listos para recibirlo, se dijo desde el monasterio de San Cirilo. Pero dile al cabrón de Gavril que no murmure y que no ponga sobre ruedas al que se va, claro, si no es un paseo.

Quien lo enviaría a pie después de tal agotamiento, se preguntó el posadero Gavril. Sin duda le ofreceremos algo que merece su respeto por la ciudad de Pskov y sus alrededores.

Incluso quisieron ofrecerle el carruaje al posadero, pero Arseni eligió un

caballo. Los carruajes eran especialmente útiles para los débiles de cuerpo, así como para las mujeres y los niños. Sabiendo esto, todos entendieron que Arseni quería dejar a un hombre como es debido. Aunque todavía no estaba completamente sano, nadie trató de persuadirlo para que dejara de montar. Posadnicul Gavril solo insistió en darle, por circunstancias imprevistas, cinco personas para acompañarlo.

Casi toda la población de Pskov salió a dirigirlo. Arseni estaba pálido, casi claro, pero encajaba bien en la silla.

El camino lo curará para siempre, dijo la abadesa del Monasterio de San Juan. El camino es la mejor medicina.

Por lo general contenido, el posadero Gavril no ocultó sus lágrimas. Sabía que estaba viendo a Arseni por última vez. La partida de Arseni de alguna manera había despertado el miedo entre los residentes de Pskov. Lo único que le alivió fue que la plaga había terminado y que la ciudad volvía a su vida normal, si no para siempre, al menos durante los próximos cinco años. Ante el posible fin del mundo, la gente de Pskov no esperaba una nueva plaga.

5

Efectivamente, en el camino Arseni se sintió mejor. Con las ondas de los campos y el temblor de los bosques, le entró la salud. La extensión de la tierra rusa fue beneficiosa. En ese momento aún no eran interminables y no exigían, sino que daban poder. Arseni estaba encantado con los cascos. No se volvió hacia sus compañeros, e imaginó que justo detrás de él venía su inestimable amigo Ambrogio, y detrás de él la caravana, y que en la caravana estaban todos los que en un momento se había separado.

Los jinetes iban rápido. No porque tuvieran prisa en alguna parte (Arseni iba a la eternidad, ¿cuál era el sentido de apresurarse?), sino simplemente porque el hecho de que caminaba rápido correspondía al estado interior de Arseni y le levantaba el ánimo. Pero más rápido que los jinetes fue su gran gloria. Ella seguiría adelante y enviaría una multitud de personas a su encuentro. Arseni desmontó. Trató de escuchar a todos los que querían dirigirse a él.

Muchos esperaban ser ayudados en su enfermedad. Arseni los dejó a un lado y los examinó de cerca. Agradeció si tenía la fuerza para ayudar a estas personas. Si le apetecía, podría ayudarlos. Pero si no pudo evitarlo, busca posibles palabras de aliento. Él dijo:

Tu enfermedad está más allá de mi poder, pero la misericordia del Señor está más allá del poder humano. Oren y no pierdan la esperanza.

O:

Sé que tienes más miedo al dolor que a la muerte. Y os digo que vuestra partida será tranquila y que no os atormentará el dolor.

Pero muchos hicieron preguntas que no estaban relacionadas con la enfermedad. Solo querían hablar con el hombre del que habían oído hablar mucho. Arseni les tocó con la mano, sin hablarles. Y su toque penetró más profundo que cualquier palabra. Dio a luz la respuesta en la mente de quien la preguntó, porque quien hace la pregunta muchas veces sabe la respuesta, aunque no siempre la reconozca en sí mismo.

Y finalmente, estaba la gran multitud de los que no curaban de nada y no preguntaban nada, porque en todo pueblo la mayoría es sana y no pregunta. Estas personas habían oído que incluso la contemplación de Arseni era beneficiosa, y vinieron a verlo.

Los encuentros en su camino tomaron tiempo y alargaron considerablemente su pequeña procesión. Pero Arseni no estaba tratando de apresurarse.

Si no escucho a toda esta gente, le dijo a Ustina, mi camino no puede considerarse recto. Tú, mi alegría, serás salvada por nuestras buenas obras, pero ¿pueden ellas también manifestarse en mí? No, esa es mi respuesta, solo pueden manifestarse en otras personas, y gracias a Dios, Él nos envía a estas personas.

Habían pasado unos días antes de la llegada de Arseni, y los habitantes habían decidido de antemano a quién fusilar. Estas personas habían considerado el mayor consuelo posible para él, pero también la esperanza de su propia prosperidad. Porque con la fama de Arseni se había difundido la opinión de que su presencia en una casa traía mucho bien a su amo. Pero Arseni no siempre disparó donde fue invitado, sino que eligiendo a un hombre de la multitud de sus ojos, le preguntó:

¿Me permitirás, amigo mío, detenerme en tu casa?

Y la vida del elegido por Arseni cambió a partir de ese día, al menos a los ojos de sus conciudadanos. Y Arseni sintió que su vida cambiaba. Nunca había sentido un aumento de poder como antes. A pesar de que no escatimó y brindó ayuda a quienes lo solicitaron, recibió mucho más poder del que gastó. Y no pudo evitar maravillarse ante esto. Sintió que el poder le fue dado por los cientos de personas que conoció. Solo estaba pasando este poder a aquellos que más lo necesitaban.

Arseni y sus compañeros estaban de paso por lugares en los que había estado hace muchos años, cuando había dejado Belozersk para Pskov.

Reconoció las colinas, los ríos, las iglesias y las casas que había visto antes. Le parecía que reconocería incluso a las personas, aunque no estaba firmemente convencido. Sin embargo, la gente está cambiando rápidamente.

Arseni recordaba los tristes hechos de su juventud, pero sus recuerdos no eran cálidos. Estos recuerdos ya eran sobre otra persona. Hacía tiempo que sospechaba que el tiempo estaba segmentado y que sus diversos segmentos no estaban conectados, como si no hubiera ninguna conexión —quizás sólo de nombre— entre el niño de la Rukina slobozia y el viajero canoso, casi un anciano. De hecho, su nombre había cambiado a lo largo de su vida.

En una de las casas ricas, Arseni se vio en un espejo veneciano: era muy viejo. Este descubrimiento lo asombró. No se sentía mal por su juventud en absoluto, y lo había sentido antes de cambiar. Y, sin embargo, mirarse en el espejo le causó una fuerte impresión.

pelo gris largo. Los pómulos se habían agudizado y devorado sus ojos. No había pensado que el cambio había ido tan lejos.

“Mira lo que me salió”, le dijo a Ustina. Quién podría haber pensado. Tú, mi amor, ni siquiera me reconocerías. no me reconozco

Arseni caminaba y pensó que su cuerpo no era tan flexible como antes. Ya no es tan invulnerable. Ahora sentía el dolor no solo por los golpes, sino también sin ellos. Más precisamente, a menudo se sentía como si lo hubieran golpeado. Su cuerpo le recordaba su existencia con un lamento aquí y allá, mientras que antes Arseni no se acordaba de él, pues curaba cuerpos extraños, cuidando a cada uno de ellos como un recipiente que albergaba un alma.

Una vez, de camino al Monasterio de San Cirilo, vio un cuerpo del que casi se había salido el alma. Pertenecía a un señor muy anciano, que miró a Arseni con ojos azules inexpresivos. Sus parientes lo habían llevado a Arseni, quien dijo que el anciano estaba débil. Arseni miró los ojos azules del longevo y se maravilló de que no se hubieran desvanecido, mientras que todo en su alma ya se había desvanecido.

Pero tú quieres vivir, viejo, preguntó Arseni.

"Me quiero morir", respondió el anciano.

Verán, murió hace mucho tiempo, pero el cuerpo no lo deja, así que agárrense a la tapa, les dijo Arseni a los familiares del anciano. Lo que amabas de él ya no está aquí.

Pero esto, como dicen, es visible, confirmaron los familiares, no es tan conmovedor como antes. Le dices: larga vida, abuelo. Y él: tomar el valle. Que terrible metamorfosis. ¿Y ahora qué hacer con él?

No hay nada que puedas hacer al respecto, respondió Arseni. Todo se resolverá en no más de cuarenta días.

Y así fue. El anciano ya no estaba en el día en que Arseni llegó al lugar de San Cirilo.

6

Arseni llegó al monasterio por la noche y fue recibido por una gran multitud. Al ver las paredes del santuario, Arseni recordó haber venido aquí con Christopher cuando era niño. Recordó el carro en la noche y las conversaciones en voz baja de los mujics del pueblo sobre su cabeza. Pensó que por el amor de Cristo sólo quedaban los huesos. Y estaba contento de estar acercándose a estos huesos. Arseni comenzó a sentir su calor querido. Trató de imaginar la cara de Christopher, pero fracasó.

Descendiendo de su caballo, Arseni se arrodilló y besó el suelo en la puerta del monasterio.

Después del largo viaje, mi amor, regresé a casa, le dijo Arseni a Ustina.

Vuestro viaje apenas comienza, objetó el abad Inokenti. Es solo que ahora tiene una dirección diferente.

Arseni levantó la cabeza y miró al abad.

Creo que la reconozco, abadesa. ¿No te hablé en Jerusalén?

Es muy posible, respondió el abad Inokenti.

Tomó a Arseni de la mano y lo hizo pasar por la puerta del monasterio. En el monasterio, el abad dijo:

En nuestro país, generalmente puedes ser monje después de siete años. Pero conocemos tu vida, Arsenie, ha sido monje hasta ahora, así que no parece haber necesidad de volver a intentarlo. Y de todos modos, la situación general, como sabéis, no apremia demasiado. Y si realmente nos espera el fin del mundo, es mejor que lo acojas como un monje. Aunque, tal vez, todavía está arreglando.

El abad guiñó un ojo.

La multitud que los acompañaba lo hará. La cuestión del fin del mundo la inquietaba en grado sumo. Vio frente a ella a dos hombres que llevaban una vida santa y esperaba explicaciones de ellos. Los que acudieron sabían que a Arseni se le había concedido la gracia de curar, pero no descartaron la posibilidad de que también tuviera el don de la previsión. De hecho, la posibilidad de tener datos sobre el fin del mundo era más importante para ellos que la curación, porque a sus ojos la confirmación del fin del mundo que se acercaba hacía que la curación no valiera nada.

Pero entonces surge la pregunta de cuándo es el fin del mundo, grita la multitud. Para nosotros, el perdón, para ser francos, es importante tanto en términos de planificación del trabajo como en términos de salvación de almas. Nos dirigimos al monasterio más de una vez para aclararnos, pero no recibimos una respuesta clara.

El élder Innocent miró a la multitud.

No es trabajo de la gente saber los tiempos y los plazos, dijo. ¿Qué más esperas cuando todo cristiano necesita estar listo para el final de cada hora? Incluso los más jóvenes de los que están aquí no vivirán más de setenta, vamos, tal vez ochenta. (Los jóvenes aplaudieron.) Y ninguna de las personas que ven aquí lo será dentro de cien años. ¿Es este tiempo grandioso comparado con la eternidad? Porque (el abad mira a los jóvenes) os digo: llorad vuestros pecados. Pero más importante que nada: velar y orar. Y regocíjense de haber encontrado a otro hombre que ora por sus almas. Y despídete de Arseni, porque te enteraste de Ambrose [32].

Dicho esto, el abad Inokenti llevó a Arseni al abad. Como es habitual, el nombre monástico se eligió con la misma letra que el mundano. Y Arsenio ya sabía qué nombre le pondrían, y en lo más profundo de su alma lo admiraba.

Elegimos tu nombre en memoria del Santísimo Ambrosio de Milán, dijo el abad Inokenti. Y escuchamos, porque siempre sucede, sobre tu devoto amigo, que dijo su nombre de una manera diferente. Que este nombre correcto esté en la memoria de tu amigo. Pero, ¿cuántas vidas más vivirás de una sola vez?

Con la bendición del obispo, el abad confirmó el nuevo nombre de Arseni. Después de siete días de ayuno, Arseni se hizo monje.

7

No me buscó entre los vivos con el nombre de Arsenio, sino que me buscó con el nombre de Ambrosio. Eso es lo que Ambrose le dijo a Ustina. ¿Recuerdas, mi amor, que ambos hablamos del tiempo? Aquí él es completamente diferente. El tiempo ya no avanza, sino que va en círculo, porque los acontecimientos que lo llenan van en círculo. Y los eventos aquí, mi amor, son en su mayoría relacionados con el servicio divino. A la una ya las tres de la tarde conmemoramos cada día el juicio de Pilato sobre nuestro Señor Jesucristo, a las seis de la tarde - Su vía crucis, ya las nueve de la mañana - el martirio en la cruz. Este es el círculo diario del servicio divino. Pero cada día de la semana tiene, como el hombre, su rostro y su

32En italiano, Ambrogio.

consagración. El lunes está dedicado a las fuerzas inmateriales, el martes, los profetas, el miércoles y el viernes, el recuerdo de la muerte de Jesús en la cruz, el sábado, el recuerdo de los muertos y el día principal, la resurrección del Señor. Todo esto, mi amor, forma el círculo de siete días del servicio divino. Y el mayor de los círculos es el anual. Él está establecido por el sol y la luna, de los cuales, espero, estés más cerca que todos nosotros aquí. El movimiento del sol y los días de conmemoración de los santos están relacionados con el movimiento del sol, mientras que la luna nos habla del tiempo de Pascua y las fiestas relacionadas con ella. Quería decirte cuánto tiempo he estado en el convento, pero, sabes, no puedo ordenar mis pensamientos. Yo tampoco parezco entender eso. El tiempo, mi amor, aquí es muy confuso, porque el círculo es cerrado e igual a la eternidad. Ahora es otoño: eso es probablemente lo único que puedo decirte con más o menos certeza.

Las hojas caen, las nubes corren sobre el monasterio. Sólo que no se aferra a las cruces.

Ambrose se sentó en la orilla del lago, y el viento cubrió su rostro con pequeñas salpicaduras. Observó al abad Inokenti acercarse lentamente a él a lo largo de la pared. Las piernas del abad estaban cubiertas con un manto, no se veían sus pasos, por lo que no se podía decir que caminaba. Se lo apropió.

El tiempo del monasterio está ciertamente unido a la eternidad, decía el abad Inokenti, pero no es lo mismo con ella. El camino de los vivos, Ambrose, no puede ser un círculo. El camino de los vivos, aunque sean monjes, está abierto, porque sin salir del círculo, surge la pregunta, ¿qué puede ser el libre albedrío? E incluso cuando reproducimos los eventos en oración, simplemente no los recordamos. Revivimos estos hechos una vez más, y vuelven a suceder.

Acompañado por un torbellino de hojas amarillas, el abad pasó junto a Ambrose y desapareció tras un recodo del muro. La orilla junto a la muralla estaba de nuevo desierta. Totalmente desierto (como si nadie hubiera pasado), no estaba destinado a caminar. La existencia de Ambrose en esta orilla solo era posible gracias a su quietud.

Crees que el tiempo aquí no es un círculo, sino un rostro abierto, le preguntó Ambrosie al abad.

"Exactamente", respondió el abad. Amantes de la geometría, se asemejan al movimiento del tiempo en espiral. Es una repetición, pero en un nuevo nivel superior. O, si se quiere, un recuento de lo nuevo, pero no desde cero. Con el recuerdo de los revividos antes.

Detrás de las nubes apareció el pálido sol de otoño. Al otro lado del muro estaba el abad Inokenti. Durante la discusión con Ambrose, se las había

arreglado para moverse por el monasterio.

Pero tú, abadesa, haz círculos, le dijo Ambrose.

No, eso ya es una espiral. Camino, como antes, acompañado por un torbellino de hojas, pero -observa Ambrose- ha salido el sol y soy un poco diferente. Incluso me parece que tomo mi vuelo a la ligera. (El élder Innocent cayó al suelo y voló lentamente pasando a Ambrose.) Aunque no muy alto, por supuesto.

"Claro, eso es normal", asintió Ambrose. Lo importante es que tus explicaciones estén ilustradas.

Hay hechos parecidos, prosigue el abad, pero de esta semejanza nace lo contrario. El Antiguo Testamento es abierto por Adán, y el Nuevo Testamento es abierto por Cristo. La dulzura de la manzana que comió Adán se convierte en el vinagre agrio que bebió Cristo. El árbol del conocimiento lleva a la humanidad a la muerte, pero el madero de la cruz le da a la humanidad la inmortalidad. Recuerda, Ambrose, los ensayos se dan para vencer el tiempo y salvarnos.

¿Estás diciendo que me voy a encontrar con Ustina de nuevo?

Quiero decir, no hay cosas irreparables.

8

Después de acostumbrarse a la vida monástica, Ambrosio pidió que lo pusieran en la cocina. Este fue considerado uno de los deberes más pesados en el monasterio. Muchos pasaban por el trabajo de la cocina, pero no eran muchos los que lo hacían con gusto. E incluso aquellos que lo hicieron por su propia voluntad consideraron este trabajo como una prueba. Pero Ambrose no consideró la cocina como una prueba. Era un trabajo caro a su alma.

A Ambrose le gustaba llevar agua y partir leña. Al principio, al ser inusual, hacía ampollas. Se agrietaron y dejaron manchas negras y húmedas en la cola del hacha. Cuando empezó a ponerse guantes para partir madera, las ampollas desaparecieron. Luego, aunque no usó guantes cuando lo hizo, no aparecieron ampollas. La piel de sus manos se tensó. Y Ambrose no estaba tan cansado. Había aprendido a golpear con el hacha el centro del tocón, y el tocón crujió con un sonido corto y armonioso. Se abrió como dos pétalos de una gran flor de madera. Si no llegaba al centro, el sonido era diferente. Agudo y falso. Suena como un mal trabajo.

Por la noche, cuando los hermanos dormían, Ambrosio encendió una vela de una vela de la iglesia y, cubriéndola con la palma de la mano, la llevó por el patio del monasterio. Caminó lentamente, inhalando la frescura de la noche y

el olor a miel de la vela. Como estaba cubierta por la palma y no iluminaba a Ambrose, la vela parecía distante por derecho propio. Moviéndose por el aire, llevó su llama a la cocina.

De esta llama se encendió el fuego en la enorme estufa. Después de un tiempo, la estufa se calentó al rojo. Hacía tanto calor que era difícil sentarse a su lado. Pero Ambrose estaba preparando comida para los hermanos. Puso y quitó las ollas del fuego, echó agua, puso más leña. El fuego quemó la barba, las cejas y las pestañas de Ambrose.

Aférrate a este fuego, Ambrose, pensó, su llama te salvará del fuego eterno.

Ambrose estaba hirviendo sopa en grandes ollas de barro. Le puso repollo, fresco o en escabeche, a veces remolacha o acedera silvestre. Agregue la cebolla y el ajo y rocíe con aceite de cáñamo. Hizo cuajada - guisantes, avena y trigo sarraceno. Durante los días fructíferos, se daban huevos cocidos al borscht, dos por cada hermano. Al mismo tiempo, los peces atrapados en la sartén por los hermanos del lago se estaban friendo en una sartén. O hacer una sopa de pescado. En Cuaresma les daría pepinos y miel. En los días habituales de Cuaresma les dio repollo con aceite, rábano picado y grosellas con miel, pero los sábados y domingos - caviar negro con cebolla o caviar rojo con pimienta. Después de servir a sus hermanos, no solía comer en el comedor, sino que después comía en su cocina. Ambrose comió pan y bebió agua de él, no tocó los platos preparados por él. Y él estaba sentado junto al fuego.

Por casualidad vio su cara en llamas.

La cara de un niño estaba en casa en Christopher's. El lobo se acurrucó a los pies del niño. El niño mira en el horno y ve su rostro. Está enmarcado por cabello gris, atado en un nudo en la nuca. Su rostro está cubierto de arrugas. Aunque no se parece, el chico entiende que es su imagen. Sólo muchos años después. Y en otras circunstancias. Es la imagen de quien, sentado junto al fuego, ve el rostro del niño y no quiere que el hombre que entra lo moleste.

El hermano Meleti se mueve de un pie a otro en la puerta y, llevándose un dedo a los labios, susurra algo por encima del hombro que Ambrose, el Sanador de Toda Rusia, ahora está ocupado: está mirando una llama.

"Déjala en paz, Meleti", dice Ambrose sin volverse. ¿Qué quieres, mujer?

Quiero vivir, Sanador. Ayúdame.

¿Pero no quieres morir?

Hay quienes quieren morir, explica Meleti.

Tengo un hijo, Ambrosio. Ten piedad de él.

¿Se parece a esto? Ambrosio se muestra en la boca de la estufa, donde, enmarcado por la llama, adivina el rostro de un niño.

En vano te sientas de rodillas, cneaghina (Meleti se agita y se come las uñas), a él no le gusta eso.

Ambrose aparta la mirada de la llama. Se acerca a la chica arrodillada y se arrodilla a su lado. Meleti, caminando hacia atrás, sale.

Ambrose agarró la barbilla de la princesa y la miró a los ojos. Con el dorso de su mano le seca las lágrimas.

Tú, mujer, tienes un tumor en la cabeza. Es por eso que debilita su visión. Y te deja escuchando. Ambrose abraza su cabeza y la abraza contra su pecho. Cneaghina escucha al chico de su corazón. Respiración pesada, viejo. A través de la camisa de Ambrose siente lo fría que está la cruz en su pecho. Qué fuertes son sus costillas. Ella también se sorprendió al ver todo esto. A puerta cerrada, Meleti talla luces. Su cara no tiene expresión.

Cree en Dios y en Su Preciosa Madre y encontrarás ayuda. Ambrose toca su frente con sus labios secos. Y tu tumor se encogerá. Vete en paz y no te amargues.

¿Por qué lloras, Ambrosio?

Estoy llorando de alegría.

Ambrose se vuelve en silencio hacia el lobo. El lobo lame sus lágrimas.

9

Y en la cocina Ambrose había recibido el don de las lágrimas, y cuando estaba solo, las lágrimas bañaban su rostro sin freno. Las lágrimas corrían por su rostro, pero esas arrugas no eran suficientes. Y entonces las lágrimas abrieron nuevos caminos y aparecieron nuevas arrugas en el rostro de Ambrose.

Al principio hubo lágrimas de dolor. Ambrose lloró por Ustina y el bebé, pero después de ellos, todos los que había amado en su vida. También lloró por los que lo habían amado, porque pensaba que su vida no les había dado alegría. Ambrosio lloró por los que no lo amaban ya veces lo atormentaban, así como por los que lo amaban pero lo atormentaban, porque así se expresaba su amor. Se quejaba de sí mismo y de su vida, y no sabía exactamente de qué se trataba. Con la esperanza de vivir la vida de Ustina para ser considerado su propia vida, Ambrose no entendía dónde *estaba su vida,* ya que no había muerto. Finalmente, lloró amargamente por aquellos a quienes no había podido salvar de la muerte, y eran muchos.

Pero entonces las lágrimas de dolor tomaron el lugar de las lágrimas de

gratitud. Agradeció al Todopoderoso que Ustina no hubiera perdido la esperanza, y que él, Ambrose, pudiera orar por ella mientras viviera y trabajar por el bien de su alma. También tenía lágrimas de gratitud por Ambrose porque estaba vivo, por lo que podía hacer buenas obras. También agradeció a Dios por el gran número de los sanados, por la oportunidad que le dio de vivir en tiempos en que aquellos deberían haber estado muertos y no le habrían dado la oportunidad de hacer buenas obras.

Las lágrimas bañaron no solo su rostro sino también su alma. Por primera vez en su vida, Ambrose sintió que su alma se reconciliaba. Su paulatina reconciliación no fue generada por la admiración de todos (su fama era mayor que nunca), ni por la indiferencia con la que muchos merecedores se sienten atraídos por la vejez. La reconciliación estaba ligada a la esperanza que, cada día que pasaba en el monasterio, se hacía más fuerte en él. Ahora ya no dudaba de que estaba en el camino correcto, porque estaba cada vez más convencido de que estaba en el único camino posible.

Mirando la llama llameante, ya no se sintió incómodo. Más bien, la ansiedad permaneció, pero el pensamiento del futuro fuego eterno dio paso a los recuerdos del pasado. Ahora no solo vio su infancia. Vio su vida en Pskov y sus peregrinaciones. Cerrando los ojos ante la estufa caliente, Ambrose vio a Jerusalén.

Los pequeños árboles en el Huerto de Getsemaní. Con troncos anchos y agrietados. Con los dedos retorcidos de las ramas. Doblado y retorcido como un grito silencioso. Las losas de piedra del suelo, pulidas por el paso de los siglos. Baldosas que mantienen el calor del sol toda la noche. Puedes acostarte sobre ellos sin miedo a resfriarte. Ambrose lo había entendido cuando se acostó sobre las cálidas baldosas. Cuando no tenía dónde pasar la noche. Cuando aún era Arseni.

Lo llevaron a Jerusalén después del golpe de la espada mameluca. Dos viejos judíos, uno él y otra ella. Temiendo a los mamuts, vivían fuera de la ciudad. No tenían hijos, estaba claro en sus rostros. Su nombre era Tadeusz y Jadwiga. También lo cuidaron. No, ellos se encargaron del moribundo Vlas, el moribundo Arseni fue atendido por otros. Tal vez Abraham y Sara. Los ancianos siempre cuidan de alguien. Dio la casualidad de que el moribundo Arseni sobrevivió. Los ancianos le dieron una barra de avena, agua y algo de dinero, y se fue a Jerusalén.

10

Los enfermos siguieron llegando a Arseni. Fueron muchos, aunque en otras

circunstancias podrían haber venido más. Varias causas contribuyeron a la disminución de la afluencia. El director era el abad Inokenti, quien había prohibido a Ambrose ser molestado por nada. Con dolores de muelas, verrugas y similares, pensó que no era adecuado venir a Arseni, porque lo estaban robando para otros casos más graves.

Problemas como este, anunció el abad, deben resolverse en casa.

Pero la abundancia de visitantes no solo distrajo a Ambrose. También inquietó a los hermanos del monasterio, que se habían alejado del mundo. Además, a muchos les inquietaba el hecho de que la gente a menudo iba directamente a Ambrose sin pensar en la oración, el arrepentimiento y la salvación.

Estas personas, dijo el padre economista, olvidan que la curación no la da el hermano Ambrosio en el monasterio, sino nuestro Señor Dios en el cielo.

Quienes acudían en busca de ayuda eran saludados primero por el hermano Meleti, quien también decidía cómo proceder en cada caso. Envió a algunos de ellos a casa inmediatamente, incluso sin escucharlos. Entre ellos había muchos que habían perdido su vigor masculino o nunca lo habían tenido. Meleti no vio la necesidad de recuperarlo, declarando que, según su propia experiencia, llegar a su contrario es infinitamente más difícil. Las excepciones eran los que estaban casados y no tenían hijos. Sólo estos, después de la debida oración, Meleti los condujo a Ambrosio. Después de visitar el monasterio, los trasladaron a la cama. Pero después del nacimiento de un niño, estos impulsos que llegaron a través de las oraciones de Meleti se detuvieron de inmediato.

La severidad del abad Inokenti y de su hermano Meleti no fue la única causa de que la afluencia de los que acudían a Ambrose no aumentara, sino que disminuyera. Muchos residentes de Belozersk no se dirigieron a él porque, dado el posible fin del mundo, no lo vieron como una necesidad aguda. Les pareció que el poco tiempo que quedaba hasta el evento aterrador podría ser soportado. En el peor de los casos, simplemente moría, pues a muchos el cuidado de la hora de la muerte no les parecía significativo.

Pero también estaban entre los que no solo no querían reconciliarse con la muerte, sino que incluso reflexionaban sobre su derrota en el caso del fin general. Fue entre ellos que comenzó a correr el rumor de que Ambrose tenía un elixir de inmortalidad. Y que este elixir había sido traído por Ambrosio, cuando aún era Arsenio, de Jerusalén.

A pesar de lo absurdo del rumor, a nadie sorprendió su aparición en el monasterio.

Esperando el fin del mundo, algunos están perdiendo los estribos, dijo el abad Inokenti. Y el hecho de que estén esperando el elixir de la inmortalidad de Ambrose tiene su lógica. Buscando la inmortalidad terrenal, ¿a quién acudir sino al médico?

A muchos de ellos, el hermano Meleti trató de explicarles que Ambrose no tenía elixir, pero él no se lo creía. Temiendo que el elixir no fuera suficiente para todos en el momento adecuado, algunos se habían arreglado para vivir cerca de los muros del monasterio y habían hecho una vivienda simulada. El monasterio se les apareció como un arca nueva, que recibirían en caso de necesidad.

Cuando el número de estos hombres pasó de cien, Ambrosio salió a ellos. Miró sus viviendas en ruinas durante mucho tiempo, luego les indicó que lo siguieran. Al cruzar la puerta del monasterio, Ambrosio los condujo a la Iglesia de la Asunción. En ese mismo momento, el servicio había terminado en la iglesia, y el abad Inocencio salió con el cáliz de la Santa Cena. Un rayo de sol de la mañana brillaba desde la ventana enrejada. El radio aún era débil. Penetró lentamente a través del espeso humo del incensario. Se tragó una por una las hebras de polvo apenas visibles y comenzaron a girar en una meditativa danza browniana. Cuando el rayo comenzó a jugar sobre la plata del cáliz, la luz brillaba en la iglesia. Esta luz era tan vívida que los que habían entrado fruncieron el ceño. Señalando el cáliz, Ambrose dijo:

En él está el elixir de la inmortalidad, y lo alcanza todo.

11

Durante un tiempo, no hubo suficientes copistas en el monasterio, y el abad pasó a Ambrose de la cocina a la celda donde se copiaban los libros. Además de él, tres personas estaban sentadas allí. Los manuscritos fueron copiados por el abad Inokenti. En las páginas de los libros escritos a mano estaban sus camaradas *aquí* y *allá.*

Ambrose siguió estrictamente estas instrucciones.

Todos los días, el trabajo de Ambrose comenzaba con afilarse las plumas y preparar el papel. Puso un trozo de madera sobre el manuscrito copiado para que no se cerrara. Siguió el texto de la pestaña del manuscrito, moviendo una estrecha tira de papel para que no se perdiera de lugar. Sostenía la tira con la mano izquierda y escribía con la derecha. La tira se deslizó hacia abajo, revelando fila tras fila.

Pero el hermano, después de mucha enfermedad, murió. Y uno de sus amigos lo limpió con una esponja y fue a la cueva, queriendo ver dónde sería

colocado el cuerpo de su amigo, y le preguntó al piadoso Marco al respecto. El dichoso respondió: anda, dile a tu hermano que espere hasta mañana, hasta que cave su tumba, y entonces dejará la vida en paz. Pero el hermano que había venido dijo: Padre Marco, ya limpié su cadáver con una esponja. ¿Con quién me ordenas que hable? Pero Marco volvió a decir: "Mira, el lugar no está listo". Te mando, ve, dile al moribundo: el pecador Marco te habla - hermano, vive este día, y mañana irás a nuestro amado Dios. Y cuando esté listo para ponerte donde estoy, enviaré por ti. El hermano que había venido escuchó al piadoso y, llegando al monasterio, encontró a los hermanos rezando, como es costumbre, por los muertos. Y se paró al lado del muerto y le dijo: "Marco te dice que no está listo, hermano, el lugar es para ti. Espera hasta mañana". Y todos quedaron asombrados ante tales palabras. Y habiendo dicho esto antes el hermano, despertó el muerto, y su alma volvió a él. Y estuvo todo el día y toda la noche con los ojos abiertos, y no dijo nada a nadie.

Un soldado, después de arrepentirse, cayó en adulterio con la esposa de un granjero. Pero después de cometer adulterio, murió. Y habiendo tenido piedad de él, los monjes del monasterio cercano lo enterraron en la iglesia del monasterio, y era entonces la hora tercera del servicio. Pero cuando sonó la hora novena, oyeron una voz desde el sepulcro, que decía: Tened misericordia de mí, oh siervos de Dios. Al abrir la tumba, encontraron al soldado sentado en ella. Después de que lo sacaron, comenzaron a preguntarle sobre lo que había sucedido. Pero él, tragándose las lágrimas, no pudo decirles nada y sólo les rogó que lo llevaran ante el obispo Gelasio. Y recién al cuarto día pudo contarle al obispo lo que había sucedido. Muriendo en pecado, el soldado vio más terribles apariencias que cualquier caldero, y al verlas su alma comenzó a luchar. Vio a otros dos hermosos jóvenes con túnicas blancas y su alma voló a sus brazos. Y levantaron su alma en el aire, y lo metieron en el calabozo, y trajeron con él un centavo de la misericordia de ese soldado. Y por cada mala acción había una buena acción, y la tomaron de allí y cubrieron la mala acción con ella. Pero para el último caso, que estaba relacionado con el adulterio, no quedó ninguna buena obra. Cuando los demonios retrataron todos los pecados carnales y de libertinaje que había cometido desde su adolescencia, los ángeles dijeron: "Todo lo que hizo hasta que se arrepintió, le fue perdonado por Dios". A esto sus oponentes respondieron amenazadoramente: así es, pero después de arrepentirse pecó con la esposa de un granjero, y después de eso murió. Al oír estas palabras, los ángeles se entristecieron y se retiraron, porque no tenían buenas obras para cubrir este pecado. Entonces lo agarraron los demonios, y partió la tierra, y la arrojó en

un lugar muy oscuro. Estaba allí llorando, desde las tres hasta las nueve, cuando de repente vio a dos ángeles que bajaban de allí. Y comenzó a rogar que lo sacaran de la cárcel y lo salvaran de aquella terrible desgracia. Pero ellos dijeron: En vano nos habéis pedido, porque ninguno de los que están aquí saldrá hasta la resurrección del mundo. Pero el soldado no dejaba de llorar y rezar, diciendo que cuando volviera a la tierra serviría a los vivos. Entonces uno de los ángeles le preguntó a su amigo: "¿Estás enamorado de este hombre?" Y el segundo ángel respondió y dijo: Luego llevaron el alma del soldado a la tumba y le ordenaron entrar en el cuerpo. Y su alma resplandecía como una perla, pero el cuerpo del muerto estaba negro como una cuba y apestoso. Y el alma del soldado gritó a gran voz: "Está oscuro". Y el alma entró en el cuerpo por la boca, y resucitó. Al oír lo dicho, el obispo Gelasio hizo dar de comer al soldado. Pero él, después de besar la comida, se niega a comerla. Y vivió cuarenta días, ayunando y velando, y contando las cosas que había visto, y exhortándolos al arrepentimiento, y después de tres días se enteró de su muerte. Estos fueron compartidos por sacerdotes de confianza para nuestro beneficio espiritual.

El emperador Teófilo era un iconoclasta y la emperatriz Teodora estaba profundamente entristecida. Se le dio a Teófilo por la ira del Señor para enfermarlo con una enfermedad grave. Sus mandíbulas se apartaron de cerrar la boca, por lo que parecía antinatural y aterrador. Pero la emperatriz, tomando el icono de la Madre Precisa, se lo llevó a los labios y se acercaron de nuevo. Y después de un corto tiempo Teófilo desapareció de esta vida y murió de esa enfermedad. Y la reina estaba muy triste, porque sabía que su marido sería llevado a los calderos con los herejes, y no podía dejar de pensar en cómo ayudarlo. Liberó a los exiliados y los encarceló, y pidió al patriarca que todos los obispos y los rostros eclesiásticos y monásticos rezaran por el emperador Teófilo, para que Dios lo librara de las mazmorras. Al principio el patriarca no estuvo de acuerdo, pero, movido por las súplicas de la emperatriz, dijo: Que se haga la voluntad del Señor. Hizo que todos los obispos y rostros de iglesias y monásticos rezaran por el emperador Teófilo. El propio patriarca escribió los nombres de todos los emperadores herejes y colocó los escritos en el refectorio de Santa Sofía. Y rezaron por Teófilo la primera semana de Cuaresma. Y el viernes, cuando el patriarca vino a tomar los escritos, todos los nombres quedaron intactos, pero el nombre de Teófilo fue borrado por el juicio de Dios. Y un ángel le dijo: Tu oración ha sido escuchada, oh obispo, y el rey Teófilo ha tenido misericordia, de ahora en adelante no molestes a Dios con esto. Maravillémonos, hermano, del amor del pueblo del

Señor nuestro Dios, y comprendamos lo que pueden hacer las oraciones de los obispos. Maravillémonos de la fe y el amor de Dios de la mansa emperatriz Teodora. Se dice que tales esposas han salvado a sus maridos incluso después de la muerte. Pensemos también que hay una sola alma, que hay un solo tiempo para la vida, y no esperemos ser salvados por el don de otra.

Los manuscritos de Ambrose ahora se conservan en la colección Kiril-Belozersk de la Biblioteca Nacional Rusa (San Petersburgo). Los investigadores que los estudian notan al unísono que están escritos con mano fuerte y que la escritura es redondeada. Esto prueba, en su opinión, que Ambrosio había adquirido fuerza interior y armonía. El alto mástil de la letra b muestra que en ese momento había dejado definitivamente la cocina, y que su interés por cuestiones de alimentación material era insignificante.

12

Ambrose le confesó al abad Inokenti: No siempre estoy atento en el trabajo y, a veces, pienso en otra cosa. Ayer, por ejemplo, recordé una visión del inolvidable Ambrogio.

¿Qué pasa si, si es posible, el abad pidió.

Esto es lo que Ambrosio le dijo al abad.

30 de agosto de 1907, pueblo de Magnano. Francesca Flecchia, de doce años, descendiente de Alberto Flecchia, hermano de Ambrogio, se despierta con una vaga sensación de miedo. El miedo surge de algún lugar del estómago. Siente un hervor en el estómago, salta de la cama y sale corriendo hacia el privado, que está en el patio trasero. Está empezando a mejorar. Francesca abre suavemente la puerta privada y observa lo que sucede en el patio. Su abuela está de pie bajo los temblorosos rayos del sol. El rayo penetra las ramas del pino, lo hacen temblar. La abuela está pálida y arrugada. Ella está pensando. Francesca se entristece al ver que nunca antes la había visto así. También podría ser un efecto pino. Pero tal vez la abuela, sin saber que estaba siendo observada, simplemente la dejó ir. Francesca había visto una vez a un hombre parecer joven en público, pero luego dobló una esquina y envejeció. Algunas cosas dependen del esfuerzo de la voluntad, pero no es posible forzar tu voluntad continuamente. Francesca ve que su abuela es muy vieja. Ella entiende a dónde llevará su abuela su vejez. El estómago de la niña vuelve a tener espasmos y las lágrimas brotan de sus ojos. La abuela desaparece en la cocina de verano.

La hermana de Francesca, Margherita, sale al patio. Margherita ve que el soldado raso está ocupado y regresa a la casa. Aparece la madre de Francesca.

Sostiene el vestido de novia de Margherita, con el que se casa hoy. Mi madre sopla hilos invisibles de polvo de su vestido y vuelve a entrar en la casa. Papá viene de la calle. En sus manos extendidas sostiene un enorme ramo de rosas blancas. Las rosas están en un balde de agua y están envueltas en una gasa. El rostro del padre no se ve por ninguna parte desde el tifón. Margherita sale de la casa y le pide a Francesca que se dé prisa. Tomando agua de una taza en su boca, su padre la rocía ruidosamente sobre las flores. Francesca recuerda haber soñado con una cabeza cortada.

Margherita solo tenía dieciocho años. Se casa con Leonardo Antonio. Hace unos meses que Francesca no está enamorada de Leonardo. Es como un leopardo, y su nombre siempre le recuerda esto a Francesca. Qué bueno es, especialmente del alma y de la mente. A veces ella capta los ojos tristes de Leonardo, y le parece que está cortejando a Margherita solo para distraerla. Solo para estar con Francesca. Y si es así, entonces es incomprensible por qué se casa con Margherita. Francesca está llorando de nuevo.

Margherita piensa que Francesca se queda en privado tanto tiempo que no la deja en paz. Ella se queja con su madre. Francesca espera vagamente que Margherita vaya a la boda después de que lo haga. Mi madre está fotografiando a Francesca en privado. Lo hace de buena gana, porque sabe que Francesca tiene que irse mañana. Mi madre quiere darle al menos un poco de calor para que pueda tenerlo con ella. Francesca fue admitida en el internado católico para niñas y se irá a Florencia. La escuela parroquial de Magnano no es suficiente para ganarse la vida. Francesca tiene miedo.

La boda va montaña abajo sin prisas. Desde Magnano se adentra en el valle, donde se levanta la solitaria iglesia de San Secondo. Es una hermosa iglesia románica del siglo XII. No hay servicios regulares en él, pero está abierto para bodas en Magnano. Al frente, cubiertos con guirnaldas de flores, pasean los carruajes con el yerno, la novia, sus padres y testigos. Voy lento, muy lento. Están rodeados de muchos invitados. El camino es ancho y permite caminar junto al carruaje. La procesión se dirige hacia el fotógrafo, que se esconde bajo la capa negra sobre el trípode.

Las visitas al cilindro mantienen a los caballos en una pendiente pronunciada. El viento que se levanta ondea el velo, y flota sobre los que caminan como una bandera blanca espectral. Los árboles se balancean y susurran sobre la carretera. De ellos, castañas maduras sobrevuelan la procesión. Una castaña tiene un ruidoso retroceso del cilindro de una visita. Todos, incluido el visitante, se ríen. Las ruedas de los carruajes chirrían sobre las castañas caídas.

Hace frío en la iglesia de San Secondo. Hace siglos que es un resfriado que asusta un poco a los presentes. Los espectáculos más indefensos, por supuesto, la novia. Parece una mariposa volando en una cripta oscura. El padre sonríe. Detrás de Francesca está el gordo Silvio. Él respira en su espalda. Respira y jadea. Siente el calor de su aliento detrás de ella, y es algo placentero. Incluso si sale de las fosas nasales de un hombre tan gordo, es el aliento de vida.

En la iglesia vieja, la multitud de los presentes parece incomprensible para los franciscanos. Un puñado de fantasmas que se desvanecerán en un instante y dejarán la iglesia (¡cuántos de estos no ha visto ella!) junto con la eternidad. Francesca intenta imaginarlos a todos como esqueletos. La iglesia está llena de esqueletos, uno de ellos - con un velo.

Al salir, todos fruncieron el ceño. Llueve sobre los jóvenes con monedas y cereales. La boda vuelve a Magnano. En el camino de regreso, Francesca logra contarle al sacerdote su sueño. Cómo fluía la sangre por su cuello sin cabeza. Cómo salieron ampollas de la aorta cortada.

Creo que en este caso es Ambrogio Flecchia, dice el cura. No es de extrañar que se te haya mostrado en un sueño, porque todavía eres pariente. Si todavía sueñas con ello, sé bueno y escríbelo. Lo cierto es que hasta ahora tenemos muy poco material fáctico sobre Ambrogio Flecchia.

Las mesas con el tratamiento se colocan en la plaza del pueblo. A lo largo de las mesas - tablones sobre taburetes. Sobre tablas - mantas. Mucha comida mantiene a todos de buen humor. Todo el mundo está feliz por los jóvenes. El abuelo Luigi retuerce un cigarrillo, lo agarra con ambos dedos y lo saca. Los moretones no le permiten doblar los dedos. Su cara parece una piedra pómez. Dice que nunca ha visto una boda tan gloriosa. Las palabras salen con el humo y parecen tener un aura antigua.

Las velas se colocan en las mesas por la noche. Sus sombras bailan sobre las fachadas de color marrón amarillento. Las velas humean en algunas mesas. Su humo flota en el aire durante mucho tiempo. Las parejas se levantan constantemente de las mesas y desaparecen en la oscuridad. De hecho, no van muy lejos. Se apoyan en los cálidos muros de las casas. A veces vuelven por otra copa de vino.

Francesca se levantó de la mesa. Sabe que ya no es parte de este mundo y se siente infeliz. Y no sabe a qué mundo pertenece. Están de fiesta y ella ya no está aquí. Se estaban divirtiendo y ella no podía tragar nada. Francesca se sienta en un nicho en un portal y ya nadie la ve. La oscuridad la traga. Eso la tranquiliza.

Alguien le pasa la mano por la cara. El dedo de alguien se mueve de la frente a la nariz, de la nariz a la barbilla. Francesca está inmóvil. Alguien le acaricia el pelo. Siente el frío del pomo de la puerta en la parte de atrás y lo encuentra con la mano. Él la agarra con todas sus fuerzas. Sus labios tocan los labios de ella. Saliendo de la oscuridad del nicho, regresa. y leonardo

A la mañana siguiente, Francesca salió de Florencia y desde entonces no ha vuelto a Magnano. Después de graduarse de la escuela católica para niñas, veinte años después de su nacimiento, se casó con el teniente Massimo Totti. Se mudaron a Roma. En 1915, el teniente Totti fue al frente y murió en la primera batalla. Cuando Francesca dio a luz a su hijo, Marcello, el teniente ya estaba muerto. Al criar a su hijo, Francesca asistió a la facultad de física y trabajó en una zapatería. A veces quería dejarlo todo e ir a Magnano. Al graduarse, recibió un título en física. Tuvo dificultades para encontrar un trabajo de medio tiempo en una escuela secundaria real en Nápoles. Fue un lío con el dinero. Para mantenerse a flote, Francesca regresó a Roma y se fue a trabajar a la morgue. La morgue estaba bien pagada. Joyce leyó en los pocos minutos libres entre vueltas. A veces escribía sus sueños con Ambrogio. Finalmente los publicó bajo el título *Ambrogio Flecchia y su tiempo.* Basándose en el material de los sueños señalados, Francesca desarrolló en el libro, entre otras cosas, la teoría de la relatividad del tiempo de Einstein. A diferencia de las obras del genial físico, el libro fue escrito en un lenguaje sencillo y accesible y fue un gran éxito. Francesca se hizo rica y famosa. Salió de la morgue. Compró una villa en la costa de Ostia y vivió allí durante veintiocho años hasta su muerte. En una de las últimas entrevistas, le preguntaron a Francesca qué día de su vida recuerda con más cariño. Después de pensar un momento, Francesca dijo:

Tal vez el día que mi hermana Margherita se casó.

13

Un día, la gente del boyardo de Moscú Frol llegó al monasterio. El boyardo Frol había estado casado con su esposa, Agafia, durante quince años, pero no tenían hijos. Y aunque visitaron muchos monasterios y llamaron a los mejores médicos, el vientre del boyardo Agafia no se abrió. Lentamente, su esperanza comenzó a desvanecerse, y al acercarse el séptimo año de la creación del mundo, el deseo de tener un hijo se desvaneció, pues se pronosticaba una vida corta y sin alegría para el posible fin del mundo. Por eso, cuando la noticia del maravilloso sanador del monasterio de Kiril llegó al boyardo Frol, no estaba contento.

Por qué nacer para morir, dijo el boyardo a los de su casa.

Pero todos nacemos para la muerte, respondió, de lo contrario no hemos visto personas antes.

Te digo que Enoc y Elías fueron apresados vivos en el cielo, respondió el boyardo, pero tú no los viste.

Sabes, no tienes que detener la vida mientras el Todopoderoso no la detenga, le aconsejó su familia.

El boyardo Frol pensó un poco y estuvo de acuerdo. Él dijo:

Ve al monasterio de Kiril y ruega al monje Ambrosio que rece para que me conceda el fruto de la procreación.

Los mensajeros del boyardo Frol partieron y marcharon durante veinte días. Y cuando cruzaron la puerta del monasterio en la mañana del día veintiuno, fueron recibidos por Ambrosio. Sin preguntar a los visitantes, dijo:

Creo que tu camino no es en vano y que a través de las oraciones a la Madre de Dios, Dios le dará al boyardo Frol y a su esposa el fruto de la procreación.

Con estas palabras, Ambrosio les dio dos ejércitos, para el boyardo y para su esposa. Después de besar la mano del dador, los que vinieron se pusieron a trabajar. Estuvieron arrodillados durante medio día, y el resto del día y la noche descansaron en el camino. Al amanecer los boyardos de los de Frol emprendieron el regreso, que duró el doble, porque el olor de los ejércitos sació su hambre, y se les cansó la vista. Y cuando regresaron a Moscú, el boyardo les preguntó ante todo sobre los anfitriones. Y le dieron hijos e hijas; y le dieron a luz dos hijos y las hijas de sus hijos.

¿Cómo supiste de los anfitriones? preguntaron los frailes al boyardo Frol.

Y el boyardo dijo que una noche, cuando sus enviados descansaban en el monasterio después de un largo viaje, él y su esposa soñaron con un anciano brillante con dos caras. El anciano habló sin abrir la boca, pero sus palabras fueron claras:

Tendrás la alegría de un hijo y una hija. Y rezaremos aquí para que no pase nada hasta la Pascua de este año. Pues sólo en el día de la Pascua será posible esperar que se establezca la paz.

14

El gran día de Pascua del año 7000 repicaron todas las campanas del monasterio de San Cirilo. Su sonido se extendió por la tierra de Belozersk, anunciando que el Señor había mostrado a Su pueblo Su infinita misericordia y les había dado más tiempo para arrepentirse. Se decidió renovar la fecha de

Pascua, porque hasta ese día nadie sabía si vendría la Pascua del año de los siete mil.

Lágrimas de gratitud brotaron de los ojos de muchos. A los enamorados se les consolaba que su separación se postergaba, a los que no habían terminado sus negocios se les aseguraba que tenían tiempo para cerrar, y sólo los que esperaban el fin del mundo no estaban contentos porque se habían equivocado en sus expectativas.

En el día de la Pascua de 7000, Ambrosio le dijo al abad Inokenti:

Busco, padre, la soledad.

Lo sé, respondió el abad Inokenti. Es un tiempo para la comunicación, y es un tiempo para la soledad.

Conozco el mundo desde hace mucho tiempo, y he acumulado tanto en mí que a partir de ahora puedo conocerlo dentro de mí.

Ahora que estamos más o menos en paz con el fin del mundo, ha llegado el momento de la soledad. Prepárate, Ambrose, recibirás el esquema este año.

El entrenamiento de Ambrose consistía en cuidar a los enfermos. Cuando no había duda de que la vida continuaría en el futuro previsible, la afluencia de enfermos se multiplicó por diez. A esta afluencia se unieron los que habían enfermado recientemente, los que en los últimos años habían preferido aguantar, pero, ante el panorama favorable que se abría, habían cambiado de opinión.

Tal cantidad de visitantes inquietaba a los hermanos y les impedía concentrarse cuando oraban. Algunos de ellos se quejaron de esto al abad.

Pero qué, antes de que pudieras concentrarte cuando rezabas, el abad preguntó a los demandantes.

No podía, respondieron los demandantes, y el abad les agradeció su sinceridad.

Pero Ambrose también dudaba de la oportunidad de lo que estaba pasando. A veces recordaba las palabras de su suegro sobre el hecho de que muchos de los que acudían a él pensaban sólo en la salud, sin pensar en la oración y el arrepentimiento. Estas palabras sembraron en Ambrosio la semilla de la duda. Se sintió intranquilo, pero el abad Inokenti ya no estaba con él. En ese momento, el abad Inokenti se había mudado a una celda aislada al final del camino que conducía desde el monasterio. Sabiendo que el abad ignoraba la distancia, Ambrosio le dijo desde el monasterio:

Me temo que mis curaciones se están volviendo comunes para ellos. No estimulan el movimiento de las almas de estas personas, porque reciben curaciones automáticamente.

¿Qué sabes tú del automatismo, Ambrose, respondió el abad Inokenti desde la celda del ermitaño? Si tienes el don de curar, utilízalo, de lo contrario te será dado. El automatismo pasará rápido cuando ya no seas tú. Pero el milagro de la curación, cree, siempre será recordado.

15

El 18 de agosto del año siete mil años después de la creación del mundo, en la iglesia de la Asunción de la Santísima Madre de Dios, Ambrosio recibió el esquema. El ritual de recibir el esquema recordaba el ritual por el que había sido monje unos años atrás. Pero esta vez, todo fue más solemne y más severo.

Arseni ingresó a la iglesia, como debe ser, durante la pequeña entrada de la liturgia. Al entrar, se quitó el abrigo y las sandalias. Bajó al suelo tres veces. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra de la iglesia, y la masa oscura de los presentes tomó forma. Había un hombre en el coro que se parecía a Christopher. Tal vez fue el mismo Christopher.

Creador de todos y Sanador de los enfermos, Señor, antes de que termine, sálvame, dijo Ambrosio en un susurro, siguiendo al coro.

Un viento de finales de verano sopla a través de las puertas abiertas. Las llamas parpadearon sobre las velas, pero luego se congelaron en la misma dirección. De niño, cuando vivía en esta iglesia con Christopher, las llamas se comportaban exactamente de la misma manera. Y eso fue lo único que relacionó a Ambrose con el tiempo, porque fue hace mucho tiempo, y Christopher yacía en la tumba. Al menos allí estaba. Ambrose pensó que no podía recordar exactamente cómo era Christopher. ¿Cómo puede estar Christopher aquí? No, este no era Christopher.

Renuncia al mundo ya todos los que hay en el mundo, por mandato del Señor, le pidió el abad a Ambrosio.

Me rindo, respondió Ambrose.

Oyó que la puerta se cerraba de golpe detrás de él y las llamas de las velas se nivelaron. Ahora no había ansiedad en la llama. Así debe ser el alma, pensó Ambrose. Tranquilo, sin molestias. Pero mi alma ya no encuentra paz, pues sufre por Ustina.

El abad dijo:

Toma las tijeras y dámelas.

Y Ambrose le dio las tijeras y le besó la mano. Pero el abad abrió la mano y las tijeras cayeron.

Y Ambrose recogió las tijeras y se las entregó al abad, y el abad las tiró de

nuevo.

Y luego Ambrose le dio las tijeras de nuevo, y el abad la arrojó por tercera vez.

Pero cuando Ambrose recogió las tijeras, esta vez también, todos los presentes estaban convencidos de que era un monje por su propia voluntad.

El abad cambió a tonsura. Cortó en forma de cruz dos mechones de la cabeza de Ambrosio, para que con ese cabello hiciera descender la atracción de la filosofía. Mirando las hebras grises en el suelo, Ambrose escuchó su nuevo nombre:

Nuestro hermano Laur se cortó el pelo de la cabeza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dios, ten piedad, respondieron los hermanos.

El 18 de agosto, cuando Ambrosio recibió el gran proyecto, era el día de los Santos Mártires Fior y Laur. A partir de ese día, Ambrose se convirtió en Laur.

El élder Inokenti dijo desde la celda del ermitaño:

Laurel es un buen nombre, porque la planta que tienes a partir de ahora es medicinal. Al ser de hoja perenne, simboliza la vida eterna.

Ya no siento la unidad de mi vida, dijo Laur. Yo era Arseni, Ustin, Ambrozie, y ahora, aquí estoy, Laur. Mi vida ha sido vivida por cuatro personas que no son iguales, que tienen cuerpos diferentes y nombres diferentes. ¿Qué tengo en común con el bebé de espíritu libre de Rukina? ¿Memoria? Pero cuanto más vivo, más me parece que mis recuerdos son una invención, dejo de creer en ellos, y es por eso que ya no pueden conectarme con aquellos que fui en diferentes períodos. La vida es como un mosaico y se deshace.

Ser un mosaico ya no significa romperse en pedazos, respondió el abad Inokenti. Solo parece tan cerca que cada guijarro no tiene nada que ver con los demás. En cada uno de ellos, Laure, hay algo más importante: la aspiración del lejano. Al que puede sostener todos los guijarros a la vez. Los recoge con los ojos. Así es, Laure, en tu vida. Te disolviste en Dios. Has roto la unidad de tu vida, has renunciado a tu nombre y hasta a tu persona. Pero también en el mosaico de vuestra vida hay algo que une todos sus componentes: la aspiración hacia Él. En Él, se reúnen de nuevo.

Tres semanas después de recibir el esquema, Laur abandonó el monasterio y fue en busca de la celda de un ermitaño. Esto es lo que buscaba Laur, y el abad y la hermandad no se opusieron.

Por extraño que parezca, con la partida de Laur, se sintieron aliviados de que la afluencia de personas que buscaban curación hubiera interrumpido la vida ordenada del monasterio. Y aunque las puertas estaban abiertas para

aquellos que llegaban con aprobación especial, las multitudes que esperaban cerca de las murallas no podían evitar perturbar a la hermandad.

A los que buscaban a Laur, tanto los hermanos como el abad luchaban por mostrar comprensión. Se acordaron de las palabras del Señor, que una ciudad que está en la cima de un monte no se puede esconder, y que al encender una vela, no la pones debajo de una vasija, sino sobre un candelero, y alumbrará todo en el casa. Otra cosa es que si esta luz está en un monasterio que es una casa común, puede parecer demasiado brillante a quien creía que la fuerza del monasterio está sobre todo en la oración hecha en común. Y probablemente así es como se veía.

Laur salió del monasterio con solo una hogaza de pan. Habían tratado de persuadirlo para que tomara más, porque no se sabía lo que le esperaría en el nuevo lugar, pero él dijo:

Si en ese lugar el Señor y Su Madre Precista se olvidan de mí, ¿de qué me sirve?

Y Laur fue en busca de un lugar donde su alma pudiera sentirse en paz. Caminó a través de un húmedo bosque otoñal, sin darse cuenta de hacia dónde se dirigía el camino. No necesitaba hacerlo, porque no esperaba un regreso. Entendió que su mudanza era el comienzo de otra partida más importante.

Laur pisó las ramas medio podridas, que se rompieron silenciosamente bajo sus pies. Las hojas blancas se podían ver en las hojas amarillas por la mañana. Hacia la mitad del día, la niebla se convirtió en pequeñas gotas que brillaban frías al sol. Laur bebe agua de los lagos de la selva negra. Y cada vez que se inclinaba sobre el agua, se levantaba a sus pies la imagen de un viejo abad encapuchado y con cruces blancas sobre los hombros. Laurus miró hacia el cielo ramificado y señaló a Ustina al abad del lago.

Se supone que soy yo, porque aquí no hay nadie más para reflexionar, pero sigo viviendo contigo y te veo, que has permanecido sin cambios, pero tú, mi amor, ya no me reconocerías.

A veces, a Laur le parecía que ya había visto esa imagen, que había sido hacía muchos años, pero cuándo y en qué circunstancias la había visto no recordaba nada. Tal vez, pensó, estaba en un sueño, porque, mostrando cifras, el sueño no se preocupa por la observancia de las cosas convencionales, una de las cuales es el tiempo.

Todos los días, Laur partía la hogaza de pan que había tomado, sin que se encogiera. Sorprendido por esto, le preguntó al abad Inokenti:

Escuche, abadesa, ¿no parece que estoy comiendo?

Eres hombre por naturaleza y, sobre todo, médico, pero piensas como un niño, el abad estaba enojado. Bueno, dile, ¿cómo puede un organismo sobrevivir sin comida? ¿Según qué leyes biológicas? Está claro que se come de la manera más natural. Que el pan rallado cada día suba de peso, eso es otro tema, de lo contrario no lo podrías manejar tan fácilmente.

Tranquilamente ante la explicación del abad Inokenti, Laur vio su camino. Vio muchos lugares que encajarían, pero no eligió ninguno. Un sentimiento dentro de él le dijo que ese no era el final de su viaje. Algunos lugares eran demasiado estrechos. Los árboles se juntaban allí tan cerca que, en opinión de Laur, podían presionar a cualquier alma que pudiera haberse asentado allí. Otros lugares, en cambio, eran demasiado amplios, y su extensión requería un gran esfuerzo para asimilarlos, es decir, para que el alma los hiciera suyos. Incluso se dijo en una gramática de Cristóbal que muchos espacios están sujetos a los rusos, pero no pueden asimilar estos espacios. Siendo rusa, Laur temía que las cosas tomaran ese giro.

Caminó muchos días, tantos días que en algunos lugares del bosque reconoció las muescas que había hecho en los árboles. Una noche soñó con un lugar en una colina. Era un claro rodeado de altos pinos. Los arbustos crecían en los bordes del claro, y en sus profundidades se podía ver una cueva de piedra; los rayos del sol pasaban libremente a través de las ramas de los pinos, haciendo que el lugar fuera luminoso y tranquilo.

Por la mañana, cuando despertó, Laur se dirigió a ese lugar. Caminó sin vacilación en su alma, caminó con el paso vivo del hombre que conoce el camino. Hacia el final del día, llegó al lugar deseado. Era exactamente como lo había visto en un sueño. Después de decir la oración de gracias, Laur besó la tierra encontrada y dijo:

Este es mi lugar para siempre, donde me siento.

Él dijo:

Recíbeme, hijo, como una madre, su hijo.

Después de recoger la maleza y romper la hierba, la esparcieron en la cueva. Y se acostó allí, y durmió profundamente, como en una casa real. Y en su sueño estaba feliz, porque sabía que ese era su último hogar.

dieciséis

Desde hace unos días, Laur ha estado arreglando su nuevo hogar. La cueva donde había hecho su hogar estaba formada por dos enormes rocas con una gran losa en la parte superior. Un extremo de la losa llegaba al suelo, formando el tercer muro inclinado. La cuarta pared, Laur comenzó a hacerla él

mismo. Todo lo que tenía como herramientas era un cuchillo tomado del monasterio.

Al ver troncos de árboles caídos en la distancia, Laur trató de arrastrarlos a la cueva. Ni siquiera se acerca a los más gruesos. Pero incluso cuando agarró uno de los gruesos troncos y trató de tirarlo, vio que no podía. Después de que su corazón se calmó, Laur se preguntó cuál era la causa: el peso del árbol o su vejez, y agradeció que todavía fuera viejo.

Y luego agarra troncos jóvenes y delgados, derribados por grandes árboles. Después de acercar estos árboles a las rocas, enterró la base en el suelo y pegó la parte superior a la superficie irregular de la roca. Ata los troncos con gruesas ramas de hiedra que tejes. Entre los troncos poner hierba y musgo. De ramas trenzadas, Laur logró hacer una puerta. La puerta no tenía bisagras, solo estaba inclinada hacia atrás, pero protegida del frío como una puerta real.

Después de cavar a través de la pared, Laur se dio cuenta de que los troncos delgados encajaban mejor, porque los gruesos dejarían espacios más grandes entre ellos. Y le dijo a Ustina,

Lo que se le da al hombre de acuerdo con sus poderes es todo lo que puede ser mejor. Y lo que está más allá de su poder, mi amor, no le sirve de nada.

Con las piedras que cayeron aquí y allá, Laur hizo un hogar. Al darse cuenta de que se acercaba la vejez, ya no confiaba en la fuerza de su cuerpo. En los días más fríos, para mantener vivo su cuerpo, Laur empezaba a disparar. Después de eso, acostumbrándose al nuevo lugar, comenzó a calentar la cueva solo una vez por semana. Los sábados hacía fuego con llamas y un cántaro, que mantenía seco todo el tiempo en un hueco que había descubierto bajo el techo. . Un día cálido hizo que las piedras de la cueva acumularan tanto calor en ellas que llegaron al sábado siguiente. Casi siempre era suficiente. Si la cueva se enfriaba antes, Laur sería paciente, pero no cambiaría el día.

Laur amaba su hogar. Lo protegió de los fríos vientos del norte y fue inesperadamente espacioso. En la entrada, podía estar de pie. Pero donde la losa de granito la derribó, tuvo que agacharse. A veces, Laur se olvidaba de la losa de arriba y la golpeaba en la cabeza. Secándose las lágrimas, se culpó a sí misma por no dejar ir su orgullo. Sonriendo, se alegró de que las lecciones de humildad fueran tan fáciles.

Laur entendió que estaba siendo tratado como un niño. Por primera vez desde el final de su infancia, estaba tan tranquilo. Esta es mi paz para siempre, se repetía, y se preguntaba cuán profunda era su paz. Le pareció oír los manantiales del agua subterránea. El aliento de las nubes en los cielos. Mucho

le había pasado en su vida anterior, pero de una forma u otra, todo había pasado en el mundo. Y ahora estaba absolutamente solo.

No se sentía solo, porque no se sentía abandonado por la gente. Sintió que todos los que había conocido estaban presentes. Algunos continuaron viviendo tranquilamente en su alma, ya sea que hayan pasado al otro mundo o que todavía estén vivos. Entendió todas sus palabras, entonaciones y gestos. Sus viejas palabras dieron origen a otras palabras, interactuaron con eventos posteriores y con las propias palabras de Laur. La vida continúa en toda su diversidad.

Se movía caóticamente, como dado a la vida hecha de millones de partículas, pero al mismo tiempo había en él una cierta orientación general. A Laur le parecía que la vida se dirigía hacia su comienzo. No el comienzo de la vida general, creada por Dios, sino hacia su propio comienzo, con el que se abrió también para él la vida general.

Los pensamientos de Laur, preocupados por los acontecimientos de los últimos años, comenzaron a moverse cada vez más hacia los primeros años de su vida. Caminando por el bosque de otoño, a veces sentía la mano de Christopher en su mano. Era áspero y cálido. Mirando a Christopher de abajo hacia arriba, Laur finalmente recordó dónde había visto el rostro reflejado en el lago. Era el rostro de Christopher. De abuelo a nieto en su cumpleaños.

Christopher lo guiaba por los caminos del desierto, deteniéndose a veces para recuperar el aliento. La historia de las malas hierbas que invadían esa temporada y las propiedades de las raíces afectadas por las heladas. La historia de los caminos de los pájaros que se van por el frío del sur, de su dura vida en lugares extraños, y de su asombrosa ciencia de volver.

El regreso, Laure, es peculiar no sólo de los pájaros sino también de los hombres, había dicho Christopher una vez. Debe haber un final en la vida.

¿Por qué me llamas Laur?, preguntó Laur. Acabas de conocerme sobre Arseni.

¿Cuál es la diferencia?, respondió Christopher. Pero, ¿recuerdas que tú también querías ser un pájaro?

Recuerdo. Volé un poco entonces…

Cuando el niño se cansaba, su abuelo lo metía en su mochila. Ella lo llevaría a casa, y el paso mesurado de Christopher haría que los ojos del niño se pegaran. Soñó que era un pájaro caladrius. Tomando las heridas de los demás, vuela alto en el cielo y las esparce sobre la tierra. Se despertó en medio de la noche en su cama. Podía oír el agua goteando en un rincón de la cueva.

Alrededor de noviembre, la hogaza de pan del monasterio de Laur comenzó

a escasear visiblemente. Laur notó que se estaba haciendo más pequeño, pero eso no le molestó. Entendió: si su presencia en la tierra todavía tuviera sentido, el pan de cada día le sería dado por el tiempo que necesitara. Eso fue lo que paso.

Una mañana, Laur escuchó unos pasos cautelosos por la cueva. Salió y vio a un hombre con una barra de pan en la mano.

"Soy el molinero de Tikhon, y te traje un poco de pan", dijo el hombre.

Su ropa estaba blanca de harina y tenía como treinta años. Con una reverencia, el molinero Tikhon le entregó el pan a Laur.

Laur lo tomó con calma y también hizo una reverencia. El molinero se va.

Al día siguiente volvió con su mujer, que cojeaba mucho.

Una piedra de molino cayó sobre mi pie y no puedo pisarla desde entonces, dijo el molinero. Estoy cada día peor.

¿Cómo llegaste aquí con ese pie si tu esposo no te cargó en sus brazos?, preguntó Laur. Y saludable si lo es, no todos en mi matorral.

No es tan difícil, dijo el molinero Tikhon, que tu ladrona, Laure, esté a solo una hora y media a pie de la libertad de Rukina. La gente que caminaba por el bosque te vio, y ahora toda la gente del pueblo sabe que tienes tu lugar aquí.

Laur miró fijamente a los que habían venido. Comprendió que su viaje de varios días en realidad no había sido tan largo. Y que se había perdido en el camino, pero al final llegó aquí, donde tenía que ir.

Ayúdanos, Laure, rogó el molinero Tikhon, ¿de qué le puede servir al molino con una pierna coja?

Las lágrimas corrían por las mejillas del molinero, porque sabía que no era su pie, era su vida. Laurel le indicó que se quitara el pañuelo que le envolvía el pie. Después de hacer lo que le dijo, Laur se arrodilló a sus pies. Su pata estaba hinchada y comenzó a hincharse con gangrena. Empezó a sentirla ligeramente. Millman Tikhon regresó. Laur apretó la pata con ambas manos y el molinero se echó a llorar. Envolvió su pañuelo en la cabeza alrededor del lugar enfermo de nuevo.

"No llores, mujer", dijo Laur. Tu pierna vivirá, y volverás a trabajar en el molino, y serás de ayuda para tu esposo.

Y será como antes, preguntó el molinero.

No, no será como antes, respondió Laur, porque nada se repite en el mundo. Pero tú, no creo que quieras eso.

Y se inclinaron ante Laur y se fueron.

A partir de ese día, la gente de la libertad de Rukina comenzó a acudir a él. Al ver que la traviesa Laurel había ayudado al molinero cojo, entendieron que

él tampoco los rechazaría. Habían oído decir al molinero que Laur había recibido su pan y le dieron las gracias con una profunda reverencia, así que empezaron a llevarle comida también. Y cada vez que los traían, Laur les rogaba que no hicieran eso. Pero aun así le trajeron pan, un nabo hervido y avena en los cántaros. De lo que dijo el molinero, se sigue que tales regalos no se echan a perder. Además, durante mucho tiempo ha existido la creencia en la libertad de Rukina de que solo funcionará el trabajo remunerado. Incluso cuando se trata de un trabajo de curación.

Al darse cuenta de que era imposible negarse, Laur comenzó a compartir comida con pájaros y jabalíes. Partía el pan en dos y abría los brazos, y los pájaros se posaban en sus brazos. Mordisquearon el pan y descansaron sobre sus cálidos hombros. La avena y el nabo generalmente se los comía un oso. No podía encontrar un lugar para dormir, y eso estaba envenenando su vida.

El oso se acercó a Laur y se quejó de congelación, falta de comida y desorden general en su vida. En los días más fríos, Laur lo dejaba calentarse en la cueva, instando a su invitado a no roncar mientras dormía y no distraerlo de la oración. Y mirar a su barrio como una medida temporal. Sin embargo, no fue hasta finales de diciembre que el oso encontró una guarida y Laur respiró aliviada.

A partir de ese invierno, Laur perdió la noción del tiempo que le esperaba. Ahora solo sentía un tiempo circular, cerrándose sobre él: la hora del día, la semana y el año. Sabía todos los domingos del año, pero había perdido incontables años. A veces le decían en qué año estaba, pero lo olvidaba porque no valoraba el saberlo por mucho tiempo.

Los eventos en su memoria ya no estaban relacionados con el tiempo. Fluyeron silenciosamente a través de su vida, dispuestos en un orden especial que no tenía nada que ver con el tiempo. Algunos de ellos surgieron de las profundidades de lo vivido, otros se hundieron en estas profundidades, porque su experiencia no conducía a ninguna parte. Incluso los vividos perdieron gradualmente su claridad, convirtiéndose cada vez más en la idea general del bien y del mal, desprovista de matices y detalles.

Entre los hitos temporales, la palabra "una vez" le venía a la mente cada vez con más frecuencia. Le gustaba la palabra porque vencía la maldición del tiempo. Y confirma la unicidad e irrepetibilidad de lo que alguna vez fueron. Una vez entendió que estos puntos de referencia eran absolutamente suficientes.

(Una vez) la mujer noble Elizaveta de Novgorod fue llevada a la cueva de Laur. Hace muchos años, se resbaló y se golpeó la cabeza con una roca. A

partir de ese momento, su visión comenzó a desvanecerse y, después de un tiempo, solo vio el contorno de las cosas. No mucho antes de la llegada de Laur, Elizabeth había comenzado a no ver más.

Cuando Laur salió de su cueva, dijo:

Unta mis ojos con el agua que tomas del manantial para recobrar la vista.

Laur se sorprendió al escuchar lo que la mujer pensó, pero hizo lo que dijo. Y a la misma hora, vio el contorno del rostro de Laur, luego girando, los movimientos de quienes la acompañaban. La noble Elizabeth comenzó a señalar a cada uno y decir su nombre. También mencionó los nombres de las hierbas y flores que crecían alrededor de la cueva de Laur. A veces se equivocaba, porque todavía tenía una neblina en los ojos, pero ya podía ver lo más importante: la luz. Mantuvo la cabeza erguida todo el tiempo y miró sin mirar el brillante sol de verano, y no le dolían los ojos y no se cansaba del sol. Hacia principios de otoño, la vista volvió por completo al boyardo Elizaveta.

(Una vez) el sirviente atado de Laurel, Nikolai, fue llevado a Laur. Diez hombres lo trajeron, porque si fueran menos no podrían retenerlo e ir a donde debía ir. Nikolai no era alto, pero el poder incansable le fue dado por los demonios que habitaban en él. Su apariencia era aterradora. Nikolai gritó y gritó, mordiendo sus cadenas, mostrando sus dientes rotos. Una espuma sanguinolenta le hervía en los labios. Puso los ojos en blanco salvajemente, viendo solo blanco. Sus sienes y cuello eran azules. De su ropa no quedó nada, porque desgarró todo lo que le pusieron. Y a pesar de la escarcha, no tenía frío: estaba calentado por las fuerzas extrañas que moraban en él.

Suéltalo, dijo Laur a los que retenían a Nikolai.

Los que lo sujetaban se miraron unos a otros. Después de un momento de vacilación, se quitaron las cadenas y se alejaron de Nikolai. Había silencio. Nikolai dejó de gritar y forcejear. Medio inclinado, se sentó y miró directamente a los ojos de Laur. Su boca estaba entreabierta. De ella, colgando, pesadas, fluían las balas. Laur dio un paso hacia Nikolai y le puso la mano en la cabeza. Se quedaron así por un tiempo. Los ojos de Laur estaban cerrados, pero sus labios se movían. Sus cabezas se acercaron lentamente hasta que la frente de Laur tocó la frente de Nikolai.

"En el nombre de nuestro Salvador Jesucristo, te ordeno que abandones al siervo de Dios Nikolai", dijo Laur.

Ante estas palabras, Nikolai le tendió las manos a Laur, como para abrazarlo. Su cuerpo se está suavizando. Con el tintineo de las cadenas, Nikolai caminó lentamente. Se tumbó en la nieve a los pies de Laur y nadie se atrevió a acercarse a él. Los ojos de Nikolai estaban muy abiertos, pero no muertos.

"Lo han dejado y su alma está a punto de recuperarse", dijo Laur. Dale un respiro esta noche, pero por la mañana irá a compartir.

Y llevaron a Nikolai al pueblo de Rukina, y él no se dio cuenta de él hasta el final del día y toda la noche. Pero por la mañana, cuando abrió los ojos, ya brillaba en ellos la luz de la razón, como corresponde a un hombre que lleva la imagen del Señor. Nikolai aún estaba muy débil, porque con los demonios esa fuerza oscura que había tenido había salido de él.

A través de las oraciones de quienes lo rodeaban, Nikolai encontró la fuerza para acercarse a la iglesia y compartir. Después de compartir se siente mejor, porque con la sangre y el cuerpo de Cristo le entra una nueva fuerza. Desde la iglesia, acompañado por el mundo, Nikolai fue directo a la cueva de Laur.

Laur salió a saludarlo y lo bendijo sin decir palabra. Y todos se arrodillaron ante Laur, porque vieron que el poder de este hombre era mayor que el poder del diablo. Después, todos le preguntaron a Nikolai por qué, cuando lo llevaron a la cueva de Laur, se había resistido así y gritó que no estaba en poder humano. Y entonces Nikolai les respondió:

Me golpeaste obligándome a venir aquí, los diablos me golpearon y me impidieron hacer eso, y no sabía a cuál escuchar. Y como fui vencido por ambos, grité en duda.

Y todos estaban asombrados por lo que había sucedido y glorificaban a Dios en el cielo y a su antorcha terrenal, Laur.

En el año de la gran hambruna, Laur se acercó a Anastasia, una niña que había perdido la virginidad. llorando, cayó a sus pies y dijo:

Siento lo que llevo en mi vientre, pero no puedo parir porque no tengo marido. Y cuando nazca el niño, será llamado fruto de mi pecado.

¿Qué quieres, mujer?, preguntó Laur.

Ya sabes, Laure, lo que quiero, pero tengo miedo de decírtelo.

Lo sé, mujer. Que sabes lo que te voy a contestar. Entonces di, ¿por qué viniste a mí otra vez?

Porque si voy a una hechicera en libertad de Rukina, todos se enterarán de mi pecado. Y solo tenéis que orar, y el fruto de mi pecado saldrá de mí como entró.

La mirada de Laur se elevó a las copas de los pinos y se perdieron en el cielo plomizo. Los copos de nieve se congelaron en sus pestañas. El claro estaba cubierto con las primeras nevadas.

No puedo rezar por eso. La oración debe tener poder persuasivo, de lo contrario es en vano. Y me estás pidiendo que ore por un asesinato.

Anastasia se levantó lentamente de sus rodillas. Se sentó en un árbol caído

y apoyó las mejillas en los puños.

Soy huérfano, y ahora es el momento de la hambruna, y no podré alimentar al bebé. ¿Cómo es que no entiendes?

Sostén al bebé y todo estará arreglado. Créeme, lo sé.

Nos estás matando a mí y a él.

Laur se sentó junto a Anastasia en el árbol. Él le acaricia la cabeza.

Por favor, haz todo.

Anastasia se volvió. Laur se arrodilló y presionó su frente contra los pies de Anastasia.

Rezaré por ti y por él hora tras hora. Que sea el hijo de mi vejez.

No quieres porque tienes miedo de perder el alma, preguntó Anastasia.

"Me temo que ya lo he perdido", dijo Laur en voz baja.

Al salir, Anastasia se volvió hacia Laur: estaba llorando. Y ella sintió pena por él.

17

El invierno fue helado. Los copos de nieve no volaron del cielo, sino polvo. Un polvo blanco brillante que se depositó en los árboles y arbustos. De hecho, no había más arbustos. Al principio se habían convertido en marismas, y luego las marismas desaparecieron bajo la interminable capa de nieve que cubría el bosque. Ya en el comienzo del invierno, Laur le dijo a Ustina:

Me parece, mi amor, que este es el invierno más frío de todos los que me han dado para sobrevivir.

Pero tal vez es solo que mi cuerpo ya no puede hacer frente a las dificultades. Para que no se rompa el alma prematuramente, intentaré calentarlo dos veces por semana.

Pero Laur no podía calentar la cueva dos veces por semana. La reserva que había preparado se había derretido rápidamente y era difícil encontrar tocones en la nieve profunda. Con la nieve hasta el pecho, Laur se dirigió a los árboles más cercanos y rompió ramas, pero eso requirió mucho esfuerzo. Después de traer dos o tres ramas a la cueva, no pudo recuperar el aliento por mucho tiempo. Se derrumbó impotente en su cama, y su respiración, obstaculizada por la tos en su pecho, volvió a él con dificultad. Salvando la leña, empezó a calentar a menudo, pero poco a poco. Las piedras no se calentaban mucho y siempre hacía frío en la cueva.

Se acercaba el final y la comida que traían del pueblo de Rukina a la gran nieve. Antes, cuando le traían comida, se negaba diciendo que tenía muchas de sus reservas. El verano y el otoño, en efecto, tenían muchas hierbas y

raíces, suficientes para saturarlos, pero ahora no se podía llegar a ellos a causa de la nieve. Fue también a causa de la nieve profunda que los enfermos habían dejado de acudir a él y, en consecuencia, dejaron de llevárselos a la boca. En aquellos tiempos difíciles se habían olvidado de él, no con el olvido implacable de los maliciosos, sino con el olvido forzado de los que sufren. A la nieve la acompañó el hambre, y no fue fácil para nadie.

A mediados del invierno, Laur casi había salido de la cueva. Ahorró la fuerza y el calor que le quedaban. En un rincón más remoto de la cueva, una vez encontró algunos restos de la hogaza de pan que había traído consigo cuando salió del monasterio.

Puede que este pan ya no esté tan fresco como antes, le dijo Laur Ustina, y ya no queda mucho, pero ya sabes, si no te rindes a la glotonería, te alcanza para un rato. En una situación como la mía, mi amor, no hagas un escándalo.

Después de resolver las complicaciones con la comida, Laur también encontró una forma de entrar en calor. Empezó a pensar en Jerusalén.

De la mañana a la noche, Laur deambuló por sus calles soleadas, e incluso mientras se dormía, podía oler las piedras que se enfriaban. Estaba acariciando su superficie áspera. Las piedras dieron calor a sus manos heladas y ya no tenía frío. El 3 de febrero se encuentra con el abad Inokenti en el Monte de los Olivos. El rostro del abad estaba quemado por el sol, por lo que estaba claro que no había estado en Jerusalén por solo un día. En lugar de saludar, el abad señaló el Monte del Templo y cantó suavemente.

Entrega ahora a tu siervo, oh Señor, con tu palabra, en paz…

El élder Innocent cantó con la cabeza descubierta, y el cálido viento de febrero sopló a través de su cabello gris. Por el aire flotaban los gansos de Tierra Santa y los hilos secos de la hierba arrancada de lugares antiguos. Se mezclaron con el polvo antiguo de Jerusalén y cayeron a los ojos de los que estaban allí. Las lágrimas brillaron en las pestañas del abad Inokenti. Ya había cerrado la boca, pero su canción todavía se derramaba sobre el Valle de Cedrón. Mirándolo, Laur pensó que así debía de ser Piadoso Simeón en el año trescientos sesenta y uno de su vida.

Bueno, hoy es realmente el cumpleaños de Simeón, sonrió el abad Inocencio, ¿qué, te olvidaste? ¿Y cómo no cantar aquí la liberación que hoy se me viene?

Lo entendí cuando te acercaste, Laur le dijo. Hiciste esto liberado. Como un hombre que vio todo lo que tenía que ver. Francamente, no esperaba encontrarte aquí, aunque ¿dónde nos habrías dicho adiós si no fuera aquí?

El élder Innocent abrazó a Laur.

No te preocupes, Laure, no estarás encerrada por mucho tiempo.

Estaban parados en la cima de una montaña. Laurel vio volar una nube detrás de los hombros del abad, de la que no brotó ni una gota de lluvia.

18

En la primavera quedó claro que la hambruna no terminaría el próximo año. A fines de mayo, cuando el grano había brotado del suelo y los árboles frutales apenas habían florecido, cayó la helada más fuerte. Llegó en medio de días calurosos y mostró su enfado por una noche. Todo lo que podía crecer y florecer pereció esa noche.

Hubo todo tipo de desgracias en la liberación de Rukina, pero nadie recordaba tal helada en mayo. El molinero del pueblo lo comparó con el aliento del diablo, que congela todo lo que toca. Esta comparación abrió los ojos de muchos a la verdadera naturaleza de lo que había sucedido y dio dirección a sus conclusiones. Estaba claro que tales cosas no ocurrían por casualidad.

La búsqueda de la causa no se hizo esperar. A pesar de las amplias túnicas de la antigua Rusia, no era ningún secreto que la huérfana Anastasia era digna para la primavera. Cuando surgen problemas, él le pregunta quién es el padre del niño, pero ella se niega a responder. Ni siquiera le preguntó más, porque la respuesta fue muy clara para todos en Rukina. El padre del niño era aquel cuyo aliento helado había hecho perecer todos los brotes y frutos de todos los árboles. Y solo había una solución, y nadie dijo cuál era la solución, porque todos sabían cómo proceder.

En una brillante noche de junio, el viejo muñón de Anastasia se incendió por todos los rincones. Ninguno de los aldeanos de Rukina durmió, pero nadie apagó el fuego. Muchos lloraron y rezaron porque, a pesar de la conexión de Anastasia con el poder inmundo, sintieron lástima por ella. Muchos pensaron que la niña había vivido sin sus padres, y aunque había sido presa fácil del diablo, no solo era culpa de ella sino de las circunstancias. Y solo el cuidado de salvar a Rukina del hambre liberó a estas personas de su propia bondad. Rodearon la garganta de Anastasia para que no tuviera a dónde escapar, y taparon sus oídos con las palmas de las manos para que no escucharan los gritos de la muerte. Al sonido de las llamas, ni siquiera las escucharon.

Después de que el golpe quemara hasta los cimientos, los más valientes se atrevieron a hurgar entre las cenizas para perforar la espina de álamo restante de Anastasia. Al no encontrar rastro del que había quemado, los aldeanos se convencieron aún más de su culpabilidad, porque de un hombre inocente

debe quedar algo. Y no tenían duda de que Anastasia había desaparecido como desapareció el humo, y como pereció la cera ante el fuego, así pereció ante los que amaban a Dios y adoraban la señal de la cruz.

Pero Anastasia no había desaparecido, al darse cuenta de cómo estaban las cosas, se había escapado de la libertad de Rukina la noche que le prendieron fuego. Su vuelo se vio obstaculizado por las náuseas y los mareos, pero sobre todo por la pesada barriga en la que daba vueltas su bebé. El principal problema, sin embargo, era que no tenía adónde huir. No tenía a nadie más en el mundo que Abbot Laur, quien había predicho un final feliz. Y su predicción (Anastasia se secó las lágrimas) parecía incumplida.

Con el rostro y los brazos arañados por las ramas que volaban a su encuentro, Anastasia reprendió en su corazón al abad por negarse a ayudarla, haciéndolo casi culpable de sus desgracias.

Pero cuando se acercó a la cueva de Laur poco después de la medianoche, la ira abandonó su corazón y sus poderes abandonaron su cuerpo. No tuvo más reproches ni siquiera lágrimas. Respirando con dificultad, Anastasia se tiró al suelo y llamó a Laur. Empezó a verter.

Con una jarra de agua en sus manos, Laur salió de la cueva. Lava la cara y las manos de Anastasia.

Querían quemarme, susurró Anastasia. Creen que estoy en el vientre del diablo.

Laur miró a Anastasia en silencio. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Pero por qué estás en silencio, gritó Anastasia.

Laur le puso una mano en la frente y Anastasia se sintió fresca.

19

Laur partió su cueva en dos. Recogió ramitas con Anastasia y, atándolas con hilos de hiedra, hizo una pared divisoria en la cueva. Hicieron una entrada en la pared exterior que Anastasia podría usar. La entrada estaba sostenida por una puerta de ramitas tejidas con helechos. Esta segunda entrada a la cueva intentaron hacerla oculta a la vista.

En los días soleados, Anastasia salía de la cueva y caminaba, y Laur tomaba el camino por el que llegaba la gente del pueblo de Rukina. Recibía a los enfermos en el claro frente a la cueva e informaba a Anastasia cuando se marchaban.

Es mejor que no la vean, le dijo Laur Ustina. Nunca sabes lo que esta gente tiene en mente: todavía hay mucha oscuridad en sus cabezas, mi amor.

Háblame, Anastasia le pidió a Laur. Me siento abrumado cuando hay

silencio todo el tiempo.

"Está bien, hablaré contigo", dijo Laur.

Los enfermos trajeron comida a Laur, pero mucho menos que antes, porque había hambre en los pueblos de los alrededores. Además, se habían acostumbrado a que a Laur se le negara la recompensa. Solo que ahora Laur no se negó. Curaba a los enfermos y recibía con gratitud lo que le traían. Los enfermos estaban asombrados. Dijeron que en los últimos años, cuando eran ricos, Laur no les quitaba nada, y ahora, en tiempos de hambruna, da todo por sentado, incluida la carne. Los enfermos notaron con tristeza que las dificultades cambiaron incluso a los ascetas, y no para bien. Estaban un poco indignados, pero no se dejaban ver. Laur les devolvió la salud y la vida, sin los cuales la comida era inútil.

Laur no les dio ninguna explicación. Sabía que Anastasia necesitaba comer bien y la observó atentamente.

"Nunca antes había comido tan bien", dijo Anastasia.

Ahora no solo eres tú quien está comiendo, es tu hijito', dijo Laur.

¿Cómo sabes que es un niño?

Laur se quedó en silencio ante Anastasia.

Creo que sí.

Un día Laur le dijo a Ustina:

Tal vez, mi amor, le enseñe un libro a Anastasia, ¿recuerdas? - Yo también te enseñé. Tal vez pueda leer más tarde lo que no se le dirá en la libertad de Rukina.

Laur comenzó a enseñarle un libro a Anastasia. Se puso de moda con una facilidad asombrosa. Laur no tenía libros, en cambio tenía una corteza de abedul en la que escribió para leer a Anastasia. Pero más a menudo escribía con un palo en el polvo. Para escribir algo nuevo, borró la escritura antigua. A veces no borraba.

Los que acuden a él ven estos escritos, pero no adivinan para quién están hechos. Solo tratan de no pisarlos. No sé lo que estaba escrito en el suelo, pero sé que las letras eslavas son sagradas, porque puedo designar nociones sagradas. No veo letras no eslavas. Doy pasos exageradamente grandes y camino alrededor de la escritura en la parte superior. El piadoso Aristide hizo la pregunta: ¿cuántos años le conviene vivir a un hombre? Y Aristide respondió: Es obvio para todos que la muerte es mejor que la vida. Se van sin leer las charlas con Aristide. Se inclina ante Laur y le desea una larga vida.

No te rindas, dice Laur sin ser escuchada.

Antes de que se duerma, Anastasia le pide que le diga algo. Laurel quiere

contarle sobre su viaje a Jerusalén, pero él no puede recordarlo. Piensa durante mucho tiempo y recuerda *Alexandria.* Esta noche, Laur le cuenta a Anastasia sobre las peregrinaciones del rey macedonio, los salvajes que vio y su batalla con el rey persa Darius. Anastasia muestra compasión por los acontecimientos de la vida de Alexander. Los acontecimientos de su propia vida se dejan de lado y Anastasia se duerme en paz. Pero Alexander yace en el suelo de hierro debajo del hueso. Está abrumado por el dolor. No entiende para qué eran todas sus peregrinaciones. Y por qué todas las conquistas. Y todavía no sabe que su imperio se derrumbará en poco tiempo.

Abriendo los ojos, pero sin despertarse, Anastasia dice:

Qué vida tan extraña tiene Alexander. ¿Cuál fue su propósito histórico?

Laur no quita los ojos de los ojos de Anastasia y lee en ellos sus propias preguntas. Inclinándose al oído de la mujer dormida, Laur susurra:

La vida no tiene un propósito histórico. O no es el principal. Me parece que Alejandro entendió esto solo al borde de la muerte.

Al amanecer los despierta el ruido de voces. Laur sale de la cueva y ve a los hombres de la libertad de Rukina. Tienen tenedores y estacas en sus manos. Laur los mira en silencio. Ellos también se callaron un rato. Tienen sudor en la cara y el pelo en la frente. Vinieron a toda prisa. Todavía está respirando con dificultad.

El herrero Averki dice:

Sabe, abadesa, hubo una hambruna el año pasado. Y la razón de esto fue la conexión de la niña Anastasia con el Diablo.

Laur mira al frente, pero no está claro si está viendo a alguien.

Quemé a Anastasia, seguido por el herrero Averki, pero el hambre no se fue. ¿Qué dice eso, abadesa?

Laur mira al herrero.

Eso dice que hay oscuridad en sus cabezas.

Usted, abadesa, está equivocada. Eso dice que no lo quemamos.

Ni siquiera encontré sus huesos, suspira el molinero Tikhon.

Laur da unos pasos hacia Tikhon.

¿Está sana tu mujer, Tikhon?

Sí, por la gracia de Dios, respondió el molinero.

En la parte inferior de su camisa vio rastros de harina y comenzó a sacudirlos.

Anastasia fue vista aquí, dice el herrero Averki. La vieron entrar en su celda, sabemos, abadesa, que está aquí.

Los que vinieron miraron al herrero Averki y no miraron a Laur.

No te dejaré entrar a mi celda, se escucha la voz de Laur.

Perdónanos, abadesa, pero nuestras familias están detrás de nosotros, dice lentamente el herrero Averki. Y vamos a entrar en tu celda.

Camina lentamente hacia la cueva y desaparece en ella. Hay un grito desde la cueva. En un momento sale el herrero Averki. Mantiene a Anastasia agarrada del pelo. Sus puños se envolvieron alrededor de su cabello como púas de lino. Anastasia grita e intenta morder la cadera de Averki. Averki la golpea en la cara con la rodilla. Anastasia guarda silencio y se aferra a la mano de Averki. Su gran barriga se balanceó. A los que están sentados les parece que el útero pronto se desprenderá de Anastasia y que de él saldrá el que es mejor no mirar.

El Diablo lo poseyó, gritaron los que estaban de pie.

Con estos gritos toman coraje, porque no deciden acercarse a Anastasia. Están impresionados por el coraje del herrero que lo sostiene.

El diablo se ha apoderado de ti, dice Laur, ahogándose, porque has cometido un pecado mortal.

Anastasia abre los ojos. Están llenos de horror. Están tan asustados en su rostro vuelto hacia arriba que todos retroceden sin permiso. El herrero Averki está aterrorizado por un momento. Le arrojó a Anastasia. Ella está tirada en el suelo entre él y Laur. Averki se recupera y se vuelve bruscamente hacia Laur.

¡Ella no nombró al padre de su hijo porque no es uno de los terrícolas!

Anastasia se incorporó sobre los codos. No grites, cabrón. A los oídos de los que se sientan, esta cosa horrible hace una eternidad: ¡Olvídate del padre de mi hijo!

Su mano libre apunta a Laur.

Están todos en silencio. El viento de la mañana se detiene y los árboles ya no susurran.

Así es, alguien en la multitud está preguntando. Díganos, abadesa, que está mintiendo.

Laur levanta la cabeza y los abraza a todos con una mirada firme y desvanecida.

No. Es cierto.

Todos les sacan el aire. Las copas de los pinos vuelven a temblar y las nubes comienzan a flotar. Una sonrisa brilló en los labios del herrero:

Oh, un jarrón como ese...

La sonrisa de Averki apenas se ve, y eso le da cierta incoherencia.

A todos les pasa, dice el molinero Tikhon al oído de alguien. Absolutamente todos. Es un problema tal que nadie está asegurado.

Los que vienen se derriten en el bosque. Sus tenedores y estacas se convierten en gruesas ramas. Sus voces se apagan. Ya no son visibles por los gritos agudos de los pájaros. Frotar los troncos uno contra el otro. Laur va a escuchar esta desaparición. Se sienta con la mejilla pegada al tronco de un viejo pino. Su caparazón está formado por placas independientes, como pegadas entre sí. Las placas están arrugadas y ásperas, algunas están cubiertas de músculo. Las hormigas corren arriba y abajo sobre ellos. Retumba a través de los músculos. A través de la barba de Laur. Las hormigas no están dispuestas a distinguirla de este pino, y él las entiende. Él mismo siente lo duro que se congeló. Es algo que ha comenzado, y es difícil de resistir. Un poco más y no podrá volver. La voz vivaz de Anastasia lo arrebata del reino de la madera. Tenías que decirles una mentira. Los sonidos se componen en palabras. Una mentira. Tenías que decirles.

¿Les dije una mentira?

En los días siguientes, un gran número de personas apareció cerca de la celda de Laur. La noticia de él y Anastasia se difundió en un instante, y ahora los lugareños venían a verlos. Los curiosos tampoco se vieron obstaculizados por las vicisitudes de sus propias vidas, pues la tentación de ver caer a otro con sus propios ojos es más fuerte que el hambre. En la Edad Media las sensaciones son pocas, y las de Laur fueron sin duda una de ellas, porque se trataba de la caída de un hombre intachable.

Los habitantes de los pueblos cercanos y los más lejanos no disfrutaban de lo sucedido, sólo que su estúpida vida, envuelta en traiciones e intrigas, ahora les parecía un poco mejor. Entendieron que en medio de tal evento, no se podía esperar mucho de ellos. En sus discursos, muchos incluso sintieron lástima por Laur, señalando que la altura del vuelo estaba amenazada por una caída igualmente profunda. Por lo tanto, no es de extrañar que ni siquiera pensaran en volar demasiado alto en el futuro.

Después de una semana, el aguacero de los que venían bajó considerablemente. Había muchos menos visitantes ahora que en el pasado, nada oscurecido por nada. Por supuesto, el papel de la hambruna jugó un papel aquí: en ese momento, la gente piensa menos en la salud.

Aquí había otra causa, quizás la más importante. Después de todo, muchos habían perdido la fe en las habilidades curativas de Laur. Siempre había estado claro que, a diferencia de los médicos comunes, sus habilidades no se limitaban al conocimiento del cuerpo humano. Laur no trataba, sanaba, y la sanación no se trata de experiencia. El regalo de Laur fue realzado por fuerzas superiores, impulsadas por un espíritu de sacrificio y un amor de una

intensidad casi inimaginable. Nadie hubiera esperado (los que hablaban de ello se reían a carcajadas) que este amor tomaría tal forma. La boca del mundo es fiel al principio de que el derecho a la curación sólo lo reconocen los que son dignos de ella. Y Laur se había ido.

Todavía acudían a él en virtud de la antigua costumbre, pero de alguna manera acudían vacilantes, y más aún por tonterías. La mayor parte del tiempo, Laur estaba lidiando con dolor masivo y verrugas. Había casos más serios, pero sus portadores no sabían si tenía sentido dejar esos problemas en manos inciertas.

En esos días estaba pasando lo peor: Laur se dio cuenta de que ya no podía hacer frente al más simple de los sufrimientos. Sintió que el poder curativo ya no brotaba de sus manos.

"Toda curación nace, ante todo, de la fe en ella", le dijo Laur Ustina. Ya no creen en mí, y eso, mi amor, rompe nuestra conexión con ellos. No puedo ayudarlos ahora.

Y las lágrimas bañaron sus mejillas.

Las sobras que le traían como comida, Laur se las daba a Anastasia. Para su alegría, la hogaza de pan que había sacado del monasterio aún no se había acabado. Con gratitud y horror, Laur alimentó a Anastasia.

Nadie había venido a Laur desde principios de agosto. Eso no lo sorprendió. Todos habían entendido que la curación había cesado y que era en vano para ella volver a él. Algunos podrían haberse ido, pero el estado de ánimo general había pasado. Después de escuchar sobre Laur en el pueblo de Rukina, no pudieron ir a él. Tenían miedo de ser ingenuos o, peor aún, de perdonar los pecados.

Laurel se siente sola. No se había sentido solo cuando se había escapado del mundo, porque entonces no se sentía abandonado. Ahora la gente huye de él, y eso es completamente diferente. Laurel está preocupada. Ve acercarse el embarazo de Anastasia. Y no sabe exactamente qué hacer.

Anastasia también está preocupada. Se siente inquieta y no entiende por qué. Está sorprendida de que la Dra. Laur esté tan inquieta por aceptar un nacimiento, una situación que es una responsabilidad, pero común. Laur le propuso en repetidas ocasiones que fuera a dar a luz a Rukina en el pueblo, donde podría dar a luz a una partera, pero Anastasia se negó rotundamente. No sabe qué esperar de Rukina. Tiene miedo de volver allí.

Hay días en los que tiene miedo de quedarse con Laur. A veces le parece a Anastasia que su juicio ha sido perturbado. De vez en cuando, Laur la llama Ustina. Él le dice que no rechace la ayuda de la partera. Que si tiene miedo de

ir al pueblo, hay que llamar a la comadrona. Laurel solo está sudando y temblando. Nunca lo había visto así antes.

Anastasia escucha sus palabras a Ustina y, en un claro día de agosto, dice "sí". Ella no irá a dar a luz en la libertad de Rukina, pero acepta que venga una partera de allí. Laur aprieta su mano contra su pecho. Anastasia escucha cuán desesperadamente late su corazón. Siente que la hora del parto está cerca.

Por primera vez en muchos años, Laur deja su soledad. Camina por el camino recorrido por aquellos que acudieron a él en busca de ayuda. Ahora él mismo necesita ayuda. Y no tiene a quien enviar por ayuda, porque nadie viene allí. Laurel piensa en cómo se sentirá Anastasia sin él. Se obliga a darse prisa, pero pierde el aliento. Antes de la liberación de Rukina, hace una pausa por un momento y respira profundamente. Ya es más fácil para él. Dominando los latidos de su corazón, entró en el pueblo.

La gente aparece en las puertas de las casas. Rodean a Laur en silencio. No le quito los ojos de encima. Incluso después de todo lo que sucedió, la gente de Rukina no puede creer en su venida. No era mejor que el Monasterio de San Cirilo. Dirigiéndose a los aldeanos, Laur señala el bosque. Una ráfaga de viento hace que no se escuche. Pedir ayuda. Sus labios se mueven. Los aldeanos saben que está pidiendo ayuda, pero no hay ayuda. La comadrona acaba de irse. No hubo nacimiento en ninguna parte, pero él solo se fue a ver. Y no tiene a nadie que la sustituya. Absolutamente nadie. Esto no se trata de malicia.

Laur mira a la multitud y cae de rodillas frente a ella. No dice nada. Todo lo dicho ya había entrado en sus oídos curados. Pide la misericordia que les ha mostrado durante tantos años. Muchos lloran, sólo que sus corazones no son de piedra. Así se arreglan las cosas, inhumanamente, pero ¿qué pueden hacer? Cuando regresa, se seca las lágrimas. Miró al que subía y bajaba. La figura de Laur parpadeó en sus ojos, cambiando de forma y contornos. Él se levanta. Se está poniendo más lejos.

Laurel de repente no entiende que va a la aldea. Las piernas aún recuerdan este camino. ¿Cuántas veces no lo hizo con Christopher? ¿Espera encontrarlo allí? Christopher aparentemente murió hace mucho tiempo. Durante tanto tiempo que no te convencen. No, por supuesto que está muerto y está tirado en el cementerio, solo cubrió su propia tumba con su abrigo. Entonces, ¿por qué acudir a él?

Christopher está aquí en la tumba. Pasó todos estos años aquí. Su tumba aún se encuentra en la espesa vegetación del lugar. Por supuesto, si esa era su tumba. Pero la casa de Christopher no lo es.Como Christopher había predicho,

hay una iglesia en el sitio. Una iglesia en un cementerio es más importante que una casa, solo el cementerio mismo es una casa.

La puerta de la iglesia está abierta. Antes de entrar, Laur aspira el aroma de agosto. Miró las hojas de abedul antiadherentes. Tocado por el primer amarillo, un poco cansado del verano. Manchas de sol en las barandillas. El desliz meditativo de una araña. Es su regreso, pero su casa se ha convertido en su hogar.

Las velas están ardiendo en la iglesia. Alipie, el fundador del monasterio de Kiril, sale por las puertas reales. Tiene la copa de la comunión en sus manos.

¿Has venido, Laure?

Yo vine.

El élder Innocent está muerto y no pudo reunirse con usted hoy. (Alipie viene a encontrarse con Laur lentamente.) Por eso oró por mí.

Hay una brisa cálida detrás de Laur. La llama de las velas se balancea y los iconos cobran vida. Después de compartir, Laur dice:

Sabes, yo también tengo una petición. Cuando deje el cuerpo con el que he pecado, no os forméis demasiado con él. Ate una cuerda alrededor de sus pies y arrástrelo al pantano para desgarrar a sus bestias y rastreadores. Eso es todo al respecto.

De pie en la puerta de la iglesia, Laur contempla la figura afligida de Alipias.

Es mi voluntad, dice Laur. Y debe cumplirse.

Por la noche, Laur regresa a su cueva. Fue presa de los dolores del parto. Él la hace acostarse en su cama en la cueva y prepara el agua para lavar al bebé. Prepara el cuchillo para cortar el ombligo del bebé. Enciende el fuego en el claro frente a la cueva. Laurel está tranquila. Y de nuevo siente poder en sus manos.

Anastasia (¿Anastasia?) No quiere acostarse en la cueva oscura y le pide que los acueste en el prado. Laurel miró al cielo. No hay nubes de lluvia en el cielo. Hay nubes brillantes y coloridas, no lloverá. Los pone en el claro. Ella yace boca abajo en la cueva. Las dos entradas a la cueva le hacen pensar en dos ojos enormes, abiertos y llenos de oscuridad. La cueva, como una cabeza. Ella le pide que la ayude a girar hacia el otro lado. Ahora estaba mirando el bosque. El bosque es alto y bueno. Agradable. Tranquilo.

No me dejes solo, le ruega a Laur.

Estoy aquí, mi amor, responde Laur. Y estamos juntos.

Él toma su palma en su mano y respira frescura en ella. Toma el dolor en sus manos. Lo absorbe gota a gota. A veces se levanta y tira ramas al fuego. En la oscuridad que ha descendido, solo ve su rostro. Está iluminado por la llama

del fuego. El relieve de sus arrugas es conmovedor. El fuego crepita y chispea. Las chispas vuelan directo a las copas de los pinos. Algunos salen. Otros vuelan más alto para mezclarse con las primeras estrellas. Sus ojos están en el cielo, ella ve todo. Sus ojos reflejaban el resplandor del fuego.

La mano de Laur está sobre su vientre.

¿Es eso más fácil?

Es mas fácil.

Ella gritó. Todo el bosque le gritó.

Ten paciencia, mi amor. Muy poco.

Ella es paciente. Pero él todavía estaba gritando.

Las manos de Laur palpan la cabeza del bebé. Es como si él se aferrara a sus manos y saliera suavemente. Espalda. Estómago. Las rodillas. Tacones… Laurel corta el ombligo. Lave al bebé con agua tibia.

Aquí está, mi amor.

Él le muestra el bebé, y las lágrimas brillan en sus mejillas. En los reflejos del fuego, el niño es increíblemente rosado. Pero tal vez no esté bien lavado con sangre. El niño llena sus pulmones de aire y grita. El grito es succionado por ella, no queda nada. Ella pega a su bebé a su pecho.

Sus ojos están entreabiertos. Por primera vez en muchos días, está tranquila. Se queda dormido. Sobre la hierba suave y cálida, Laur envolvió al recién nacido en un paño limpio. Ella lo toma en sus brazos. Laurel también está tranquila.

Al amanecer, Anastasia se despierta del frío. El fuego ardió hasta el final. Laurel, con las piernas dobladas, está apoyada en un pino. El niño respira uniformemente. Se siente cálida en los brazos de Laur. Tomando al bebé de los brazos de Laur, Anastasia chupa. El niño se despierta y abofetea con avidez.

Los ojos de Laur están cerrados. Tiene los primeros rayos de sol en los párpados. Los rayos se deslizan a través de la niebla de la mañana. Los pines se iluminan. Las sombras son largas. El aire es denso, porque aún no ha perdido el olor del bosque despierto. El músculo es suave. Lleno de seres cuya casa es una hoja y vida - un día. Anastasia se arrodilla frente a Laur y lo mira largo rato. Él toca su mano con sus labios. La mano es descuidada, pero aún no fría. Anastasia se sienta junto a Laur. Se aprieta en él. Anastasia sabe que Laur está muerta. Todavía entendía eso en su sueño.

Estaba durmiendo cuando moriste, dice Anastasia, pero mi bebé te llevó.

El arzobispo de Rostov, Yaroslav y Belozersk, Iona, camina a orillas del lago Nero. Siempre camina antes del servicio de la mañana.

Ese es el lago más profundo del mundo, pero solo tiene agua superficial

limpia. Lo de abajo está embarrado, el que cae allí se queda. Jonás lo sabe. Admira la profundidad del lago, consciente del peligro que representa. Según el nombre dado, no le teme a las profundidades, pero aconseja a su descendencia espiritual que no abandone la tierra con firmeza. Al ver a un hombre resbalando en la superficie del lago, Jonah se maravilló.

¿Quién eres tú caminando sobre el agua?, pregunta el arzobispo Iona.

Siervo inocente de Dios. Traigo a su conocimiento la muerte de la sierva de Dios, Laur.

Ten más cuidado, Jonah negó con la cabeza.

Después de la sonrisa de Inokenti, Jonah se da cuenta de que su consejo es superfluo. Con esta sonrisa, Inocencio se le aparece en sueños a Pitirim, el obispo de Perm y Vologda. Informa de la muerte de Laur.

Pide no ser enterrado todavía, le dice el obispo Pitirim a Inokenti.

No se preocupe, obispo, responde Inokenti, no lo enterrará.

Anastasia toma al niño y va al pueblo a Rukina. Los aldeanos se reúnen a su alrededor. Anastasia les cuenta sobre la muerte de Laur. Ella afirma que el verdadero padre de su hijo es el molinero Tikhon, quien le prohibió, amenazándola de muerte, decirlo. Si la información se corresponde con la realidad, le dicen los aldeanos a Tikhon, es mejor admitirlo, porque en este caso se ha proyectado una sombra sobre un hombre piadoso y no te será fácil cuando aparezcas en el Juicio Final.

Mill Tikhon no reconoce desde un principio. Él está en silencio, escogiendo entre el juicio terrenal y el celestial. Después de pesar todo, dice:

Admito delante de todos que, ofreciendo harina durante la hambruna, violé aquí a Anastasia, y que, por miedo a ser descubierta, la amenacé de muerte, aunque, si lo piensas bien, ¿quién hubiera creído sus palabras? Veo la causa de mi caída en la juventud y lozanía de la muchacha, así como en el estado marchito de mi propia esposa, que estaba en el trato de la difunta Laurel.

En la libertad de Rukina llega el abad Alipie. Esta oscuro. Alipie ordena que no se toque el cuerpo de Laur hasta que lleguen los jerarcas. Después de la liturgia, no comulga con los aldeanos que tienen más de siete años. Los aldeanos están alarmados. Hojas de Alipié.

La noticia de la muerte de Laur corrió como la pólvora. Esto se siente especialmente en la libertad de Rukina, donde pronto no hay lugar en ningún bache. Pero tampoco en los pueblos vecinos. Los que vienen hacen sus chozas alrededor. Algunos, siendo verano, pernoctan al aire libre. Todos sabemos que pueden ocurrir milagros en el funeral de los piadosos.

Vienen los cojos, los ciegos, los cojos, los leprosos, los sordos, los mudos y los mudos. Los indefensos son llevados desde varios lugares, incluidos los distantes. Las posesiones son traídas, atadas con cuerdas o encadenadas. Vienen hombres sin peso, mujeres estériles, mujeres sin hombres, viudas y huérfanos. Llega el clero blanco y negro, los hermanos del monasterio de San Cirilo, los príncipes de los grandes y pequeños principados, boyardos, mesoneros y funcionarios. Reúne a los que alguna vez fueron curados por Laurel, a los que han oído hablar mucho de él pero nunca lo han visto, a los que quieren ver dónde y cómo vivía Laur, y a los que aman a la multitud reunida. A los testigos les parece que todo el pueblo de Rusia se está reuniendo por lo que está sucediendo.

El cuerpo de Laur todavía está debajo del pino en la entrada de la cueva. No hay signos de podredumbre, pero los que están de guardia tienen cuidado. Cada hora, se le acerca e inhala el olor que emite. Sus fosas nasales tiemblan de celo, pero solo huelen a hierba y piñas. Ensordecen el claro con gritos de asombro, pero en el fondo saben que debe ser así.

El 18 de agosto de 7028, después del nacimiento de Cristo, 1520 años después del nacimiento de Cristo, cuando el número de los que vinieron había llegado a ciento ochenta y tres mil, el cuerpo de Laur fue levantado de la tierra y llevado con cuidado por el bosque. . El movimiento fue acompañado por el canto de los pájaros. El cuerpo del muerto es ligero. Ciento ochenta y tres mil recién llegados esperan al borde del bosque.

Cuando el cuerpo de Laur aparece de la espesura, todos caen de rodillas. Primero los que lo vieron, y luego, uno por uno, todos los que estaban detrás de él. El cuerpo es tomado por obispos y monjes. Lo llevan sobre sus cabezas, y la multitud, como un gran mar, va delante de ellos. Su viaje se detiene en la iglesia construida en el sitio de la casa de Christopher. Ahí es donde se juega el prohod. Decenas de miles esperan en silencio afuera.

La multitud no escucha el servicio de la iglesia. Al principio, tampoco se escuchan las palabras pronunciadas por el abad Alipie en el pórtico de la iglesia: da voz al testamento de Laur. Pero estas palabras fueron pronunciadas por Alipias. Se dispersan en multitudes como círculos hechos de una piedra arrojada al agua. Al cabo de un minuto, el mar de gente se queda en silencio, porque va a ser algo que no se ve.

En completo silencio, el cuerpo de Laur es llevado a través de la multitud. En el borde del prado verde se coloca sobre la hierba. La hierba envuelve suavemente a Laur, mostrando que está lista para recibir todo, porque no son extraños. En este prado Christopher le había mostrado al que había muerto la

convergencia de las fuerzas, la celestial y la terrenal.

Las piernas de Laur están atadas con una cuerda y sus cabezas quedan libres, y la multitud grita. Alguien se apresura a desatar la cuerda, pero lo dan vuelta y lo empujan hacia la multitud. Vistos desde arriba, los presentes parecen un grupo de puntos invisibles, y solo Laur parece ser larga.

El arzobispo de Rostov, Yaroslav y Belozersk, Iona, se acerca a un extremo de la cuerda. El obispo de Perm y Vologda, Pitirim, se acerca al otro extremo de la cuerda. Se arrodillan y oran en silencio. Tomo los extremos de la cuerda en mis manos, los beso y me pongo de pie, haciendo una reverencia. Los bajos de sus capas y las puntas de sus barbas ondean en la misma dirección. Las proporciones de sus figuras están igualmente distorsionadas por el viento, pues ambas se han ensanchado hacia la derecha. Los dos están en su trabajo como uno. Mira para arriba.

El arzobispo Jonah apenas asiente y ambos dan el primer paso. Su paso es repetido por la multitud interminable. Su suspiro interminable se ve ensombrecido por el sonido del viento. Sus brazos revolotean y se abren sobre el pecho de Laur como para un abrazo. Se estiran detrás del cuerpo. Esparcen la hierba con los dedos mientras esparcen los rosarios. Sus párpados tiemblan y todos piensan que Laur está a punto de despertar.

Detrás de los jerarcas hay gritos ahogados de llanto. Cada momento, la risa es más fuerte. Pasan en un aullido continuo que se extiende por toda la extensión habitada. Jonah y Pitirim continúan su camino en silencio. Sus lágrimas son llevadas por el viento hasta el otro extremo del prado.

Laurel se desliza suavemente sobre la hierba. Posadnicul Gavril es el primero en el convoy que lo sigue. Es gris y derribado, y se sostiene con los brazos. Casi lo arrastran, todavía está vivo. Después de Gavril va el boyardo de Novgorod, Frol, con su esposa Agafia y sus hijos, cuyo número aumenta cada año. Luego viene la mujer noble Elizabeth, que ha recuperado la vista, y el siervo de Dios Nikolai con una mente y una memoria claras. Y después de ellos mucha gente que ha recuperado la vista y la mente. Justo en la línea de la procesión están el comerciante Siegfried de Danzig, que vino con negocios, y el herrero Averki, avergonzado de su hecho.

Qué clase de gente sois, dice el mercader Siegfried. El hombre te cura, te dedica toda su vida, pero tú lo atormentas mientras vive. Y cuando muere, le atas las piernas con una cuerda, lo arrastras y lloras con lágrimas.

Has estado en nuestra tierra durante un año y ocho meses, dice el herrero Averki, y no entendiste nada al respecto.

Pero entiendes, pregunta Siegfried.

¿Nosotros? El herrero pensó por un momento y miró a Siegfried. Pues no, nosotros tampoco entendemos.

Considerat o capodoperă a literaturii ruse actuale, bestsellerul *Laur* este de două ori câștigător al Premiului Bolșaia Kniga – Premiul întâi și Premiul cititorilor – pe 2013. A primit, în același an, Premiul Iasnaia Poliana (Lev Tolstoi). Este tradus în peste douăzeci de țări.

Amintind de filmul *Andrei Rubliov* și de romanul *Numele trandafirului*, bestsellerul *Laur* readuce la viață secolul al XV-lea, într-o intrigă străbătând timpul și spațiul, cu un personaj complex, care este pe rând vraci, nebun sfânt, pelerin și călugăr. Cu o scriitură de o simplitate rafinată, trecând firesc de la real la fantastic și de la cele lumești la cele sfinte, cu un spirit liber în religiozitatea lui inteligentă, cu un umor subtil și o sensibilitate cuceritoare, Evgheni Vodolazkin ne oferă o carte de o mare frumusețe și profunzime, pentru a ne spune o poveste tulburătoare, pe care o numește „roman neistoric".

„*Laur* nu e un un text autoritar. Nu e un îndreptar despre cum să trăiești. (Nu am acest drept, și nici nu mi-l doresc.) E un text care pune întrebări și pentru credincioși, și pentru atei în egală măsură. Nu propovăduiește religiozitatea, ci presupune un interlocutor. [...] În descrierea unei păduri într-o primăvară din secolul al XV-lea, în romanul meu apare o sticlă de plastic. Apare acolo pentru că am vrut să sugerez că nu există timp. Și asta e ideea esențială a romanului: există veșnicie, nu timp. Principalul mijloc prin care încerc să exprim acest lucru este limba."

Evgheni Vodolazkin

„Am terminat de citit *Laur* și sunt complet fermecat de el – sunt cuprins de un nesfârșit sentiment de fericire că acest roman există."

Zahar Prilepin

„Eroul acestui roman se sacrifică de dragul iubitei sale, salvând o mulțime de oameni care îi apar în cale; și astfel, dragostea se multiplică și se amplifică, ajungând până la cititori."

ExLibris